Editorial Crítica

Christopher Allmand

La guerra de los Cien Años

El conflicto que enfrentó durante buena parte de los siglos XIV y XV a las monarquías de Francia e Inglaterra, conocido como «guerra de los Cien Años», sigue siendo uno de los acontecimientos más subyugantes de la Edad Media. Pero más que los aspectos militares, políticos y diplomáticos de la pugna anglo-francesa interesa la proyección de la guerra sobre ambas sociedades. Ahí reside el mérito fundamental del libro de Christopher Allmand, el cual, sin desdeñar la historia del conflicto en cuanto tal, ha pretendido básicamente «analizar en qué forma influyó la guerra en el desarrollo y en los cambios producidos en dos de las sociedades más importantes de Europa, las de Francia e Inglaterra, durante un período de 150 años». ¿Qué actitud había en aquellos siglos ante la guerra, fuente de privilegios para unos y de desdichas para otros, en particular para los no combatientes? ¿Qué cambios se produjeron en los ejércitos, habida cuenta del progreso de la artillería y del retroceso del combatiente feudal? ¿No fue la guerra un factor de transformación institucional, ante todo en el ámbito de las finanzas? ¿No impulsó la guerra de los Cien Años un despertar del sentimiento nacional, claramente perceptible en Francia? ¿No fue en definitiva la guerra un elemento que favoreció el desarrollo del Estado moderno? Teniendo siempre como referencia la comparación entre Francia e Inglaterra, el profesor Allmand ha realizado un análisis riguroso y profundo, pero a la vez original, de la incidencia de la guerra en sus contemporáneos.

Christopher Allmand (n. 1936) es en la actualidad profesor de historia medieval en la Universidad de Liverpool. Especializado en historia de Inglaterra y de Francia de los siglos XIV y XV, sus principales publicaciones son *Henry V* (1968), *Society at war. The experience of England and France during the Hundred Years War* (1972) y *Lancastrian Normandy, 1415-1450. The History of a Medieval Occupation* (1983).

ISBN 84-7423-432-8

creative commons

CHRISTOPHER ALLMAND

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300 - c. 1450

Traducción castellana de
JUAN FACI

EDITORIAL CRÍTICA
BARCELONA

Título original:
THE HUNDRED YEARS WAR. ENGLAND AND FRANCE AT WAR C. 1300-C. 1450

Cubierta: Enric Satué
© 1988: Cambridge University Press, Cambridge
© 1990 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S. A., Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-432-8
Depósito legal: B. 44.222 - 1989
Impreso en España
1990. — NOVAGRÀFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

PRÓLOGO

Este libro es el producto de una forma de aproximarse al tema, que ha ido cobrando forma en mi mente desde que comencé a enseñar este tema hace muchos años. No soy el primero —y sospecho que tampoco el último— para quien la tarea de escribir una obra de carácter «general» ha sido un reto más serio de lo que había previsto al iniciarla. Sólo el lector podrá atestiguar hasta qué punto mi trabajo ha sido útil y si se ha saldado con el éxito.

Generalmente, el prólogo de un libro es lo último que se escribe. Cuando llega el momento de escribirlo, el autor sabe con quién está en deuda. Tengo una deuda de gratitud con todos los alumnos de Liverpool que, a lo largo de los años, me han hecho saber que lo que para mí estaba perfectamente claro no lo estaba tanto para ellos. Asimismo, debo mostrar mi agradecimiento a los responsables de la Cambridge University Press, que me invitaron a escribir este libro, a Betty Plummer, por haber mecanografiado el texto y a Kay McKechnie por realizar con tanta eficacia su trabajo en la Cambridge University Press. La traducción de este libro del inglés al castellano ha sido efectuada con gran cuidado por Juan Faci, a quien deseo manifestar aquí mi agradecimiento por haber llevado a cabo tan bien una tarea tan difícil.

Tengo que manifestar el más caluroso agradecimiento a mi viejo amigo James Sherborne. Hace más de doce años organizó en Bristol un encuentro, que conoció un éxito notable, sobre el tema objeto de este libro. Cuando le pregunté si estaba dispuesto a leer mi borrador, aceptó y realizó ese trabajo con gran diligencia. Me permitió evitar una serie de errores tanto de datos como de interpretación y me hizo valiosas sugerencias sobre la forma de mejorar el texto. De

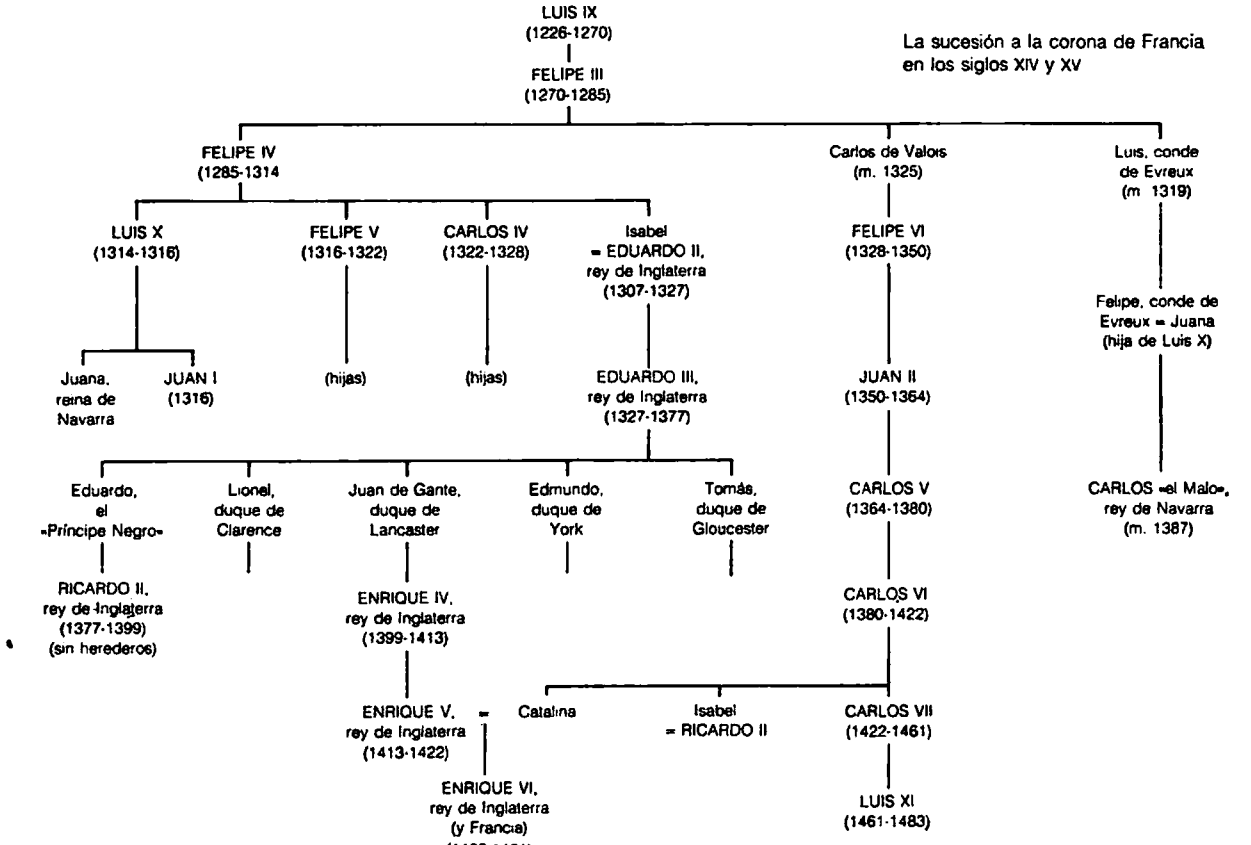
cualquier forma, en mi condición de persona cuyo nombre aparece en la portada de este libro, acepto la responsabilidad total de cuanto se dice en los capítulos que siguen.

CHRISTOPHER ALLMAND

ABREVIATURAS Y SIGLAS

AB	*Annales de Bourgogne*
ABret	*Annales de Bretagne*
AEst	*Annales de l'Est*
AHR	*American Historical Review*
AM	*Annales du Midi*
AN	*Annales de Normandie*
BIHR	*Bulletin of the Institute of Historical Research*
EconHR	*Economic History Review*
EETS	Early English Text Society
EHR	*English Historical Review*
HT	*History Today*
JEH	*Journal of Ecclesiastical History*
JMedH	*Journal of Medieval History*
JWCI	*Journal of the Warburg and Courtauld Institute*
MA	*Le Moyen Âge*
MM	*Mariner's Mirror*
PBA	*Proceedings of the British Academy*
P&P	*Past & Present*
RH	*Revue Historique*
RHDFE	*Revue Historique de Droit Français et Étranger*
RS	Rolls Series
SATF	Société des Anciens Textes Français
SHF	Société de l'Histoire de France
TRHistS	*Transactions of the Royal Historical Society*

La sucesión a la corona de Francia en los siglos XIV y XV



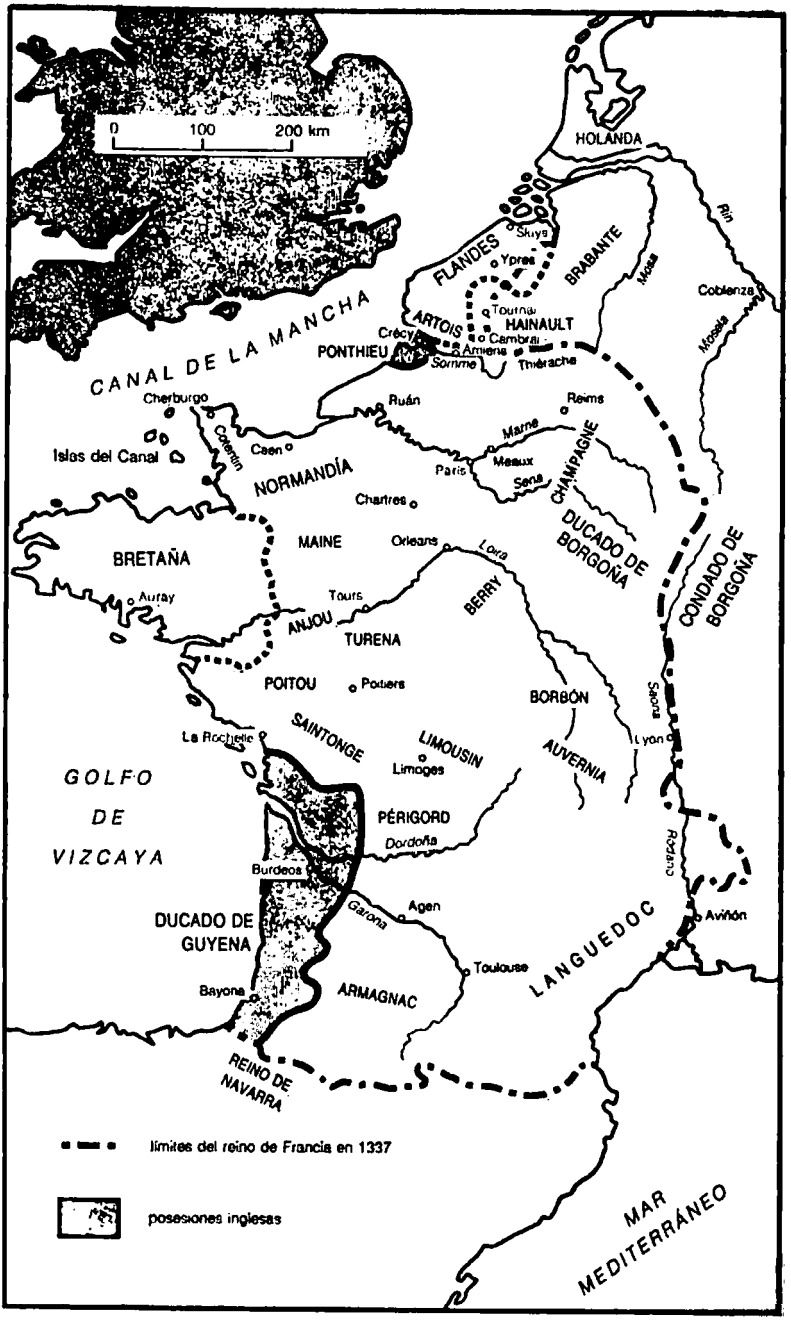


FIGURA 1. *Francia en 1337*

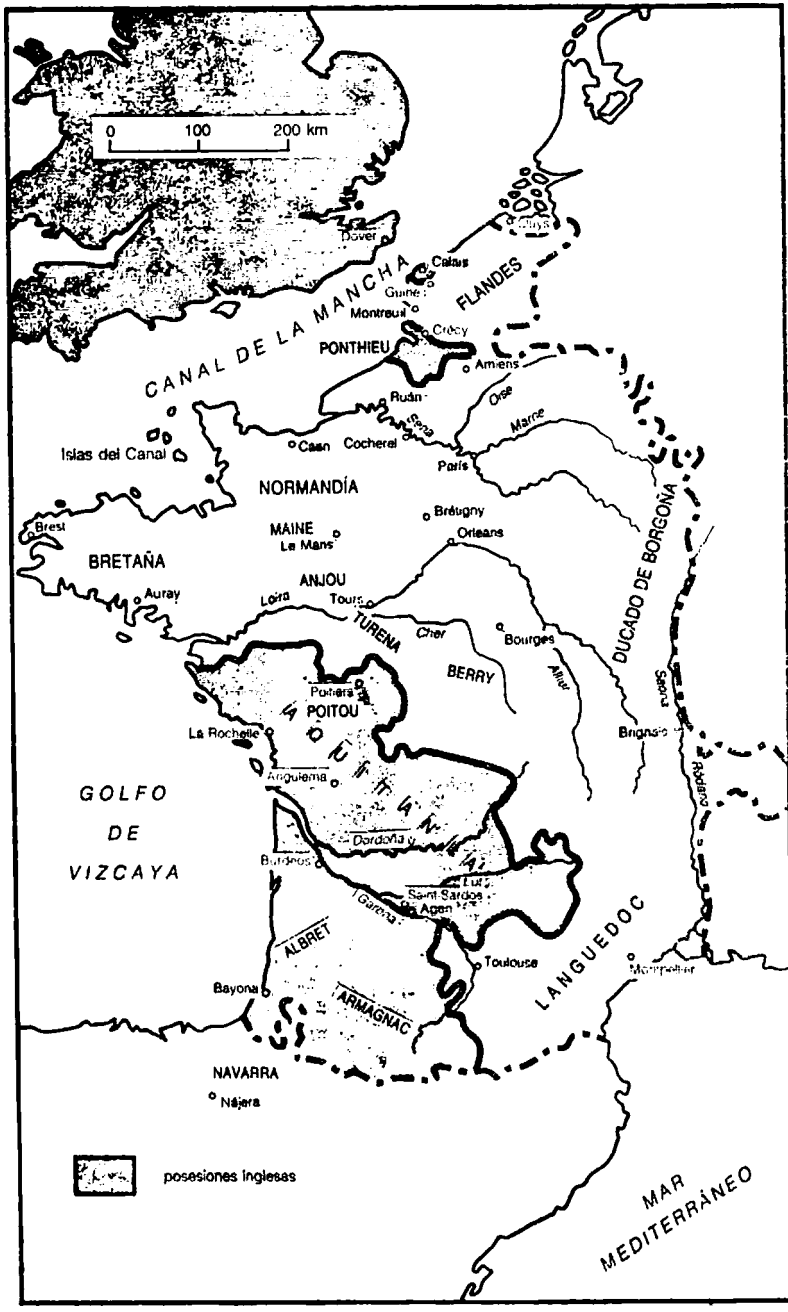


FIGURA 2. *Francia en 1360*

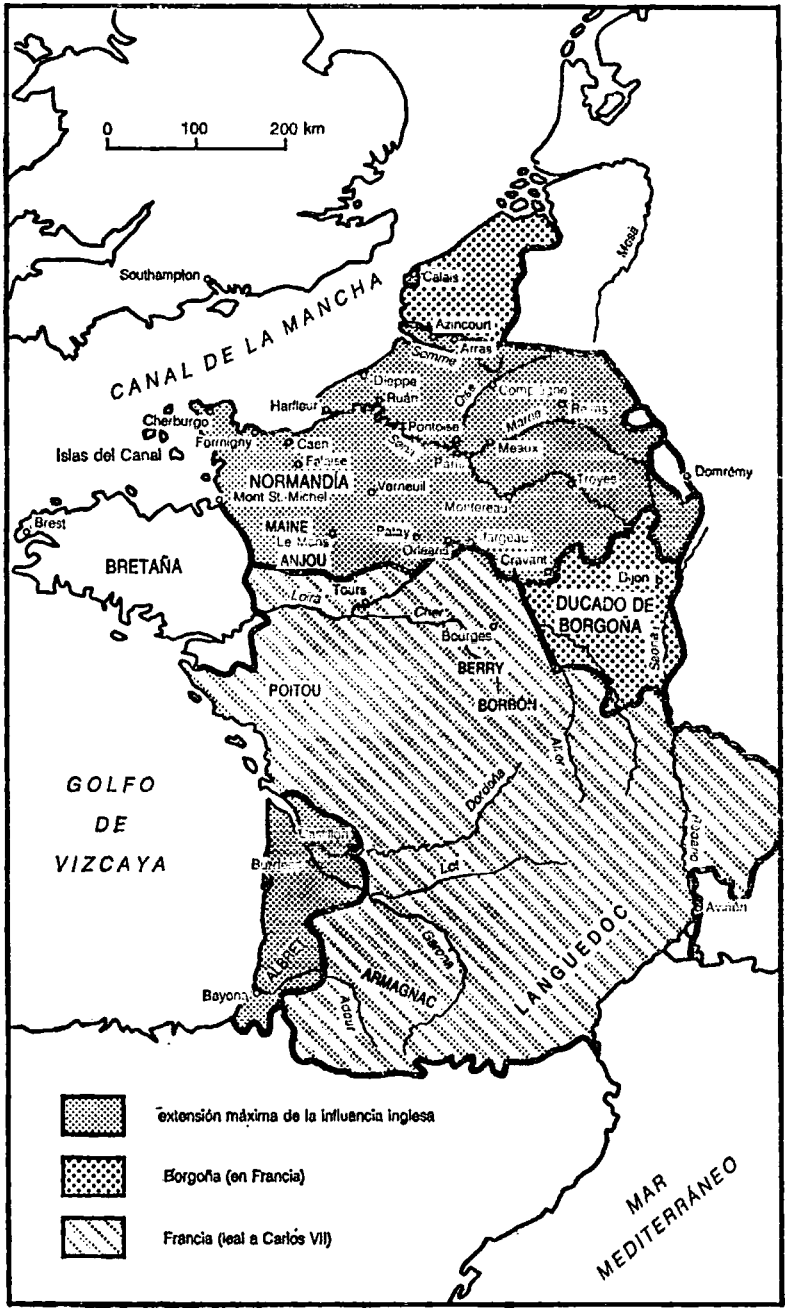


FIGURA 3. *Francia en 1429*

INTRODUCCIÓN

Normalmente, hay más de una forma de abordar el estudio de un tema o un período histórico concretos. Un libro con el título de este podría haberse centrado en la narración y el análisis de los aspectos políticos, militares y diplomáticos de la Guerra de los Cien Años. Esa tarea fue realizada, de forma muy notable, hace más de cuarenta años, por un amigo de Inglaterra, el historiador francés Édouard Perroy. Su obra está considerada todavía, con toda justicia, el mejor estudio descriptivo de esta guerra al alcance de los lectores de habla inglesa. A pesar de todas las críticas que pueda concitar, esta obra constituye un intento conseguido de explicar la compleja relación entre Inglaterra y Francia durante un período de más de una centuria en las postrimerías de la Edad Media.[1]

Pero las exigencias del enfoque moderno de la enseñanza de este tema, así como la influencia de la investigación, han hecho que los estudios históricos tiendan a apartarse de lo narrativo para centrarse en el estudio de los temas. La influencia de la escuela histórica de los *Annales* ha situado el estudio de la guerra en el contexto social, económico y cultural más amplio de las sociedades en las que se libraba y ha llevado a ver la guerra como parte de la historia «total». Este enfoque ha caracterizado gran parte de los estudios históricos realizados durante la última generación. En 1962, Piero Pieri expuso en París su visión de la historia militar «desbordándose» en otros aspectos y especialidades de la historia, creando reacciones en cadena que vinculaban todos esos aspectos.[2] Tres años más tarde, el doctor

1. *The Hundred Years War,* trad. W. H. Wells, Londres, 1951.

2. «Sur les dimensions de l'histoire militaire», *Annales,* 18 (1963), p. 625. Véase también K. A. Fowler, «War and change in late medieval France and England», *The Hundred Years War,* ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 1-27.

H. J. Hewitt publicó su influyente libro *The organization of war under Edward III, 1338-1362,* en el que, antes que describir la actividad estrictamente militar, estudiaba otros aspectos menos destacados como los antecedentes y la preparación necesarios para la guerra en ese período y en los períodos posteriores.[3] Más tarde, otros autores han continuado la tarea de situar la guerra en su contexto más amplio, no sólo social y económico, sino también político, administrativo y legal. El amplio estudio de Philippe Contamine, *Guerre, état et société à la fin du Moyen Âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494,* incluye todos estos elementos y muchos otros.[4] En tanto en cuanto es un libro sobre la historia de unos hombres que acudieron a la guerra, acepta el desafío planteado por Pieri y lo resuelve de forma satisfactoria. Tal vez algún día alguien intentará realizar, respecto a los ejércitos ingleses, lo que Contamine ha llevado a cabo para los ejércitos franceses.

La intención que me ha guiado al escribir este libro es la de analizar en qué forma influyó la guerra en el desarrollo y en los cambios producidos en dos de las sociedades más importantes de Europa, las de Francia e Inglaterra, durante un período de 150 años. El objetivo de un libro de este tipo ha de ser el de captar lo esencial de la investigación especializada moderna y presentar el conjunto de forma reconocible. En este caso, gran parte de la investigación procede de Francia. Por lo tanto, el lector de habla inglesa encontrará inevitablemente que en algunas partes del libro se pone el énfasis en Francia y en la forma en que ese país, en particular, reaccionó ante la guerra. En otros momentos el acento recae sobre Inglaterra. Sin embargo, en general, he intentado, aunque no necesariamente siempre, comparar y contrastar los efectos de la guerra en Inglaterra y Francia, con la convicción de que ese enfoque puede suscitar la reflexión sobre el tema.

Este libro comienza con el relato de los principales acontecimientos y procesos de la guerra. Incluso esta tarea tan sencilla aparentemente plantea sus dificultades. El historiador puede relatar lo que ocurrió, pero cuando se trata de explicar por qué ocurrieron los acontecimientos, cómo ocurrieron y por qué se tomaron las decisiones que se tomaron, no siempre puede realizar su labor como desearía.

3. Manchester, 1966.
4. París-La Haya, 1972.

Ha de estar dispuesto a especular, porque las fuentes, en este caso las crónicas y archivos gubernamentales que aportan al historiador gran parte de su material, no siempre responden a las expectativas. Al contrario de lo que ocurre en el caso del estudioso de épocas más modernas, las fuentes del medievalista son con frecuencia deficientes.

Afortunadamente, existen excepciones notables en este principio general. Por ejemplo, los registros financieros, cuando han sobrevivido, lo han hecho en grandes cantidades. Tal es el caso de los archivos financieros de la monarquía inglesa que aportan numerosa información sobre las sumas recaudadas, sobre la forma en que se gastaban y sobre la organización que existía detrás de todo ese gasto. En definitiva, incluso a partir de las cuentas sabemos cómo funcionaba la administración. Aunque los archivos financieros de Francia que se conservan ofrecen menor número de documentos de gran interés que los ingleses, sus archivos legales, sobre todo los de esa gran institución central, el Parlement de París, nos han dejado un importante apunte humano sobre los efectos de la guerra en la sociedad francesa durante los siglos XIV y XV. Sobre la base de esos datos, el historiador puede captar de alguna forma la realidad cotidiana de la guerra y cómo ésta afectó las vidas y la perspectiva de los hombres y mujeres, famosos y menos famosos, ricos y pobres, cuyas experiencias se describen en las actas de los procesos civiles y criminales que han llegado hasta nosotros. Los alegatos de los abogados contienen mucha información valiosa de carácter económico y social; dicen también mucho sobre la motivación humana que impulsó a los hombres a ir a la guerra. Los documentos legales tienen un valor inestimable en el sentido de que nos permiten conocer cómo veían el mundo los seres humanos de la época.[5]

Importantes son también, aunque no siempre fáciles de evaluar, los testimonios que podríamos llamar literarios, no únicamente las crónicas, sino también los tratados, los panfletos, informes e incluso los poemas, a través de los cuales la gente expresaba sus ideas y opiniones, así como sus emociones, sobre los problemas contemporáneos, ideas y opiniones que el gobierno tal vez tenía que manejar mejor o que podían ser esperanza de paz, o el criterio según el cual

5. Véase la colección de textos de esos archivos editada por P. Timbal, *La guerre de cent ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, y por C. T. Allmand y C. A. J. Armstrong, *English suits before the Parlement of Paris, 1420-1436*, Camden, 4.ª serie, 26, Londres, 1982.

debían ser elegidos los dirigentes militares de la sociedad. Algunos de estos textos son obra de autores cuya fama y capacidad literaria han merecido una gran atención por parte de los especialistas en literatura. Dos de tales autores son Christine de Pisan y Alain Chartier, que también suscitan la atención de los historiadores por haber sido observadores y críticos de la sociedad francesa de comienzos del siglo XV. Ambos tenían cosas que decir que, esperaban, la convertirían en un mundo mejor. El historiador se interesa por sus observaciones y sus críticas porque le permiten juzgar qué era importante en esa época y de qué forma reaccionaban los contemporáneos inteligentes ante las dificultades y dilemas a los que tenían que enfrentarse los individuos de la época.

Lo que el historiador intenta hacer no es simplemente registrar los acontecimientos y sucesos de la guerra sino estudiarlos en el contexto del mundo en que se libró el prolongado conflicto anglo-francés. Necesitamos conocer por qué se produjo una guerra y qué factores la favorecieron en los inicios del siglo XIV. Así pues, es necesario decir algo sobre la forma en que los hombres de la época consideraban la guerra y respecto a la manera en que una serie de actitudes comúnmente aceptadas les impulsaron a participar activamente en ella. Una vez iniciado el conflicto, los interrogantes importantes son aquellos que hacen referencia a la forma de conducirlo. Lejos de carecer de importancia, el estudio de la administración y de las instituciones ha de aportar mucha información sobre la eficacia cada vez mayor del Estado y el gobierno central en un aspecto de gobierno cada vez más importante con el paso de los años.

No todo el mundo estará de acuerdo con la conclusión de que aquellos que luchan en la guerra tienen mayor importancia, desde el punto de vista histórico, que las propias guerras. La guerra hay que estudiarla a través de quienes participan en ella, de forma que se puedan evaluar las actitudes y reacciones humanas de los implicados en el conflicto; así se puede llegar a comprender mejor el fenómeno en sí. Muchas de las investigaciones recientes se han centrado en esos aspectos más amplios de la guerra. Serán pocos los que tras haber leído la obra del profesor J. F. Verbruggen, *The art of warfare in western Europe during the Middle Ages from the eighth century to 1340*, olvidarán ese vívido enfoque del tema que incluye, por ejemplo, la descripción del miedo que experimentaban los hombres

preparados para entrar en batalla,[6] emoción descrita también de forma vívida en la obra más conocida, pero no por ello menos seria, de John Keegan, *The face of battle*.[7] En estas y en otras obras, el soldado como individuo ocupa el centro del escenario.

Dado que las guerras afectan también a aquellos que no afrontan la batalla, esa mayoría abrumadora que prefiere no tener nada que ver con la guerra, ningún análisis moderno de este tema puede ni debe olvidarlos. En efecto, los que no luchaban no se limitaban a apoyar calladamente las iniciativas militares de su país. También desempeñaban un papel activo detrás del escenario y, muy especialmente en Francia, iban a ser uno de los blancos principales de los ataques del enemigo. Los historiadores han prestado cada vez más importancia a su papel y han buscado en las fuentes, con frecuencia fuentes literarias, la posibilidad de comprender cómo afrontaban la guerra y reaccionaban ante las situaciones que ésta creaba.[8]

Por último, la guerra servía para situar a todos los miembros de la sociedad, soldados y civiles, bajo la sombrilla protectora de la conciencia nacional. Cómo hay que estudiar esa conciencia, qué formas adoptaba, cómo se expresaba son interrogantes que quienes estudian el tema, en cualquier período, deben poder responder. En la sociedad de la Baja Edad Media se utilizaba con frecuencia el simbolismo para expresar el sentimiento de pertenecer a un pueblo; de igual forma las instituciones, como la monarquía, contribuían fuertemente a crear un sentimiento de identidad nacional; al mismo tiempo se estimulaba deliberadamente la tarea de escribir la historia para impulsar un sentimiento cuya naturaleza podrá comunicar al lector del siglo XX la palabra «raíces». Dado que el conflicto que enfrentó a las monarquías de Francia e Inglaterra se basaba en diferencias históricas, parecía perfectamente razonable que se utilizara la historia para poner el énfasis en las diferencias entre los dos países y para permitir que cada uno de ellos mostrara cómo su propia historia y sus propias características se habían desarrollado.

Al enfocar el tema en la forma más amplia posible, considerándolo en términos de la historia de la guerra más que en su sentido

6. Trad. del holandés por S. Willard y S. C. M. Southern, Amsterdam, Nueva York, Londres, 1977, pp. 50-52.

7. Harmondsworth, 1978, pp. 70-72.

8. C. T. Allmand, «The war and the non-combatant», *The Hundred Years War*, ed. Fowler, pp. 163-183.

más limitado de historia militar, el estudioso actual comprenderá sus numerosas facetas y complejidades. Al hacerlo así se aproximará lo máximo posible a la tarea de comprender la guerra tal como la veían los seres de los últimos siglos medievales, tarea nada fácil ni siquiera en las condiciones más favorables, pero que no puede intentarse con esperanzas de éxito sin una valoración adecuada de los numerosos hilos que constituyen la historia. Uno de ellos, no el menos importante, es el papel de los individuos en la guerra. Sin ellos la historia no existiría.

1. LAS CAUSAS Y EL DESARROLLO DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Hay que decir que, en general, la Edad Media aceptaba la guerra con fatalismo. Formaba parte del plan divino, junto con el hambre, las inundaciones y la peste como manifestación del castigo divino por los pecados cometidos. Una nación que vivía años de derrota y desastre (caso de Francia a mediados del siglo XIV), se golpeaba el pecho en gesto de reproche y aceptaba las aflicciones generadas por la guerra. Dado que eran pocos los que se cuestionaban ese punto de vista, aquellos que sentían inclinaciones hacia el pacifismo encontraban pocos apoyos. Si bien se condenaban con frecuencia los excesos de la guerra, el fenómeno de la guerra como tal se aceptaba con toda naturalidad. En una sociedad cuyo sistema social y económico había sido organizado —y todavía lo estaba en cierta medida— para hacer frente a esas eventualidades, ese hecho no podía sorprender. No parecía probable que un mundo volcado hacia la guerra se preguntara por qué ésta había estallado. Formaba parte del orden habitual y natural.

En otros períodos en los que reina una actitud más inquisitiva, y en los que el historiador intenta ejercer su derecho a examinar el pasado, se ha intentado explicar por qué se producen las guerras. Las iniciativas en este sentido no son ni mucho menos nuevas. Hace mucho tiempo, Tucídides distinguía entre causas y ocasiones de guerra. En épocas más modernas se han considerado muchos aspectos de la actividad humana como fuentes de conflicto, de los cuales no todos pueden considerarse relevantes para las sociedades medievales. Pero algunos sí lo son. Las cruzadas pueden ser consideradas como guerras que se libraron en nombre de la ideología y la religión. Las ciudades-estado italianas y de otros países se enfrentaron entre sí

durante varios siglos en el Mediterráneo en su búsqueda de fuentes comerciales y de un mercado para sus productos.[1] El movimiento de pueblos, asociado con el gran incremento demográfico del siglo XIII, produjo guerras que, como por ejemplo en España, estuvieron vinculadas a la reconquista cristiana de la península Ibérica para liberarla del control musulmán, pero que también se libraron para satisfacer la necesidad de encontrar nuevas tierras, como ocurriría en el norte y este de Alemania en la época de los caballeros teutones.

Por lo que respecta a Francia e Inglaterra, la causa fundamental del prolongado conflicto que constituye el tema de este libro fue la ruptura del orden histórico feudal, incapaz de responder por más tiempo a las exigencias de los nuevos tiempos y su sustitución gradual por un conjunto de naciones cada vez más conscientes de sus características nacionales. En todos estos casos, la guerra fue la consecuencia de cambios fundamentales en el desarrollo de las sociedades. Unas veces fue importante, si no fundamental, la necesidad de hallar nuevas tierras; otras, fue la búsqueda de nuevos mercados. En el caso de la Guerra de los Cien Años, las causas del conflicto hay que buscarlas tanto en los prolongados vínculos históricos entre Inglaterra y Francia, vínculos que se fueron debilitando poco a poco, como en la necesidad de expresar en nuevos términos la relación entre los dos países (los más poderosos de la sociedad occidental de la Baja Edad Media), tomando en cuenta elementos tales como la conciencia nacional y el diferente sistema de gobierno (por citar tan sólo dos de esos elementos) que los historiadores consideran característicos de la sociedad europea de la Baja Edad Media en su conjunto.

Las causas de la guerra

¿Dónde han buscado los historiadores las causas de la llamada Guerra de los Cien Años? Tradicionalmente, se ha encontrado la respuesta en el estudio de los dos elementos fundamentales presentes en los años que condujeron a lo que se considera el momento del estallido de la guerra, la confiscación del ducado de Aquitania por el rey Felipe VI de Francia en mayo de 1337. Esa acción hizo pasar

1. W. H. McNeill, *The pursuit of power*, Oxford, 1983, cap. 3.

a un primer plano una serie de problemas ya antiguos cuyas raíces hay que encontrar en dos factores.[2] El primero era que, desde el siglo XI, los reyes de Inglaterra poseían una gran parte del noroeste de Francia, una zona que se extendía desde Normandía (en tiempos de Guillermo el Conquistador), a través de Maine, Anjou, Turena y Poitou, hasta el ducado de Aquitania que, un siglo después, pasó a manos de Enrique II gracias a su matrimonio con la duquesa Leonor, que fuera anteriormente esposa de Luis VII de Francia. Así pues, desde el canal de la Mancha hasta los Pirineos se extendía un «imperio» (llamado angevino), gobernado por un hombre que era también rey de Inglaterra. Al mismo tiempo se había fortalecido, fundamentalmente desde el siglo XII, la autoridad de la casa real de Francia, la dinastía de los Capeto, mediante la insistencia en que el homenaje que debían prestar los grandes feudatarios a su rey debía ser homenaje ligio. En estas circunstancias, cuando el rey Juan ocupó los territorios que había heredado en 1200, sólo pudo hacerlo a condición de que los reconociera como feudos del rey de Francia. El poder de ese rey, Felipe Augusto, sobre su vasallo se vio incrementado cuando en 1203 y 1204 conquistó Anjou y Normandía, que Juan nunca conseguiría recuperar a pesar de que lo intentó en 1214. No tuvo más éxito en esta empresa su heredero, Enrique III, aunque participó en una empresa militar en la parte occidental de Francia en 1230. En octubre de 1259, Enrique III firmó un tratado de paz con Luis IX (san Luis) de Francia por el cual, pese a las objeciones de su hijo, renunciaba a sus derechos sobre Normandía, Maine, Anjou, Turena y Poitou, mientras que el rey francés, reconociendo a Enrique como vasallo en Aquitania y otros territorios del sudoeste, lo convertía en par de Francia. Los términos del tratado podrían parecer generosos para los ingleses, pero en realidad, dado que establecieron una nueva relación feudal entre los reyes de Francia y los de Inglaterra, sembraron la simiente de no pocos conflictos futuros.

Los orígenes de ese conflicto eran dobles. El primero era el homenaje ligio que estaba obligado a prestar Enrique III (y en el futuro siempre que se produjera un cambio de monarca en Inglaterra o

2. El lector encontrará de gran interés para este capítulo la lectura de J. Le Patourel, «The origins of the war», *The Hundred Years War*, ed. Fowler, pp. 28-50.

Francia) a los reyes franceses, una especie de homenaje «prioritario» que podía implicar la prestación de ayuda militar contra cualquier enemigo de la corona francesa cuando fuera solicitado. Asimismo, el protagonista del homenaje no podía actuar en connivencia con los enemigos de su señor, a los que tampoco podía prestar ayuda. Al convertir a Enrique III en par, Luis IX no hizo sino estrechar la alianza que unía a los dos hombres.

En segundo lugar, y en este caso se trataba de un asunto de especial importancia, el ducado de Aquitania estaba en manos de un rey que por efecto de este tratado se había convertido en vasallo de otro rey. Esa situación había de provocar innumerables complicaciones. Así, por ejemplo, había lugares en los territorios del rey-duque que estaban sometidos a una jerarquía de tribunales controlados en último extremo por el Parlement, tribunal supremo de Francia con sede en París. Los derechos legales soberanos de la corona francesa podían ser utilizados, si se consideraba necesario, para alcanzar efectos políticos socavando la autoridad y el prestigio del rey-duque en el seno del ducado. Una serie de organismos ajenos al ducado podían juzgar apelaciones e iniciar investigaciones judiciales. Todas esas acciones menoscababan los poderes legales y la autoridad del rey-duque, estimulando la disensión faccional en Aquitania, y, muy en especial, en su capital, Burdeos.[3]

Pronto se llegó a la conclusión de que no existía una coincidencia de intereses entre señor y vasallo. En Flandes, zona en la que los intereses franceses e ingleses chocaban sobre aspectos estratégicos, económicos y legales, Eduardo I intervino en 1294 como rey de Inglaterra en defensa del conde Guy, a la sazón enfrentado con Felipe IV de Francia. Pero esa intervención fue algo más que una defensa de los intereses ingleses en el nordeste de Francia. El año anterior Felipe IV había instado a Eduardo I, en su calidad de duque de Aquitania, a que respondiera por una acción supuestamente ilegal en las costas del ducado, así como por la ocupación de La Rochelle por hombres de Bayona. Fracasados los intentos de encontrar una solución, Felipe anunció la confiscación del ducado de Aquitania en mayo de 1294. Al mes siguiente, Eduardo rompió sus víncu-

3. J. A. Kicklighter, «English Bordeaux in conflict: the execution of Pierre Vigier de la Rousselle and its aftermath, 1312-1324», *JMedH*, 9 (1983), pp. 1-14.

los feudales con la corona de Francia y los dos países no tardaron en entrar en guerra. Aunque la lucha cesó en 1297, la paz no se restableció hasta 1303, fecha en que el ducado fue devuelto y se restableció la situación anterior a 1294. Eduardo acordó que su heredero, el futuro Eduardo II, contraería nupcias con Isabel, hija del rey francés.

Si bien es cierto que al menos durante algunos años no hubo guerra, sí hubo grandes tensiones en el sudoeste de Francia. La guerra que se acababa de librar había mostrado las divisiones entre las facciones pro-francesa y pro-inglesa de Burdeos. En el verano de 1306 se produjo en Montreuil la primera de una serie de reuniones («procesos») entre representantes franceses e ingleses para intentar delimitar la posición legal de los territorios que detentaban los ingleses en Aquitania. La reunión fracasó y fue seguida en 1307 de perturbaciones civiles en Burdeos y de una apelación a París referente al nombramiento realizado por los ingleses para la alcaldía de la capital ducal. En 1311 hubo nuevas conversaciones en Périgueux, pero, al igual que el anterior, este «proceso» tampoco consiguió solucionar las profundas diferencias que existían entre las dos partes.

El único camino que les quedaba a los ingleses, enzarzados durante esos años en una guerra contra los escoceses y con una situación interna cada vez más violenta, era la represalia. Cuando Vigier de la Rousselle se atrevió a defender la continuación de las apelaciones a París en 1312, la cuestión fue abordada desde una óptica política por las autoridades de Burdeos, que acusaron a Vigier de despreciar la autoridad local y le ejecutaron bajo la acusación de traición. De igual forma, cuando en 1323 el rey Carlos IV ordenó la construcción de una nueva ciudad fortificada o *bastide*, en Saint-Sardos, esta medida fue considerada injustificadamente como un ataque físico y legal contra la autoridad de los ingleses que, probablemente sin el conocimiento de Eduardo II, atacaron y quemaron la ciudad en noviembre de 1323. Esta acción provocó, a su vez, la represalia de los franceses: la corona de Francia decretó nuevamente la confiscación del ducado de Aquitania, enviando un nuevo ejército para ocuparlo. No tardó en firmarse una tregua y en septiembre de 1325 el príncipe Eduardo, que poco después se convertiría en Eduardo III, prestó homenaje, pagó un rescate (o multa) y se aseguró así la recuperación de una gran parte de los territorios ocupados por los franceses, aunque no de todos. El Agenais y otras zonas no fueron

devueltos inmediatamente; fueron necesarios una nueva guerra en 1326 y un acuerdo concluido en marzo de 1327 para conseguir la devolución de esos territorios. No es probable que en ese momento los franceses desearan realmente llevar a cabo la conquista de Aquitania. Todo lo que querían era el reconocimiento pleno de los derechos soberanos de su rey en el ducado, pretensión bastante moderada para la cual contaban con el apoyo del papado, cada vez más consciente de su obligación de ayudar a las negociaciones diplomáticas que se desarrollaban entre los dos países.

Hasta el momento los problemas habían sido en gran medida de carácter feudal. Pero hacia 1327 se hizo evidente una segunda cuestión que envenenaría aún más las relaciones entre Inglaterra y Francia. En enero de 1327 Eduardo II fue depuesto, sucediéndole su hijo, Eduardo III. Algo más de un año más tarde Carlos IV, tío (a través de su hermana Isabel) de Eduardo III murió también, sin dejar heredero directo al trono de Francia. Como sobrino del rey fallecido, Eduardo parecía tener buenos derechos para sucederle, e incluso ser el mejor candidato. Sin embargo, sus derechos le habían sido transmitidos a través de su madre y esa transmisión por vía femenina, explicada posteriormente como la incapacidad de una mujer para transmitir un derecho que, en su calidad de mujer, no podía ejercer, fue un obstáculo en las ambiciones de Eduardo. Cuando la nobleza francesa, en cuyas manos descansaba la resolución de la crisis, realizó su elección, su decisión consistió en designar como monarca a uno de ellos, Felipe, conde de Valois. El principio que les guió en su elección fue el de la conveniencia: Felipe era francés; era 18 años mayor que su rival inglés (que a la sazón sólo tenía 15 años) y siempre había vivido en Francia. Aunque, a diferencia de lo que ocurría con Eduardo III, no era descendiente directo de Felipe IV, cuando menos era sobrino suyo a través de su padre, Carlos de Valois. Dadas las circunstancias, ese grado de parentesco era lo bastante próximo como para asegurarle el apoyo que necesitaba.

Sin embargo, en la prolongada disputa de Aquitania, el derecho de Eduardo III era lo bastante sólido como para convencerle de que debía defenderlo, aunque sólo fuera como procedimiento alternativo para conseguir el gobierno en Aquitania. Ciertamente, ese derecho podía ser utilizado en beneficio de Eduardo. De todas formas, en 1329 prestó homenaje simple (fue todo lo que se le exigió por el momento) en Amiens, al que siguió un homenaje ligio en 1331. En ese

espíritu de optimismo los negociadores se reunieron en otro «proceso», esta vez en Agen, en 1332 y 1333. En el curso de las conversaciones aparecieron lentamente las diferencias fundamentales entre ambos bandos: la posición legal del rey-duque por los territorios que detentaba; y, en segundo lugar, el problema de qué territorios quedarían bajo control de los franceses. Al mismo tiempo, en Aquitania se estaba produciendo de forma gradual la polarización de la opinión, en gran medida en favor del dominio inglés, y en 1337 las tensiones eran ya extraordinariamente fuertes. El 24 de mayo, Felipe VI confiscó el ducado para la corona francesa como consecuencia de los numerosos actos de rebelión y desobediencia de Eduardo. Se considera que esta decisión marca el comienzo de la Guerra de los Cien Años.

Como hemos visto, las causas a medio y corto plazo del estallido de la guerra fueron el problema de la relación feudal del rey de Francia con su vasallo más importante, el duque de Aquitania, que era además rey de Inglaterra, y el de la sucesión a la corona de Francia. El historiador puede enfocar estos problemas desde otra perspectiva. Tradicionalmente se ha considerado que durante el período de la Guerra de los Cien Años la corona de Francia realizó un importante progreso en la consecución de una política de centralización comenzada bajo los Capeto dos siglos antes. Mientras que las diferencias entre la corona de Francia y sus vasallos se expresaban en un lenguaje fundamentalmente feudal (no había aparecido todavía un nuevo vocabulario político más en consonancia con los nuevos acontecimientos) lo que estaba ocurriendo era notablemente «moderno», se estaban poniendo los cimientos de un estado nacional bajo la figura de un monarca cuya autoridad territorial sólo se podía ejercer de forma eficaz mediante la anexión o la conquista. Esta interpretación pone menos énfasis en la guerra entre los dos países que en el conflicto interno entre el rey de Francia y el duque de Aquitania, una lucha entre dos conjuntos territoriales y dos tradiciones legales muy diferentes: el «imperio angevino», dominado en otro tiempo por los ingleses, constituía una zona en la que predominaban el derecho consuetudinario y la independencia local, mientras que en la otra zona de Francia imperaba la tradición más centralizadora basada en el derecho romano.

El enfoque alternativo, no muy diferente en último extremo, es el que considera la Guerra de los Cien Años como un conflicto civil

más amplio en el que se opusieron a la política de centralización real de París no sólo los duques de Aquitania y Normandía (en ambos casos reyes de Inglaterra), sino también los de Bretaña y, en los siglos XIV y XV, Borgoña. En un lado se situaba el desarrollo del Estado francés, su administración, su presupuesto, su ejército, junto con su énfasis en los atributos de la monarquía. Frente a todo ello se alineaban los grandes príncipes, algunos de ellos con la ambición de conseguir la independencia política y legal de la corona. En el período inmediatamente posterior la idea de Francia como una unidad geográfica, con su capital en París, era considerada como algo obvio y evidente. Pero los hombres de los últimos siglos medievales no siempre veían las cosas de esa forma: por razones de historia, lengua, sentimiento y conveniencia política era preciso mantener su propia independencia y, en consecuencia, la fragmentación de Francia.

Ahora bien, otros interpretan la guerra en función de las posiciones geográficas relativas de Francia e Inglaterra y la influencia de estos factores sobre los intereses económicos. Francia necesitaba que sus provincias marítimas «naturales» (entre las que se incluían Aquitania, Normandía, Bretaña y Flandes) estuvieran bajo control de la monarquía, de forma que los puertos pudieran ser utilizados para objetivos comerciales y militares. Por su parte, Inglaterra pretendía impedir que el rey francés utilizara los puertos y realizara otras actividades marítimas como la pesca, de forma que el comercio inglés, ya fuera con Flandes o con Aquitania, pudiera desarrollarse con mayor seguridad. Aquitania, con su importante comercio de vino, era un elemento comercial considerable. En el inicio de la guerra, Flandes era todavía el principal fabricante de tejido, para el que utilizaba lana inglesa, aunque a partir de mediados del siglo XIV la manufactura textil comenzó a realizarse cada vez más en Inglaterra. En ambos casos, la pérdida de intercambios comerciales (había que considerar además que Inglaterra tenía otros mercados más amplios) hubiera significado una grave pérdida económica para el país, sin olvidar que la corona, desde el reinado de Eduardo I, cobraba impuestos sobre determinados productos, como la lana y los tejidos, cuando salían y llegaban al país. Era imprescindible garantizar esa posibilidad, mediante la guerra si era necesario.

1337-1360

¿Era inevitable una guerra larga en 1337? Las hostilidades que habían estallado tras las confiscaciones de 1294 y 1324 no habían durado mucho tiempo. Sin embargo, ahora la situación era más complicada. Eduardo III había prestado apoyo moral a Roberto de Artois, condenado por los franceses como traidor y enemigo declarado del rey de Francia. Se podía considerar que el monarca inglés había quebrantado su juramento de fidelidad mediante ese grave acto de desafío. Pero los franceses no se recataban de actuar de idéntica manera. En julio de 1333 los escoceses habían sido derrotados en Halidon Hill, cerca de Berwick, y Edward Balliol había prestado homenaje a Eduardo III por Escocia, mientras que el rey David II se retiró a Francia, para buscar el apoyo de Felipe VI contra Inglaterra. Casi inmediatamente, Felipe, consciente de la oportunidad que le presentaba esa petición de ayuda, afirmó que no firmaría un acuerdo duradero con Inglaterra si los escoceses no eran incluidos en él. Eduardo reaccionó ante ese desafío invadiendo Escocia, pero no consiguió que el enemigo entrara en batalla. Tampoco le fue posible llevar a los escoceses y a sus aliados franceses a la mesa de negociación. Los franceses se declararon públicamente a favor de los escoceses y les prometieron ayuda militar en caso necesario. La posición de Eduardo III era delicada y nada envidiable.

Su oportunidad de contrarrestar la amenaza francesa se le presentó en los Países Bajos, zona que había sido testigo de la intervención inglesa contra Francia casi medio siglo antes. De cualquier forma, la tarea de Eduardo era difícil. Luis, conde de Flandes, se inclinaba del lado de Francia, si bien sus súbditos, dominados por las grandes ciudades textiles de Brujas, Gante e Ypres se mostraban más favorables a Inglaterra, de donde procedía la lana en la que se basaba su industria y su riqueza. En Hainault, el conde, Guillermo, era suegro de Eduardo III y cuñado de Felipe VI; podía apoyar a cualquiera de los dos en su enfrentamiento con el otro. Tales eran los nada sólidos cimientos sobre los cuales podía asentarse el monarca. En mayo de 1337, una espléndida embajada partió hacia los Países Bajos; mediante una especie de soborno económico (en forma de subsidios directos, la promesa de lana e importantes concesiones comerciales) consiguió algunos aliados para Eduardo. En septiembre de 1338 se pudo persuadir al emperador Luis IV —por un determinado

precio— para que nombrara a Eduardo vicario imperial en Alemania y Francia, concediéndole el derecho de exigir servicio militar contra Francia a los súbditos del imperio. ¿Podría Eduardo aprovechar esas ventajas? Y lo que era aún más importante, ¿podría afrontar las deudas que había contraído?

Hay que dar a esos interrogantes una respuesta negativa. Por otra parte, los flamencos no creyeron realmente que Eduardo les apoyaba; parecía que había estado utilizándolos para sus propios fines. Así, la actividad militar que comenzó en Flandes en 1339 tuvo escasas consecuencias. En enero de 1340, Eduardo asumió formalmente el título de rey de Francia (que ya había reclamado en 1337), tal vez para que sus aliados flamencos sintieran que podían apoyarle legalmente frente a su señor tradicional, el rey de Francia. El 24 de junio, Eduardo consiguió la primera victoria destacada de la guerra en la batalla naval que se libró en Sluys (L'Écluse en francés) en la desembocadura del río Zwyn, y en la que una flota francesa más numerosa fue diezmada por la táctica superior de los ingleses y por saberse adaptar mejor a las circunstancias. Pero, aunque esa victoria puso fin a la amenaza de una posible invasión francesa de Inglaterra, en realidad no reportó grandes ventajas inmediatas a los ingleses. Tampoco hubo grandes progresos en los enfrentamientos en tierra y, por otra parte, aquellos a quienes se les había prometido la generosidad inglesa exigieron lo que creían que se les debía. Ante la negativa de Eduardo le abandonaron, obligándole a firmar una tregua con los franceses en Espléchin, cerca de Tournai, el 25 de septiembre de 1340.

A pesar de haber resultado vencedor en una batalla naval, Eduardo regresó a Inglaterra profundamente desengañado. En 1338 había publicado las llamadas «Ordenanzas Walton» para conseguir recaudar fondos de forma más eficaz. De regreso a Inglaterra trató de encontrar una cabeza de turco para su evidente fracaso, destituyendo a su tesorero y canciller que, según afirmaba, no le había prestado el apoyo que necesitaba y merecía y atacando a John Stafford, arzobispo de Canterbury, a quien creía responsable del fracaso. Anteriormente, Eduardo III había llegado ya a la conclusión de que la guerra era cara y que su política de recompensar económicamente a los príncipes para que actuaran en su favor contra los franceses no era el procedimiento más adecuado. Era necesario encontrar otros métodos.

Ese proceso no le llevó mucho tiempo. Pronto dejó de depender

de posibles aliados. En 1341, Inglaterra y Francia encontraron una nueva causa y un nuevo teatro de operaciones para seguir enfrentándose. En abril murió Juan III, duque de Bretaña, dejando dos posibles herederos, su hermanastro Juan de Montfort y Carlos de Blois, cuyos derechos al ducado procedían de Juana, sobrina del último duque. Cada uno de los pretendientes buscó la ayuda de los dos reyes rivales. Montfort recibió la promesa de que obtendría el condado de Richmond y buscó la intervención activa de los ingleses en Bretaña para defender sus derechos, mientras que Carlos de Blois consiguió el apoyo de Felipe VI. La guerra entre ambos se iba a prolongar durante unos veinte años, hasta 1364. Si bien los detalles de este conflicto resultan secundarios en el episodio central que estamos considerando, lo cierto es que su importancia fue considerable. Tenemos ahí, menos de un año después de que llegara a su fin la «extraña guerra» en el nordeste, un perfecto *casus belli* que era importante para cada una de las partes en el conflicto más general. Por lo que respecta al monarca francés, no podía dejar pasar la oportunidad de ejercer un mayor control sobre Bretaña, con sus salidas al mar. En cuanto a Eduardo III, la posibilidad de establecer a un gobernante «cliente» en un ducado estratégicamente situado (por cuyas costas habría de pasar todo el tráfico militar y comercial inglés hacia y desde Aquitania y el occidente de Francia) era también un objetivo político importante. Además, proporcionaba a los ingleses una puerta de entrada en Francia: las tropas podían desembarcar en la península bretona en su marcha hacia el interior de Francia y se hacía más factible la posibilidad de un ataque más coordinado desde puntos distintos. Tanto Francia como Inglaterra tenían razones de peso para intervenir en Bretaña. En el otoño de 1342 lo hizo el propio Eduardo III, ocupando diversas zonas del ducado y situando soldados ingleses en muchos de los castillos y guarniciones, incluido Brest, puerto que iba a permanecer en manos amigas durante gran parte de los cincuenta años siguientes.

El conflicto se extendía poco a poco. A fin de evitar la escalada de la guerra, el papa Clemente VI convocó a ambos bandos a celebrar una conferencia en Aviñón en octubre de 1344. Sin embargo, pronto se hizo evidente que el abismo que existía entre franceses e ingleses era muy profundo. Para los ingleses ningún acuerdo era posible sin que se tuvieran en cuenta los derechos de su monarca a la corona de Francia, pretensión que podía ser compensada por la con-

cesión de otros territorios de Francia, sobre los que se había de conceder plena soberanía. Por su parte, los franceses exigían que se tuviera en consideración el reciente compromiso feudal de 1327.[4] Si cedían territorios a cambio de la rendición de Aquitania, esos territorios tendrían que depender de la corona de Francia, que los cedería como feudos. En este contexto no es extraño que las conversaciones no llegaran a buen puerto. No es sorprendente en absoluto que la obtención de la corona de Francia se convirtiera en un aspecto tan importante de la política militar de Eduardo III.

El monarca no tardó en regresar a Francia. En julio de 1346 desembarcó en Normandía con un ejército de unos quince mil hombres. En esta empresa contaba con el apoyo de uno de los principales «disidentes» normandos, Godofredo de Harcourt, que encarnaba la insatisfacción del ducado por la forma en que era gobernado por el monarca Valois. Eduardo apenas encontró oposición. La gesta más destacable fue la ocupación de Caen, que cayó a finales de julio y que, según el cronista Froissart, proporcionó un gran botín que fue conducido por el río Orne hasta la costa, donde se embarcó hacia Inglaterra. El rey inglés continuó su avance hacia el este y llegó hasta escasos kilómetros de París antes de poner rumbo al norte hacia el canal de la Mancha. Fue en el camino cuando le sorprendió el ejército francés en Crécy-en-Ponthieu, donde se libró una de las primeras grandes batallas en tierra de la guerra, el 26 de agosto de 1346.

¿Acaso Eduardo III había planeado, de hecho, enfrentarse con el ejército francés? Es posible, aunque no podemos asegurarlo. Sin duda, sus tácticas invitaban a los franceses a alcanzarlo y desafiarlo. Sin embargo, en 1340 Felipe VI estaba demostrando ya su maestría en la táctica que utilizarían los franceses en los años venideros, la de evitar el contacto directo con el enemigo. La cuestión era hasta qué punto se podía permitir que continuara esa política de inactividad. La táctica militar de los ingleses, la de la *chevauchée*, el ataque protagonizado fundamentalmente por la caballería (las tropas gozaban, así, de una total movilidad) a lo largo de la campiña enemiga, con el objetivo de saquear sus propiedades y destruir las cosechas creando una atmósfera de inseguridad, no podía continuar mucho tiempo

4. Véase el trabajo de J. J. N. Palmer, «The war aims of the protagonists and the negotiations for peace», *The Hundred Years War*, ed. Fowler, pp. 51-74, especialmente valioso para el siglo XIV.

sin que se intentara atajar, pues minaba (a ello iba dirigida) la autoridad del rey de Francia, responsable de la defensa de su pueblo. ¿Hasta cuándo podría seguir ignorando el monarca francés al enemigo que se hallaba en su propia casa? Estas fueron las circunstancias que impulsaron a Felipe VI, que no carecía de habilidad y experiencia militar, a enfrentar y, si era posible, derrotar al monarca inglés y a sus aliados normandos. Sus intentos se saldarían con un fracaso total. Aunque fatigado y falto de provisiones, el ejército inglés tenía varias ventajas: una buena posición defensiva, un mando único y unas tropas que ya habían demostrado su valía en la lucha contra los escoceses, una combinación de arqueros y soldados de infantería frente a los que, en las condiciones del momento, nada podían hacer la caballería francesa y los ballesteros de sus aliados genoveses.

Lo cierto es que Felipe VI tuvo que huir del campo de batalla, con su reputación personal deteriorada. Sin embargo, ese mismo día conocería el ascenso a la fama de otro hombre, Eduardo, el hijo primogénito del rey de Inglaterra, conocido desde la época Tudor como el Príncipe Negro, cuyo valor y conducta caballeresca le habían hecho merecedor de la admiración general. Pero la batalla de Crécy no supuso el final de la campaña. Los ingleses, fortalecidos con su victoria, avanzaron hasta Calais, que en ese momento pertenecía todavía a los franceses. La plaza fue sitiada y durante varios meses, incluido el invierno, la tenaza inglesa fue cerrándose más y más. Los intentos de los franceses por aliviar la presión fracasaron y el 4 de agosto de 1347, después de casi un año de bloqueo por tierra y por mar, Calais cayó en manos de Eduardo III. Fue este el primero de muchos asedios que iban a ser característicos de la guerra. La conquista de Calais permitió a Inglaterra poner el pie en la costa septentrional de Francia, facilitando así el tráfico de productos comerciales y ejércitos o, como lo expresaría en el siglo siguiente el emperador electo Segismundo, se trataba de un nuevo ojo para acompañar al otro, Dover, en la custodia de los estrechos.

Mientras se producía el sitio de Calais, los escoceses atacaron el norte de Inglaterra en respuesta a un llamamiento de los franceses. En octubre de 1346 fueron derrotados por las fuerzas defensivas de la región en Neville's Cross, cerca de Durham, y el rey de Escocia, David II, fue hecho prisionero. Por otra parte, en julio de 1347 Carlos de Blois, pretendiente francés al ducado de Bretaña, fue también hecho prisionero en el campo de batalla por sir Thomas Dag-

worth. Al igual que David II, fue enviado a la Torre de Londres como prisionero. La campaña militar de 1346-1347 iba a quedar en el recuerdo de los ingleses. Resultó un final adecuado para lo que había sido el primer período de lucha continua en la guerra.

En ese momento entró en liza un factor que podría ser considerado como una intervención divina. En 1348 la peste bubónica, conocida como la Peste Negra, asoló Europa por primera vez y progresó con rapidez dadas las pobres condiciones higiénicas y la situación de hambre y malnutrición. Se extendió por toda Francia y al año siguiente golpeó de forma dramática a Inglaterra y Gales, alcanzando Escocia en 1350. Luego, durante aproximadamente un decenio, sus efectos decrecieron considerablemente. De todas formas, había sido un golpe lo bastante fuerte como para interrumpir la guerra casi por completo. Si se tiene en cuenta que Inglaterra perdió aproximadamente una tercera parte de su población en esos años críticos, es comprensible que se interrumpiera la actividad militar. Tampoco en Francia existía un fuerte deseo de seguir adelante con las operaciones militares. En esas circunstancias murió Felipe VI en agosto de 1350. Si los primeros años de su reinado habían sido positivos para Francia, lo cierto es que en los últimos años el monarca había sufrido importantes reveses. ¿Sería más positivo el reinado de su hijo, Juan, que hasta el momento no había tenido éxito alguno en su lucha contra los ingleses en el sudoeste de Francia?

No parecía que eso fuera posible. Cuando en 1353 y 1354 los negociadores comenzaron a trabajar de nuevo, esta vez en Guines, cerca de Calais, los ingleses plantearon una serie de exigencias que Francia parecía en principio dispuesta a conceder: la cesión de Aquitania, Maine, Anjou y Turena, además de otros territorios, que quedarían bajo la soberanía inglesa. Sin embargo, en el último momento, cuando se trataban los últimos detalles del acuerdo en la corte papal, los franceses se echaron atrás: no era posible hacer esas concesiones, que suponían no sólo la cesión de territorios sino también de principios. Sin embargo, los franceses se hallaban a la defensiva. En Normandía era cada vez mayor la oposición a la corona (que ya se había manifestado en la ayuda que Godofredo de Harcourt prestara a Eduardo III en 1346). Los problemas se agravaron con la intervención de Carlos, rey de Navarra, conde de Evreux y cuñado del rey Juan II, quien al igual que Eduardo III aspiraba a la corona de Francia como descendiente de los Capeto por línea femenina. El rey

Juan se veía ahora enfrentado a dos rivales que, durante los próximos años, actuaron en connivencia contemplando la posibilidad de repartirse el reino de Francia. En el otoño de 1355 el Príncipe Negro encabezó una expedición desde Burdeos hacia la costa mediterránea de Francia. Esta *chevauchée* se saldó con un éxito notable: el botín conseguido fue muy importante y el rey de Francia se vio desafiado una vez más en su propio territorio.

El mes de abril siguiente, Juan II, temiendo que el delfín Carlos, que era duque de Normandía, estuviera conspirando contra él con miembros del partido navarro y con otros elementos, se trasladó secretamente a Ruán y, mientras el delfín se hallaba cenando con sus invitados, detuvo a algunos de ellos y les hizo ejecutar inmediatamente. La tensión política, tanto entre el rey y su heredero como entre los diversos grupos políticos, creció rápidamente. En el verano de ese mismo año (1356) los ingleses planearon un triple ataque contra Francia. El Príncipe Negro avanzaría desde Burdeos hacia la zona del norte y centro del país; Enrique, duque de Lancaster, atacaría desde Normandía y Eduardo III avanzaría también desde el norte. Durante tiempo ese múltiple ataque fue considerado posible, pero no se llevó a cabo, quedando sólo el Príncipe Negro al frente de un ejército con un importante botín en el centro de Francia. Por segunda vez los franceses trataron de alcanzar a los ingleses. Esto ocurrió cerca de Poitiers a mediados de septiembre y durante dos días los representantes del papa actuaron como intermediarios entre las dos fuerzas con la esperanza de conseguir un acuerdo. Pero sus esfuerzos fueron en vano y el 19 de septiembre entraron en lucha los dos ejércitos. Al atardecer, los franceses, que carecían de arqueros, habían sido derrotados por un ejército que, aunque inferior numéricamente, había gozado una vez más (como en Crécy) de una sólida posición defensiva y de lo que parecía una combinación invencible de soldados con arcos largos y jinetes desmontados de sus caballos. No debemos olvidar tampoco los errores que cometieron los franceses, que les llevaron a perder rápidamente cualquier ventaja de que pudieran gozar. Para colmo de males, su rey fue hecho prisionero durante la batalla. Un segundo monarca pasó a tener como residencia la Torre de Londres. No ha de extrañar que la población de la capital se mostrara entusiasmada.

En Francia, la autoridad y el prestigio de la corona habían entrado en crisis. Dos grandes derrotas en diez años, seguidas del apresa-

miento del rey, desencadenaron la rebelión en Normandía y conflictos civiles en París que desembocarían en actos de violencia. La autoridad real se veía desafiada no sólo por los príncipes sino también por una amenaza de otra índole cada vez más apremiante, la existencia de un contingente cada vez más numeroso de soldados a sueldo o *routiers*, que estaban convirtiéndose en una fuerza característica en la sociedad francesa, reflejando la postura vacilante de la autoridad legalmente establecida. Aunque el delfín, Carlos, que asumió el poder en lugar de su padre, demostró ser un gran dirigente y un hombre de valor, no parecía tener otras posibilidades que negociar sin hacer excesivas concesiones, dadas las circunstancias. ¿Qué términos intentarían imponer los ingleses y qué podían esperar conseguir los franceses?

Las negociaciones fueron largas, extendiéndose, con intervalos, desde 1358 a 1360. En mayo de 1358 los franceses acordaron ceder Aquitania junto con otros territorios que suponían, en total, una tercera parte del reino y pagar, además, cuatro millones de coronas por el rescate de su rey. Un año después, Eduardo III, que sólo había recibido una parte de la suma prometida, exigió y consiguió nuevas concesiones: todo cuanto se le había prometido en 1358 junto con Normandía, Maine, Anjou y Turena, también con soberanía plena. Sin embargo, en Francia, el consejo se negó a realizar esas concesiones que había hecho el rey Juan desde su cautiverio en Londres y a finales de 1359 Eduardo partió hacia Francia con un gran ejército para comprobar hasta qué punto podía ser persuasiva una demostración de fuerza. La expedición se saldó con un fracaso militar pero condujo al tratado de Brétigny de mayo de 1360, que reportó a Eduardo los territorios que le habían sido cedidos en 1358 con un rescate reducido a tres millones de coronas de oro. Otras dos cláusulas iban a tener una importancia vital. Eduardo aceptó a renunciar a sus derechos sobre la corona francesa mientras que Juan abandonaría su exigencia de soberanía sobre los territorios cedidos a los ingleses. Más tarde, en una reunión celebrada en Calais en el mes de octubre, las dos cláusulas fueron suprimidas, constituyendo un tratado separado cuya ejecución dependería de que se cumplieran aquéllas referentes a la cesión de territorios. Sólo entonces tendrían pleno vigor las cláusulas de Calais.

Con razón se afirma muchas veces que el tratado de Brétigny fue el momento en que, por primera vez, ambas partes decidieron inte-

rrumpir los enfrentamientos y plasmar esa voluntad formalmente en un tratado, uno de los más importantes de toda la guerra. En base a las concesiones realizadas por los franceses, el tratado puede ser interpretado como un éxito para los ingleses, aunque los historiadores no siempre están de acuerdo sobre este punto. Es cierto que el fracaso de Eduardo en la expedición de 1359-1360 (en el curso de la cual no pudo ocupar Reims, donde eran coronados los monarcas franceses, y tampoco París, la capital) le obligó a renunciar a las importantes concesiones territoriales que había conseguido en 1359, incluyendo Normandía y los territorios angevinos del centro y el oeste de Francia. En cambio, iba a ver ampliadas sus posesiones en Aquitania, con plena soberanía, la «libertad perpetua» que había comunicado al Príncipe Negro que exigiera a su prisionero real en 1357 y que haría desaparecer de un plumazo la amenaza de confiscación.

El hecho de que aceptara renunciar a su derecho a la pretensión más importante —la corona de Francia— a cambio de la concesión en la cuestión de la soberanía pone de relieve cuáles eran las prioridades de Eduardo III en 1360. Sin embargo, las renuncias que se eliminaron del cuerpo central del tratado nunca llegaron a hacerse efectivas. En consecuencia, los franceses podrían volver a plantear en el futuro su exigencia de soberanía sobre Aquitania y los ingleses podrían hacer lo mismo respecto a la corona de Francia. La importancia de este punto no podía ser ignorada.

¿Cuáles habían sido las características principales y el desarrollo de este primer período de la guerra? No sin razón se ha considerado tradicionalmente que los años transcurridos hasta 1360 constituyen un período desfavorable para Francia: la iniciativa estuvo básicamente en manos de los ingleses, mientras que Francia se mantuvo a la defensiva. De esta forma Eduardo III pudo ampliar las zonas implicadas directamente en la guerra y beneficiarse de ello utilizando puntos de desembarco en diferentes partes de la costa francesa. El escenario de la guerra se amplió lentamente, hecho que, paradójicamente, iba a resultar ventajoso para los monarcas de Francia en su intento, no siempre exitoso, de unir a toda la población en un esfuerzo de guerra común contra los ingleses. En efecto, al extenderse el conflicto, las exigencias fiscales de la corona francesa para poder hacer frente a la guerra se ampliaron justificadamente. En la segunda mi-

tad del siglo XIV eran pocos los franceses que podían afirmar no estar implicados en la lucha de una u otra forma.

Las consecuencias en la política interna fueron considerables y lógicamente distintas. En Inglaterra, las necesidades de guerra (por lo que respecta a las exigencias económicas y de aprovisionamiento) provocaron una crisis importante en los años 1338-1341. Posteriormente, Eduardo III, tras aprender más de una valiosa lección política, consiguió intensificar la cooperación con su pueblo, en especial con la nobleza, espíritu alentado por las dos notables victorias de Crécy y Poitiers. Por contra, en Francia, a pesar de conseguir unos primeros éxitos, la posición personal tanto de Felipe VI como de Juan II sufrió un grave deterioro. Ambos conocieron la derrota y uno de ellos fue hecho prisionero convirtiéndose así, en un sentido totalmente real, en una carga nacional. La ausencia de un liderazgo fuerte exacerbó esos desastres y la nobleza francesa fue sometida a duras críticas por no haber protegido al reino y a su población en el momento en que ello era necesario. La crisis de la autoridad real fue subrayada por las intervenciones de Carlos de Navarra en Normandía. En la misma medida que Eduardo III, el rey navarro constituyó un desafío para la autoridad civil y militar de los sucesivos monarcas franceses, cuyo poder era demasiado débil, por el momento, para poder hacer algo al respecto. La existencia de los *routiers* fue otro aspecto del mismo problema. El reino de Francia se estaba convirtiendo en el teatro de operaciones de los soldados de fortuna europeos.

1360-1396

No obstante, no había razones de peso para que Francia no pudiera recuperarse. El tratado de Brétigny supuso una paz relativa para Inglaterra y Francia. Cuando menos habían terminado las hostilidades abiertas. Pero quedaban todavía problemas por resolver. Uno de ellos era que, como consecuencia de la transferencia de territorios de uno a otro bando, muchos ciudadanos se encontraban sometidos a un nuevo señor y algunos rechazaban esa situación. Un problema más serio era el que planteaban los soldados que, acostumbrados a la lucha y a los atractivos de la guerra, se encontraban sin ocupación. En el decenio de 1350 la lucha había sido escasa en un sentido «oficial», pero durante esos años se habían incrementado,

en número y en tamaño, los contingentes de soldados que aunque a veces trataban de encontrar empleo en la esfera local, con frecuencia vagabundeaban por la campiña en busca de aventura y de las fáciles ganancias que reportaba la guerra. La paz hizo que su número se incrementara. Desde luego, los soldados que regresaban del frente causaron a las autoridades inglesas más de un quebradero de cabeza y en 1360 los justicias del país recibieron la orden de velar por el mantenimiento de la paz. Muchos ingleses permanecieron en Francia y se integraron en las bandas de soldados dispuestos a servir a quien quisiera dirigirlos o contratarlos. No tardó en hacerse evidente el peligro que representaban. El 6 de abril de 1362 esos *routiers* derrotaron a un ejército real en Brignais, en el valle del Ródano. Otros entraron al servicio de Carlos de Navarra y contribuyeron a extender el desorden en Normandía y en las zonas circundantes. Sin embargo, el 16 de mayo de 1364 otro ejército comandado por Bertrand du Guesclin, un bretón que había estado al frente de esas tropas antes de entrar al servicio del monarca, derrotó al ejército navarro, con la ayuda de algunos ingleses, en Cocherel, en el sudeste de Normandía. Este acontecimiento fue muy importante por cuanto se produjo tras la muerte del rey Juan II en Inglaterra, donde estaba todavía prisionero, en el mes de abril. Cocherel supuso un golpe importante en favor de la autoridad real, asestado por un ejército comandado por un hombre de indudable habilidad y experiencia. Vengada así la derrota de Brignais, Carlos V, que acababa de suceder a su padre en el trono, pudo ser coronado como un hombre feliz.

Cocherel supuso un avance en la dirección correcta, pero se vio en parte contrarrestado, a no tardar, por la victoria de los montfortistas —que gozaron del apoyo inglés— en la batalla de Auray, en el sur de Bretaña, el 29 de septiembre de 1364, en la que resultó muerto Carlos de Blois, mientras que Du Guesclin era hecho prisionero, y no por última vez. Este acontecimiento permitió la solución formal de la sucesión bretona después de más de veinte años de guerra intermitente Al mismo tiempo, sirvió para incrementar el número de soldados que estaban libres para intentar ganarse el sustento luchando en otra parte. Sin embargo, pronto se encontró en la península Ibérica una solución a lo que estaba convirtiéndose en un problema endémico. El hecho de que coincidieran en el tiempo unas fuerzas que no podían encontrar empleo legal como soldados y el duro conflicto por la sucesión al trono de Castilla fue causa de que

la guerra se trasladara a España y, algunos años más tarde, también a Portugal, aunque sólo durante un breve período. En 1361, Enrique de Trastámara, pretendiente al trono de Castilla, tuvo que exiliarse en Francia, donde comprendió las ventajas que podía reportar la utilización de unos soldados que ya no podían luchar en Francia, donde la guerra se había visto interrumpida. Al año siguiente, Pedro, hermanastro y rival de Enrique, era plenamente consciente del peligro y en su intento de conseguir aliados negoció un tratado defensivo con Eduardo III. En 1365-1366, cuando Pedro se vio en la necesidad de enfrentarse con Enrique que, apoyado en un ejército de más de 10.000 hombres comandado por Du Guesclin, había asumido el título de monarca de Castilla, trató de hacer operativa la alianza. La posibilidad de una asociación activa entre los reyes de Francia y de Castilla debió de preocupar a los ingleses en Burdeos. Además, estaba en juego otro factor fundamental, la utilización de la flota castellana, tal vez la mejor de Europa, con la que muy especialmente los franceses podrían dar un gran impulso a los esfuerzos bélicos en el mar. Eso era algo que los ingleses tenían que tratar de evitar a toda costa. Respondiendo a la llamada, el Príncipe Negro organizó un ejército y al comenzar la primavera de 1367 penetró en el norte de España a través de Navarra, cuyo rey, Carlos, había contado recientemente con la ayuda inglesa en Normandía. El 3 de abril su ejército, unido al del rey Pedro, se enfrentó a los franceses y a Enrique de Trastámara en Nájera. Du Guesclin fue hecho prisionero por los ingleses por segunda vez y su ejército fue desmembrado. El Príncipe Negro acababa de conseguir la tercera —y última— gran victoria de su carrera.

Contra lo que creen algunos historiadores, la campaña desarrollada en España no fue un episodio secundario.[5] Reflejaba el problema, cada vez más grave, del excedente de mano de obra una vez que la paz se había impuesto en un escenario fundamental de la

5. Perroy (*The Hundred Years War*, p. 157) la calificó como «la comedia castellana», no haciendo justicia a su importancia. Su verdadero significado fue subrayado por P. Russell, *The English intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955, y recientemente por K. Fowler, «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361-vers 1379)», *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, ed. Adeline Rucquoi, Valladolid, 1988, pp. 23-55.

guerra. Sirvió también para mostrar que la Guerra de los Cien Años no era ya tan sólo un conflicto entre Inglaterra y Francia; otros países se veían ya implicados en él, a veces con consecuencias fuera de la península. En 1368, Enrique regresó a Castilla para intentar hacer valer su pretensión una vez más. Para ello contó con la ayuda de los franceses, que necesitaban imperiosamente la ayuda que pudiera prestarles la flota castellana, con base en Sevilla, en su guerra con Inglaterra. Para entonces, Pedro había conseguido más apoyos que en los años anteriores y para Enrique no iba a ser tarea fácil ver cumplida su ambición de conseguir la corona. Finalmente, lo consiguió por medio de un asesinato: el 23 de marzo de 1369, Enrique asesinó a Pedro en Montiel con sus propias manos. No deja de ser significativo que no sólo Du Guesclin sino también otros jefes mercenarios estuvieran presentes en esa ocasión. La derrota sufrida en Nájera había sido vengada y Enrique había conseguido variar por completo sus consecuencias.

La intervención del Príncipe Negro en España iba a causa no pocos problemas a Inglaterra, que se había comprometido a apoyar a Pedro a cambio de una compensación económica. Sin embargo, lo cierto es que en el momento de su muerte, Pedro aún no había satisfecho su deuda con los ingleses. Ello situó al Príncipe Negro en graves dificultades económicas y políticas.

Fuertemente endeudado con algunos miembros de su nobleza y con diversos capitanes *routiers* y abandonado por su aliado castellano, tuvo que buscar refuerzos financieros para pagar su expedición española. Sus peticiones de dinero en Aquitania encontraron fuerte resistencia pues la expedición no había reportado beneficio alguno al ducado. Juan de Armagnac, apoyándose en la renuencia de los estados, reunidos en Angulema, a contribuir a su parte de un impuesto, se negó a permitir que fuera recaudado en sus territorios, alegando antiguos privilegios de carácter local. Cuando el Príncipe Negro anunció que tomaría medidas contra él, Armagnac apeló a Eduardo III y al recibir una respuesta desfavorable, recurrió al rey de Francia, Carlos V. En esa iniciativa se le unió su sobrino, el señor de Albret, que albergaba idénticos agravios contra el Príncipe Negro.

Carlos V no podía dejar de responder al llamamiento de Albret y Armagnac. Desde el punto de vista legal parecía estar en disposición para intervenir por cuanto no había renunciado en 1360 a su

derecho a ejercer la soberanía en Aquitania. Sin embargo, deseoso de actuar correctamente, Carlos buscó el mejor asesoramiento que podía obtener consultando a eminentes juristas de los centros jurídicos de Bolonia, Montpellier, Orleans y Toulouse. La opinión de esos especialistas fue que Carlos estaba en disposición de poder atender las peticiones que le habían hecho. En diciembre de 1368 anunció que actuaría en este sentido. En junio de 1369 Eduardo III respondió asumiendo de nuevo el título de «rey de Francia». A finales de ese año, en el mes de noviembre, el rey francés confiscó Aquitania. Los dos reinos estaban nuevamente en guerra.

Las luchas que se desarrollaron en el decenio de 1370 tuvieron un carácter muy diferente de las de las décadas anteriores y sus consecuencias fueron más dramáticas. Francia estaba preparada y emprendió el ataque casi de forma inmediata. Una mirada al mapa de la página 14 muestra que la Aquitania ampliada que los ingleses tenían que defender poseía fronteras muy largas, vulnerables a las fuerzas reducidas y móviles con que contaban ahora los franceses y que utilizaron con excelentes resultados. En 1371 el Príncipe Negro, enfermo, abandonó la ingrata tarea de gobernar Aquitania y la dirección del ejército inglés se fragmentó. Por otra parte, las fuerzas inglesas, cuando fueron enviadas a Francia, no se enfrentaron adecuadamente con el enemigo, La utilización de tácticas fabianas por los franceses frustró a los ingleses que gastaron grandes sumas en la guerra con muy escaso resultado. En el decenio de 1370, Inglaterra no tuvo en cuenta las graves implicaciones de esta guerra fundamentalmente defensiva, de forma que las *chevauchées* de sir Robert Knolles en 1370 y de Juan de Gante, tercer hijo de Eduardo III, en 1373 sólo permitieron alcanzar muy escasas ventajas militares. Los días de Crécy y Poitiers pertenecían al pasado.

Poco a poco, la iniciativa francesa comenzó a dar sus frutos cuando sus ejércitos «reocuparon» primero las zonas cedidas mediante tratado y a continuación una gran parte del ducado de Aquitania. En 1371, Carlos V y Carlos de Navarra llegaron a un acuerdo. En Bretaña, pese al éxito de los ingleses en Auray, sus oponentes expulsaron al duque Juan IV de su ducado. En el mar, la alianza franco-castellana, sellada a raíz de los acontecimientos ocurridos en España entre 1366 y 1369, comenzó a tener consecuencias. En el verano de 1372 una flota inglesa fue derrotada por las galeras castellanas en las proximidades del puerto de La Rochelle y numerosos soldados

ingleses fueron conducidos como prisioneros a España. Para algunos, la guerra comenzó a librarse mucho más cerca de sus hogares cuando los franceses (ayudados por sus aliados castellanos) comenzaron de nuevo a atacar y saquear ciudades y aldeas de la costa sur de Inglaterra, ataques que perturbaron, entre otras cosas, las actividades legítimas de los pescadores ingleses. Como no podía ser de otra forma, esta ausencia de éxitos provocó una gran conmoción en Inglaterra, acostumbrada más a la victoria que a la derrota. A las protestas de 1371 siguieron nuevos estallidos en 1376 en el llamado «buen Parlamento», cuyos miembros sospechaban que, en algunos casos, el deseo de obtener ventajas personales había prevalecido sobre el interés nacional. En medio de todos estos acontecimientos moría el Príncipe Negro en junio de 1376. Un año después fallecía también su padre.

Como lo atestiguan los testimonios escritos contemporáneos este fue el triste fin de un período glorioso en la historia de Inglaterra. Ante los sucesivos fracasos de los ingleses, la guerra se dilucidaba ahora en términos favorables a los franceses, poniéndose el énfasis en la interpretación feudal del tratado de Brétigny. Una vez más, los emisarios papales desempeñaron un papel de primera importancia en las conversaciones y en esta ocasión se encontró una posible salida. Se propuso que Juan de Gante se convirtiera en un príncipe francés manteniéndose, a través de él, el vínculo con Inglaterra y la familia real inglesa, al tiempo que se superaba la objeción fundamental planteada por los ingleses, en el sentido de que su rey no fuera vasallo del rey de Francia. Si el plan fracasaba sería como consecuencia de las ambiciones personales de Juan de Gante en España, donde, en su condición de esposo de Constanza de Castilla, hija del rey Pedro y de María de Padilla, defendía el derecho de Pedro al trono de ese país. Por el momento, la guerra continuaba su curso.[6]

Otra serie de factores y acontecimientos complicaron la situación. En Inglaterra, la muerte de Eduardo III situó en el trono a su nieto, Ricardo II, único hijo superviviente del Príncipe Negro. Ricardo resultó ser un monarca sumamente enigmático. Hay que tomar en consideración dos factores. En primer lugar, era muy joven —sólo tenía diez años de edad— cuando accedió al trono. Además, debido a su escasa edad, no había conocido los días gloriosos de las victo-

6. Palmer, «War aims», p. 63.

rias inglesas en Francia, aunque esos triunfos habían sido fruto de la actuación de su padre y aunque él hubiera nacido en Burdeos poco antes de que su padre penetrara en España para obtener su victoria final. Como consecuencia de todo ello, Ricardo II se sentía mucho más inclinado a la paz que hacia la guerra: la guerra, afirmó ante el Parlamento en 1397, causaba un gran daño y una destrucción innecesaria en ambos reinos,[7] conclusión que sin duda alguna compartía su contemporáneo Carlos VI, que había sucedido a su padre en 1380, año que contempló también la muerte de Du Guesclin. En el caso de ambos monarcas tenía gran protagonismo la figura del tío, interesado en la prolongación del conflicto por intereses personales. Cada uno respondió a su manera a esa presión familiar. Ambos se mostraron favorables a la paz.

Es evidente que eran ya muchos los que así lo sentían. En los últimos años del decenio de 1370 y los primeros del de 1380 el orden del mundo, dislocado ya por la larga guerra, pareció sufrir una nueva perturbación. En 1378 estalló un cisma, ocasionado por una doble elección al papado, que dividió en dos a la Iglesia occidental. No sólo había dos papas sino dos centros de autoridad papal, Roma y Aviñón. Lo que era peor, Inglaterra y Francia apoyaban bandos opuestos en esta cuestión, de manera que el cisma, uno de los factores más importantes de la división de la cristiandad occidental en los años 1378-1417, acentuó también las divergencias políticas existentes entre los dos países. Es discutible si la Guerra de los Cien Años contribuyó a prolongar el cisma en la Iglesia, pero no hay duda de que endureció la actitud de las naciones francesa e inglesa. Los concilios eclesiásticos que se reunieron en las tres primeras décadas del siglo XV concedieron a cada una de las partes la oportunidad de buscar apoyo a su actitud ante la guerra en el resto de la cristiandad. Podemos decir que el cisma contribuyó trágicamente a polarizar unas actitudes cada vez más nacionalistas respecto a la guerra.

También se produjeron conflictos internos. El verano de 1381 contempló el estallido de una revuelta de campesinos en Inglaterra, insurrección contra el poder político en la que influyeron con toda probabilidad la incapacidad (¿o falta de voluntad?) de la administra-

7. M. McKisack, *The fourteenth century, 1307-1399*, Oxford, 1959, p. 475, n. 3, en donde cita *Rotuli parliamentorum*, III, 338.

ción real para defender adecuadamente la costa del sur de Inglaterra frente a las incursiones realizadas por Francia y por Castilla, cada vez más frecuentes e intensas. En junio de 1382 hubo tumultos en Ruán, provocados en parte por una reacción frente a las exigencias fiscales de la corona, que fueron sofocados con energía. Esos acontecimientos hicieron probablemente que Carlos VI perdiera amigos y apoyos en Normandía, región que exigía todavía la mayor atención por parte de la autoridad real en París. En 1380 fue Thomas, conde de Buckingham, tío de Ricardo II, quien encabezó lo que sería la última expedición inglesa en Francia en el siglo XIV, mientras que en 1383 las divisiones religiosas de Europa fueron subrayadas por el envío de una fuerza expedicionaria a Flandes dirigida por Henry Despenser, obispo de Norwich, en forma de cruzada.[8] Ninguna de ellas tuvo consecuencias importantes. En 1386, Inglaterra pudo considerarse afortunada al no sufrir una invasión desde Francia, planeada por el tío del rey, Felipe, duque de Borgoña, con apoyo no sólo de Bretaña y Flandes sino también de una gran parte del reino de Francia.

Además, Inglaterra, apoyando las ambiciones de Juan de Gante en Castilla, se veía envuelta todavía en la guerra en la península Ibérica. Entre 1371 y 1387, Juan de Gante, apoyado por los portugueses, representó la oposición a Enrique II de Castilla. En junio de 1373 se acordó un tratado de ayuda militar mutua entre Inglaterra y Portugal, tratado que apenas influyó en el curso de los acontecimientos en la península Ibérica y que no impidió que las galeras castellanas atacaran la costa meridional de Inglaterra, especialmente entre 1377 y 1379. No obstante, en agosto de 1385 unos 500 arqueros ingleses estaban integrados en el ejército portugués en el curso de la victoria que el monarca portugués João I consiguió sobre los castellanos en Aljubarrota. Al año siguiente, Inglaterra y Portugal sellaron una alianza militar y dinástica en Windsor y Juan de Gante dirigió personalmente una expedición contra Castilla en Galicia, antes de casar a su hija Felipa con el rey portugués. La expedición fracasó. Juan de Gante obtuvo una compensación económica pero abandonó su ambición de dar contenido real al título de «rey de León y Castilla» que poseía desde 1372. Para entonces, Inglaterra había

8. N. Housley, «The bishop of Norwich's crusade, May 1383», *HT*, 33 (mayo 1983), pp. 15-20.

puesto fin a lo que algunos cronistas llamaban la «vía española» *(voie d'Espagne)*. Sólo la alianza anglo-portuguesa tenía futuro. Vigente todavía en la actualidad, se convertiría, «de hecho, en la alianza más duradera que haya conocido el mundo».[9]

Pero en los últimos años del decenio de 1380 y a pesar del espíritu agresivo que demostraba una gran parte de la nobleza a ambos lados del canal y de la participación personal de Ricardo II en una expedición en 1385 contra los escoceses, que en ese momento recibían ayuda de Francia, la idea de la paz flotaba cada vez con más fuerza en el ambiente. En Inglaterra, las críticas contra la actividad militar por parte de John Wyclif, la oposición a la guerra que expresaban hombres de inclinaciones lolardas como William Swynderby y el cansancio provocado por tan largos años de conflicto, reflejado en algunas de las obras de Geoffrey Chaucer y John Gower,[10] son indicativos tanto de la reflexión de la población sobre la moralidad de la guerra y de la forma en que ésta se libraba, como de la aparente futilidad de permitir que continuara en esa situación sin que ninguno de ambos bandos adquiriera una ventaja real a pesar de los grandes costos humanos y económicos. Ese tipo de sentimientos se expresaban en Francia, donde el influyente cortesano Philippe de Mézières se preguntaba, en una serie de escritos con un cierto carácter polémico (uno de ellos una carta abierta sobre la paz dirigida a Ricardo II), si la larga guerra debía continuar.

Otros factores parecían impulsar un movimiento hacia la paz con el que ambos monarcas parecían simpatizar. Pese a todos los éxitos conseguidos, el esfuerzo militar francés de los decenios de 1370 y 1380 no había servido para desalojar a los ingleses de Francia, sobre todo en el sudoeste. Es cierto que al finalizar el largo reinado de Eduardo III sólo Burdeos, Bayona y una franja costera en esa región eran controlados de forma efectiva por la administración inglesa. De cualquier forma, lo cierto es que los ingleses seguían allí y parecían existir pocas posibilidades de que pudieran ser desalojados.

De esta forma se comenzó a perseguir la paz de manera formal. La fórmula posible, «la separación de Inglaterra y Aquitania y la

9. *600 Years of Anglo-Portuguese Alliance* (catálogo de una exposición que tuvo lugar en el British Museum de Londres, en junio-julio de 1973), p. 1.

10. V. J. Scattergood, «Chaucer and the French war: *Sir Thopas* and *Melibee*», «*Court and poet*, ed. G. S. Burgess, Liverpool, 1981, pp. 287-296.

creación de una dinastía inglesa en el ducado», ya había sido propuesta en 1377. En 1383 la proposición se concretó en un primer texto. Siete años después, en 1390, Ricardo II designó a su tío, Juan de Gante, como duque vitalicio de Aquitania, lo que fue una acción de buena voluntad y un paso en la dirección adecuada. Luego, en 1393 se alcanzó un acuerdo provisional en el que los ingleses obtenían la cesión de Calais (que ya estaba en su poder) y la zona de Aquitania al sur del río Charente (una gran parte del sudoeste de Francia que no estaba en su poder en ese momento), territorios todos ellos a los que Juan de Gante renunciaría en un futuro próximo. Ahora bien, el conjunto de la población no compartía las esperanzas de los monarcas y de los consejeros jurídicos. En abril de 1394 la población de una gran parte de esa zona se levantó manifestando su deseo de permanecer vinculada a la corona de Inglaterra. Pese a todos los esfuerzos, el bienintencionado plan de los negociadores fracasó como consecuencia de la actitud del conjunto de la población.[11]

El acuerdo había implicado unas ciertas ideas radicales respecto al legado histórico y legal de Aquitania. Se encontró la forma de superar diversos obstáculos sin ofender demasiados intereses. La paz se deseaba ardientemente y si no se podía conseguir sobre la base de los términos acordados había que buscarla por otros medios. Las negociaciones continuaron entre 1394 y 1396 y en marzo de 1396 los dos bandos acordaron una tregua de 28 años y el matrimonio de Ricardo II con una de las hijas de Carlos VI, Isabel, que aportaría una dote importante. Una vez más, aunque no se hubieran abordado los puntos fundamentales en litigio, los dos países estaban en paz y habían acordado permanecer en esa situación durante toda una generación.

1396-1422

El problema de conseguir una paz duradera había sido postergado. ¿Cuáles eran las posibilidades de que se mantuviera ese acuerdo temporal a la luz de la experiencia de treinta años antes? Ciertamente, algunos expresaban un cierto temor. En Francia, la autoridad de los duques que pretendían gobernar en lugar de Carlos VI, quien desde

11. Palmer, «War aims», pp. 64-65.

1393 sufría ataques intermitentes de una enfermedad mental que no le abandonaría hasta su muerte, ocurrida en 1422, contaba con el favor de un sentimiento nacionalista emergente que se mostraba partidario de la defensa enérgica de los intereses franceses. Cuando sólo habían transcurrido poco más de tres años desde la firma de la tregua, Ricardo II fue depuesto y asesinado, ocupando su lugar en el trono Enrique IV, hijo de Juan de Gante. La joven esposa de Ricardo, Isabel, que era mal vista en la corte inglesa, fue devuelta —pero sin su dote— a Francia, donde se despertaron encendidos sentimientos contra Enrique por haber depuesto al cuñado del monarca francés.

En esas circunstancias no es sorprendente que la tregua de 1396 no fuera nunca observada correctamente. Los franceses prestaron su apoyo a los escoceses, quienes desde el inicio del nuevo reinado provocaron problemas en el norte; por otra parte, en el oeste, en Gales, donde Owain Glyn Dŵr se iba a levantar contra el dominio inglés en 1400, se produjo un desembarco de tropas francesas que pudieron ser vistas incluso en la región de Herefordshire. Este comportamiento estaba al alcance de ambos bandos y lo cierto es que los ingleses atacaron la costa de Normandía en varias ocasiones entre 1400 y 1410. También durante esos años hubo una intensa actividad pirática en el canal, probablemente impulsada de forma consciente por ambos bandos.[12] Sin embargo, ninguna de las dos partes, tal vez debido a sus propias divisiones internas (que se iban a agravar en Francia conforme avanzaba el primer decenio de la nueva centuria) deseaba plantear problemas fundamentales. No parece que Enrique IV sintiera una ambición incontrolada por obtener la corona francesa y durante su reinado Aquitania quedó un tanto olvidada. La guerra se había trasladado hacia otros escenarios en el norte de Francia.

En 1411, a petición de Juan, duque de Borgoña, un pequeño ejército inglés participó en lo que estaba convirtiéndose en una guerra civil en Francia. En mayo de 1412 se firmó el tratado de Bourges entre Enrique IV y los duques de Berry, Borbón y Orleans, en el que el monarca inglés conseguía buena parte de aquello por lo que sus antecesores habían luchado durante años: el reconocimiento

12. C. J. Ford, «Piracy or policy: the crisis in the Channel, 1400-1403», *TRHistS*, 5.ª serie, 29 (1979), pp. 63-78.

de que Aquitania correspondía por derecho a Inglaterra y el compromiso de ayudar al rey a defenderlo; la cesión de veinte ciudades y castillos importantes y el acuerdo de que los franceses detentarían determinados territorios, en especial Poitou, en nombre de la corona inglesa, a la que retornarían cuando murieran sus poseedores en ese momento.[13]

Estas concesiones parecían de extraordinaria importancia; pero se realizaron en gran medida para garantizar la ayuda militar de los ingleses para una facción en su lucha frente a otra en una situación de guerra civil y difícilmente obtendrían gran apoyo, sobre todo porque el monarca Carlos VI no había participado en ese desmembramiento de su reino. Cuando los duques franceses firmaron la paz en Auxerre tres meses después, los únicos perdedores iban a ser los ingleses. Cuando Thomas, duque de Clarence y segundo hijo de Enrique IV, condujo una fuerza expedicionaria a Francia en agosto de 1412 con el propósito de forzar el cumplimiento de los términos del acuerdo establecido en mayo se encontró con una oposición sin fisuras. El duque de Clarence ante la imposibilidad de imponerse por la fuerza se dejó sobornar antes de regresar a Inglaterra a través de Burdeos, dedicándose al pillaje durante el trayecto. Pero en el texto del tratado de Bourges se reflejaban una serie de concesiones que podían ser consideradas cuando menos como perjudiciales, y en el peor de los casos como traicioneras, para la corona francesa. Enrique V recordaría al mundo esas concesiones al acceder al trono de Inglaterra en 1413.

Una vez rey, Enrique planteó duras exigencias a los franceses. Al año siguiente endureció aún más su postura exigiendo la corona de Francia, aunque luego se limitó a pedir los territorios que en otro tiempo estuvieran bajo dominio angevino: Normandía, Maine, Anjou, Turena, Aquitania (incluyendo Poitou, que era una parte de las concesiones realizadas por los duques en Bourges en 1412), junto con los importantes atrasos que se debían todavía por el rescate de Juan II y asimismo, siguiendo la costumbre ya bien establecida, la mano de la hija del monarca francés, en esta ocasión Catalina, hermana de Isabel, con la que Ricardo II había contraído matrimonio en 1396, junto con una dote. En 1415 se mostró dispuesto a acep-

13. J. H. Wylie, *History of England under Henry the Fourth*, 4 vols., Londres, 1884-1898, IV, pp. 68-69; R. Vaughan, *John the Fearless. The growth of Burgundian power*, Londres, 1966, pp. 94-95.

tar mucho menos: se conformaría con los términos legales y territoriales aprobados en Brétigny más de medio siglo antes y con una pequeña dote. Por el momento eso era lo máximo a lo que estaba dispuesto a llegar. Al rechazar los franceses sus condiciones, Enrique V decidió ir a la guerra, que gracias a su actividad diplomática había tenido tiempo para preparar. Lucharía contra el enemigo por no haber recibido justicia, lo cual le parecía una buena causa.

En agosto de 1415, un ejército inglés desembarcó en Normandía y comenzó de inmediato el asedio de Harfleur en la desembocadura del río Sena. La ciudad capituló seis meses después tras haber sufrido graves quebrantos como consecuencia de los bombardeos de la artillería inglesa. El problema era qué hacer a continuación. Probablemente contra el consejo de sus comandantes, Enrique V decidió avanzar hasta Calais, que se consideraba que estaba a una semana de distancia, con lo que quedaba de su ejército, diezmado por una enfermedad contraída durante el asedio. De hecho, los ingleses estaban superados tácticamente por el ejército francés. Sin embargo, el 25 de octubre de 1415, aunque superados en número, Enrique y su ejército, con su táctica tradicional basada en los arqueros y caballeros armados, derrotaron a los franceses en Azincourt. Los franceses, probablemente confiados en exceso en la victoria, cayeron en la trampa de realizar un ataque con la caballería bajo una auténtica lluvia de flechas y en un terreno recientemente arado que la lluvia caída la noche anterior había reblandecido aún más. Las crónicas registran el gran número de franceses que al finalizar el día yacían muertos en el campo de batalla, mientras que, por contraste, pocos soldados ingleses perdieron la vida. Entre los destacados personajes que cayeron prisioneros hay que mencionar a Carlos, duque de Orleans, que durante los veinticinco años siguientes sería un honorable prisionero en Inglaterra, desarrollando una importante actividad como poeta tanto en inglés como en francés. Entretanto, Inglaterra y su monarca vivirían durante mucho tiempo de la reputación conseguida ese día de otoño. A todos les parecía fuera de toda duda que Dios se había manifestado a favor de los ingleses en su exigencia de justicia.

En 1416, los franceses intentaron por todos los medios recuperar Harfleur, que bloquearon por tierra y por mar. La guarnición sufrió duras penalidades pero el 15 de agosto de 1416, Juan, duque de Bedford, derrotó a la flota enemiga en el estuario del Sena, en la que se conoce como la batalla del Sena. La amenaza que se cernía

sobre Harfleur se desvaneció y una vez más quedó demostrada la importancia de poder derrotar al enemigo en el mar.

Enrique regresó al año siguiente, 1417. Harfleur le había enseñado una lección: debía prepararse para una guerra de asedios, tanto más cuanto que planeaba una conquista que sólo podría realizar por medio de asedios. Para el verano de 1419 toda Normandía era suya: las grandes ciudades fortificadas del ducado, Caen, Falaise, Cherburgo y Ruán habían caído en manos de los sitiadores ingleses. Este hecho marcó un cambio importante en la política inglesa respecto a Francia. Los días de la *chevauchée*, o incursión prolongada, prácticamente habían terminado. Enrique V no deseaba otra cosa que la conquista militar. Con ella se planteaba la necesidad de gobernar y administrar los territorios adquiridos y la exigencia de que sus habitantes reconocieran la legitimidad del gobierno inglés, prestando juramento de lealtad a Enrique V. Pero aún fue más lejos. Todos aquellos que se negaron a reconocerle fueron privados de sus tierras y conducidos a una especie de exilio interno en la propia Francia, en la zona dominada por los Valois. Enrique hizo lo que le plugo con las tierras confiscadas. En muchos casos, tanto si se trataba de grandes propiedades como de pequeñas parcelas en las ciudades, las entregó a sus partidarios franceses y a los ingleses a los que pudo tentar para asentarse en el norte de Francia. De esta forma, a través de una política deliberada de conquista y colonización, Enrique V amplió los beneficios de la guerra (en este caso fundamentalmente propiedades inmuebles) a muchos de sus compatriotas, tanto soldados como civiles. Al actuar así modificó la naturaleza del conflicto, pues a través de la táctica de involucrar al mayor número posible de personas en su éxito intentó asegurarse de que él y sus sucesores tendrían un amplio apoyo que garantizara la presencia de Inglaterra y de los ingleses en Francia. La presencia de esos ingleses era la prueba más convincente de que, al menos en Normandía, la guerra había hecho justicia.

Una vez conquistada Normandía, ¿hacia dónde dirigiría Enrique sus pasos? Las divisiones internas de los franceses, muy enfrentados entre sí, le ayudaron desde el punto de vista militar. Ahora bien, ¿quién sería su interlocutor en nombre de Francia cuando llegara el momento de la negociación? Las diferentes facciones francesas, enfrentadas con un enemigo triunfante en su propio territorio, intentaron hacer causa común. En Montereau, en el sudeste de París, el

delfín Carlos se entrevistó con su gran enemigo político, Juan, duque de Borgoña, el 10 de septiembre de 1419. Es posible que en esa entrevista el delfín insinuara que el duque, cuya renuencia a adoptar una clara postura en contra de los ingleses era bien conocida, había traicionado a la corona francesa. Se produjo entonces un altercado y el duque Juan resultó muerto a consecuencia de los golpes que le propinó un miembro del círculo del delfín.

Este asesinato político sólo sirvió para agravar las divisiones políticas existentes en Francia. También dio a Enrique V la oportunidad que necesitaba. La muerte brutal del duque Juan llevó inevitablemente a Felipe, su hijo y sucesor, a situarse en el bando del único hombre que podía avudarle. Enrique aprovechó la oportunidad que le podía conducir hasta París (controlado en ese momento por los borgoñones) y mucho más allá. Es muy posible que fuera en ese momento, en el otoño de 1419, cuando Enrique V llegó a la conclusión de que la corona de Francia, que ninguno de sus predecesores había podido conseguir, podía ser suya.[14] En los meses venideros se negociaron las concesiones que Enrique podía conseguir de los franceses (o al menos de la facción política dominante en ese momento). El resultado fue el tratado de Troyes de mayo de 1420.

Fue este el tratado más importante de la Guerra de los Cien Años.[15] Superó en importancia al de Brétigny, poniendo fin a los sesenta años de vigencia de este tratado. La razón es muy sencilla. El tratado acordado entre Eduardo III y Juan II abordaba desde una posición claramente feudal la disputa que separaba a los dos reinos y a sus pueblos; había servido para decidir quién tenía qué y cómo. Ahora bien, el tratado firmado entre Enrique V y el duque Felipe de Borgoña, impuesto al rey enfermo Carlos VI y luego registrado (o aprobado) formalmente por el organismo judicial más alto de Francia, el Parlement, no dividía al reino, al menos sobre el papel. Su objetivo era preservar la unidad de Francia, solucionar los problemas de tal forma que, a su debido tiempo (y dada la salud del monarca antes de que transcurriera mucho tiempo), una nueva dinastía pudiera asumir la corona de Francia. Esa dinastía sería la casa real de Inglaterra.

14. Palmer, «War aims», p. 69.

15. Véase la valoración de M. Keen, «Diplomacy», *Henry V. The practice of kingship*, ed. G. L. Harris, Oxford, 1985, pp. 181-199.

El tratado de Troyes convertía a Enrique V en heredero de la corona de Francia. Carlos VI, que a la sazón sólo mostraba lucidez en algunos momentos, seguiría siendo rey hasta su muerte, pero entretanto Enrique actuaría como regente (de hecho, detentaría el control del gobierno) ocupando el trono cuando muriera Carlos, hecho que no tardaría en ser interpretado como reconocimiento por parte de los ingleses de la legitimidad de Carlos VI como rey de Francia. Para dar mayor peso al acuerdo se estableció también que Enrique tomaría como esposa a Catalina, hija de Carlos, cuya mano había tratado de obtener en las negociaciones desarrolladas algunos años antes. La pareja contrajo matrimonio en la catedral de Troyes el 2 de junio de 1420.

Lo que no hacía el tratado era reducir a uno los dos reinos de Francia e Inglaterra; permanecerían separados, cada uno con su identidad legal y administrativa. El factor unificador entre ambos sería dinástico y personal. De los varios aspectos que el tratado dejaba sin resolver el más importante era el de hasta qué punto el rey de Inglaterra controlaría de hecho el gobierno de Francia. No iba a resultar fácil trasladar a la realidad un acuerdo plasmado sobre el papel; habría que resolver una serie de problemas importantes. El más grave de ellos era el hecho de que el delfín Carlos (en realidad, era el tercer delfín, pues sus hermanos mayores habían muerto prematuramente) se había visto privado de su derecho legítimo a suceder a su padre como monarca. Se hizo gran hincapié en el hecho de que puesto que había estado presente en el asesinato de Juan, duque de Borgoña, en Montereau, no podía heredar el trono correcta y dignamente, siendo excluido de él. Sin embargo, algunos se preguntaban cómo era posible excluirle mediante un tratado, que era sin duda alguna un acuerdo entre el monarca de Inglaterra y los borgoñones (enemigos políticos del delfín) y que luego se había impuesto a un rey enfermo que no podía resistirse. Muchos, que defendían la idea de la sucesión directa en el seno de la familia real, consideraban que eso era incorrecto. Para ellos el delfín pasó a ser en los años sucesivos el símbolo viviente de la resistencia a los ingleses.

Una nueva complicación era la afirmación de Enrique V de que utilizaría todos los medios a su disposición para conseguir controlar aquellas extensas zonas de Francia que todavía no reconocían su autoridad, ambicioso plan militar que, se podía argumentar, estaba por encima de su capacidad económica y militar. En efecto, uno de

los mayores problemas a los que se enfrentaba Enrique V era el de recaudar los fondos necesarios para poner en marcha su proyecto. ¿Aceptarían sus nuevos súbditos franceses aportar fondos para continuar una guerra civil contra sus compatriotas? Y si esto no era posible, ¿le apoyarían los ingleses en la consecución de este gran objetivo? No debió de pasar mucho tiempo antes de que el monarca inglés comenzara a albergar serias dudas respecto a ambos supuestos.

El tratado de Brétigny había sido calificado como la «gran paz»; el de Troyes se denominó, al menos en los círculos ingleses, como la «paz definitiva». No es difícil concluir por qué. ¿Pero ocurriría realmente de esta forma? El tratado, surgido de un conjunto muy concreto de circunstancias, no contribuyó en absoluto a la unificación de Francia sino que sirvió, más bien, para subrayar las divisiones que existían desde hacía más de dos decenios. Los ingleses habían penetrado en Francia para intentar aprovechar al máximo la inexistencia de una oposición unida. No hay duda de que consiguieron el éxito en este objetivo. Pero no se puede afirmar que la unidad implícita en la expresión «paz definitiva» se alcanzara entonces o posteriormente. Francia siguió siendo un país dividido. Esto se aprecia perfectamente en la exigencia que plantearon los nobles que habían suscrito el tratado de que lo aceptaran también quienes vivían en sus tierras. Muchos se negaron a hacerlo; incluso la ciudad de Dijon, capital del ducado de Borgoña, sólo lo hizo cuando se lo ordenó su duque. Aquellos que no reconocieron el nuevo orden político que representaba el tratado fueron calificados como «rebeldes», sufrieron la confiscación de sus propiedades y se vieron obligados a pasarse al bando contrario en el que durante los años subsiguientes contribuyeron a fomentar la oposición frente a los ingleses en el norte de Francia.

Por su parte, Enrique V se dedicó con todo fervor a afrontar sus nuevas obligaciones. Fue mientras se hallaba en Inglaterra coronando a su esposa como reina y buscando nuevo apoyo material para la guerra cuando su hermano Thomas, duque de Clarence, fue derrotado y muerto en Baugé, en Anjou, por un ejército francoescocés el 22 de marzo de 1421. Si los franceses hubieran sabido aprovechar su inesperada victoria es posible que hubieran podido cambiar el curso de la guerra. Pero no lo hicieron y cuando Enrique regresó a Francia pudo desalojar al enemigo de los bastiones que todavía ocupaban cerca de París, incluyendo la formidable ciudad y

fortaleza de Meaux, ante cuyas puertas estuvo siete meses en 1421-1422. Durante el asedio de esa plaza el rey contrajo una enfermedad mortal. El 31 de agosto de 1422 murió en Vincennes, en las afueras de París. Su sucesor al trono de Inglaterra, Enrique VI, no tenía todavía un año.

Enrique V había dado un nuevo giro a la guerra con Francia.[16] Había ido a Francia (en donde pasó más de la mitad de su vida como rey de Inglaterra) y, como reconocieron sus contemporáneos, había realizado importantes conquistas, algo que sus predecesores no habían hecho nunca en tal escala ni en un período de tiempo tan reducido. Había alcanzado más éxitos que éstos en el sentido de que había reclamado la corona de Francia y, mediante un tratado, había estado cerca de ejercer su autoridad. Pero había obtenido además otros logros que serían importantes en el futuro. En Normandía, región de Francia que hizo especialmente suya, había asumido el gobierno cotidiano, que ahora ejercían en su nombre individuos nombrados por él. Además, en un intento de recompensar a sus soldados por sus servicios militares y de impulsar a otros a servir en Francia, Enrique V había puesto en práctica la política de otorgar tierras y títulos que habían ido a parar a sus manos, desarrollando así unos fuertes intereses en la ampliación y mantenimiento de la conquista. Entregó a los ingleses tierras para explotar pero también para defender. Muchos de ellos se establecieron en Francia, comenzaron a ejercer ocupaciones no militares y en ocasiones contrajeron matrimonio con muchachas francesas. Antes de que transcurriera mucho tiempo se habían convertido en colonos; sus hijos no conocieron otro tipo de vida. Si se perdía esa conquista, el «sustento» de esa gente estaría comprometido. Había que hacer todo tipo de esfuerzos para mantenerlos allí.

16. Sobre este extremo y los sucesos subsiguientes, véase C. T. Allmund, *Lancastrian Normandy, 1415-1450. The history of a medieval occupation*, Oxford, 1983, y R. Massey, «The land settlement in Lancastrian Normandy», *Property and politics: essays in later medieval English history*, ed. A. J. Pollard, Gloucester, Nueva York, 1984, pp. 76-96.

1422-1453

Fue eso precisamente lo que intentó hacer Juan, duque de Bedford, el mayor de los hermanos supervivientes de Enrique V, cuando se convirtió en regente de Francia a la muerte del monarca. No habían transcurrido todavía dos meses cuando el enfermo Carlos VI siguió a su cuñado a la tumba, con lo cual entraba en vigor la cláusula de sucesión prevista en el tratado de Troyes. Enrique VI, que aún no tenía un año de edad, y que ya era rey de Inglaterra, obtuvo también la corona de Francia, algo que su padre nunca había podido conseguir.

En Francia, el duque de Bedford, actuando en nombre de su sobrino, intentó reducir la zona del país que todavía permanecía fiel al pretendiente Valois, el delfín Carlos, considerado ahora por muchos como Carlos VII aunque, al igual que su joven sobrino inglés, todavía no había sido coronado. El 31 de julio de 1423 un ejército mixto formado por ingleses y borgoñones derrotó al ejército franco-escocés en Cravant, mientras que un año más tarde, el 17 de agosto de 1424, otro ejército, encabezado por el propio duque de Bedford, derrotó en Verneuil, después de dura lucha, a otro ejército enemigo, reforzado en esta ocasión por ballesteros genoveses. Esta batalla tuvo una gran importancia. Supuso la segunda derrota francesa en un año y sirvió para devolver a los ingleses su reputación militar, que ya no dependía de un solo hombre, Enrique V. Lo que es aún más importante, permitió plantearse la posibilidad de seguir avanzando hacia el centro de Francia. En Normandía, los colonos ingleses comenzaron a sentirse más tranquilos cuando el escenario de operaciones se trasladó hacia el sur. El futuro parecía preñado de posibilidades.

Por lo que respecta a los franceses, parecían haber vuelto los años negros de la guerra, la situación que reinaba en los decenios de 1340 y 1350. En 1427, gran parte de Maine y Anjou, nombres familiares por su frecuente aparición en la lista de exigencias diplomáticas de los ingleses, estaban en poder de estos últimos, que avanzaban hacia el sur. Fue la línea del río Loira la que salvaría a los franceses. Los ingleses no podían atravesarlo dejando tras de sí plazas fuertes sin conquistar, una de las cuales era Orleans. En el otoño de 1428 el ejército inglés, encabezado por uno de sus comandantes más destacados, Thomas, conde de Salisbury, puso sitio a la ciudad.

En noviembre, Salisbury, un personaje caballeresco, resultó muerto en el curso de un bombardeo. Pero los ingleses persistieron en su ataque, mientras toda Francia estaba pendiente del asedio. En mayo de 1429 se resolvió el enfrentamiento. Una desconocida campesina de Lorena, Juana de Arco, convenció al delfín de que había sido enviada por Dios para levantar el asedio. Pese al escepticismo y la abierta hostilidad que despertaba en la corte (¿cómo podía conseguir lo que no habían podido alcanzar los soldados profesionales?), Juana recibió permiso y estímulo para intentar alcanzar el objetivo para el que afirmaba haber sido enviada. Lo cierto es que tuvo éxito en la empresa. El 8 de mayo de 1429 los ingleses levantaron el sitio; Francia había conseguido una gran victoria moral a través de Juana de Arco. Como afirmó Christine de Pisan: «el sol comenzó a brillar de nuevo».

Fue una victoria que condujo a grandes metas. En el plazo de un mes los franceses, después de triunfar en importantes escaramuzas en Jargeau y Patay, estaban en situación de dar el siguiente paso lógico en su trayectoria triunfante, la coronación del delfín como rey de Francia. El 17 de julio de 1429, cuando aún no habían transcurrido diez semanas de la liberación de Orleans y tras haber conquistado para Francia una serie de ciudades, incluyendo Troyes, donde se había firmado en 1420 el histórico tratado, Juana de Arco se hallaba en la catedral de Reims contemplando cómo el delfín cumplía el rito de la coronación, rito que había convertido a sus predecesores en monarcas de Francia. La ceremonia de Reims suponía un desafío al acuerdo de Troyes que había alterado la línea de sucesión a la corona de Francia. ¿Sería posible mantener ese desafío?

Para los ingleses la coronación de Carlos VII en Reims suponía una gran amenaza a su integridad. En diciembre de 1431, Enrique VI, que contaba a la sazón diez años de edad, fue conducido a París y coronado en Nôtre-Dame por un obispo inglés. El hecho de que la ceremonia no se celebrara en Reims no pasó inadvertido para los contemporáneos. Sin embargo, y pese a la necesidad de continuar presionando de forma inmediata a los ingleses, los franceses no pudieron continuar sus éxitos de 1429. En efecto, al año siguiente, Juana de Arco fue hecha prisionera en Compiègne y en mayo de 1431, tras lo que constituyó un juicio político desarrollado bajo normas eclesiásticas, fue condenada y quemada en la hoguera en Ruán. La guerra no parecía decantarse hacia ninguno de los dos bandos.

Las defensas inglesas resistían. La situación se hallaba en un punto muerto.

En estas circunstancias se reanudaron las negociaciones. En el verano de 1435 tuvo lugar en Arrás, en el nordeste de Francia, un gran congreso al que asistieron los representantes de una serie de estados europeos y de la Iglesia.[17] Después de varias semanas de discusiones, no fue posible llegar a un acuerdo, ni sobre la corona de Francia ni sobre qué territorios y en qué condiciones quedarían en manos de los ingleses. Sin embargo, el congreso contempló un acontecimiento de cierta importancia. Habiendo obtenido una dispensa papal, Felipe, duque de Borgoña, renunció a su apoyo al acuerdo de Troyes y, por tanto, a su lealtad hacia los ingleses como gobernantes de Francia. A partir de entonces luchó en el bando francés o adoptó una actitud neutral. Si bien en los años siguientes no contribuyó en gran medida al esfuerzo de guerra de los Valois, su defección irritó profundamente a los ingleses que reaccionaron vigorosamente ante lo que consideraban un acto de traición contra la corona inglesa.

En 1439 se llevó a cabo un nuevo intento de conseguir un acuerdo diplomático cuando franceses, ingleses y borgoñones (pero no los representantes de la Iglesia, excluidos por los ingleses por su supuesta parcialidad en Arrás) se reunieron cerca de Calais en el verano de ese año. Cuando los franceses ofrecieron una «paz a medias» (una tregua para un período determinado de entre quince y treinta años a cambio del compromiso por parte de los ingleses de no utilizar el título real francés durante ese período) fue considerada con toda seriedad en un principio, pero posteriormente fue desechada cuando los ingleses exigieron una paz perpetua junto con la concesión de Normandía y de Aquitania ampliada (como en 1360) en plena soberanía.

Sin embargo, más importante fue la influencia que el asentamiento inglés en Normandía ejerció sobre las conversaciones. Los negociadores ingleses respondieron con una rotunda negativa cuando se les solicitó la devolución de las tierras que habían sido confiscadas a los franceses que se negaron a reconocer la legitimidad del gobierno inglés en el ducado. No podían dar la impresión de que dudaban de la pretensión de su monarca a la corona de Francia, pues de actuar

17. Véase J. G. Dickinson, *The congress of Arras, 1435*, Oxford, 1955.

así habrían sembrado la duda sobre la importancia simbólica y legal de la coronación francesa de Enrique VI, convirtiendo en ilegal la autoridad (la autoridad real) de la que dependía la validez de las concesiones realizadas a individuos de nacionalidad inglesa, y de otros lugares, en Normandía. Además, ceder en la devolución de esas tierras habría significado privar a su propio pueblo de los intereses en Francia, algo que no estaban dispuestos a hacer tanto por razones morales como económicas.

Si la diplomacia no permitía avanzar en absoluto hacia la consecución de un acuerdo, las operaciones militares sólo permitirían un progreso sumamente lento. Es cierto que en los últimos años del decenio de 1430 los ingleses sufrieron algunos reveses y pérdidas territoriales. En 1435 Dieppe y Harfleur fueron conquistados por los franceses y al año siguiente le tocó el turno a París. La pérdida de los dos puertos era grave, pues implicaba que los ingleses verían limitado su acceso a Normandía y a la capital, Ruán, que había sustituido a París. Sin embargo, continuaron luchando, intentando defender la larga línea que era la frontera de su dominio en el norte de Francia, de la misma forma que lo habían hecho sus antecesores en Aquitania en el decenio de 1370. En esa situación, la iniciativa correspondía al atacante. Los ingleses debieron de sentir la misma satisfacción que el pueblo de Ruán cuando en los inicios del verano de 1444 se anunció que se había acordado una tregua entre Inglaterra y Francia y que Enrique VI se casaría con Margarita de Anjou, sobrina de Carlos VII por matrimonio. Una vez más se esperaba que la unión personal entre las familias reales de los dos países pudiera solucionar la vieja disputa entre ellos.

La tregua de Tours señaló el comienzo de otra breve fase de actividad diplomática. Los ingleses realizaron importantes concesiones en las negociaciones afirmando su disposición a renunciar a sus pretensiones al trono de Francia a cambio de la soberanía en Normandía. Más tarde, en diciembre de 1445, Enrique VI se comprometió secretamente a abandonar el condado de Maine, lo cual parecía implicar que renunciaba a la soberanía sobre él y, asimismo, que los ingleses podían ceder a nuevas presiones militares o diplomáticas.

Si Enrique VI esperaba conseguir la paz, sufrió una triste desilusión. Desde 1446 a 1448 los franceses no ahorraron esfuerzos para conseguir la rendición de Maine, a la que se resistían los ingleses que ocupaban Le Mans, su capital, que, sin embargo, cedieron en

marzo de 1448. Quince meses después, con el pretexto de que los ingleses habían roto la tregua, los franceses invadieron Normandía desde varias direcciones. Al ataque, bien planeado, siguió una campaña que duró menos de un año. En los primeros días del verano de 1450 los ingleses, expulsados de sus territorios y derrotados en la batalla de Formigny a comienzos de abril, habían perdido el control del norte de Francia. Sólo Calais permanecía en su poder. La disputa se había solucionado por la fuerza de las armas.

No tardaría en sobrevenir el acto final. Aquitania, todavía inglesa, no había suscitado mucha atención por parte de ninguno de los dos bandos desde 1413, por cuanto todo el énfasis se había puesto en el norte de Francia. Ni Enrique V ni su hijo habían situado la solución al problema de Aquitania (el viejo problema feudal) en uno de los lugares de privilegio en su lista de prioridades. Sin embargo, el ducado no había sido olvidado completamente. Cuando Felipe de Borgoña renunció a la alianza inglesa para acercarse a Francia en 1435, Carlos VII pudo retirar algunas tropas del este de Francia para utilizarlas en el sudoeste. En 1442 el rey y el delfín, Luis, participaron en una expedición a Aquitania que preocupó gravemente al gobierno de Londres. Poco después se firmó la tregua de Tours. De cualquier forma, reanudada la guerra en 1449 y recuperada Normandía, había llegado el momento de preocuparse de nuevo por Aquitania, donde los ingleses debían de sentirse aislados e inquietos. En 1451 los franceses invadieron y saquearon la mayor parte del ducado y conquistaron Burdeos. Sin embargo, al año siguiente los ingleses y sus partidarios consiguieron reconquistar el control de la ciudad. No obstante, la facción pro-inglesa debió de comprender que ni ellos ni sus señores de Londres podían resistir mucho tiempo. Y no lo hicieron. En 1453, los franceses volvieron de nuevo a la carga y el 17 de julio derrotaron en Castillon a los ingleses, cuyo comandante, John Talbot, conde de Shrewsbury, hombre de larga experiencia, murió bajo el fuego mortífero de un cañón francés.

Aunque los contemporáneos tal vez no lo sabían, la Guerra de los Cien Años había terminado.

2. POSTURAS ANTE LA GUERRA

¿Qué finalidad consideraban los hombres que debía de tener la guerra? Muchos habrían sustentado que no tenía finalidad alguna, que no era sino el resultado de la caída y el pecado, que sólo causaba perjuicio y dolor al mundo. Esa opinión, que tenía una antigua raigambre cristiana, estaba todavía muy extendida y era profusamente propagada en el siglo XIV. Sin embargo, había quienes pensaban de otra forma. Ya en las postrimerías del siglo IV dos hombres habían expresado la teoría de que la guerra tenía que servir para conseguir la paz y el orden. Uno de ellos era san Agustín, cuyas ideas tendrían una importancia fundamental en la formación de las teorías medievales sobre este tema. El otro era Vegecio, también cristiano y partidario de la guerra como un medio para conseguir la paz. Su obra sobre la guerra, *De re militari*, se convirtió en la expresión fundamental de las ideas de la Antigüedad tardía sobre los objetivos de la guerra y sobre la forma más conveniente de librarla. El tratado *De re militari*, citado en los escritos de la época carolingia, conoció una gran difusión durante el renacimiento del siglo XII, siendo considerado una autoridad en asuntos militares por autores que no conocían la guerra de primera mano. A finales del siglo XIII, cuando se encargaron las primeras traducciones en lengua vernácula (muchas veces por hombres de espíritu militar, como Eduardo I, que había realizado una versión al anglonormando), Vegecio comenzaba a gozar de una popularidad que se prolongaría hasta los inicios de la Edad Moderna. Su teoría de que la guerra se podía justificar por la necesidad de conseguir la paz, a la que se sumarían posteriormente filósofos, teólogos y juristas, ejercería una enorme influencia.

Esa posición implicaba el concepto de que la guerra no era —como habrían afirmado algunos— la causa fundamental de la dis-

cordia social sino, antes bien, el método fundamental de conseguir el restablecimiento de un orden que había sido quebrantado por otras causas. La influencia de esa interpretación se refleja claramente en las obras de dos frailes dominicos del siglo XIII, Raimundo de Peñafort y Tomás de Aquino, quienes a lo largo de un período de medio siglo formularon la que se convertiría en justificación ortodoxa de determinadas guerras, las «guerras justas» como las conocemos. La guerra, afirmaba santo Tomás de Aquino, era la defensa de la paz que, en la práctica, podía exigir la protección por la fuerza de los derechos, territorios u honores amenazados o atacados. Esta era su justificación: «aquellos que hacen la guerra tratan de conseguir, a través de ella, una paz más perfecta que la que existía antes de la guerra».

Esa interpretación tomaba en cuenta el hecho de que la guerra había de causar daño a algunos; por esa razón había que hacer todo tipo de esfuerzos para limitarla. Pero eso no impidió a los dominicos concluir que la guerra se podía justificar como medio de restablecer un orden en situaciones de discordia política o social, por ejemplo, entre territorios (aquí vemos los inicios de la idea de la unidad territorial y la defensa de los derechos justos) o entre gobernantes soberanos y sus vasallos (si el vasallo se rebelaba contra su señor cayendo en situación de desobediencia). Así pues, santo Tomás de Aquino, que se apoyaba en una larga tradición que derivaba de las enseñanzas de los primeros canonistas resumidas en el *Decretum* de Graciano (1140), afirmaba con toda rotundidad que todos los estados tenían el derecho y la obligación de defenderse y de defender su legítima existencia y sus derechos cuando éstos se podían probar legalmente («es legítimo oponerse a la fuerza con la fuerza», como decía el *Digesto* de Justiniano). En esta perspectiva de pensamiento la guerra se veía como el intento de alcanzar un objetivo «razonable» que se veía amenazado o atacado por la fuerza, lo cual implicaba no sólo el uso de la fuerza sino también de métodos de persuasión (propaganda) y discusión (negociación). Como afirmaría sir John Fortescue en la segunda mitad del siglo XV, «la guerra protagonizada por un monarca es juicio jurídico por medio de la batalla cuando trata de conseguir el derecho que no puede obtener por medios pacíficos». La guerra era un medio de restablecer la justicia en la sociedad.

Ahora bien, el objetivo de la guerra no era sólo la defensa de

derechos soberanos o históricos respecto a un territorio. La estabilidad de la sociedad feudal se había basado siempre en una relación de confianza entre señores y vasallos. En una sociedad en la que el rey era considerado como el regente de Dios, la rebelión se consideraba como una insurrección contra una autoridad nombrada por Dios. El rebelde y el traidor constituían un factor de desestabilización, cuyo mal ejemplo podía tentar a otros a imitarles. En tales circunstancias, la guerra era un castigo necesario y definitivo que se imponía al vasallo recalcitrante que ignoraba cuantos llamamientos se le hacían para que obedeciera a su señor feudal. Esta es la razón por la que en muchos escritos que se ocupan de la justificación de la guerra se pone el énfasis en el enemigo como rebelde a quien hay que castigar por sus actos de infidelidad o traición.

Los franceses justificaban la guerra contra los ingleses desde una doble perspectiva. Era un acto de castigo, o de justicia vindicativa, contra un rebelde contumaz, el rey de Inglaterra en su condición de duque de Aquitania, que había quebrantado la fidelidad. Era también una guerra de defensa nacional frente a quienes habían invadido el territorio francés e incitado a la rebelión a los súbditos reales.[1] Por su parte, los monarcas ingleses veían la guerra como el intento de hacer valer sus derechos históricos y feudales respecto a Aquitania, Normandía y otras zonas de Francia, así como sus pretensiones legítimas a la corona de Francia, que habían sido injustamente rechazadas por los sucesivos reyes franceses. Un observador atento, presente en la coronación de Enrique VI en 1429, habría escuchado cómo se exhortaba al joven rey a que vengara las injusticias *(ulciscaris iniusta)* y a que fuera «el defensor poderoso de su país ... triunfante sobre el enemigo» *(sit fortissimus protector patrie ... triumphator hostium).* La forma tradicional de conseguirlo era mediante la guerra.

Todo el mundo aceptaba, pues, la necesidad de la guerra, aunque se reconocía que producía la destrucción y la muerte. Aunque el inocente pudiera sufrir, ese tipo de tragedias se justificaban filosóficamente como parte de la voluntad o el castigo divinos. La guerra se consideraba como una invitación a la intervención divina, que se

1. Véase J. T. Johnson, *Ideology, reason, and the limitation of war. Religious and secular concepts, 1200-1740,* Princeton, 1975; C. T. Allmand, *Society at war. The experience of England and France during the Hundred Years War,* Edimburgo, 1973, p. 21.

realizaba a través del instrumento divino, el soldado. Sin embargo, no se apelaba tan sólo a la fuerza de Dios. Dios era bondad; era justicia; Cristo se había mostrado humilde hasta la muerte. Dios recompensaría el bien; sus juicios en la batalla serían justos; favorecería a los humildes que le habían honrado y reconocería su fuerza domeñando a los orgullosos. El poder humano no era nada por comparación con la fuerza de Dios.

Poco importaban los números en el campo de batalla. Cuando el arzobispo Bradwardine predicó ante Eduardo III tras las victorias conseguidas por los ingleses en Crécy y Neville's Cross en 1346 afirmó que Dios había concedido la victoria a quien él había querido y había querido concedérsela al virtuoso. Según Bradwardine, la experiencia mostraba claramente que la virtud y no los números triunfaban sobre la iniquidad y el enemigo. De igual forma, Enrique V era considerado como el Judas Macabeo de su época que, enfrentado a una difícil situación en Azincourt, no se preocupó por la falta de fuerzas sino que confió en la justicia de su causa, en la piedad de su pueblo que rezaba por él y por su ejército, y en la fuerza divina. El resultado de la batalla ponía de relieve hasta qué punto era justa la causa del monarca de Inglaterra. En efecto, Dios se había declarado a favor de los ingleses y en contra de los franceses. Si éstos no hubieran sido tan orgullosos —afirmó el anónimo capellán de la corte de Enrique V—, habrían reconocido que las derrotas sufridas anteriormente (se refería a las batallas de Sluys, en 1340, y de Poitiers, en 1356) constituían un claro signo de arbitrio divino y de esta forma se habría evitado mucho derramamiento de sangre. ¿Pero qué podía esperarse de un pueblo tan obstinado? [2]

¿Cómo encajaba la derrota, o incluso la posibilidad de derrota, en este esquema mental? Dado que suponía actuar contra la esperanza era erróneo asumir que la derrota constituía un signo explícito de condena divina de una causa, condena de la cual sería imposible recuperarse. Pensar de esa forma hacía casi imposible comprender otro esquema de los resultados de las batallas que no fuera aquel que apuntaba constantemente en una sola dirección. ¿Cómo explicar, pues, la derrota en una guerra que era considerada justa? La respuesta consistía en considerar esas derrotas como signos de descon-

2. *Gesta Henrici Quinti, The deeds of Henry the Fifth*, trad. y ed. F. Taylor y J. S. Roskell, Oxford, 1975, pp. 123, 125.

tento temporal de Dios con un pueblo, no con su causa, descontento que derivaba de una actitud pecaminosa que era castigada de esta forma. En más de una ocasión los autores franceses explicaban las derrotas y retrocesos sufridos por sus monarcas y sus jefes militares afirmando que se trataba de castigos divinos por el desorden civil y el orgullo. Una vez que el pueblo había sido castigado por el azote de Dios *(flagellum Dei)*, siendo los ingleses el instrumento del castigo, los días de la victoria retornarían. Los acontecimientos se encargarían de demostrar esa interpretación, y así, tras la derrota de los ingleses en Formigny en abril de 1450 el monarca dio orden de que se celebraran misas para conmemorarla y agradecer a Dios que hubiera dirigido su mirada hacia la causa de los franceses que, durante tanto tiempo, parecían carecer de su apoyo.[3]

Si los franceses albergaban dudas, lo mismo sucedía con los ingleses. ¿Qué ocurriría si los argumentos con los que se justificaba una guerra eran falsos o si las razones de un monarca reflejaban factores (la ambición pura y simple, por ejemplo) menos dignos que la búsqueda de la justicia? Probablemente, las dudas nunca se disipaban incluso cuando la Iglesia sancionaba que una guerra se estaba librando por una buena causa. En efecto, a los hombres no les preocupaba únicamente el hecho de que la causa por la que lucharan pudiera no ser moralmente aceptable. Les preocupaba algo más importante: el destino de sus almas en la eternidad si morían por una causa injusta. ¿Acaso los hombres inducidos a luchar por una causa que, pese a cuanto se hubiera dicho en contra, era una guerra basada en motivos injustos, serían condenados eternamente si encontraban la muerte súbitamente en la batalla a pesar de que lucharan llevados de la lealtad hacia su rey? Se afirmaba que en tales casos, y según la doctrina de san Agustín, ya que el soldado estaba al servicio de su señor, era sobre éste sobre quien recaía la responsabilidad.

Diferente era el caso de un soldado que a cambio de dinero seguía a un jefe al que él mismo había elegido. En este caso, no podía alegar obediencia si su conciencia le hacía sentir incómodo. San Antonino de Florencia consideraba que el soldado profesional no podía luchar en una guerra cuyo carácter justo no estuviera por encima de toda duda y no podía obtener la absolución mientras siguiera lu-

3. Allmand, *Lancastrian Normandy*, pp. 305-306.

chando por esa causa.[4] Este problema sería tratado magistralmente en la obra *Enrique V* de Shakespeare.[5] Esta obra sólo reflejaba, dramáticamente, un aspecto del problema de la muerte y sus consecuencias con el que los soldados de los últimos siglos medievales se enfrentaban constantemente.

La guerra había servido para dar a los caballeros medievales una razón de existir. Como hemos visto, para los cristianos las guerras eran actos de pacificación, por cuanto se luchaba para asegurar la paz que dependía de la justicia. ¿Acaso no había escrito san Agustín: «hay dos amigos, la justicia y la paz»? Desde un determinado punto de vista, las cruzadas habían constituido un intento de restablecer la herencia de Cristo, tanto a él como a sus herederos, la comunidad cristiana. Desde el punto de vista feudal, las cruzadas eran la defensa de los derechos del Señor, defensa en la que todos los cristianos debían participar, ya fuera personalmente o de otra manera. Pero las cruzadas podían ser consideradas también, como se afirmaba en muchos actos propagandísticos, como guerras que se luchaban para defender a los cristianos que sufrían físicamente a manos de los musulmanes y quienes participaban en ellas «acudían llevados del ardor de la caridad» hacia sus hermanos.[6]

Esas ideas podían ser traducidas a un contexto más secular y más próximo. Como afirmara el obispo Thomas Brinton de Rochester en su predicación a la muerte del Príncipe Negro en el verano de 1376, uno de los deberes del caballero era ayudar a su rey en tiempo de guerra; no hacerlo así implicaba perder el derecho a ser llamado caballero, que era un signo de honor y un sello de responsabilidad que había que aceptar. El caballero debía estar dispuesto a luchar cuando su príncipe así lo requiriera; nunca podía desertar ni negarse a luchar por el bien común y, sobre todo, debía luchar sin temor. Especialmente influyentes eran las ideas de servicio al señor feudal, de cumplir la obligación inherente a la fidelidad y de ayudar a restablecer la justicia cuando el señor, o su aliado, se veían privados de lo que era suyo con justicia. Como afirmaba el obispo Brinton, la campaña del norte de España en 1367 se había llevado ade-

4. Véase B. Jarrett, *Social theories of the Middle Ages, 1200-1500*, Londres, 1926, cap. 7.

5. *Henry the Fifth*, IV, i.

6. J. Riley-Smith, «Crusading as an act of love», *History*, 65 (1980), pp. 177-192.

lante para restaurar en el trono a un legítimo heredero y para derrotar a la tiranía. Sin justicia no podía existir paz; un caballero estaba obligado, por su honor, a luchar por la justicia, y en la ceremonia de su nombramiento su espada había sido bendecida de manera que, con la aprobación de la Iglesia expresada de esta forma, pudiera convertirse en una espada que luchara por la justicia.[7]

La guerra era para la caballería de la Europa medieval la justificación de su existencia y de su situación privilegiada. Ofrecía, también, la oportunidad de alcanzar méritos y honores. En la esencia de la caballería estaba el conseguir la fama, que permitía al caballero mantener alta la cabeza y que era complementaria del señorío o la herencia como signos externos de su posición en la sociedad. El honor, la estima de los iguales y del resto de la población era algo que se conseguía en la guerra. Ser el primero en la muralla de un castillo o de una ciudad atacada y acampar en las proximidades de las murallas de una ciudad sitiada, quedando así al alcance de los proyectiles disparados desde sus murallas, eran actos que merecían honor y respeto. Los actos marciales podían ser también más dramáticos o quedar mejor registrados de forma que pudieran alcanzar una estima pública más amplia. El relato que hace Froissart de la forma en que el Príncipe Negro se distinguió en Crécy en 1346 muestra este punto claramente. El joven (sólo tenía 16 años a la sazón) luchaba en pro de la justicia, por defender el derecho de su padre, Eduardo III, al trono de Francia. Al finalizar el día no sólo había ayudado a esa causa, sino que, haciendo gala de un coraje notable y una gran habilidad en el manejo de las armas durante la batalla, había puesto de relieve cómo el caballero se servía de la guerra para conseguir la fama personal.

La importancia de este aspecto era extraordinaria. Cuando los miembros de la orden real francesa de la caballería, la de la Estrella, se reunían para su fiesta anual, se reservaba una mesa especial para los príncipes, abanderados y caballeros, tres de cada grupo, que, según se creía, habían protagonizado los actos más heroicos durante

7. *The sermons of Thomas Brinton, bishop of Rochester (1373-1389)*, ed. M. A. Devlin (Camden, 3.ª serie, 85, 86), Londres, 1954, sermón 78. Por otra parte, Jean de Cardaillac escribió su *Liber regalis* en 1367 en apoyo del derecho de Enrique de Trastámara de defender su trono por medio de la guerra (*Histoire littéraire de la France*, 40, París, 1974, pp. 203-206).

la guerra el año anterior.[8] En algunas órdenes se llevaban libros especiales «para reconocer al valor la importancia merecida». Las palabras utilizadas por Froissart para explicar el objetivo que le guiaba al escribir su gran crónica, «que las empresas honorables, las aventuras nobles y los hechos de armas que se desarrollaron durante las guerras en las que se enfrentaron Francia e Inglaterra sean relatados adecuadamente y preservados para la posteridad», se inscriben perfectamente en el esquema de pensamiento y en la práctica que consideraban la guerra como un estilo noble de vida. *Qui plus fait, mieux vault* (quien más hace más vale), lema del *Livre de chevalerie* escrito a mediados del siglo XIV por Godofredo de Charny, abanderado del rey Juan II de Francia en la batalla de Poitiers, que prefirió aguantar a pie firme y morir antes de huir en el momento de la derrota, resume perfectamente la actitud caballeresca ante la guerra.[9]

La guerra era también un medio de encontrar y experimentar compañía entre personas de espíritu similar. Los torneos ofrecían la oportunidad de practicar algunas de las artes y habilidades de la guerra en común. No hay duda de que en tales ocasiones se reunían caballeros, con frecuencia procedentes de muy diversos países, que habían sido educados y entrenados en las mismas tradiciones marciales. Los caballeros también iban a la guerra en compañía; una serie de ellos, a veces del mismo señorío, servía en el séquito de un gran señor. No es mera imaginación (así lo demuestra el testimonio del señor francés del siglo XV Jean de Bueil) verles hablando sobre la guerra, sus peligros, sus «ocasiones», de la misma forma que hoy en día los hombres hablan de deportes o política mientras beben algo. Lo que nos hace percibir la obra de Bueil es la intensidad física de la guerra y sus peligros y la gran satisfacción que aportaba una acción realizada noblemente.[10]

También se basaban en la guerra las asociaciones marciales, las órdenes de caballería, y ser elegido para ellas suponía un honor y un signo de reputación militar. Los miembros de esas órdenes rivalizaban entre sí por alcanzar un mayor reconocimiento, que nacía del valor demostrado en la guerra. En asociación con las órdenes militares estaban el colorido y el boato de la guerra: la riqueza de los

8. M. Keen, *Chivalry*, New Haven, Londres, 1984, p. 192.

9. Véase el texto en *Oeuvres de Froissart*, ed. K. de Lettenhove, I, *Chroniques*, Bruselas, 1873, pp. 463-533.

10. Véase Allmand, *Society at war*, pp. 27-29.

atavíos, el énfasis en los adornos externos (por ejemplo, los heraldos), el sentimiento de que ir a la guerra era una ocasión para el lucimiento social, al igual que lo eran los torneos o justas. Algunas descripciones de los ejércitos en pie de guerra, que nos han dejado autores de la tradición caballeresca, en especial Froissart, brillan con luz y colorido. En ningún caso se pretendía que la guerra fuera un acontecimiento triste. Aunque sólo fuera por prestigio, exigía que se acudiera a ella con la pompa debida.

El autor de *Le débat des hérauts d'armes*, que escribía poco después de la expulsión de los ingleses de Francia a mediados del siglo XV, subraya la importancia de la nobleza, en especial la gran nobleza, en la sociedad francesa. Su papel como soporte (*pillier*) de la monarquía le parecía especialmente significativo. ¿Fue siempre así en el período de conflicto con Inglaterra? Hay que responder a este interrogante de forma negativa. En muchas ocasiones en el curso de la guerra el papel de la nobleza había sido criticado, muy en especial en los momentos de grave crisis. En 1357, el autor clerical del breve tratado *De miserabili statu regni Francie*, que era una reflexión sobre el desastre de Poitiers, alababa el valor del monarca Juan II, que había luchado bravamente hasta el momento de ser hecho prisionero pero condenaba en duros términos el fracaso y la falta de valentía de la nobleza, los *duces belli*, que no habían cumplido con su obligación para con el Estado francés. El autor expresaba su indignación de forma irónica. Aquellos que querían verse ellos mismos como héroes (*milites delicati*) debían experimentar un cambio en su corazón y demostrar el deseo de vencer antes de que cualquier victoria pudiera ser considerada como suya.[11] Además, y esto era más importante, no estaba en absoluto claro que la nobleza estuviera preparada adecuadamente para la guerra. Sin esa preparación, todos sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Las críticas dirigidas a la vida lujosa de la nobleza (con sus implicaciones concomitantes de una mejor nutrición y una mejor salud) no eran cosa únicamente de los autores de panfletos políticos. Opiniones del mismo género eran vertidas por hombres como Philippe

11. «Le *Tragicum argumentum de miserabili statu regni Francie* de François de Monte-Belluna (1357)», ed. A. Vernet, *Annuaire-bulletin de la société de l'histoire de France, années 1962-1963*, París, 1964, pp. 101-163.

de Mézières, cuya larga reflexión sobre la situación de la sociedad francesa, *Songe du vieil pèlerin*, fue escrita a finales del siglo XIV. En Inglaterra, en 1316 se llevó a cabo un intento de limitar la cantidad de alimentos de lujo que consumía la nobleza. Puede parecer que se trate de ataques contra la riqueza y los privilegios de los pudientes por parte de los no pudientes. En realidad, era parte de un problema más amplio, cuya expresión mejor es tal vez la del *Quadrilogue invectif* del normando Alain Chartier, escrito en 1422 cuando su patria había sido asolada por los ingleses.

Chartier se negaba a responsabilizar únicamente a la nobleza por el desastre. Al igual que el autor clerical de 1357 creía que la victoria inglesa era un signo del descontento y el castigo divinos por las divisiones existentes en el seno de Francia. Pero Chartier iba más lejos cuando se preguntaba si la nobleza era algo que un hombre obtenía por su nacimiento (y que por tanto podía ser heredada) o si le era concedida por el reconocimiento de algún mérito. ¿Derivaba la nobleza del nacimiento, la función o el atributo? Era esta una vieja discusión: «procede la nobleza del nacimiento», se había preguntado John Gower, una generación antes, en su *Confessio amantis*.[12] Su importancia en 1422 residía en el hecho de que cuestionaba si la cuna era garantía suficiente para ocupar un alto puesto militar o si las responsabilidades de ser jefe durante la guerra sólo debían ser concedidas (y era el rey quien las atribuía) a aquellos cuya experiencia y reputación en los asuntos militares les hacían merecedores de ello. La sociedad tenía derecho a esperar lo mejor de aquellos a quienes cabía la responsabilidad de su defensa.

Ciertamente, la guerra suscitaba interrogantes sobre el papel de la nobleza en ella. Tradicionalmente, la guerra había ofrecido oportunidades para conseguir el honor a través de actos individuales de valor y coraje. Sin embargo, los tiempos estaban cambiando. A comienzos del siglo XIV, Ramon Llull enfatizaba la necesidad de luchar no sólo por alcanzar la gloria personal sino el bien común. Las obras didácticas que utilizaba la nobleza para educar a su prole ponían el énfasis, en palabras del borgoñón Ghillebert de Lannoy, que era noble, en la obligación de «exponerse a la muerte por bien de la patria», ideal que muchos habrían podido encontrar en las obras de

12. J. Gower, *Confessio amantis*, trad. T. Tiller, Harmondsworth, 1965, p. 166.

autores clásicos como Valerio Máximo, Tito Livio y César. La caballería estaba comenzando a adquirir el significado de vida al servicio público bajo la dirección del gobernante. Cuando Charles de la Trémoïlle fue herido mortalmente en la batalla de Marignano en 1515, su muerte reportó orgullo a su familia porque murió luchando por el bien público en una batalla en la que había participado el propio monarca francés.[13]

En resumen, la nobleza estaba recuperando su antiguo papel de protectora de la sociedad, papel que, lejos de contradecir el auténtico espíritu de la caballería, se correspondía exactamente con él. Pero aunque el espíritu estuviera listo, había dificultades que superar. Los nobles, tanto si poseían grandes como pequeñas propiedades, eran miembros de una casta de la que se esperaba que viviera noblemente con una cierta liberalidad y brillo (*vivre noblement*) como correspondía a su rango. Sin embargo, esto resultaba cada vez más caro, por cuanto el precio de los artículos de lujo se estaba elevando rápidamente. Pero nadie podía negar que una buena casa era un símbolo de *status* y de riqueza. En las zonas fronterizas, las casas incorporaban rasgos arquitectónicos relacionados con la defensa (las *maison-fortes* de Francia); eran casas para una familia y, en determinadas circunstancias, podían servir también de protección para la población local, lo cual subrayaba la responsabilidad del noble en la defensa del pueblo.[14]

En los inicios del siglo XIV, la participación en las campañas militares implicaba gastos considerables. Gastos que, además, eran cada vez mayores. Había que pensar en el caballo de guerra: un buen animal podía costar lo mismo que una pequeña propiedad o, dicho de otra forma, a mediados del siglo XV un corcel podía costarle a un hombre montado del ejército francés el salario de entre seis meses y dos años. Cuanto más elevado era el rango de un hombre, mejor se esperaba que fuera su montura, de manera que el caballo de un caballero podía costarle el doble del de un escudero, mientras que un *knight-banneret* podía pagar, a su vez, el doble que un *knight-*

13. P. Contamine, «L'idée de guerre à la fin du moyen âge: aspects juridiques et éthiques», *Comptes-rendus de l'académie des inscriptions et belles-lettres* (1979), pp. 82-83, y n. 45.

14. M. G. A. Vale, «Seigneurial fortification and private war in later medieval Gascony», *Gentry and lesser nobility in late medieval Europe*, ed. M. Jones, Gloucester, Nueva York, 1986, pp. 133-143.

bachelor.* Además, el coste del equipo y la armadura, cuya calidad podía variar considerablemente, suponía también un gasto importante a la hora de ir a la guerra.

El aspecto económico determinó en gran medida el cambio de actitud de la nobleza respecto a la guerra. En el verano de 1297, el conde de Arundel probablemente no deseaba acompañar a su rey, Eduardo I, pero la excusa que dio tenía algo de cierto: no podía afrontar el coste económico de ir a la guerra, pues nadie habría servido en su séquito a menos que le recompensara con rentas de sus propias tierras, lo cual habría producido una pérdida de *status* («grant abesement de mon estat»), cosa que, sin duda, el rey no desearía que ocurriera. Por otra parte, el conde no podría encontrar a nadie que le prestara dinero contra las rentas de sus tierras.[15]

Las dificultades de Arundel eran un exponente temprano de las dificultades que iban a venir. El gran desarrollo económico del siglo XIII, acompañado de la expansión de la población europea, comenzaba a declinar. En las postrimerías del siglo XIII, aquellos para quienes las rentas procedentes de la tierra eran su principal fuente de ingresos afrontaban un futuro incierto. Un siglo después, la nobleza francesa sería una de las víctimas más afectadas por las actividades de los *routiers*, a menudo llamados compañías, cuya particular forma de hacer la guerra suponía la destrucción de no pocas fuentes de ingresos de la nobleza. La confiscación por parte de individuos franceses de lealtad opuesta en las épocas de turbulencia política o por parte de los ingleses durante la ocupación de gran parte del norte de Francia entre 1417 y 1450 era otro factor que determinaba una fuerte disminución de los ingresos. La necesidad de pagar rescate podía resultar ruinosa, pues para reunir la suma necesaria muchas veces había que vender las tierras. El problema era que la venta no siempre se hacía a buen precio, de manera que en algunos casos, como le ocurrió al señor borgoñón Guillaume de Châteauvillain, tanto él como su familia, que actuaba como garante del pago de veinte mil *saluts* que había acordado pagar cuando fue hecho prisionero

* *Knight-banneret*: originalmente, caballero que conducía una compañía de vasallos bajo su propio estandarte. Era un rango de caballería que se contraponía al de *knight-bachelor*, que incluía a caballeros generalmente jóvenes, con pocos vasallos y novicios en el uso de las armas. (*N. del e.*)

15. M. Prestwich, ed., *Documents illustrating the crisis of 1297-1298 in England*, Camden, 4.ª serie, 24, Londres, 1980, p. 142.

por los franceses en 1430, se vieron en la bancarrota total.[16] A veces, los monarcas francés e inglés tenían que ayudar a recuperar su libertad a quienes habían servido para ellos: en 1444, sir John Handford, que había pasado en Francia más de veinte años, recibió 1.500 libras de Enrique VI como contribución para poder comprar su libertad y, por su parte, Jean de Rodemack recibió una suma sustancial para el pago de su rescate de René de Anjou,[17] y Georges de la Trémoïlle recibió una *seigneurie* en Poitou de Carlos VII en lugar del rescate prometido pero no pagado. De igual forma, la insistencia de los señores para que sus tenentes cumplieran su obligación feudal de vigilancia y guardia (*guet et garde*) o llevaran a cabo las reparaciones necesarias del muro o el foso del castillo, como habían hecho sus antecesores, reflejaba una necesidad económica. Esa misma necesidad llevaba a los tenentes a negar su servicio o, como en el enfrentamiento entre Guy le Bouteillier, como señor de La Roche-Guyon, y el pueblo de la ciudad, a plantear su querella ante el Parlement de París.

Pocos podían resistir las presiones que hacían que la guerra, nunca barata, fuera cada vez más cara. El siglo XIV fue testigo de un cambio entre los líderes naturales de la sociedad militar desde el servicio libre en el cumplimiento de una obligación al servicio a cambio de una soldada o recompensa. En un sentido plenamente real la guerra se estaba convirtiendo en un importante complemento de los ingresos habituales; la nobleza vendía sus servicios al monarca a cambio de salarios y promesas de oportunidades de obtener lo que se conocía de forma eufemística como las «ventajas» de la guerra: los beneficios de los rescates; el botín y las concesiones de las tierras ocupadas al conquistado. Así como la guerra ofrecía al caballero la oportunidad de conseguir reputación, en este contexto diferente la palabra clave era «oportunidad».

La guerra ofrecía muchas oportunidades a los hombres dotados de iniciativa. Sir John Fastolf, involucrado en un interminable proceso legal en París entre 1432 y 1435, recordó a la corte que había sido el primero en lanzarse al mar cuando Enrique V había desem-

16. A. Bossuat, «Les prisonniers de guerre au xve siècle: la rançon de Guillaume, seigneur de Châteauvillain», *AB*, 23 (1951), pp. 7-35.

17. Allmand, *Lancastrian Normandy*, p. 77; A. Bossuat, «Les prisonniers de guerre au xve siècle: la rançon de Jean, seigneur de Rodemack», *AEst*, 5.ª serie, 3 (1951), pp. 145-162.

barcado en Francia en 1415 y que el monarca le había recompensado con la concesión de la primera casa que había visto en Francia.[18] Ser el primero en desembarcar era un logro honorable que producía su propia recompensa; era respetabilidad lo que deseaba Fastolf. Algunos de los libros que sabemos que poseía, entre los que se incluía *Carta de Othea a Hector* de Christine de Pisan, una obra didáctica para caballeros, refuerza este punto de vista. Al mismo tiempo, la actitud de Fastolf frente al aspecto práctico de la guerra refleja un realismo que era fundamentalmente de este mundo: el plan que elaboró en 1435 en favor de un enfoque «duro» de la guerra no hacía concesiones a las ideas románticas de la caballería que podían influir en la conducta de un caballero en la guerra.[19] Su larga carrera en Francia, que le llevó a ocupar altos puestos militares y administrativos y a amasar una gran fortuna mediante la captura de prisioneros en el curso de las batallas, a través de la ocupación de propiedades y de su explotación, pone de relieve que fue una persona «realista» en todo cuanto hizo.

También en este caso, Froissart nos ofrece un relato que ilustra este punto. El cronista, refiriéndose a la llegada de Eduardo III a Calais en 1359 al frente de un numeroso ejército, cuenta que había muchos hombres, de diferentes estratos sociales y nacionalidades aguardándole con la esperanza de poder unirse a él y algunos de ellos, añade el cronista significativamente, deseosos de acrecentar su honra, mientras que otros lo que deseaban era saquear el reino de Francia. Muchos de esos hombres habían gastado grandes sumas preparándose adecuadamente para unirse a las filas inglesas llevados de su intenso deseo de servir a un comandante de gran reputación.[20] Sus motivaciones, al menos tal como las refleja Froissart, indican que el argumento económico de la guerra era cada vez más fuerte y que los motivos mundanos, tanto como los idealistas, constituían un doble objetivo para el logro de la destreza en el manejo de las armas.

La sociedad se veía enfrentada con dos imágenes del soldado. Por una parte, estaba el caballero tradicional de la caballería, la figura de los romances y, más recientemente, de las nuevas órdenes de

18. Allmand y Armstrong, eds., *English suits*, pp. 263-264.

19. M. G. A. Vale, «Sir John Fastolf's "Report" of 1435: a new interpretation reconsidered», *Nottingham Medieval Studies*, 17 (1973), pp. 78-84.

20. Froissart, *Chroniques*, ed. Lettenhove, VI, 204.

caballería, una de cuyas funciones sociales era la defensa de quienes sufrían necesidades físicas y se veían en peligro. No ha de sorprender que san Jorge y san Miguel fueran los patronos de las nuevas órdenes: ambos aparecen en las creaciones artísticas como defensores del inocente frente a las fuerzas del mal. Por otra parte, estaba la imagen, transmitida por los cronistas cada vez con mayor frecuencia, del soldado común como símbolo de algo a lo que había que temer, causante de violencia y destrucción, ya fuera en forma de ataques contra las propiedades (pillaje e incendios) o contra las personas (asesinatos y violaciones).

La imagen del soldado borracho e indisciplinado, una figura que despertaba una respuesta emocional, que evocaba con más frecuencia el temor que el respeto, no era nueva en esa época. En los mercenarios no se podía confiar: las campanas que advertían a los habitantes de las aldeas y ciudades del sur de Francia del peligro de las compañías que se aproximaban reflejan el temor y la desconfianza de la sociedad ante esos hombres. Si los soldados podían encontrar un defensor fuera de sus filas (como ocurrió en el caso del poeta Thomas Hoccleve, que afirmaba que había que prestar mayor atención a sus dificultades económicas cuando alcanzaban la vejez),[21] lo más frecuente era que se vieran sometidos a los ataques verbales y literarios de predicadores, moralistas y otros autores. El dominico inglés de mediados del siglo XIV, John Bromyard, criticó con dureza lo que consideraba el espíritu cada vez más anticristiano de aquellos, tanto caballeros como soldados rasos, que acudían a la guerra con la más vil de las intenciones y con «juramentos y blasfemias en sus bocas». Prácticamente idénticas eran las observaciones de su contemporáneo francés, el carmelita Jean de Venette; no sin razón las gentes pobres de Francia tenían poca confianza en la nobleza, que abusaba de ellos y de sus propiedades y que les tenían prácticamente secuestrados. La observación de Honoré Bouvet, un benedictino contemporáneo de Bromyard y Venette, de que ningún hombre que no supiera cómo provocar un incendio era digno de ser llamado soldado, podía estar cargada de cinismo, pero no era totalmente inmerecida.[22]

21. T. Hoccleve, *Works, III: The regement of princes*, ed. F. J. Furnivall, EETS, Londres, 1897, pp. 32-34: Allmand, *Society at war*, pp. 179-181.

22. *L'Arbre des batailles d'Honoré Bonet*, ed. E. Nys, Bruselas y Leipzig, 1883, p. 211.

Parecía, por así decirlo, que el guardabosques se hubiera tornado en cazador furtivo, dejando indefensa a una gran parte de la sociedad. Si la guerra era un método de conseguir la paz o la armonía y el orden social y político, ¿hasta qué punto eran compatibles las actividades de muchos soldados con ese objetivo? ¿Acaso no eran los soldados y sus actividades enemigos de la paz? Fueron razones de esta índole las que llevaron a realizar todos los intentos posibles por introducir un cierto orden en la guerra. Aunque en la práctica era difícil impedir que estallara la guerra, se llevaron a cabo intentos serios de controlarla, poniendo el énfasis en el hecho de que sólo una guerra declarada de forma debida y adecuada por una autoridad soberana podía ser considerada justa. Las causas que motivaran esa declaración de guerra tenían que ser graves (la falta de respeto de unos derechos, la ruptura del vínculo feudal) y debían realizarse todo tipo de esfuerzos para solucionar un posible conflicto. La guerra sería tan sólo un último recurso.

Otra cuestión a considerar eran los procedimientos utilizados por el soldado en la guerra. Tenían que ser razonables (no se puede utilizar un mazo para romper la cáscara de una nuez), controlados y morales. ¿Eran morales todas las armas? Sin duda, la Iglesia mantenía ciertas dudas respecto al uso de la ballesta, con sus saetas mortales, posición que en algunos círculos se iba a extender a la utilización del cañón en sus principios. ¿Tenían que estar sometidos al mismo riesgo, en período de guerra, todos los sectores de la población enemiga? Un clérigo desarmado no tenía que resultar dañado pero tampoco las mujeres, los niños y los ancianos, e incluso los estudiantes que estaban de camino para acudir a su centro de estudio. ¿Pero qué decir del campesino que cultivaba sus campos para alimentar al ejército enemigo o que pagaba impuestos al monarca enemigo (eran cada vez más los que hacían esto de una u otra forma) o de cuya granja se obtenían plumas para las flechas enemigas? No era tan sencillo para quien fabricaba las armas reclamar inmunidad ante la guerra. El problema residía en saber dónde detenerse. ¿Y a quién le correspondía decir que ya era bastante y sobre quién recaía la tarea de castigar a quienes transgredieran las reglas del juego?

Llegados a ese punto, la necesidad de controlar la guerra para impedir que se convirtiera en una actividad trágica y contraproducente exigía una decidida intervención. La guerra tenía sus reglas y convenciones, las llamadas leyes de la guerra (*ius in bello*), que

aceptadas internacionalmente vinculaban a la sociedad militar proporcionando un código de conducta común y una influencia moderada sobre su conducción.[23] Había formas de tratar adecuadamente a los prisioneros y de reconocer que tenían ciertos derechos; también había normas sobre la forma de obtener, compartir y disponer del botín y del pillaje; había signos de guerra formal, como el despliegue de los estandartes o el disparo de un cañón al comienzo de un asedio que informaban a todos los presentes de que existía una determinada situación legal, una vez declaradas formalmente las hostilidades. Como se desprende claramente del estudio del derecho que surgía de la aplicación de estas normas, lo que se intentaba conseguir era la formalización de la guerra imponiendo un conjunto de normas en su conducción. No se puede ignorar el paralelismo con el torneo o la justa, en donde se daban una serie de limitaciones, consecuencia del espacio y las regulaciones. Era necesario poner freno a la guerra generalizada y sin cuartel.

Pero la formulación de normas no era suficiente. Tenía que haber individuos nombrados oficialmente para aplicarlas. Los heraldos constituían un factor fundamental en el desarrollo de la guerra, como también lo eran de la caballería. Su tarea no se limitaba a conceder el escudo de armas, sino que tenían que ser expertos en el reconocimiento de esos escudos para identificar a los muertos y a quienes realizaban actos nobles (y también viles) en la guerra. En sus manos estaba el poder crear y destruir reputaciones militares; los hombres daban lo mejor de sí delante de ellos. No obstante, de igual manera el condestable y el mariscal del ejército tenían autoridad delegada para juzgar en sus tribunales (en los que se aplicaba la ley militar) a los desertores y a quienes quebrantaban las normas de la disciplina.[24] A diferencia del heraldo, que se ocupaba de observar y anotar cuanto ocurría de extraordinario (los cronistas, muy en especial Froissart, utilizaban los informes de la batalla que les proporcionaban los he-

23. M. H. Keen, *The laws of war in the late Middle Ages*, Londres, Toronto, 1965; N. A. R. Wright, «The *Tree of Battles* of Honoré Bouvet and the laws of war», *War, literature and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 12-31.

24. G. D. Squibb, *The high court of chivalry*, Oxford, 1959, cap. I: M. Keen, «The jurisdiction and origins of the constable's court», *War and government in the Middle Ages*, ed. J. Gillingham y J. C. Holt, Woodbridge, 1984, pp. 159-169.

raldos), el condestable y el mariscal se preocupaban del mantenimiento del orden. Sin embargo, compartían un objetivo común, pues ambos trataban de que el comportamiento de los soldados estuviera por encima de un mínimo aceptable.

Los heraldos y los oficiales encargados de la disciplina podían realizar una labor importante, pero es indudable que ningún factor podía asegurar un mayor respeto por las normas de la guerra y los intereses y propiedades de los no combatientes como un liderazgo firme. Los cronistas colmaban de alabanzas a los grandes jefes. No es difícil comprender por qué. La capacidad de dirección era una característica asociada en otro tiempo con la nobleza, un atributo de rango social. Conforme avanzaba el período, el liderazgo se asoció cada vez más con una serie de cualidades y destrezas personales que reportaban nobleza, aportando así renombre al hombre que las poseía. La aplicación de esas destrezas permitía un control más eficaz de un ejército y, en consecuencia, su utilización más adecuada como arma militar. Al mismo tiempo, aseguraba que aquellos quienes, bajo un liderazgo débil, hubieran sufrido a manos de los ejércitos, gozazan ahora de mayor seguridad. De aquí deriva la importancia histórica de las ordenanzas de guerra que hacían públicas los monarcas durante la campaña: las de Ricardo II durante la guerra contra Escocia de 1385; de Enrique V en Francia en 1419 y de su hermano Juan, duque de Bedford, en Normandía en 1428, intentos todos ellos de controlar las actividades ilegales o atentatorias de la paz de los soldados, en especial en su relación con los no combatientes. Esa relación, difícil en todas las sociedades, era más fácil cuando existía una personalidad fuerte. Las alabanzas con que colmaron a Enrique V sus contemporáneos, no solamente los ingleses, es un hecho indicativo de la admiración que despertaba aquél, cuyo dominio de sus hombres era tal que, durante un tiempo, las zonas de Francia que estaban controladas por los ingleses se vieron libres de los peores excesos cometidos por los soldados. Para el autor anónimo del *Journal d'un bourgeois de Paris*, los armagnacs (*faulx Armignaz*) eran como sarracenos, ya que ahorcaban, incendiaban, secuestraban y violaban sin freno. Podía albergar reservas respecto a los ingleses, pero lo cierto es que bajo su dominio tanto la población militar como la población civil sabía muy bien dónde estaba y eso era algo que había que agradecer.

No era tanto la existencia de la guerra como la manera de luchar

en ella lo que despertaba la crítica de un conjunto cada vez más numeroso de personas que reflejaba las opiniones de la sociedad en la cada vez más abundante literatura y poesía vernácula de la época. *Honoré* Bouvet, cuya obra *L'Arbre des batailles,* que escribió a finales del siglo XIV, no tardaría en convertirse en una especie de manual de las convenciones de la guerra, se sentía profundamente influido por las numerosas tragedias humanas provocadas por la guerra. Ello le inducía a favorecer los derechos de los no combatientes frente a los de los soldados. Lo menos que puede decirse en su favor es que supo convencer a muchos de que los intereses de los no combatientes eran dignos de consideración. Los escritos de Bouvet reflejaban las opiniones de muchos cronistas de la época, que escribieron acerbas críticas de los excesos de la soldadesca. Cuando Jean de Venette, cuya aldea nativa de ese nombre había sido destruida por las tropas inglesas, describió las actividades de los ejércitos, tanto regulares como irregulares, condenó sus excesos y manifestó su simpatía hacia las víctimas. De igual manera, aunque con mucha mayor prudencia, el inglés John Page, que había luchado como soldado en el ejército de Enrique V, describió detalladamente y en unos pasajes de gran emoción los sufrimientos de la indefensa población civil durante los seis largos meses de asedio de Ruán que terminaron en enero de 1419. Si Venette atacaba a los soldados, Page no lo hacía, tal vez porque el hombre encargado de la operación era su propio rey, que responsabilizaba a los franceses del destino de la población civil. Ahora bien, la sensibilidad de ambos ante los sufrimientos de unos hombres, mujeres y niños arrastrados hacia la guerra contra su voluntad refleja como muchos hombres se preguntaban si la guerra no era, de hecho, más que un camino hacia la prolongación de un conflicto amargo.[25]

Como todas las épocas, la Baja Edad Media tuvo sus críticos que atacaron las actividades de los soldados. Al terminar esta breve reflexión sobre la forma en que la guerra era considerada por la población de la época no debemos dejar la impresión de que prevalecían la codicia y la anarquía. Lo que evidencia el estudio reciente de este

25. *The chronicle of Jean de Venette,* trad. y ed. J. Birdsall y R. A. Newhall, Nueva York, 1953: «John Page's poem on the siege of Rouen», *The historical collections of a citizen of London in the fifteenth century,* ed. J. Gairdner, Camden Society, Londres, 1876, pp. 1-46: *The Brut,* ed. F. W. D. Brie, EETS, Londres, 1908, II, pp. 404-422.

importante período es que la guerra se veía cada vez más como un instrumento de Estado, que debía ser organizado por el monarca para el bien común de su pueblo y su país. Gradualmente, la idea de servir al rey en sus guerras estaba siendo sustituida por la necesidad de servir a la *res publica*, un bien más elevado, menos privado y más global. Más adelante veremos cómo en el siglo XIV se votaron cada vez más impuestos para los objetivos de la guerra; indirectamente, esta era la contribución de las sociedades para su defensa.

De ese dinero público habrían de salir los salarios para pagar a los soldados que tenían que realizar esa defensa. El soldado, no importa de qué rango, pasaba así a ser un servidor público cuya tarea era, bajo la dirección del rey, defender los intereses de la comunidad a través de la guerra. Para hacerlo con eficacia, el soldado tenía que estar preparado: tenía que prepararse en las destrezas militares que podría tener que poner en práctica. Esto ya no era sólo cosa del caballero que participaba en los torneos. En Inglaterra, la obligación de poseer armas y de prepararse en su utilización correspondía a todos los varones adultos, como lo hicieron patente la *Assize of Arms* de 1181 y el estatuto de Winchester de 1285. Pero las cosas fueron aún más lejos en el siglo XIV. En 1363, Eduardo III ordenó que el entrenamiento regular en el campo de tiro ocupara el lugar del fútbol; un siglo más tarde, en 1456, las dificultades que se plantearon en Escocia para reunir y armar un ejército adecuado se reconocieron en la prohibición del fútbol y el golf en favor de la práctica del tiro con arco.

La preparación intensa en el manejo de las armas fue una característica del período. El mensaje filosófico del *De re militari* de Vegecio se centraba en la necesidad de defender el bien común, defensa que debía realizarse no mediante la utilización de mercenarios sino por parte de los miembros de la comunidad adecuadamente preparados para luchar. Gran debate suscitaba la cuestión del liderazgo y de quién debía desempeñarlo. Desde luego, no se trataba de debates estériles. La esencia de la discusión radicaba en si el ejército, compuesto idealmente por hombres con un mínimo de preparación y de destreza militar, debía ser dirigido por hombres que merecieran sus responsabilidades, concedidas en nombre de la comunidad por el monarca que les pagaba con fondos públicos (*la peccune publique*). Si, como afirmaba Honoré Bouvet, el soldado que actuaba *qua* soldado lo hacía como representante del monarca, también los nue-

vos líderes de la guerra actuaban en su nombre. Estos líderes se estaban convirtiendo poco a poco en oficiales. Antes de que transcurriera mucho tiempo, en el siglo XVI, aparecería la academia militar, donde se entrenarían los soldados (y sobre todo los oficiales). Estaba apareciendo una nueva actitud ante la guerra.[26]

Pero la academia pertenecía al futuro. No obstante, en el período de la Guerra de los Cien Años, en que comenzaba a echar raíces el concepto de la nación-estado y de la necesidad de que sus intereses fueran defendidos, la *raison d'être* de la guerra estaba cambiando lentamente. Desde luego, seguía ofreciendo la oportunidad de alcanzar la gloria, la promoción personal y las ganancias materiales; en ese sentido no ha cambiado mucho hasta la actualidad. Pero la guerra era considerada, cada vez más, como una forma de actividad desarrollada por toda la comunidad, que actuaba en común, bajo la dirección del monarca, para defender su honor y su seguridad. Si los hombres habían aceptado la probabilidad de la muerte en la guerra como medio de conseguir el honor, la guerra que se libraba en defensa de un bien más elevado, el de la comunidad, se estaba convirtiendo en algo tan honorable, si no más. *Pugna pro patria* (lucha por tu país) fue un principio que el obispo Brinton defendió en el púlpito en el decenio de 1370. A mediados del siglo XV, los litigantes en procesos civiles ante el Parlement de París mandaban recado de que no podían presentarse personalmente porque estaban luchando en la guerra en pro del bien público (*in expedicione causa rei publice*) o porque habían sido hechos prisioneros por el enemigo. Ambas excusas tenían valor práctico y, evidentemente, eran excusas honorables. *Pro patria mori* (muere por tu país), sería el paso siguiente.[27] La muerte en el campo de batalla luchando por una causa justa y, preferiblemente, en presencia del rey que dirigía y representaba a la comunidad, era, para el hombre de armas como Charles de la Trémoïlle, el premio supremo. Poco a poco estaba apareciendo una nueva visión de la guerra, aunque desde luego tenía estrechos vínculos con el pasado.

26. Sobre este aspecto, véase J. R. Hale, *Renaissance war studies*, Londres, 1983, caps. 8-10.

27. E. Kantorowicz, «*Pro patria mori* in medieval political thought», *AHR*, 56 (1951), pp. 472-492; reeditado en *Selected studies* del mismo autor, Nueva York, 1965, pp. 308-324.

3. LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA

Los objetivos militares

¿Cuáles eran los principales objetivos militares de los participantes en la guerra y, muy en especial, los de los ingleses, los agresores? Conocemos los nombres de las batallas, algunos mejor que otros; para muchos son estos los momentos de la guerra que destacan. Pero una mirada más atenta al diario de los acontecimientos militares nos lleva a concluir que había períodos de intensa actividad seguidos por otros en los que muy poco o nada parecía ocurrir. Si los métodos militares carecían de objetivo, como puede parecer, ¿no deberíamos concentrarnos en esos momentos, tal vez los momentos decisivos de acción violenta cuando los ejércitos de ambos bandos se enfrentaban en unas batallas que han pasado a formar parte del mito nacional?

No hay que conocer profundamente la historia para saber que muy pocas de las batallas registradas en la historia tuvieron un efecto decisivo en el futuro de quienes en ellas lucharon. Esto es absolutamente cierto respecto a la Guerra de los Cien Años y conviene recordar que en Crécy, Poitiers y Azincourt, aunque los ingleses resultaron vencedores no penetraron en el reino francés intentando conquistarlo, sino que lo abandonaron, dirigiéndose hacia la costa para buscar un medio de transporte que les llevara de regreso a Inglaterra, una vez cubierto el principal objetivo de la expedición. Si cada uno de esos éxitos reportaba fama a los vencedores y pérdidas de hombres y de moral a los vencidos, sin embargo no reportaba ganancias territoriales inmediatas.

¿Acaso era, pues, el principal objetivo de un ejército el de no atraer al enemigo a la batalla? La *chevauchée* podía ser considerada

como un desafío al orgullo del enemigo y a su capacidad de defender su territorio, pero cabe dudar que el líder de una *chevauchée*, que con frecuencia sólo estaba al frente de unos miles de hombres, y que necesitaba conseguir que la expedición resultara provechosa tomando botín y prisioneros, tratara de conseguir, en realidad, que se produjera una batalla. De hecho, más probable era lo contrario. No parece que las enseñanzas de Vegecio sobre la guerra fueran interpretadas en el sentido de intentar atraer al enemigo al campo de batalla para enfrentarse con él y derrotarlo. Además, eran muchos los que consideraban que una batalla era una invitación hecha a Dios para que interviniera en los asuntos humanos y Dios tenía el hábito desconcertante de hacer que salieran derrotados aquellos que sentían un exceso de confianza respecto a la perspectiva de la victoria. En resumen, más que buscar batalla era mejor evitarla. Esa doctrina sería expresada formalmente a finales del siglo XV por Philippe de Commynes, que mostró una actitud antiheroica ante la guerra y señaló su preferencia por la diplomacia. Entre tanto, tal vez podemos ver aquí un reflejo de la influencia aristocrática y, posiblemente también, de la influencia literaria sobre el lugar concedido a la batalla en la guerra, en la que ya no era considerada como la gran oportunidad para realizar actos individuales de valor, sino como la culminación de un proceso militar cuyo objetivo era el logro de un fin político concreto.

Si las batallas, por sí mismas, no conducían generalmente a la consecución de esos logros, ¿cómo alcanzarlos? ¿Cuáles eran las debilidades del enemigo, no necesariamente militares, que podían ser atacadas? En los años centrales del siglo XIV, los monarcas franceses tenían esas debilidades. Por ejemplo, ¿hasta qué punto eran aceptados como reyes legítimos de Francia? Se podía utilizar la propaganda para socavar la fe de sus súbditos en su legitimidad, mientras que una guerra de incursiones (o *chevauchées*) con éxito podía quebrantar esa confianza aún más, poniendo de relieve que, como monarcas, carecían del poder para cumplir con uno de sus papeles fundamentales, la defensa de su pueblo contra los ingleses. De esta forma, su credibilidad se vería minada y su poder debilitado. Así pues, el principal objetivo de la *chevauchée* era el de socavar la autoridad del monarca enemigo desafiando su eficacia militar. Las campañas del Príncipe Negro en 1355 y 1356 y las derrotas de los ejércitos franceses en Crécy y Poitiers (por no citar la de Brignais en 1362) sir-

vieron para subrayar la falta de eficacia y para incrementar los temores de quienes albergaban dudas.

Pero la debilidad francesa se podía enfatizar aún más haciendo que la guerra llegara hasta la población no combatiente. La población civil se convirtió en el blanco central de los soldados. Se confiaba en que de esta forma se produciría una demanda de paz que no podría ser ignorada, momento en el que la parte más fuerte podría dictar los términos que deseara. En segundo lugar, las guerras que implicaron blancos civiles eran menos peligrosas y menos caras de organizar, pero muy costosas para el defensor. No sólo se daba un imperativo de responder a los ataques dedicando mucho tiempo, energía y, sobre todo, dinero para la defensa, principalmente en la construcción de fortificaciones y castillos urbanos, sino que cuando se producían los ataques los medios de producción de los defensores (cosechas, viveros de peces, molinos, graneros) eran los principales objetivos de destrucción, de forma que su capacidad económica se veía seriamente quebrantada. Disminuidos así los recursos materiales y actuando el temor por la seguridad física como freno de iniciativas tan vitales como la reconstrucción y el cultivo (¿quién desarrollaría esas tareas cuando los riesgos de nuevas pérdidas y destrucciones eran tan altos?), la población civil se convertía en un riesgo político e incluso económico para su rey. Más aún, no podía, o afirmaba no poder, pagar impuestos, directos o indirectos, de forma que el rey de Francia no tardó en sentir los efectos de los ataques ingleses en su política fiscal en determinadas zonas del reino. Eso era lo que la *chevauchée* intentaba conseguir.

¿Cuál fue la respuesta de los franceses? La falta de reacción habría permitido a los ingleses pensar que podían hacer lo que querían. Además, la inacción habría sido tomada como signo de debilidad por los franceses. En un momento en el que ni el ejército francés ni las medidas de tipo fiscal necesarias para mantenerlo se habían desarrollado de forma suficiente para responder a la nueva situación militar, la única respuesta posible era hacer un llamamiento a las fuerzas tradicionales para formar un ejército con el que interceptar y —así se esperaba— derrotar a los ingleses. En 1356, esa forma de enfocar el problema había fracasado claramente. Sin embargo, la situación había variado ostensiblemente cuando aún no habían transcurrido veinte años. El ejército francés había pasado a ser un ejército relativamente reducido y manejable. Ahora estaba formado por

hombres escogidos y también sus jefes eran los mejores con los que se podía contar. Además, su tarea consistía en el cometido específico de tomar la iniciativa y recuperar los territorios cedidos según los términos acordados en Brétigny y otros territorios, si ello era posible. Los franceses, en lugar de enfrentarse a los ingleses en campo abierto, pusieron en práctica la táctica de desalojar a las guarniciones de las ciudades y castillos utilizando unidades de hombres montados —y por tanto de gran movilidad— para ello. El sistema funcionó perfectamente. En el decenio de 1370, los ingleses, carentes de una buena dirección y de la necesaria dedicación en hombres y dinero para defender una larga frontera (el dinero disponible habría estado mejor invertido en la defensa que en organizar campañas en Francia, que reportaban mayor popularidad), no tardaron en perder el terreno que habían ganado mediante el tratado.

El tratado. Esta palabra nos sirve para recordar la importancia de ese elemento al que todavía no hemos hecho referencia: la diplomacia. Su papel podría haber sido vital, pues en teoría unos negociadores hábiles podrían haber sacado el máximo provecho de una situación militar que, en un momento determinado, favorecía grandemente a un bando más que al otro. En 1360, la debilidad de los franceses (y en especial la captura del rey Juan) dio oportunidad a los negociadores de introducir una serie de alteraciones radicales en el mapa de Francia. En 1420, la debilidad francesa y la fortaleza anglo-borgoñona solucionarían la cuestión de la sucesión en favor del monarca inglés. Sin embargo, esta fue la única ocasión en que la situación militar influyó profundamente en la negociación diplomática. Sin embargo, incluso en 1360 el Consejo francés se sintió lo bastante fuerte como para no aceptar los términos que había acordado el rey cautivo en Londres. El recurso a la «paz a medias» (en la que cada uno de los bandos hacía una concesión importante que hacía que ninguno quedara plenamente satisfecho)[1] y a la tregua demostraban el fracaso de la presión militar para forzar una solución definitiva de la guerra, en un sentido o en otro, a través de la negociación diplomática.

Esta era, en pocas palabras, la herencia que había recibido Enrique V del siglo XIV. ¿Cómo sería posible cambiarla? Hemos de admitir que en el caso de Enrique V, como en el de Eduardo III, desco-

1. Sobre este concepto, véase Palmer, «War aims», p. 53.

nocemos cuáles eran sus ambiciones políticas exactas en Francia. Pero, sin duda, la posición de ambos monarcas ante el conflicto con Francia era diferente. Desde un principio, Enrique V se lanzó a la conquista y a mantener lo conquitado. Harfleur fue tomada después de un asedio y al año siguiente se hizo cuanto fue posible para asegurarse de que no se perdería. En 1417, Enrique V comenzó la conquista más sistemática de Normandía. Las ciudades que se resistían eran asediadas y tomadas. Los nuevos súbditos de Enrique tuvieron que prestar juramento de lealtad; quienes se negaban a hacerlo eran expulsados y sus propiedades confiscadas. También organizó una administración que gobernara en su nombre. Estableció guarniciones para vigilar el área conquistada y que sirvieran a modo de islotes de autoridad inglesa, intentando al mismo tiempo mantener a la soldadesca bajo una cierta disciplina. Los castillos eran empleados como base para los ejércitos que se utilizaban para ampliar y defender la frontera con la Francia de los Valois. Enrique V actuaba como si todo cuanto hiciera fuera a tener efectos duraderos. Desde esa posición de fuerza moral y física negoció el tratado de Troyes, cuyos términos indican que pretendía introducir el menor número de modificaciones posibles. Sólo la dinastía sería nueva. La vida normal continuaría sin alteraciones si el pueblo le aceptaba como heredero de la corona francesa. Estaba utilizando el tratado no tanto para conquistar como para adquirir legítimamente lo que consideraba suyo por derecho.

Una vez más hay que preguntarse cuál fue la respuesta francesa. No hace falta recordar que el decenio de 1420 marca el cénit de la posición francesa. Hubo un primer atisbo de esperanza tras el éxito inesperado de Baugé en 1421, pero Cravant y, sobre todo, Verneuil cercenaron las expectativas de una rápida recuperación. La perspectiva de los franceses empeoró cuando los ingleses avanzaron hacia el sur, penetrando en Maine y Anjou. La reconquista llevaría tiempo, sobre todo si la diplomacia no contribuía para conseguirlo. En último extremo fueron la geografía (en forma del río Loira) y Juana de Arco los que salvaron a Francia. La ocupación del trono por parte de Carlos VII se vio legitimada por su coronación. La moral de los Valois comenzó a elevarse lentamente, mientras que la de los ingleses se debilitó, en especial después de perder el apoyo borgoñón.

Los franceses ganarían el asalto definitivo gracias a una combinación de diferentes factores. Apelaron cada vez más a la opinión popular: Carlos VII era ahora el verdadero rey al que debían apoyar

todos los franceses leales. Luego, sus éxitos militares, modestos al principio, comenzaron a ser más numerosos. La carrera de John Talbot, conde de Shrewsbury, muestra que en los últimos años del decenio de 1430 y en el de 1440 los ingleses se hallaban en una posición cada vez más defensiva: un bastión primero, un castillo después eran atacados y perdidos.[2] A lo largo de un decenio (que tanto recuerda la situación del decenio de 1370 en el sudoeste) el poder militar inglés junto con su autoridad legal y administrativa dependiente se vio enormemente erosionado. La situación moral de los ingleses empeoró aún más y declinó su implicación política y militar en la guerra. Es de destacar que en la campaña francesa definitiva de 1449-1450, organizada con todo cuidado por el rey y protagonizada por un ejército profundamente reformado, la mayor parte de las plazas fuertes no resistieron, prefiriendo abrir sus puertas a aquellos que no sólo tenían mayor poder militar sino que afirmaban con mayor energía representar el gobierno legítimo y eficaz. En Aquitania, entre 1451 y 1453 los ejércitos franceses encontraron resistencia, pero lo cierto es que las batallas de Formigny (1450) y Castillon (1453) sólo sirvieron para poner fin de forma drástica a un proceso que ya había finalizado en el momento del enfrentamiento de los dos ejércitos. Había quedado demostrado que la táctica no drástica, por lenta que pudiera ser, era la que producía mejores resultados. Y desde luego, lo que interesaba en la guerra eran los resultados.

Las fuerzas de tierra

Un ejército bajomedieval estaba formado, en esencia, por dos grupos, los que luchaban a caballo y los que lo hacían a pie. El caballo era tanto un arma como un signo de distinción social, así como un medio de transporte. En las guerras civiles inglesas de mediados del siglo XIII la caballería había ocupado la posición preeminente, pero cincuenta años después la situación comenzaba a ser diferente. Si la caballería era, todavía, la sección más importante del ejército, las victorias de las milicias flamencas sobre los caballeros franceses en Courtrai en julio de 1302 y la de los montañeses de Schwyz y Uri sobre

2. A. J. Pollard, *John Talbot and the war in France, 1427-1453*, Londres, 1983.

el formidable contingente feudal de caballeros y soldados de a pie pertenecientes a Leopoldo de Austria en Morgarten en noviembre de 1315, habían puesto de manifiesto lo que era posible hacer en unas condiciones y en un terreno desfavorable para la utilización eficaz de la caballería. No ha de sorprender que algunos consideraran esas victorias como signos de que los días del caballero montado como elemento militar dominante estaban tocando a su fin.

Sin embargo, no debemos negar totalmente el valor de la caballería como un arma —o peor, como una reliquia— del pasado. El soldado a caballo todavía perviviría mucho tiempo y su influencia fue muy importante en el período que estudiamos en este libro.[3] De todas formas, como se ha afirmado, la Guerra de los Cien Años no se iba a resolver en un gran enfrentamiento en el que la caballería desempeñara el papel fundamental. Es importante tener en cuenta este hecho, pues la aceptación de ese punto fundamental nos permite comprender más fácilmente las razones que fortalecieron la importancia militar de aquellos que no luchaban a caballo.

En efecto, ¿qué tipo de guerras estamos considerando? El de los reyes Eduardo I y Eduardo II que lucharon contra unos enemigos cuyo objetivo común era liberar a sus países del agresor inglés, pero cuyos métodos eran diferentes. En ambos casos, los jefes militares hicieron todo lo posible por evitar un enfrentamiento a gran escala. En Gales (con Eduardo I), en Escocia (con Eduardo I, II y III) y en Francia (desde Eduardo I hasta Enrique VI), Inglaterra participó en una sucesión de guerras en las que, de hecho, era el agresor. Pese a ello, ¿hasta qué punto llevó realmente Inglaterra la iniciativa y en qué medida pudo determinar el tipo de guerra en la que deseaba participar? En todos los casos, los monarcas ingleses tuvieron que adaptarse a las condiciones que encontraron en esos tres países y en todos los casos se vieron en la necesidad de adaptarse con sus ejércitos a una serie de condiciones militares, sociales y económicas nuevas, así como a una nueva mentalidad respecto a la manera de formar los ejércitos y de luchar.

Los ingleses hubieron de afrontar las diferentes condiciones físicas y organización social de los países que invadieron. El ejército que

3. M. G. A. Vale, *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France and Burgundy at the end of the Middle Ages*, Londres, 1981, cap. 4 (I).

condujo Eduardo I contra Llewelyn ap Gruffydd en el norte de Gales en 1277 estaba formado por no menos de 1.000 caballeros feudales y unos 15.000 soldados de infantería; en 1282 el rey sólo poseía 750 caballeros frente a 8.000 o 9.000 infantes, incluidos los arqueros y ballesteros, la mayor parte de ellos tropas a sueldo. En Gales, la naturaleza de la guerra estuvo determinada en gran parte por los factores físicos: en un territorio montañoso los soldados de infantería eran más eficaces que la caballería pesada. Lo ideal habría sido encontrar la manera de utilizar las dos armas conjuntamente. Así ocurrió en Maes Moydog, cerca de Montgomery, en marzo de 1295. La caballería, en conjunción con los arqueros y ballesteros, causó estragos en las filas de los galeses. Se había descubierto una nueva arma.

Esa arma se utilizó con eficacia contra los escoceses, que fueron derrotados en Falkirk en julio de 1298. Allí, en una gran batalla, destacaron dos factores importantes. Uno de ellos fue la eficacia del arco largo en manos de los arqueros galeses, diez mil de los cuales, todos ellos a sueldo, servían en las filas del ejército de Eduardo I en la campaña de ese verano. El otro factor era la importancia de las formaciones que permitía a los arqueros actuar en conjunción con la caballería, en número de 2.500 ese año. Ambos factores, el uso del arco largo y la adaptación de la utilización tradicional de la caballería, permitirían a los ingleses obtener una serie de victorias en el campo de batalla durante la centuria siguiente.

Lo importante era la capacidad de la adaptación. El proceso iniciado con Eduardo III continuó en julio de 1333 cuando en Halidon Hill, cerca de Berwick, los ingleses mostraron que habían aprendido a coordinar el uso de la caballería «tradicional» con la «nueva» fuerza de los arqueros. En esta ocasión, la combinación fue de arqueros y jinetes armados desmontados de sus caballos situados en una posición defensiva que puso de relieve los éxitos que una cierta flexibilidad podía reportar a un ejército conducido por hombres deseosos de experimentar.

Ahora bien, en el futuro inmediato el éxito de los ejércitos ingleses iba a ser limitado. Los escoceses, y en especial Robert Bruce, comprendían que era necesario enfrentarse al enemigo con cuidado. Por tanto, Bruce se convirtió en una especie de jefe de guerrillas cuya forma más habitual de perjudicar a los ingleses era hostigarles más que buscar un enfrentamiento formal. Bruce, utilizando grupos

armados de gran movilidad, supo aprovechar los rasgos geográficos de Escocia para dificultar al máximo la acción de los ingleses que, ante el temor de morir de hambre y de sufrir una emboscada, tenían que tener mucho cuidado de no dispersarse demasiado y de mantener abiertas sus líneas de comunicación lo mejor posible a través del control de los castillos, sobre todo el de Stirling, de importancia vital, que dominaba el punto más bajo en el que era posible cruzar el río Forth a través de un puente.

Cuando los ingleses comenzaron, pues, su largo conflicto con Francia, tenían a sus espaldas esa experiencia de una actividad guerrera en rápida transformación. Tenían que afrontar ahora otra situación diferente, la de un extenso país cuya característica física más destacada era el paisaje abierto (*plat pays*) interrumpido por ríos, y con una serie de castillos y ciudades (algunas ya fortificadas) que ayudaron a la sociedad a defenderse contra el enemigo interno y externo. En la práctica, el territorio era fácil de conquistar, pero sólo podía ser controlado adecuadamente si se controlaban también las plazas fortificadas de las que dependía su bienestar económico y su defensa. En consecuencia, el control de las ciudades y castillos de Francia era el primer objetivo que los ingleses necesitaban alcanzar. Por lo que respecta a los franceses, su táctica debe haber sido la de hostigar a los ingleses lo más posible para conseguir que sus intentos de gobernar las zonas de Francia que controlaban y de conquistar las que todavía no se hallaban en sus manos fueran lo más difíciles y costosos posibles. En ese proceso, las batallas poco contribuían a facilitar a cualquiera de los dos bandos la consecución de su objetivo militar y carecerían de importancia en la estrategia de los dos grandes protagonistas de la Guerra de los Cien Años.

Si las batallas pasaban a ser de importancia secundaria, era lógico pensar que ocurriera lo mismo con la caballería, que desempeñaba un papel fundamental en tales ocasiones. Otro factor —vinculado con cuanto hemos dicho— contribuyó a operar ese cambio: el coste que suponía al caballero desempeñar adecuadamente su papel en la guerra. Es indudable que ese hecho contribuyó notablemente a reducir la fuerza de la caballería (fuerza que, como hemos visto, estaba disminuyendo como consecuencia de las nuevas exigencias de la guerra) y a hacer que muchos que hubieran luchado a caballo se convirtieran en hombres de armas que llegaban montados hasta el campo de batalla, desmontaban y luchaban a pie. En esas circunstancias, la

armadura no tenía que proporcionar tanta protección y era menos embarazosa y menos costosa que la que necesitaba el caballero montado. Asimismo, la monta necesaria para permitir movilidad a una fuerza o para aproximarse al campo de batalla podía ser de inferior calidad y, por tanto, más barata que en el caso de un caballo que tuviera que transportar a un caballero totalmente armado, además de la armadura que cubría al animal.

Así pues, el *hobelar*, exponente de la caballería ligera, se convirtió en la fuerza móvil y versátil que sería característica en los conflictos fronterizos angloescoceses de comienzos del siglo XIV. Asimismo, durante algunos decenios los ingleses utilizaron también, con éxito, a los *hobelars* en las fronteras que les separaban del enemigo en Francia y, muy en especial, en el sitio de Calais en 1346-1347, donde contaban con un cuerpo de seiscientos de ellos para ayudar a mantener alejados a los franceses. Por su parte, el ejército francés también aprendió la lección y en las tropas que hostigaban las fronteras inglesas del sudoeste de Francia en la década de 1370 predominaban los soldados montados.

El arma fundamental sería el arco. La ballesta, especialmente útil en defensa cuando el ballestero, quien necesitaba protegerse en el momento de montar su arma, podía ocultarse detrás de un muro, era un arma elitista, utilizada con especial eficacia por los gascones que lucharon en Gales en el ejército de Eduardo I, y por los genoveses, un gran contingente de los cuales luchó en el bando francés en Crécy. Pero fue el arco largo, con su poder de penetración, lo que obligaría a encontrar una armadura más eficaz en la primera mitad del siglo XIV. Su potencia de fuego, doble a la de la ballesta y el que, cuando se sostenía verticalmente (los primeros arcos y ballestas se sostenían horizontalmente) permitía apuntar con más precisión a lo largo de la línea del arco, daría a los arqueros, sobre todo a los que servían en el ejército inglés, un papel tan importante en cualquier tipo de guerra durante esa época. La ventaja más importante que ofrecía el arco era su versatilidad. Podía ser utilizado en los asedios; era útil cuando se usaba a campo abierto por un soldado de a pie armado ligeramente y, así mismo, un arquero montado, que no necesitaba una montura de gran calidad, podía ser un combatiente de gran movilidad y eficacia. En los inicios del siglo XIII Gerald de Gales había abogado por el uso combinado de arqueros y caballeros; fue precisamente esa combinación la que,

como hemos visto anteriormente, se utilizaría con tanta eficacia en las posiciones defensivas contra los escoceses en la primera mitad del siglo XIV, antes de ser utilizada, en condiciones muy similares, contra los franceses en Crécy, Poitiers y, posteriormente, en Azincourt.

¿Qué cambios fundamentales exigió esa nueva combinación de arqueros y hombres de armas, algunos montados y otros de a pie? Durante el ataque, los arqueros podían dispersar a las fuerzas que se apiñaban en la posición defensiva o, como en Azincourt, eran capaces de dispersar a la caballería que había comenzado a cargar, haciendo que los caballos aterrorizados y heridos regresaran hacia sus propias filas. En tales condiciones, el fuego concentrado de los arqueros contra las alas de la caballería producía tales estragos que los franceses apenas podían ofrecer resistencia. En cuanto a la defensa, los hombres de armas desmontados y los arqueros (los arqueros se situaban en «cuña» o por delante de los hombres de armas) ofrecían una gran resistencia, apoyándose mutuamente, siendo los hombres de armas los mejor protegidos pues los arqueros podían disparar sus armas a una distancia considerable contra el enemigo que avanzaba, dispersándoles así antes de que alcanzaran la posición defensiva de los hombres de armas que, entonces, podían montar y contraatacar. La posibilidad de que ambos grupos lucharan uno junto al otro (lo cual exigía una cierta disciplina) fue, sin duda, una de las innovaciones tácticas más importantes del siglo XIV y contribuyó de forma importante a que los ingleses consiguieran una sucesión de victorias.

La otra innovación importante fue la utilización del arquero montado, cuyo salario era el doble del del arquero de a pie y que encontramos por primera vez en los ejércitos ingleses en 1334. En el momento de la guerra en Bretaña en 1342 los arqueros montados eran ya más de 1.700. Tal vez no todo el mundo estará de acuerdo con la afirmación de Morris de que eran «los soldados más eficaces de la Edad Media».[4] Sin embargo, lo cierto es que su rapidez de movimiento no sólo en la batalla sino, lo que era más importante, antes de ella, y la posibilidad de actuar en conjunción con los hombres de armas (que también iban a caballo), les convirtió en «el elemento más importante, con mucho, en los ejércitos que lucharon en

4. J. E. Morris, «Mounted infantry in medieval warfare», *TRHistS*, 3.ª serie, 8 (1914), p. 78.

Francia».[5] En la época de la campaña de Crécy en 1346 se reclutaba igual número de hombres de armas y de arqueros montados, que podían luchar a pie en posiciones elegidas, lo más alejadas posible, por sus posibilidades defensivas. Tanto en Inglaterra como en Francia, la necesidad de dar mayor movilidad a los ejércitos fue, tal vez, una de las grandes innovaciones del período y pone de relieve hasta qué punto era importante la versatilidad para los jefes militares de la época.

Este factor fue de extraordinaria importancia en los éxitos que consiguió el ejército francés en el decenio de 1370. Pero no podemos olvidar otro factor: la importancia de la contribución de la clase nobiliaria en el ejército, relativamente reducido, de unos 3.000 hombres (cuyo número aumentaba un 50 por 100 durante una parte del año), formado por hombres reclutados localmente y todos ellos voluntarios. Esos factores revistieron una enorme importancia cuando el ejército hubo de luchar en una guerra en la que el éxito dependía de su movilidad, una guerra en la que había que evitar el enfrentamiento a gran escala. El reducido ejército francés, bien organizado y bien dirigido, alcanzó, con éxito total, esos objetivos militares importantes aunque, ciertamente, poco llamativos.

Por lo que respecta a los franceses, la paz de los últimos años del siglo XIV apenas les obligó a algo más que a establecer guarniciones en sus fronteras, pero la guerra civil de los primeros años de la nueva centuria provocó el hundimiento total del ejército francés, hundimiento confirmado por la derrota de Azincourt a manos de los hombres de armas y arqueros ingleses. Durante gran parte de la generación siguiente no existió lo que podemos llamar un ejército francés, pues un gran número de los soldados de Carlos VII procedía de Escocia. En el bando inglés, lo que se necesitaba era un ejército para cumplir dos objetivos fundamentales: la conquista y el mantenimiento de esa conquista, exigencias que requerían tanto ejércitos para luchar en campo abierto como guarniciones. En parte porque quienes servían en las guarniciones tenían que estar dispuestos a luchar en el campo de batalla cuando se les necesitaba (ya que los castillos servían de base donde los soldados podían permanecer cuando no estaban en el campo de batalla y desde los que podían

5. M. Prestwich, «English armies in the early stages of the Hundred Years War: a scheme of 1341», *BIHR*, 56 (1983), p. 110.

controlar la campiña circundante por medio de hombres a caballo en un radio de unos veinte kilómetros) y en parte por la dificultad cada vez mayor para obtener el apoyo activo de la nobleza para la guerra en Francia, en los últimos años de la guerra los ejércitos ingleses incluían a veces un porcentaje de arqueros respecto a los hombres de armas que podía ser de siete a uno o incluso de diez a uno, mucho más elevado que el porcentaje habitual de tres a uno en el reinado de Enrique V y de la igualdad en el número de arqueros y hombres de armas que existía en la segunda mitad del siglo XIV. Hay que recordar también la naturaleza de la guerra, en la que ambos bandos practicaban la táctica del asedio y en la que la defensa de una larga frontera que se extendía desde Le Crotoy en el este hasta Mont-Saint-Michel en el oeste determinaba que la caballería pesaba sólo desempeñara un papel importante en las misiones de defensa. Se estaba produciendo, pues, un cambio importante.

Como ya hemos dicho antes, fue la participación remunerada en la guerra lo que salvó a una parte importante de la nobleza y, en algunos casos, contribuyó a elevar su *status* social. Eran menos los nobles franceses que tenían que dedicar su atención a la administración de sus propiedades. Preferían alquilarlas a cambio de una renta fija por períodos que, en el siglo XIV, se hicieron cada vez más prolongados, y de esta manera gozar de la libertad necesaria para ocupar cargos o servir en el ejército. Hasta cierto punto, podría argumentarse, los impuestos que pagaban sobre sus tierras y sus productos podían ser recuperados de la corona al entrar al servicio real. Así, en lugar de asolar la campiña bajo el pretexto de defenderla o de robar dinero para comprar los caballos y sus arreos, una gran parte de la nobleza ingresó en el servicio de la corona, tanto en Inglaterra como en Francia, de forma que, irónicamente, «el presupuesto del Estado era, hasta cierto punto, un presupuesto de asistencia a la nobleza»[6] que utilizaban los reyes de ambos lados del canal para pagar a la nobleza, entre otras cosas, por sus servicios en la guerra. En Francia, muchos nobles, especialmente los que pertenecían a la nobleza media y baja, se hallaban tan empobrecidos que

6. P. Contamine, «The French nobility and the War», *The Hundred Years War*, ed. Fowler, p. 151.

necesitaban los salarios que les pagaba el monarca, que les aseguraban una renta más elevada y segura que sus tierras. En el período de las reformas realizadas en el reinado de Carlos V, gran parte del ejército francés estaba formado por miembros de la pequeña nobleza. Consideraban que ser soldado podía resultar beneficioso.

En la Inglaterra de Eduardo I, si los grandes feudatarios se habían negado a recibir dinero por miedo a sufrir desprestigio, en el reinado de Eduardo III todos estaban «preparados para aceptar salarios a cambio del servicio militar». El monarca no recibía sueldo alguno (aunque Edward Balliol, «rey» de los escoceses, recibía un sueldo tanto en los períodos de paz como de guerra) pero los duques recibían 13 *s.* 4 *d.*; los condes, 6 *s.* 8 *d.*; los *knights-banneret*, 4 *s*; los *knights-bachelor*, 2 *s.* y los escuderos 1 *s.* Estas sumas correspondían proporcionalmente a la cantidad que cada uno calculaba que podía gastar en un caballo (como hemos subrayado anteriormente), cuyo valor se acordaba por adelantado, de tal forma que la corona pudiera compensar su pérdida.

Pero la gran nobleza y la pequeña nobleza (*gentry*), cuya influencia era de carácter más local, desempeñaban un papel importante en la organización del servicio militar. Los miembros de la pequeña nobleza actuaban a modo de subcontratistas en la tarea de reclutar fuerzas. Ambos grupos actuaban como reclutadores responsables de reunir el gran número de hombres que formaban los ejércitos de la época. En ese contexto, la importancia de la nobleza alistando no sólo a sus tenentes feudales sino, en algunos casos, a miembros de sus casas o a aquellos que estaban obligados a prestarle servicio en períodos de guerra y de paz, es considerable. Como capitanes, a veces dirigían pequeñas expediciones, en ocasiones bajo la dirección personal del monarca; como lugartenientes, ejercían la autoridad en castillos y guarniciones y otras veces servían como hombres de armas en los ejércitos de ambos bandos.

Sin embargo, no todos eligieron el camino del servicio activo en la guerra, ya que podían encontrar otras actividades adecuadas a su rango y talento. La estrategia militar se decidía en los consejos de los monarcas; muchos miembros de la nobleza contribuían a la guerra aportando sus consejos. Próximo al consejo, al menos en Inglaterra, se hallaba el Parlamento, dominado durante gran parte del siglo XIV por los pares, y también en ese organismo se discutían con frecuencia los asuntos de política y de economía nacional, pues era

allí donde los monarcas aprovechaban la experiencia práctica de unos hombres que habían participado activamente en la guerra. Finalmente, otros miembros de la nobleza servían a la causa de su país participando en la administración necesaria para la marcha de la guerra.

Pero ¿estuvo la nobleza a tono con los cambios que se produjeron en la guerra durante este período? Ha existido (y tal vez existe todavía) una tendencia a minimizar el papel de la nobleza europea en las guerras tan características de la Baja Edad Media. Muchos consideran que el mundo en el que vivían se hallaba alejado de la realidad. Se considera que los cambios ocurridos en el *status* social, en la tecnología de la guerra y en la escala geográfica y temporal en la que se luchaba produjeron un declive de la influencia nobiliaria sobre su conducción.

Algunas de estas observaciones están bien fundamentadas. La larga ocupación del norte de Francia por los reyes Láncaster nunca habría podido realizarse sin la participación activa de unos hombres, muchos de los cuales no eran todavía nobles, que realizaban las funciones de sus capitanes que, en su calidad de nobles con tierras en Inglaterra, tenían que regresar de vez en cuando a sus propiedades para asegurarse de su buena marcha. En este caso la prolongación de la guerra dio una oportunidad a aquellos que no tenían tierras en Inglaterra de demostrar cuán importante era su presencia en Francia. En efecto, si es cierto que la mayoría de la gran nobleza se unió a Enrique V en su primera expedición a Francia en 1415, ese apoyo no podía mantenerse durante mucho tiempo. En los últimos años de su reinado ya había disminuido y si bien Enrique VI contó con una importante participación nobiliaria en su expedición de 1430-1431, inmediatamente después de su coronación, sólo un pequeño grupo de ellos continuó a su servicio en la guerra de Francia durante los años subsiguientes. Tanto los monarcas ingleses como los franceses tuvieron que reconocer que la ampliación de la guerra planteaba importantes exigencias a la nobleza y que les estaba obligando a realizar una serie de cambios.

Se afirma también, a veces, que las innovaciones tecnológicas terminaron por provocar el declive de la nobleza como elemento de lucha. Los éxitos de los arqueros ingleses en las grandes batallas de la Guerra de los Cien Años parecen apuntar en esa dirección. El relato de Froissart sobre cómo muchos de los más importantes nobles fran-

ceses, con su actitud de no retroceder en la batalla de Crécy, prefirieron la probabilidad de una muerte a una huida deshonrosa hace pensar al lector que se trataba de un grupo más dispuesto a la autoinmolación que ocupado en la seria labor de conseguir la victoria mediante el orden y la disciplina. Cambios importantes se produjeron en la armadura protectora que necesitaban el caballero montado y su caballo, ambos muy vulnerables en la batalla. En los años centrales del siglo XIV se abandonó la cota de malla en favor de la armadura blindada, mientras que la centuria siguiente contempló numerosas mejoras en el diseño, de manera que las flechas y las lanzas se encontraban con superficies oblicuas que, al igual que en el caso de los cambios arquitectónicos introducidos para contrarrestar el efecto de los disparos de cañón, provocaban el desvío del proyectil de su blanco. Esas innovaciones, a las que pueden añadirse las mejoras introducidas en la calidad del acero utilizado para fabricar la armadura, la posibilidad, en consecuencia, de prescindir del escudo, liberando el brazo izquierdo, y la planificación de períodos de descanso especiales que permitían el uso de una lanza mucho más pesada, permitieron que el caballero, lejos de ser un inconveniente trasnochado en el campo de batalla siguiera siendo un elemento indispensable del ejército, cuya importancia se vio reforzada, como hemos visto, por el entrenamiento y mediante la colaboración con otros grupos que utilizaban armas diferentes. La persistencia de la importancia de la caballería como fuerza que intervenía después de una batalla quedó patente en varias ocasiones: en Verneuil en 1424 y, medio siglo después, en las batallas en las que se vieron envueltos los franceses, los suizos y Carlos el Calvo, duque de Borgoña.

Puede afirmarse que el declive del papel tradicional de la nobleza militar en la guerra estuvo anunciado por la utilización cada vez más intensa de la artillería, el más «innoble» e indiscriminado causante de muerte, entre cuyas víctimas se contaban varios miembros de la gran nobleza, entre ellos el bastardo de Borbón, muerto en Soisson en 1414, Thomas, conde de Salisbury («un valioso guerrero entre todos los cristianos ... muerto en el sitio de Orleans», tal como relataba el autor de *The Brut*),[7] John Talbot, conde de Shewsbury, muerto en Castillon en julio de 1453, y Jacques de Lalaing, *le bon chevalier*, que murió ese mismo mes en el asedio de Poeke, cerca de Gante. No pue-

7. *The Brut*, II, 454.

de negarse que la artillería estaba cobrando importancia y que su perfeccionamiento fue uno de los cambios importantes ocurridos en la conducción de la guerra durante esa época. Sin embargo, sería erróneo considerar que la artillería se había convertido en una alternativa a la caballería. La visión de Talbot y sus compañeros montados destrozados por una descarga de artillería (por así decirlo) no era típica de la época. La acción recuerda demasiado al gesto grandioso, aunque futil, de la nobleza francesa en Crécy una centuria antes.

Las oportunidades en que la nobleza podía explotar una situación como integrante de la caballería y aquellas en que se podía utilizar la artillería con los mejores resultados eran diferentes. Un arma era adecuada en determinadas circunstancias y la otra en otras distintas. Parece más adecuado relacionar con otros factores el declive temporal de la utilización de la caballería. Las guerras de este período ofrecían pocas oportunidades para las fuerzas de choque que luchaban a caballo. En el siglo XIV ambos bandos utilizaron con mayor profusión la táctica de la *chevauchée*, aunque hubo algunas excepciones notables en las que la caballería pesada desempeñó un papel fundamental. Ante todo, hay que recordar que, cuando menos en el siglo XV, la forma más adecuada de alcanzar los objetivos militares era la táctica del asedio, que ofrecía a la caballería menos oportunidades para la acción. A estos factores, más que a la artillería, debemos dedicar nuestra atención si deseamos averiguar qué armas tenían mayor importancia en la guerra.

Pero una cosa está clara. La participación de la caballería, si bien había perdido la supremacía de los siglos anteriores, estaba lejos de haber desaparecido por completo. La caballería existía todavía y sería utilizada con eficacia en un próximo futuro cuando la batalla campal volviera a ser la forma habitual de decidir el resultado de las guerras. Hay que recordar que en 1494 al menos la mitad del ejército que Carlos VIII condujo a Italia estaba integrado por la caballería pesada.

El liderazgo

Es evidente que el éxito de un ejército depende en gran parte de la calidad de su liderazgo, tema muy discutido por los autores de la época. Había dos aspectos estrechamente relacionados que preocupaban a los hombres de la Baja Edad Media. Uno de ellos era la convic-

ción de que el liderazgo era de importancia fundamental para mantener la disciplina y para que los ejércitos fueran organismos colectivos más que un conjunto de individuos. El otro era el de decidir quiénes tenían que ser los líderes de los ejércitos y sobre qué argumentos podían basar su liderazgo.

En el primero de esos aspectos la influencia del mundo antiguo fue de gran importancia. En el siglo XII comenzó a aparecer una forma de literatura didáctica, un manual de instrucción escrito para los príncipes y en el que se les daban consejos morales y prácticos sobre la mejor forma de dirigir a sus súbditos. Como era lógico, a los príncipes había que enseñarles a conducir la guerra y dado que muchos de los autores de esas obras eran clérigos, recurrían a los manuales militares conocidos para encontrar la información que necesitaban. A grandes rasgos, esa información sobre la guerra se obtenía en dos formas diferentes. La primera era la colección de anécdotas, recogidas en la historia griega y romana, donde se hacían observaciones de naturaleza militar: los ejércitos no tenían que situarse de espaldas a un río cuando se enfrentaban al enemigo en la batalla (Bertrand du Guesclin ignoró este consejo, con resultados fatales, en Nájera, en abril de 1367); o había que intentar maniobrar con el ejército de forma que el sol diera en los ojos del enemigo. Estas máximas, que en muchos casos derivaban del sentido común y que estaban tomadas de la experiencia del pasado, se encontraban fundamentalmente en dos obras: los *Facta et dicta memorabilia* de Valerio Máximo, del siglo I d.C. y el *Stratagemata* de Frontino, escrito en ese mismo siglo por un hombre que durante un corto período de tiempo había sido gobernador romano de Britania. Las dos obras serían traducidas del latín a las lenguas vernáculas durante los siglos XIV y XV; ambas eran conocidas en los círculos militares y debieron de ejercer una cierta influencia en la modificación de las actitudes frente al liderazgo.

Sin embargo, más importante era el manual más conocido de las artes militares, el *De re militari* de Vegecio, compilado en el siglo IV d.C. La mayor parte de los autores de manuales sobre el ejercicio de la autoridad real acudían a esta obra cuando querían saber cómo había que hacer la guerra. Vegecio era menos importante por sus informaciones técnicas que por el mensaje filosófico general sobre la guerra que contenía su obra. Al igual que Frontino, concedía gran importancia al liderazgo, a las cualidades mora-

les requeridas para quienes aspiraban ejercerlo y a la experiencia de la guerra necesaria para obtenerlo. En resumen, el buen líder, el hombre que podía inspirar a su ejército, no simplemente aquel que podía evitar los escollos evidentes del generalato que Frontino había señalado, podía nacer con ciertas cualidades inherentes que, sin embargo, había que desarrollar de la única forma que podía conducir al éxito, a través de la práctica y la experiencia. En las palabras de Frontino estaba implícito un mensaje de la mayor importancia: los líderes no se elegían a sí mismos, sino que eran elegidos. En el contexto social de la Baja Edad Media eso significaba que la clase de la que tradicionalmente habían surgido los líderes de los ejércitos veía su posición —que se apoyaba fundamentalmente en factores sociales— cuestionada, cuando no socavada. En efecto, la esencia de la argumentación era que los hombres no asumían el liderazgo, sino que les era concedido de acuerdo con criterios que tomaban en cuenta el mérito y la experiencia, así como el nacimiento y la posición social. Vemos reflejada esta idea en formas diversas. Cuando John Barbour, archidiácono de Aberdeen, escribió su largo relato en verso de la vida de Robert Bruce, rey de Escocia, hacia 1380, puso énfasis en el hecho de que su héroe había conseguido tan grandes éxitos frente a los ingleses gracias a sus cualidades militares, a la forma en que sabía comprender a sus hombres, a su conocimiento de las tácticas necesarias para alcanzar la victoria, en una palabra: a su «profesionalidad» como hombre de armas. De aigual forma, la vida de otros soldados-héroes del período, el Príncipe Negro, Du Guesclin, incluso la de Enrique V, aunque escritas en una vena caballeresca, subraya que el éxito de esos hombres se debió en gran medida al hecho de que sus cualidades intrínsecas para el liderazgo se habían beneficiado de la preparación y la experiencia. En el mismo sentido, podemos observar que el sentimiento manifestado abiertamente contra la nobleza francesa tras la batalla de Poitiers reflejaba una opinión creciente de que, a pesar de la tradición, la nobleza no tenía un derecho absoluto a asumir posiciones de responsabilidad en el ejército. Si las ejercía, tenía que hacerlo porque las había conquistado.

El historiador puede considerar la cuestión del liderazgo como un «tema» que ocupaba las mentes de los hombres de esa época. No podemos ignorar el hecho de que una serie de actitudes tradicionales estaban sufriendo un proceso de cambio. La guerra era un

asunto demasiado importante como para dejarlo en manos de aquellos a los que, por tradición, les había correspondido la tarea de revisarla. Esa discusión —si podemos llamarla así— era parte de un debate más amplio sobre qué constituía la auténtica nobleza. ¿Era el nacimiento y el linaje o podía un hombre adquirir la nobleza y, en caso de respuesta afirmativa, cómo? ¿Era algo que podía ser otorgado mediante la ceremonia de armarle a uno caballero, o mediante la concesión de una patente? Y si era así, ¿significaba la obtención de la nobleza que un hombre tenía que actuar noblemente para merecer su nueva posición? Esos problemas fueron objeto de una gran atención en esta época; es indudable que nada se daba por sentado.

¿Hasta qué punto se vio influida la realidad por esas ideas? Ciertamente, el declive de la fuerza feudal no implicó la desaparición del liderazgo tradicional en la guerra. Las estructuras de mando al iniciarse la Guerra de los Cien Años eran muy similares en Francia e Inglaterra. Al frente de cada uno de los países se hallaban los monarcas, aconsejados por hombres de experiencia militar que podían ser parientes o, al menos, miembros de la nobleza que frecuentaban la corte. Por debajo de ellos existía, en Francia, una estructura ordenada y muy jerarquizada que se encargaba de las tareas ordinarias de defensa del país, desde aquellos que tenían amplias jurisdicciones territoriales hasta quienes podían ser enviados a una zona concreta, a una ciudad o a un castillo para organizar su defensa en época de crisis. Por lo general, cuanto más importante era el puesto de mando (su importancia se determinaba por la extensión de la autoridad territorial o, lo que era más lógico en tiempo de paz, por el número de hombres implicados), más probable era que fuera concedido a un hombre que frecuentaba la corte. En efecto, era en la corte, como comprendían los más astutos, donde se obtenían las posiciones de poder y riqueza.

En período de guerra la presencia de un monarca en campaña era un aspecto positivo que había que explotar. No sólo concedía prestigio y una sensación de urgencia a una misión, sino que además ejercía la presión de la vieja táctica feudal sobre los vasallos para que se unieran a su señor en persona. A las expediciones dirigidas por el rey se les otorgaba mayor importancia y siempre eran más numerosas que las que dirigían otros personajes, por muy alto que fuera su rango. Podemos citar muchos casos en los que los

monarcas estuvieron presentes en la batalla. Felipe VI lo hizo en Crécy en 1346; Juan II fue hecho prisionero en la batalla de Poitiers en 1356; Carlos VII dirigió personalmente el ataque contra Pontoise en 1441 y por parte de los ingleses Eduardo III y Enrique V constituyen excelentes ejemplos de las cualidades marciales demostradas por algunos monarcas.

Así pues, la estructura de mando comenzaba en la corte y se centraba en el monarca. Este hecho y la importancia del patronazgo real en la concesión de autoridad militar otorgaba una considerable ventaja a aquellos cuya cuna les daba acceso natural a los reyes.[8] En Francia, los hermanos de Carlos V, Luis, duque de Anjou, Juan, duque de Berry, y Felipe duque de Borgoña, consiguieron puestos de responsabilidad para ellos y para sus clientes y dependientes gracias a su estrecha relación con los sucesivos monarcas. En Inglaterra, Eduardo III utilizó al máximo la capacidad militar de sus hijos, en especial de Eduardo, Príncipe Negro, cuya participación en la guerra resaltaba la importancia que tenía para la familia la pretensión de su padre de ocupar el trono de Francia. Esa política de recurrir a los hijos o hermanos del rey continuó bajo los Láncaster, dado que los cuatro hijos de Enrique IV lucharon en Francia y tres de ellos murieron en ese país.

Por debajo de los grandes del reino, otros podían ejercer posiciones de mando cuando las circunstancias —como la guerra en varios frentes a la vez— lo exigían. En Francia, los que ocupaban las posiciones de mando más elevadas, en ocasiones como *lieutenants du roi*, eran, por lo general, príncipes y hombres que habían alcanzado el rango de *bannerets*, los grandes caballeros cuyos pendones habían sido cortados para ocupar los estandartes cuadrados de su nuevo rango. También en Inglaterra, los miembros de la alta nobleza, desde los duques a los condes, prestaron servicio y detentaron posiciones de mando durante la guerra. Eduardo III siempre admitió la importancia del apoyo nobiliario en sus guerras y, tanto en su reinado como en el de su nieto, Ricardo II, que le sucedió en 1377, la nobleza estuvo en el primer plano.

Debemos tener en cuenta que en la nobleza existía un sector alto, un sector medio y otro bajo. La alta nobleza constaba de muy

8. Véase J. B. Henneman, «The military class and the French monarchy in the late Middle Ages», *AHR*, 83 (1978), pp. 946-965.

escasos efectivos, de forma que cuando nos referimos a su ocupación de mandos militares debemos incluir, conscientemente o no, a quienes habían heredado un grado de nobleza relativamente bajo o que habían alcanzado esa posición gracias a sus esfuerzos. Estos individuos constituían, en gran medida, una clase aparte, pues incluso el caballero inglés podía ser un hombre de importancia en la sociedad aristocrática en la que se mezclaba. Con la ampliación del conflicto se multiplicaron los puestos de mando, ante lo cual los monarcas de Inglaterra y Francia tuvieron que recurrir a esos hombres. Lo cierto es que desempeñaron un papel vital, aunque a veces poco espectacular, en la organización de la guerra. Si la alta aristocracia aportó grandes contingentes de hombres para la guerra (en Inglaterra, al menos, aportó el mayor contingente de hombres después del rey), la tarea de reclutar a esos soldados recaía con frecuencia en personajes de la vida local que subcontrataban con los capitanes reales para reclutar las tropas necesarias. El reclutamiento de los ejércitos dependía de las redes de contactos, que se basaban en vínculos de vasallaje, influencia regional, familia y cargos. En este aspecto, el papel de la pequeña nobleza era fundamental.

Pero su importancia no terminaba ahí. Debido a su situación económica, a veces precaria, nadie dejaba de aceptar el salario que podía ofrecer el monarca. Para muchos, la guerra se convirtió en una ocupación seria que llenaba todo su tiempo, mientras que otros, una gran parte de la baja nobleza, consideraban en algún momento la posibilidad de desempeñar el servicio militar. La consecuencia fue que se fortaleció su dedicación profesional a las armas: en Francia, en la segunda mitad del siglo XIV, algunos escuderos (hombres que se hallaban en los límites de la *noblesse*) fueron promovidos a una posición más elevada que la de los caballeros, cuyo número disminuyó en el ejército francés a partir de 1380, lo que parece indicar que el profesionalismo comenzaba a ser bien considerado. Los rangos inferiores de la aristocracia se afirmaron aún más a través de hombres como Bertrand du Guesclin, sir Thomas Dagworth, sir Robert Knolles y sir Hugh Calveley. Estos eran «los auténticos profesionales» que, en algunos momentos de la guerra, se convirtieron en protagonistas como comandantes nombrados por la corona o como jefes de grupos de soldados de fortuna que podían ignorar las órdenes reales y actuar con total impunidad. Esos hombres necesitaban el éxito para obtener apoyo, pues mientras que Du Guesclin

podía apelar a su origen bretón para reunir un ejército (*route*), los ingleses no podían hacerlo con la misma facilidad y, por tanto, sólo podían contar con su reputación para atraer soldados a su servicio. Fueron estos los primeros hombres que sin ser de extracción plenamente aristocrática alcanzaron preeminencia gracias a sus méritos.

En el siglo XV pasó a primer plano de nuevo el sector más elevado de la nobleza. En Francia, el faccionalismo que aquejaba al país había sido provocado en gran medida por la nobleza, de forma que el mando del ejército, como puso de relieve la tragedia sufrida en Azincourt en 1415, se hallaba fundamentalmente en manos de jefes pertenecientes a la nobleza, lo cual daba al ejército un carácter tan aristocrático como el que poseía en 1330. Lo mismo puede decirse respecto al ejército inglés (con la diferencia de que la nobleza era totalmente adicta a Enrique V, que ejercía un control total sobre ella), pero la situación cambió cuando se hizo con las riendas del gobierno el duque de Bedford, actuando en nombre del joven Enrique VI. En primer lugar, se abrió un abismo entre el consejo real en Inglaterra y aquéllos cuya tarea diaria consistía en luchar con los franceses en Francia. En segundo lugar, cuando la guerra dejó de ser tan lucrativa (al organizarse menos expediciones en territorio enemigo) y las necesidades de defensa dominaron la actividad militar, la guerra comenzó a perder el atractivo que sin duda había tenido en la centuria anterior y en el reinado de Enrique V. Una serie de miembros de la alta aristocracia se turnó en el gobierno de Normandía con éxito variado. El número de plazas fuertes que había que defender y que exigía la presencia de una persona de autoridad llevó, en algunos casos, a adjudicar cargos de gran responsabilidad a individuos de gran talento y experiencia militar, pero no necesariamente de alta cuna. Las exigencias de la guerra determinaron que aquellos con largos años de servicio a sus espaldas (probablemente su número era más elevado en el siglo XV que en el siglo XIV) pasaran a ocupar posiciones de mando casi inevitablemente. Y como consecuencia de la disminución del número de caballeros en el ejército inglés hacia 1450, esos puestos de responsabilidad recayeron de nuevo en hombres de *status* social inferior.

A mediados del decenio de 1440, Carlos VII introdujo reformas importantes en el ejército francés. Al parecer, esas reformas iban dirigidas a obtener un doble objetivo: reafirmar la autoridad de la corona para nombrar a los mandos militares y, cesando de forma

fulminante a la mayor parte de los comandantes que habían asumido esas posiciones de mando, conseguir que el ejército fuera de nuevo un arma eficiente del Estado controlado por el rey. La actuación del monarca conoció un éxito notable. La mayor parte de aquellos a los que conservó en su puesto eran hombres del sector medio de la nobleza, cuya experiencia les iba a permitir controlar a los que se hallaban por debajo de ellos. El rey fue afortunado: tenía mucho donde elegir y se podía permitir tomar a su servicio únicamente a los mejores.

Así pues, si tenemos en cuenta que existían grados distintos de nobleza y aristocracia, podemos admitir que en la Guerra de los Cien Años el liderazgo de los ejércitos francés e inglés recayó en gran parte en la nobleza. Tanto en la tarea de aconsejar al monarca como en el reclutamiento de soldados, y posteriormente, en las campañas y en la batalla, los nobles desempeñaron un papel crucial como servidores de sus reyes respectivos. Ese esquema tradicional se mantuvo en el siglo XVI. Sin embargo, como hemos apuntado anteriormente, comenzaban a circular nuevas ideas. En un clima de opinión que ponía mayor énfasis en el éxito colectivo que en la reputación del individuo, ¿podía sobrevivir el deseo de alcanzar la fama, que tal vez no era sinónimo de eficacia del ejército? La respuesta estaba no en intentar cercenar la ambición de gloria en la guerra sino en canalizar esas energías hacia el servicio del monarca que representaba el bien público y el honor de un pueblo. Como se ha señalado, desde 1400 vemos cómo en el Parlement de París los abogados intentaban demostrar la respetabilidad de sus soldados-clientes subrayando su servicio al rey y al bien público: «... a longuement servy le roy»; «... tient frontier contre les enemis»; «... il a esté grevé car lui estant en expedicion pour la chose publique». Esas expresiones dicen no poco acerca de los valores de la sociedad en la que aparecen y del papel que los soldados desempeñaban en ella.

El énfasis se ponía cada vez más en el servicio, que prestaba y pagaba el Estado, que asumía el derecho de nombrar a sus comandantes (este factor se vio facilitado por el hecho de que todos aceptaban el dinero del Estado para el servicio en la guerra) y de exigir lo mejor a cambio de su dinero. Los jefes militares, nombrados por decisión propia (como Carlos VII nombró a sus principales lugartenientes en 1445) y no por el derecho «natural» de nacimiento, se

iban a convertir en sus oficiales, para quienes el progreso sería un reconocimiento de sus méritos. El resultado lógico de ese cambio gradual de dirección se produciría después, aunque no mucho más tarde. En el siglo XVI, la aristocracia, que ya no asumía que le asistía el derecho de ocupar posiciones de liderazgo en el ejército, comenzó a acudir a las academias militares para aprender el arte de la guerra. Era esto lo que las obras de Vegecio y de otros autores estaban destinadas a conseguir.[9]

Los mercenarios

En ese esquema de administración militar que puede parecer engañosamente bien organizado hizo su irrupción un tipo de soldado, el mercenario, cuya presencia significó destrucción y desorden para la población de la Baja Edad Media. Si bien es cierto que causaron una profunda impresión en la sociedad francesa en ese período, no hay que olvidar que los mercenarios eran un fenómeno presente en todas partes, en España, en Alemania y, en particular, en el país dominado por los Estados comerciantes, Italia. En ese país aparecieron por vez primera en el siglo XIII grupos de hombres que, bajo la dirección de jefes emprendedores, se contrataban (de ahí que se les llamara *condottieri*) con ciudades-estado individuales que no tenían un ejército propio pero sí los fondos necesarios para pagarles, a fin de que vigilaran su territorio y mantuvieran el orden. A partir de esos orígenes relativamente pacíficos pasaron, a finales de la centuria, a iniciar guerras externas en nombre de quienes les pagaban, enfrentándose con otros grupos similares (las Compañías o *routiers*) en los que había no sólo alemanes e italianos sino también flamencos, españoles, franceses y, en ocasiones, algunos ingleses. Hacia 1300, esos hombres eran parte fundamental del escenario militar y político italiano. Para nosotros, su aparición en otros lugares de Europa constituye un ejemplo temprano del principio del servicio militar remunerado que, como hemos visto, se convirtió en un factor habitual en la formación de los ejércitos reales en Inglaterra y Francia durante esos años.

Los mercenarios eran combatientes especializados, sin lealtades

9. Véase Hale, *Renaissance war studies*, caps. 8-10.

firmes, hombres que luchaban por una soldada y por lo que la guerra podía ofrecerles. Eran especialistas porque eran soldados profesionales; la guerra era su vida. Pero también eran especialistas en el sentido de que practicaban un tipo de guerra, la guerra de sorpresa, en la que el ataque en las primeras horas del día era más eficaz que el asedio. Dado que su éxito dependía de la movilidad, no podían acarrear consigo ingenios que retrasaran su marcha. Así, desarrollaron tácticas militares diferentes de las que utilizaban los soldados más tradicionales. A esos hombres, como a sus antecesores de Italia, no les preocupaban los problemas de la lealtad. John Hawkwood, jefe de la Compañía Blanca, luchó durante varios años contra los intereses de Florencia antes de pasar al servicio de esa república: no le preocupaba en absoluto el hecho de cambiar de bando. Lo que atraía a hombres como él era la perspectiva de un salario a cambio de su servicio en la guerra. Así pues, la paz o la tregua amenazaban su existencia y el fin de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, consecuencia del tratado de Brétigny de 1360, que fue seguido en 1364 por la interrupción del desafío de Navarra a la autoridad real en Normandía y por la conclusión de la guerra de sucesión bretona, fue la causa de que Francia, España e Italia soportaran la presencia de las Compañías en el decenio de 1360. El problema se planteó de nuevo treinta años después, cuando sus energías se canalizaron hacia una cruzada que terminó en derrota en Nicópolis en 1396, y nuevamente en 1444-1445, momento en que, tras la tregua de Tours, los *ecorcheurs*, que como su nombre indica estaban «despellejando Francia», fueron desviados durante unos años a Suiza y a los territorios del Imperio. En las tres ocasiones, la paz había provocado una situación de desempleo en unos soldados que buscaban aventura y dinero. Ningún gobernante —salvo posiblemente en Italia— tenía los medios y el deseo de tomar a su servicio fuerzas importantes cuando reinaba la paz.

En ningún otro grupo de soldados de ese período era tan importante el factor del liderazgo. Como soldados a sueldo que eran dependían de sus capitanes para el reclutamiento, la organización, la distribución del botín y la soldada. La forma de guerra «no oficial» que ellos libraban era más característica del bandolerismo y el pillaje, pero sería erróneo suponer que todos los que formaban las compañías eran hombres de antecedentes criminales o baja extracción. De hecho, muchas veces ocurría lo contrario, pues con fre-

cuencia sus jefes eran miembros de la baja nobleza que se veían impulsados a la actividad guerrera por factores económicos y, en algunos casos, porque eran hijos segundones con pocas posibilidades de heredar. Más difícil es evaluar y describir a los simples soldados, pero hay un hecho claro: abundaban los ingleses. A mediados del siglo XIV, el predominio de los mercenarios de origen inglés era tan marcado que los términos «Inglese» y «Les Anglais» se convirtieron en nombres genéricos para esos grupos. Pero también procedían de otros lugares, especialmente de Bretaña y Gascuña. Como escribiera Philippe de Mézières a finales del siglo XIV, es posible que algunos de ellos fueran miembros de la baja nobleza que normalmente no iban a la guerra salvo cuando eran convocados por el monarca pero que, en algunos casos, se veían obligados a tomar las armas para tener una ocupación. Otros eran hombres de *petit état*, que adoptaban esa forma de vida llevados del gusto por el riesgo o del deseo de cometer pillaje. Finalmente, otros eran miembros del sector más bajo de la Iglesia, que preferían la vida más emocionante del campamento militar. No en vano uno de los más destacados, Arnaud de Cervole, era conocido como «el arcipreste».

En general, las Compañías tenían mala reputación entre la población por su codicia, su actitud sin escrúpulos ante la ley y el aparente desprecio de las fuerzas del orden. En Italia se decía: «un inglese italianato è un diavolo incarnato» (un inglés italianizado es el diablo en persona). En no pocas ocasiones sus métodos no respetaban en absoluto las normas caballerescas de la guerra. Vagabundos de la campiña, la sorpresa era su arma fundamental y se comportaban con enorme arrojo en lo que algunos consideraban la más importante hazaña militar, la captura de ciudades fortificadas y de castillos por los que luego pedían un rescate, después de haberlos utilizado como base para nuevas acciones militares. Sin embargo, pese a todo, muchos de esos hombres, ya fuera individualmente o como miembros de un grupo más amplio, entraron al servicio real y se desempeñaron con eficacia. Por ejemplo, en el siglo XIV, Arnaud de Cervole luchó para el monarca en varias ocasiones y llegó a ser nombrado chamberlán real en 1363, mientras que su hijo tenía como padrino al duque de Borgoña. De igual forma, Amiel de Baux ocupó un cargo en la corona francesa y estaba en el servicio en el ejército real cuando éste penetró en Aquitania en 1371. En el bando inglés, Hugh Calveley, que primero alquiló sus servicios en España

a Du Guesclin, cambió de bando y sirvió al Príncipe Negro allí en 1367; posteriormente se uniría a Juan de Gante y llegó incluso a trabajar para Ricardo II en Francia. Por su parte, sir Robert Knolles luchó tanto para sí mismo como para su monarca. También la corona francesa utilizó con ventaja la experiencia de esos hombres y la intervención de los Valois en Castilla a mediados del decenio de 1360, bajo la dirección de Du Guesclin (que entendía perfectamente la mentalidad de esos mercenarios), se basó en gran medida en los servicios de ese tipo de soldados.

En el siglo XV, la intervención de los soldados de fortuna en la guerra fue preponderante. Enrique V y su hijo utilizaron a algunos mercenarios cuyos nombres aparecen en las listas de oficiales, con frecuencia desempeñando puestos especializados, sobre todo en la artillería. François de Surienne demostró ser capaz de realizar una actividad independiente antes de unir su suerte a la de Enrique VI, al que sirvió antes de ser elegido caballero del Garter.

Pero fue en el ejército francés de la primera mitad del siglo donde los mercenarios ocuparon un lugar prominente. En la década de 1420-1430 un sector importante del ejército de Carlos VII estaba formado por escoceses que lucharon en Cravant y Verneuil, mientras que un contingente importante de genoveses participó también en esta segunda batalla contra los ingleses. El rey dependía también, en no poca medida, de individuos que, como los jefes de las Compañías de la centuria anterior, servían en el ejército real: Poton de Xaintrailles fue durante un tiempo un *véritable routier* que se dedicó al pillaje en diversas zonas de Francia antes de aceptar un cargo de manos de Carlos VII; Antoine de Chabannes, capitán de *routiers*, fue jefe de mil hombres montados antes de ser empleado por la corona. Estos y otros hombres, como Hawkwood en Italia, lucharon contra la autoridad antes de unirse a ella. Algunos de ellos obtuvieron puestos elevados a mediados del siglo XV y otros introdujeron sus propias ideas en la conducción de la guerra. Étienne de Vignolles, a quien se le conocía como La Hire, apodo que le habían dado sus enemigos borgoñones, asestó un golpe espectacular con la conquista de Château-Gaillard, situado en el río Sena, en 1430, mientras que al año siguiente Ambroise de Loré y su grupo atravesaron gran parte de Lombardía para atacar una feria cerca de Caen, antes de retirarse en perfecto orden con sus prisioneros. Esos *coups* servían para que quienes protagonizaban esos

actos arriesgados tuvieran una imagen romántica entre la población. Algunos adoptaban, o recibían, nombres diferentes de los suyos: Jacques d'Espailly era conocido como Forte-Épice; el nombre de La Hire se utilizó para designar un tipo de cañón, lo cual ocurrió también en el caso de Guillaume de Flavy y, en el siglo XVIII, se adjudicaría el nombre de La Hire al *valet* de corazones en la baraja de cartas francesa. Esos eran los héroes guerreros de su época, cuyas hazañas perduraron en la imaginación popular.

LAS FORTIFICACIONES Y LA ARTILLERÍA

Hemos visto que los jefes militares de la Baja Edad Media trataron de alcanzar sus objetivos bélicos mediante la devastación de la campiña y, en determinadas circunstancias, tratando de controlar las ciudades y castillos que la dominaban. Dado que el principal objetivo era la devastación de la tierra, la destrucción de sus productos y la captura de las propiedades muebles, no hay duda de que las víctimas principales de la guerra eran aquellos que, si no vivían a una distancia razonable de una ciudad defendida o un castillo en el que había instalada una guarnición, veían en grave riesgo su seguridad personal. Es cierto que la existencia de pequeñas fortificaciones locales, en ocasiones iglesias adaptadas con gran costo mediante la construcción de torres, parapetos e incluso fosos, aportaban una cierta seguridad al menos frente a las bandas reducidas de soldados o maleantes.[10] Sin embargo, esos elementos defensivos no debían de constituir un gran obstáculo frente a otros grupos más numerosos y decididos de hombres, ante los cuales sólo las ciudades amuralladas y los castillos eran lugares razonablemente seguros.

Hemos dicho también que, al menos en el siglo XIV, los jefes militares, con frecuencia pobremente equipados, evitaban atacar las ciudades bien fortificadas y los castillos. En el curso de una campaña breve, recortada por consideraciones estacionales o económicas, o por ambas, la ventaja no estaba del lado del atacante que, si comenzaba un asedio, corría el riesgo de verse cogido entre la plaza que intentaba conquistar y (éste era un temor constante) un cuerpo

10. N. A. R. Wright, «French peasants in the Hundred Years War», *HT*, 33 (junio, 1983), pp. 38-42.

expedicionario que pudiera acudir a aliviar al asediado. Además, necesitaba equipo pesado y poco manejable, que incluía máquinas de asedio. Pero incluso éstas podían no permitir conseguir el éxito deseado. Para ello hacía falta un golpe de suerte, como la carestía de alimentos o de agua entre los sitiados, o un acto de traición que entregara la plaza bien defendida a los enemigos. Cuando se trataba de territorio enemigo, el asedio no se planteaba a la ligera. Si se habían tomado una serie de precauciones razonables, los que buscaban refugio en una ciudad o un castillo tenían esperanzas razonables de sobrevivir, sobre todo si su refugio era una ciudad que, debido a su mayor tamaño y a las mayores comodidades que favorecían al defensor, suponía para el sitiador un desafío mayor que el que planteaba el castillo mejor defendido.

En Francia, la escalada del conflicto en el decenio de 1340 (después de cuatro generaciones de una paz relativa) produjo una serie de innovaciones. Antes de ese período, como observó Froissart y experimentó Eduardo III, muchas ciudades no poseían defensas adecuadas, a no ser las que podían proporcionar los fosos y canales, que no podían suponer un gran obstáculo para un ejército decidido. Tampoco existía un control central adecuado sobre el edificio y el mantenimiento de las fortificaciones, muchas de las cuales estaban totalmente anticuadas o necesitaban ser reparadas cuando los ingleses comenzaron a invadir Francia. Pero las invasiones inglesas sirvieron para impulsar a los hombres a la acción, lo cual modificó totalmente la situación. Siguiendo las órdenes reales, las ciudades comenzaron a preocuparse de su defensa y para ello tuvieron que buscar sus propias fuentes de financiación en la esfera local. En un principio, muchas construcciones se realizaron con el menor costo posible. Cuando ello era factible se utilizaba en las nuevas fortificaciones material que se obtenía de los edificios o murallas viejos, mientras que en muchos lugares no se pagaba indemnización alguna a aquellos que se veían obligados *pro bono publico* a ceder propiedades en las que se podían levantar murallas o a facilitar terrenos, situados más allá de las murallas, vitales para una defensa eficaz. Al mismo tiempo, es evidente que la mayor parte del dinero necesario para financiar la defensa urbana había de ser obtenido localmente, aunque a partir de 1367 el rey de Francia permitió en muchas ocasiones que las ciudades retuvieran la cuarta parte de los impuestos reales como contribución para la defensa. La tierra se adquiría mu-

chas veces a muy bajo coste y en muchos lugares los ciudadanos y quienes vivían dentro de la jurisdicción de una ciudad prestaban sus servicios en la construcción de las murallas, el equivalente, podría argumentarse, de un impuesto dirigido a cubrir los gastos de construcción. Se intentaron obtener préstamos y regalos como contribuciones, pero en cualquier forma la iniciativa más significativa y mejor organizada para conseguir fondos era, sin duda, la recaudación de un número cada vez mayor de impuestos locales sobre la venta de productos, incluidos los bienes de consumo, siendo los más provechosos los impuestos sobre la bebida y, en especial, sobre el vino. La recaudación de tales impuestos, realizada siempre con la aprobación real, que se buscaba de antemano, ponía énfasis en dos factores: que el derecho de la corona a gravar a la población con impuestos y a organizar la defensa general de Francia era indudable y, asimismo, que en la práctica la responsabilidad de desarrollar los proyectos defensivos quedaba en manos de la iniciativa y la energía locales. Todo parece indicar que el resultado fue que los administradores locales, a quienes correspondía recaudar y administrar importantes presupuestos defensivos, aprovecharon la experiencia así obtenida para desarrollar su propio poder, en especial cuando, durante un período de varios decenios, los impuestos pensados en un principio para períodos cortos de tiempo prolongaron más y más su vigencia hasta que pasaron a ser un factor permanente en los ingresos regulares de la ciudad.

Así pues, las ciudades comenzaron a adquirir una mayor importancia como lugares de defensa y refugio para la campiña circundante. Por ejemplo, en Reims, el proceso de fortificación, comenzado a principios del siglo XIV bajo las directrices de Felipe IV, se abandonó posteriormente, para ser reactivado tras la victoria inglesa en Crécy. Entre 1346 y 1348 y, una vez más, después del episodio de la Peste Negra, entre 1356 y 1358, la población de Reims completó la construcción de las defensas de su ciudad, con el gratificante resultado de que ni siquiera el monarca de Inglaterra, el propio Eduardo III, pudo forzar la entrada en la ciudad en los inicios del invierno de 1359-1360. Durante este período se realizaron edificaciones defensivas en muchas otras ciudades de Francia. La muralla de Caen se construyó en los años que siguieron a la conquista de la ciudad, en 1346, por parte de Eduardo III; la de Ruán comenzó en esa misma época por orden de Felipe VI, lo

que hizo de esta ciudad una de las pocas que contaba con una defensa adecuada, las *villes closes* de la alta Normandía; la construcción de la muralla de Aviñón se inició a instancias del papa Inocencio VI hacia 1355 y las defensas de Tours, en proceso de construcción en 1356, debían de estar lo suficientemente avanzadas como para que el Príncipe Negro desistiera de atacar la ciudad durante la *chevauchée* que llevó a cabo en el verano de ese año.

Esa actividad constructiva, que no hizo sino incrementarse constantemente con el paso del tiempo, proveyó a Francia de una red de ciudades fortificadas (algunas de ellas muy amplias según los cánones de la época) de las que todavía pueden contemplarse algunos restos realmente impresionantes. Desde los años centrales del siglo XIV, esas medidas bastaron para mantener a raya a cualquiera, excepto a los atacantes más decididos. Pocos jefes militares habrían estado dispuestos a invertir el tiempo y la energía necesarios para conquistar unas plazas tan fuertemente defendidas.

Sin embargo, el cambio no tardaría en llegar. Si la construcción generalizada de murallas en las ciudades durante la segunda mitad del siglo XIV aportó una cierta seguridad frente a los grupos de merodeadores (incluso frente a las Compañías), esas fortificaciones no podían ser ignoradas por un enemigo abocado a la conquista. Para los ingleses, cuando regresaron en el siglo XV, las ciudades fortificadas suponían no sólo una amenaza militar sino también un desafío que no podían ignorar. Paradójicamente, pues, en lugar de proporcionar refugio a quienes huían de la campiña, la misma existencia de esas ciudades fortificadas atrajo la atención del invasor hacia ellas. Como subrayan los relatos del asedio de Ruán, protagonizado por Enrique V entre julio de 1418 y enero de 1419, los resultados, tanto para la población civil que había buscado seguridad allí como para la guarnición que había dirigido la resistencia, podían ser devastadores.

La existencia de ciudades amuralladas y de castillos planteaba dos problemas. ¿Contaba el invasor con los medios necesarios para conquistar esas plazas ahora fortificadas? Y a la inversa, ¿tenían los defensores los medios necesarios para presentar una resistencia eficaz? En el momento en que se produjo el estallido de la Guerra de los Cien Años el defensor tenía buenas posibilidades de rechazar un ataque. En el momento en que la guerra tocaba a su fin, ocurría a la inversa. Esto se debía en parte a los cambios habidos en el armamento. Ante un blanco inmóvil, como una muralla, incluso los pri-

meros cañones podían causar daños considerables. Existen referencias a esos cañones (*gonnes*) en los relatos del asedio de Berwick en fecha tan temprana como 1333, y, por otra parte, es probable que los ingleses llevaran consigo algunas piezas de artillería para el largo asedio de Calais de 1346-1347. Durante la siguiente generación se emplearon conjuntamente los ingenios utilizados tradicionalmente para el asedio, junto con aquellos otros introducidos recientemente. En 1369 se utilizó un trabuco, que servía para lanzar piedras, en el asedio de La-Roche-sur-Yon; todavía en 1378 se utilizó otro en Cherburgo, que fue transportado en piezas y montado *in situ*. Sin embargo, tres años antes, en el importante asedio de Saint-Sauveur-le-Vicomte, los franceses habían utilizado treinta y dos cañones, transportando los proyectiles de piedra en carros y a caballo. Sin duda, esos cañones constituyeron un período de transición.

El asedio de Sain-Sauveur puede ser considerado como un hito en el desarrollo de la artillería. Cuando Enrique V desembarcó por primera vez en suelo francés casi cuarenta años después, pronto se puso en evidencia que su artillería podía darle la victoria. Mientras que los relatos del asedio de Harfleur en los últimos días del verano de 1415 hacen referencia a los métodos tradicionales de socavar y bloquear utilizados por los ingleses, se menciona de forma especial la eficacia de su artillería, que provocó temor y destrucción en la ciudad sitiada. El asedio había demostrado que, con la artillería, Enrique V podía conseguir su ambición militar. Cuando partió para Francia dos años más tarde, el autor anónimo de *The Brut* cuenta que el monarca marchó de Inglaterra «bien provisto de todo tipo de armas, como era propio de un gran rey».[11] Una vez más, eran las ciudades y castillos de Normandía los que suscitaban la atención de Enrique, a quien lo que le interesaba era la conquista. Pero las crónicas subrayan, una vez más, el papel desempeñado por la artillería en Caen y Falaise y, algo después, en Ruán. Treinta años después, la rápida reconquista del ducado por los franceses pudo llevarse a cabo, en gran medida, gracias a la amenaza que planteó la artillería del monarca francés a las defensas de las ciudades, que prefirieron rendirse a luchar. No tuvieron más remedio que reconocer que muchas de ellas no habrían podido resistir un bombardeo intenso y sostenido.

¿Era posible hacer algo para restablecer la tradicional situación de

11. *The Brut*, II, 382.

ventaja para el defensor? ¿No era posible plantear resistencia a esa «nueva» arma? Que la artillería comenzó a utilizarse más profusamente de forma súbita en el tercer cuarto del siglo XIV se hace patente por el hecho de que cuando Gaston Fébus, *vicomte* de Béarn, en los Pirineos, construyó una red de fortificaciones entre 1365 y 1380 (período durante el cual se construyeron numerosos castillos en Francia) debió de haber construido algunas de las últimas fortificaciones sin tener en cuenta la artillería, que pronto obligaría a introducir cambios importantes en el arte de la defensa. En efecto, los cañones no sólo podían dispararse contra las fortificaciones sino también desde ellas. Ya en 1339, la ciudad de Cambrai comenzó a introducir el uso de las armas de fuego en su sistema defensivo, ejemplo extraordinariamente temprano de la utilización de esas técnicas. Cuando Henry Yevele diseñó la puerta occidental de Canterbury en 1378 incluyó una serie de troneras redondas en las torres, troneras que habían sido introducidas en Inglaterra algunos años antes. En ese mismo año, la ciudad de Southampton, frecuentemente atacada por mar, nombró a Thomas Tredington, de quien se afirmaba que era «diestro con las armas de fuego y con la artillería», para que se encargara del armamento municipal.[12] Esos ejemplos están tomados de Inglaterra, pero las ciudades alemanas podrían proporcionar muchos más. Pero la investigación moderna ha puesto de relieve con toda claridad que fue en Francia, más que en Inglaterra, donde las exigencias defensivas determinaron la utilización generalizada de la artillería como método para disuadir a un posible enemigo o para contraatacar. Por toda Francia, desde Lille y Dijon en el norte y el este hasta Burdeos en el sudoeste, la artillería se convirtió en un factor fundamental y aceptado del cada vez más desarrollado sistema defensivo de las ciudades. Los materiales se almacenaban antes de ser utilizados y la pólvora vio reducido su precio en el curso del siglo XV. Por otra parte, muchas ciudades utilizaban uno o más hombres para supervisar la utilización eficaz de la artillería en caso de ataque. Como mostraría Christine de Pisan en el primer cuarto de la centuria, la utilización de la artillería para propósitos defensivos era considerada ya como algo necesario y normal.

Sin embargo, la resistencia a la utilización cada vez más intensa de

12. C. Platt, *Medieval Southampton. The port and trading community A.D. 1000-1600*, Londres-Boston, Mass., 1973, p. 130.

la artillería en la conquista de las ciudades y castillos amurallados sería más eficaz si se basaba en una remodelación del diseño arquitectónico. Tradicionalmente, las murallas se construían de una gran altura con la esperanza de impedir o disuadir los intentos de escalarlas: se había sacrificado por ello el grosor y la solidez, ya que las murallas no podían ser altas y gruesas al mismo tiempo. Pero cuando comenzó a utilizarse el cañón, el grosor era precisamente la principal característica que el defensor pedía de la muralla que le protegía. Al arquitecto le correspondía elaborar nuevos diseños y nuevas ideas para contrarrestar la cada vez mayor eficacia de la artillería, a la que contribuyó desde 1430 la utilización, de nuevo, de los proyectiles de hierro fundido que, aunque más costosos que los de piedra, no se desintegraban con el impacto, se podían fabricar más uniformemente y en mayores cantidades (la fabricación de los proyectiles de piedra era, cuando menos, laboriosa) y de calibre más pequeño, aumentando la eficacia al reducir la necesidad de utilizar cañones muy grandes y pesados.

La solución arquitectónica se encontró y se perfeccionó finalmente en Italia en el siglo XVI, pero no son desdeñables las contribuciones de la experiencia inglesa y francesa en estos descubrimientos.[13] Reduciendo la altura de la muralla, lo que permitía construirla de mayor grosor, se conseguía mayor eficacia tanto en la defensa como en el contraataque. A ello podía añadirse la posibilidad de construir torres de la misma altura que el muro, lo que permitía que el cañón utilizado para la defensa se desplazara hasta el lugar donde era más necesario. Además, como había puesto de relieve Yevele en Canterbury, comenzaba a apreciarse mejor el valor defensivo de la torre circular; aunque no siempre desviaba el proyectil de cañón disparado contra ella, podía resistir mejor el impacto que una superficie recta. Además, se atendió también a la necesidad de conseguir defensa vertical y lateral. Las almenas, consideradas generalmente como un signo de nobleza, tenían un valor práctico porque permitían la defensa vertical frente a aquellos que hubieran alcanzando los espacios muertos próximos al muro y podían comenzar a excavarla o socavarla. Al mismo tiempo, la construcción de lo que llegarían a ser bastiones, torres que sobresalían de la línea del muro, permitía a los defensores disparar en todas direcciones, y en especial lateralmente, contra los hombres o máquinas que

13. Hale, *Renaissance war studies*, caps. 1-6; H. L. Turner, *Towns defences in England and Wales*, Londres, 1971; J. H. Harvey, *Henry Yevele*, Londres, 1944.

se aproximaran, como se aprecia claramente en el diseño del castillo de Bodiam en Sussex, que, al igual que el castillo de Cooling en Kent, fue construido en la época en que cundió el temor a las invasiones francesas hacia 1380. La construcción, hacia 1440, de una especie de bastión similar a los que se erigían en Italia en el Mont-Saint-Michel pone de relieve hasta qué punto se intentaron resolver los problemas defensivos creados por el desarrollo de la artillería. En el siglo XVI, el defensor había recuperado la iniciativa de que había gozado durante mucho tiempo y que perdiera a finales del siglo XIV.

Los objetivos navales

La historia de la guerra naval entre Francia e Inglaterra en las postrimerías de la Edad Media es un tema —extraña y, desde luego, erróneamente— subestimado y que no ha sido estudiado aún en profundidad por los historiadores. La aparente ineficacia de las fuerzas navales, especialmente cuando se contrasta con el papel fundamental que desempeñaron en el siglo XVI, puede haber sido la causa de que los estudiosos desdeñen ese tema. Sin embargo, lo cierto es que, aunque en el período que estudiamos la historia no se decidía por las batallas que se libraban en el mar, la primera gran batalla de la Guerra de los Cien Años se luchó en el mar en junio de 1340. Esto tiene una importancia en la historia de la guerra de este período que merece ser subrayada.

Durante los siglos XIII y XIV, Francia desarrolló una auténtica estrategia naval a largo plazo. En el año 1200 el rey de Francia, que gobernaba en París, se hallaba prácticamente bloqueado en tierra, ya que su único acceso al mar era la zona de Ponthieu, en torno a Boulogne. Sin embargo, con la conquista de Normandía, Felipe Augusto consiguió el control de una larga faja costera situada frente a Inglaterra, desde la que también podía «vigilar» Bretaña, mientras que el acceso desde la desembocadura del Sena le permitió desarrollar el comercio y conseguir un mercado más amplio. Asimismo, el dominio de esa zona permitió al monarca francés trasladar la guerra a Inglaterra en 1213 y en 1215-1217, algo impensable tan sólo una generación antes. Diez años después, los franceses, cuyo rey era entonces Luis VIII, rompieron el bloqueo en otra dirección, en esta ocasión en el golfo de Vizcaya, con la conquista de La Rochelle en 1224. Vein-

te años después, con Luis IX y teniendo *in mente* las necesidades que planteaba la cruzada, se construyó un puerto en Aigües-Mortes en la costa mediterránea, que sería utilizado para objetivos comerciales y, lo que era más importante, militares. Los barcos utilizados por Francia tenían que ser transportados desde Marsella y Génova. Eran todavía días de innovación.

Parece evidente que hay que considerar el desarrollo de Francia en función de un proceso inexorable e inevitable de expansión desde los inicios en la Île de France en torno a París hasta convertirse en el país que conocemos en la actualidad. Sin embargo, se puede argumentar que parte de ese proceso consistió en la búsqueda de una salida al mar que se le había negado a Francia desde los primeros años del siglo XIII y que el deseo de controlar los ducados periféricos de Aquitania, Bretaña y Normandía no fue más que un aspecto de una política más amplia en la que destacaba la ambición de acceder y controlar los puertos del Atlántico, el Mediterráneo y el canal de la Mancha por razones tanto militares como comerciales.

Al intensificarse la rivalidad con Inglaterra en los últimos años del siglo XIII, el mar que separaba a los dos países adquirió una importancia añadida. En 1294 ya existía en Ruán, en el río Sena, un astillero controlado por el rey y donde trabajaban especialistas en la construcción de barcos traídos desde Génova. Eran esos los signos del futuro, aunque por el momento se trataba sólo de signos. Cuando Felipe IV intentó atacar Inglaterra en 1295, todavía tuvo que buscar los barcos de carga en los puertos del Báltico, viéndose obligado además a contratar marineros de Flandes. Pero el rey comprobó que no podía confiar en los flamencos porque sus lazos con Inglaterra eran demasiado fuertes como para esperar que actuaran con decisión contra aquellos que les suministraban la lana de la que dependía su prosperidad económica.

El siglo XIV demostró cuán valioso era para Francia el acceso al mar y, en especial, a los puertos del norte. Las costas marítimas aportaban marinos que pudieran manejar los barcos utilizados en la guerra, gran parte de los cuales eran barcos de pesca y de mercancías, como demuestran claramente los documentos. En los puertos de la desembocadura del Sena, como Harfleur, se construyeron astilleros y el control del curso bajo del Sena permitió convertir Ruán en un puerto marítimo y astillero. Probablemente, fue el éxito de estas medidas lo que llevó a Felipe VI en 1337 a decidirse a construir una base naval en

La Rochelle, una base que sería cedida a los ingleses en el tratado de Brétigny, lo cual indica la importancia de los puertos como instrumentos de negociación en la diplomacia internacional. No debemos olvidar, por otra parte, la importancia del mar como fuente de obtención de pescado, que era un factor fundamental en la dieta cotidiana de la población de la Edad Media. Muchos franceses, no sólo los parisienses, consumían el pescado que se capturaba en las costas del canal o en las aguas próximas.

En los primeros momentos de la guerra con Inglaterra la corona francesa, imposibilitada para utilizar los puertos y la costa de Bretaña y Aquitania, hubo de resignarse a contemplar cómo el ejército inglés podía acceder a ambos y utilizarlos como bastiones en el continente, desde los cuales atacaba los territorios gobernados por el rey de Francia. El problema se agudizó en el siglo XV. En parte, la importancia estratégica de la ocupación inglesa de Normandía y de la alianza con los duques de Borgoña residía en la zona de control que consiguieron gracias a esas iniciativas. En efecto, si los ingleses controlaban ambos lados del canal de la Mancha y el río Sena a partir de París, sus aliados borgoñeses dominaban los accesos al mar que se abrían al norte de la capital. Así pues, era fundamental intentar debilitar la tenaza inglesa sobre el mar y los ríos más importantes como el Oise, que desemboca en el Sena, tratando de apartar a los borgoñones de los ingleses. El papel crucial (que no escapó en absoluto a los contemporáneos) que correspondió a una serie de pequeños puertos como Le Crotoy, situado en la desembocadura del río Somme, en el período 1420-1450, junto con el hecho de que los puertos de Dieppe y Harfleur fueron las primeras plazas que se reconquistaron de manos inglesas en 1435 (lo que dejó a los ingleses con Cherburgo como único puerto desde el cual podían mantener relaciones regulares con Inglaterra desde 1435 y 1440, período vital en la historia militar de la ocupación) demuestra la importancia de Borgoña para ambos protagonistas en su intento de adquirir y mantener el control de los mares.

La corona francesa —se ha dicho no sin razón— tenía una política naval definida que había puesto en práctica desde comienzos del siglo XIII. Necesitaba tener puertos, especialmente en el canal. Uno de los últimos ejemplos de esa política en este período fue la creación de una nueva base naval en Granville, en el oeste de Normandía, de la que se decía que era la «*clef du pays par mer et par terre*», por parte de Carlos VII en la carta en la que concedía privilegios a quienes

se establecieran en ella para conservarla por el bien de Francia.[14] Pero también era necesario tener barcos y mientras Francia no pudiera autoabastecerse estaba obligada (como los ingleses en algunas ocasiones) a buscarlos en otra parte. Fue así como Castilla y Génova se convirtieron en aprovisionadores de galeras que lucharon muchas veces en el bando francés, especialmente en 1416 cuando los genoveses aportaron una parte de la flota que fue derrotada a manos de los ingleses en la batalla del Sena, cerca de Harfleur. Si buscamos un ejemplo de una batalla naval que habría de tener consecuencias, debemos fijarnos en ésta. Lo que estaba en juego era no sólo el futuro de la guarnición inglesa de la plaza que los franceses estaban sitiando y bloqueando por tierra y por mar. Los ingleses, al conseguir hundir varios barcos genoveses y hacer prisioneros a otros, se aseguraron de que el puerto permanecía en su poder, de que durante algún tiempo controlarían el gran estuario del Sena y de que les sería posible, según la expresión de la época, «barrer» a los franceses de sus aguas patrullando el mar. Esto no era mera cuestión de suerte y no dejaba de tener importancia. Ponía de relieve que tanto en Francia como en Inglaterra había quienes comprendían la importancia del mar en la guerra y el papel que podía jugar para decidir el resultado de las futuras expediciones inglesas a Francia. En 1416, Inglaterra tenía buenas razones para mostrarse optimista.

Es indudable que el control de los puertos del territorio francés era de vital importancia para los ingleses y de que en el curso de la guerra gran parte de la actividad diplomática persiguió el objetivo de asegurarse y mantener el acceso a esos puertos. En este sentido, las relaciones de Inglaterra con Bretaña iban a tener gran importancia, no sólo por la razón positiva de que la alianza con el duque de Bretaña permitiría a los ingleses utilizar su ducado como lugar de paso hacia el interior del país, sino también por una razón negativa, a saber, que un duque hostil podía causar innumerables daños a los intereses marítimos de Inglaterra, tanto militares como comerciales, si no se preocupaba de poner fin a las actividades de los piratas y corsarios bretones, cuyos barcos causaban graves problemas en el mar, como lo atestiguan las quejas en el Parlamento y algunos escritos políticos de la época, sobre todo *The Libelle of Englyshe Polycye*.

14. *Ordonnances des rois de France de la troisième race*, XIII (1782), 459-461.

En cuanto a los Países Bajos, Inglaterra albergaba un interés similar que era al mismo tiempo militar y comercial. La conquista de Calais por Eduardo III en 1347 otorgó a Inglaterra el control virtual de los estrechos. Pero para mantener ese control había que defenderlo activamente y a ello contribuían no poco los Cinque Ports, sobre todo a finales del siglo XIV. Calais, como centro comercial y base naval, actuaría como centro de distribución para el comercio de y hacia Inglaterra y como una puerta de entrada a Francia que los ejércitos podían utilizar (y que ciertamente utilizaron). Pero la zona de Calais era tan reducida y se veía tan frecuentemente sometida a la presión de los franceses que durante muchos años todas las provisiones y materiales que necesitaba la guarnición tuvieron que ser enviados por barco desde Inglaterra. En estas condiciones era necesario hacer todo tipo de esfuerzos para mantener abiertos y seguros los pasos marítimos.

La participación militar de Inglaterra en una guerra continental despertó una extraordinaria preocupación por conseguir y conservar un cierto control sobre el mar. El comercio era una actividad vulnerable y la piratería era frecuente. También la actividad pesquera exigía protección, pues las acciones de grupos hostiles en el mar podían producir fácilmente la pérdida de la pesca y los barcos, que en ningún caso estaban asegurados. También había que ocuparse de la defensa de la costa que con frecuencia era deficiente, sobre todo cuando grupos reducidos de soldados enemigos atacaban la costa de Inglaterra y saqueaban las aldeas y ciudades que encontraban indefensas. Este extremo se consideraba tan importante que en el último cuarto del siglo XIV se organizó un sistema de defensa de la costa, consistente fundamentalmente en una segunda línea sobre la que recaían las labores de defensa una vez que el enemigo había conseguido desembarcar en el suelo inglés.[15] Asimismo, en los momentos en que había que enviar a Francia ejércitos y pertrechos se hicieron esfuerzos (podemos citar el caso de Enrique V en 1417) para mantener limpias las rutas marítimas enviando otros barcos con la misión de patrullar, para asegurar un mínimo de seguridad a las fuerzas que iban a luchar al extranjero.

El hecho de que se apreciaba el papel cada vez más importante del mar en la guerra queda atestiguado por las actitudes positivas de

15. Véase Hewitt, *The organization of war under Edward III*, cap. I; J. R. Alban, «English coastal defence: some fourteenth-century modifications within the system», *Patronage, the crown, and the provinces in later medieval England*, ed. R. A. Griffiths, Gloucester, 1981, pp. 57-78.

algunos monarcas de Francia e Inglaterra respecto a este tema. Cuando los reyes descuidaban el mar corrían un grave riesgo. En Inglaterra, como hemos visto, tanto Eduardo III como Ricardo II reaccionaron ante las opiniones de los comerciantes expresadas en el Parlamento dedicando gran número de barcos a la defensa, y esas flotas utilizaron casi tantos soldados como los ejércitos de tierra, con un coste importante.[16] Si en Francia se creó el Clos des Galées en Ruán bajo el patrocinio de la corona (sobre todo en el reinado de Carlos V), en Inglaterra el rey Enrique V creó el astillero real de Southampton, mucho mejor situado que el astillero tradicional de la Torre de Londres, y nombró funcionarios reales para supervisar su funcionamiento y administración. Los historiadores tienen tendencia a ignorar estos importantes acontecimientos, que eran expresión de la creciente necesidad de un pequeño número de barcos construidos específicamente para la guerra (al igual que ocurría con la artillería pesada, esos costes sólo podían ser financiados por la corona) y de la convicción cada vez más firme de que los intereses comerciales de Inglaterra tenían que ser defendidos por unos barcos construidos con ese propósito. Además, los asedios, que eran, de hecho, bloqueos por tierra y por mar (caso de Calais por parte de los ingleses en 1346-1347 y Harfleur por parte de Francia y sus aliados en 1416), ponen en evidencia que cada vez se comprendía más claramente la importancia de las fuerzas navales, utilizadas en combinación con las fuerzas de tierra.

La importancia que se concedía al mar por parte de algunos ingleses y franceses más reflexivos en los últimos momentos de la Guerra de los Cien Años puede verse también en dos obras: *The Libelle of Englyshe Polycye*, escrito hacia 1437, y *Le débat des hérauts d'armes*, que data de 1455. El primero, una vigorosa obra de carácter polémico escrita en verso, expresa con toda claridad las opiniones de su autor anónimo sobre la política, muy positiva, que el consejo real fue instado a adoptar con respecto al mar, que si Inglaterra no tenía cuidado los extranjeros de muchas naciones utilizarían para objetivos, tanto comerciales como militares, negativos para los intereses ingleses. Entre aquellos personajes de los que el autor habla favorablemente se cuenta Eduardo III, que rememoró su victoria contra los franceses en Sluys en junio de 1340 reproduciendo un barco de guerra en el «no-

16. J. W. Sherborne, «The Hundred Years' War. The English navy: shipping and manpower, 1369-1389», *P&P*, 37 (1967), pp. 163-175.

ble» (moneda) de Inglaterra, y Enrique V, que construyó grandes barcos y actuó con firmeza contra quienes causaban perjuicios a los navíos ingleses. El autor admiraba todo tipo de acciones que se llevaban a cabo por el bien de Inglaterra y exigía que se realizaran para impedir los ataques del enemigo. En cuanto a la obra francesa, aunque su tema central no era el mar y el ejercicio del poder marítimo, sin embargo intentaba mostrar que Francia no sólo estaba en un plano de igualdad, sino de superioridad con Inglaterra en los asuntos marítimos. Los ingleses no podían seguir llamándose *roys de la mer,* porque Francia no sólo contaba con buenos ríos sino también con buenos puertos, entre los que se incluía el nuevo puerto de Granville. Además, Francia tenía un buen número de buenos barcos y muchas mercancías con las que comerciar. Para el autor, la superioridad francesa en este sentido era únicamente un aspecto de la superioridad general de su país sobre el otro. Eso se había conseguido como resultado de la acción conjunta de la guerra y las condiciones naturales. No ha de escapar a nuestra atención el hecho de que no sólo los éxitos en tierra sino también aquellos otros asociados con aspectos de la guerra en el mar habían contribuido a conseguir esa situación satisfactoria que el autor describía.

Las fuerzas navales

A diferencia de la guerra en tierra, la guerra en el mar no era una ocupación para la cual estuviera preparada la nobleza. En efecto, el autor de *Le débat des hérauts d'armes* expone que la nobleza francesa no consideraba que la lucha en el mar fuera una actividad aristocrática: tal vez por esa razón las batallas navales no ocupan la atención de los cronistas de la misma forma que las batallas en tierra. Por otra parte, no era evidente para todos que la guerra en el mar, los daños que pudieran causarse a los barcos y la moral del enemigo y las consecuencias que la victoria en el mar podía tener para quienes vivían en las zonas costeras formaran parte de una guerra más general que no podía quedar limitada a la lucha en tierra.

Así, al iniciarse la Guerra de los Cien Años, aunque ambos reinos tenían una serie de objetivos navales concretos que necesitaban alcanzar por razones militares, ninguno de ellos poseía una auténtica flota. Hasta ese momento las necesidades marítimas de los dos países

no habían sido muy apremiantes. Felipe IV fue el primer monarca francés que intentó hacer una guerra naval activa contra Inglaterra. Antes de él ningún rey había necesitado muchos barcos. El gran coste que suponía construirlos y mantenerlos, para lo cual se necesitaban una infraestructura y unos servicios especiales y muy caros, había disuadido a los reyes de construir una flota a gran escala. Además, faltaba la organización necesaria para una actividad marítima a gran escala. A Felipe IV le corresponde el mérito de sentar los cimientos de un astillero en Ruán, mientras que sólo unos años más tarde, en Inglaterra, Eduardo II, cuyo padre había construido algunos barcos, contaría con un pequeño escuadrón de barcos «reales». Podemos considerar que los años en torno a 1300 tendrían una cierta importancia en este sentido. Pero afirmar que estos acontecimientos eran algo más que un mero comienzo sería sobreestimar la importancia de la obra realizada.

Cuando se necesitaban para ser utilizados en la guerra se adaptaba gran número de barcos dedicados al transporte de mercancías. El proceso era ciertamente simple. Una serie de funcionarios reales, con el cargo de almirantes, eran enviados a los puertos con instrucciones de requisar barcos para el monarca, ya fuera para transportar hombres, animales o pertrechos. El ejercicio de ese derecho, cuyos orígenes se remontaban muchos siglos atrás, no siempre se realizaba con facilidad. Como en el caso del aprovisionamiento (la confiscación de los barcos lo era en alguna medida) surgían muchas veces protestas y oposiciones, ya que ese tipo de actuación perturbaba el comercio y la pesca, las dos ocupaciones que originaban una necesidad permanente de barcos. Nunca se realizaba pago alguno por un barco que se requisaba a su propietario para el servicio real ni se otorgaba normalmente una compensación por la pérdida de un barco ni por cualquier daño que pudiera sufrir. En definitiva, la confiscación era impopular, entre otras cosas porque con frecuencia se realizaba en el período que se extiende entre la primavera y el otoño, cuando las condiciones para el comercio y la pesca eran mejores que en otras épocas del año.

Pero no acababa ahí el proceso. Una vez requisados, los barcos construidos originalmente para realizar actividades comerciales tenían que ser adaptados para las militares. Un barco que se utilizaba fundamentalmente para transportar animales necesitaba que se hicieran determinados arreglos en su bodega: por ejemplo, hacían falta

unas vallas especiales para acomodar a los caballos. Cuando el barco estaba pensado para patrullar por el mar, tenía que ser equipado para poder luchar contra el enemigo: la construcción de torres, a proa y a popa y, en el siglo XV, la posible instalación de un cañón en el puente (sólo en los primeros años del siglo XVI comenzaron a colocarse los cañones bajo cubierta, para disparar una vez fuera de los puertos). La frecuente queja de que los barcos, una vez requisados, no se utilizaban hasta transcurridos varios meses, impidiendo así a sus propietarios que los utilizaran entretanto, no siempre era culpa de la falta de viento o del tiempo. La insuficiencia de dinero para pagar a los soldados y marineros, la falta de tripulaciones y la lentitud con que se reunía a los soldados que habían de ser transportados eran causa frecuente de retraso en los barcos que esperaban en los puertos destinados para la concentración.

Los tipos de barcos necesarios a ambos lados del canal diferían ligeramente. En el caso de los ingleses, la necesidad fundamental era inicialmente la de transportar hombres, caballos y armas desde y hacia el continente europeo. Los barcos mejor equipados para ello eran los *cogs,* barcos muy elevados adecuados para el tráfico comercial, que era de donde procedían la mayor parte de ellos. Por lo que respecta a los franceses, cuyas necesidades no incluían, por lo general, el transporte de tropas para la invasión, resultaba más conveniente otro tipo de barco, la galera. Este barco, rápido y de casco plano, impulsado por velas o por remos, o por ambos, y que, gracias a que no tenía quilla, podía aproximarse mucho a tierra firme, se utilizaba fundamentalmente para interceptar a los atacantes cerca de la costa.[17] Pero se utilizaba también para otros fines. Podía atravesar el mar abierto y desembarcar en la costa enemiga a grupos reducidos de hombres que llevaban a cabo incursiones que duraban tan sólo unas pocas horas o, a lo sumo, uno o dos días, causando graves daños en las propiedades y la moral del enemigo. Los habitantes de las comarcas costeras meridionales de Inglaterra sufrieron graves perjuicios en este sentido, en especial en los últimos años del decenio de 1370, cuando varios lugares de la costa sufrieron ataques y, en el caso de Winchelsea en 1380, la destrucción prácticamente total.

En consecuencia, los franceses comenzaron a construir galeras, siendo su principal centro de reparación el Clos des Galées en Ruán,

17. B. Waites, «The fighting galley», *HT*, 18 (1968), pp. 337-343.

que se creó en el curso del siglo XIV y que conoció su mayor apogeo durante las guerras en las que con tanto éxito lucho Carlos V en la década de 1370.[18] Por contraste, los ingleses tenían un menor número de barcos en este período, aunque Eduardo III tenía algunos barcos y los navíos se construían con objetivos casi únicamente defensivos. Pero para los ingleses el sistema de confiscación, complementado con algunos barcos que construían tanto en los puertos del interior como de la costa y los que construían en Bayona, bastaba para satisfacer casi todas sus necesidades. La lista de los casi 40 puertos que proveyeron 146 barcos, con 2.350 marineros y 294 grumetes para conducir a Enrique de Lancaster y a su ejército desde Inglaterra a Burdeos en 1347 resulta realmente impresionante.[19] Sin embargo, no indica que se estuviera produciendo todavía un cambio fundamental en la forma tradicional de transportar grupos numerosos de soldados hasta el continente.

Ahora bien, los primeros años del siglo XV contemplarían una serie de cambios en las actitudes y en las prácticas. Aunque ya habían comenzado a producirse en el reinado de Enrique IV, fue en el breve reinado de su hijo cuando se produjo una especie de revolución, cuyos efectos no serían duraderos. Enrique V necesitaba alcanzar un doble objetivo. Tenía que actuar contra los piratas y marineros que utilizaban el puerto de Harfleur como base fundamental y que recibían estímulos de los franceses para que atacaran los barcos ingleses en el canal de la Mancha y en la costa de Inglaterra. Asimismo, necesitaba barcos para patrullar el canal y transportar sus ejércitos a Francia. El primer objetivo lo consiguió por procedimientos militares: Harfleur fue conquistado en septiembre de 1415 y luego defendido con éxito gracias a la victoria naval que consiguió el duque de Bedford en agosto de 1416. Para satisfacer la segunda de sus necesidades construyó una importante flota mejor que la de Eduardo III y que, con base en Southampton bajo el control de un encargado de los barcos del rey y con un fácil acceso a las aguas del canal, llegó a contar con 35 barcos, algunos de ellos comprados, otros capturados y otros construidos especialmente.[20] Con justicia se dice de En-

18. A. Merlin-Chazdas, ed., *Documents relatifs au clos des galées de Rouen et aux armées de mer du roi de France de 1293 à 1418*, 2 vols., París, 1977-1978.

19. Datos tomados de Hewitt, *Organization of war*, ap. II.

20. S. Rose, ed., *The navy of the Lancastrian kings: accounts and inven-*

rique V que no sólo comprendió, mejor que ninguno de sus contemporáneos, cuáles eran los problemas navales de Inglaterra en los primeros años del siglo XV, sino que contribuyó enormemente a la creación de una flota, algunos de cuyos barcos eran realmente grandes, flota que posibilitaría que los ingleses pudieran hacerse a la mar rápidamente y, de esta forma, frustrar el ataque de cualquier enemigo.

Por desgracia, cuando Enrique V murió en 1422 su flota era ya menos útil de lo que había esperado su creador. Durante los años siguientes, algunos de sus barcos (que pertenecían al rey personalmente) fueron vendidos para pagar sus deudas y otros quedaron abandonados durante mucho tiempo hasta llegar a ser inservibles. Sin embargo, sir John Fortescue reconocía medio siglo después que Enrique V había actuado correctamente:

> Aunque no tengamos siempre guerra en el mar, el rey [Eduardo IV] debe tener siempre una flota preparada para rechazar a los piratas y proteger a nuestros mercaderes, a nuestros pescadores y a los habitantes de las costas. El rey debería tener siempre algunos grandes barcos dispuestos para destruir a las fuerzas que pueden atacar en el mar, pues entonces sería demasiado tarde para construir las naves necesarias.[21]

Fortescue comprendió cuál era el problema: la defensa de los intereses ingleses tanto en tierra como en mar, que exigía actuar con una rapidez que sólo la existencia de una fuerza naval permanente podía permitir. Al hablar de esa forma, Fortescue no hacía sino admitir que Enrique V se había adelantado a su época.

tories of William Soper, keeper of the king's ships, 1422-1427, Londres, 1982, pp. 28-56.

21. Sir John Fortescue, *The governance of England*, ed. C. Plummer, Oxford, 1885, p. 123. Sobre el impacto de los ataques contra la costa en la vida de la población civil, véase *Paston letters and papers of the fifteenth century*, ed. N. Davis, I, Oxford, 1971, n.os 20 y 136.

4. LAS INSTITUCIONES DE LA GUERRA

La organización central

Uno de los aspectos más destacados de la sociedad europea bajomedieval fue la capacidad, que demostraron cuando menos las monarquías de Inglaterra, Francia y España, de conseguir una mayor eficacia en el poder militar mediante una organización adecuada. Las exigencias de los largos períodos de guerra, además de plantear diversas necesidades, también ofrecieron oportunidades. Por toda Europa, en Italia y en la península Ibérica, en Francia y en Inglaterra, los ejércitos, respondiendo a las exigencias que les planteaban sus señores, cada vez más poderosos, que controlaban los hilos de la trama, supieron responder a las necesidades de los tiempos. En la Italia del siglo XIV, Florencia y Venecia dictaban los términos y las condiciones del servicio y la soldada a los *condottieri,* que les servían con sus ejércitos privados. En esas circunstancias, la continuidad de la organización era fundamental: tenía que existir tanto en la paz como en la guerra. Hacía falta personal y, asimismo, continuidad en los responsables de la toma de decisiones que debían ser servidores del Estado, que era el único que tenía derecho a decidir su política militar a la luz de sus intereses más generales. Aunque lo hicieran de formas distintas, tanto Florencia como Venecia actuaron al unísono en la tarea esencial de hacer de la guerra una cuestión de Estado, que se convertía, en esta y en otras circunstancias, en un auténtico empresario.[1]

Otro tanto cabe decir de las diferentes monarquías europeas,

1. M. E. Mallet y J. R. Hale, *The military organisation of a renaissance state. Venice, c. 1400-1617,* Cambridge, 1984.

siendo las diferencias fundamentalmente de intensidad. En España era la corona la que ofrecía la continuidad necesaria para proseguir la larga guerra de reconquista contra los moros. En Inglaterra y en Francia, la Guerra de los Cien Años no tardó en llevar a comprender que la guerra, cada vez más compleja y costosa, tenía que ser administrada desde el centro. Esto sólo se podía hacer de forma eficaz mediante el desarrollo gradual y la utilización de instituciones militares. Muchas de ellas existían al comenzar el período que estudiamos, pero tuvieron que pasar muchos años de guerra para que funcionaran correctamente, lo cual iba a ser tan importante para el desarrollo de las instituciones del Estado como para la organización de sus esfuerzos militares.

El reclutamiento

La historia del reclutamiento de los ejércitos, desde la Edad Media hasta los tiempos modernos, ha atravesado por tres fases fundamentales. La primera fue el cumplimiento de la obligación feudal de participar en la defensa a través del servicio militar. La segunda corresponde al servicio militar voluntario; los hombres servían en el ejército porque lo deseaban o porque algún otro tipo de obligación les impulsaba a ello. La tercera fase fue la de la conscripción, el servicio obligatorio para el Estado. En el momento en que comienza el período que estudiamos, estaba tocando a su fin la primera de esas fases. Los soldados servían en el ejército en gran medida porque lo deseaban; en cambio, los marinos eran alistados por conscripción. Por tanto, este fue un período de cambio.

En 1327, en lo que puede parecer un retroceso dado que en Inglaterra existía una fuerte tendencia hacia el ejército formado por soldados que recibían una paga, se llevó a cabo un llamamiento general para una leva feudal. Sin embargo, en 1334 la campaña que realizó Eduardo III en Escocia fue con un ejército a sueldo, sin haber solicitado un servicio feudal general, aunque algunas tropas de caballería siguieron prestando servicio militar obligatorio hasta 1336. Al año siguiente, cuando el escenario de la guerra se trasladó a Francia, prevaleció en el ejército el soldado voluntario. No se hizo un llamamiento feudal general, aunque en algunos casos se requirió a determinados individuos para que prestaran su servicio militar

obligatorio. La persuasión comenzaba a primar sobre la obligación. En las asambleas locales se explicaba a los magnates las necesidades del monarca y se enviaban agentes para el reclutamiento de soldados de infantería; se ponía énfasis en el hecho de que el soldado recibiría una paga y en la posibilidad de obtener beneficios materiales de la guerra. Los días del ejército feudal tocaban a su fin y a partir de 1385 ese tipo de ejércitos sería ya una cosa del pasado.[2]

En Francia las cosas parecían ir en la misma dirección. No obstante, hay que hacer notar que, en términos generales, los franceses eran convocados para luchar en una guerra defensiva, cuyo objetivo era domeñar la ambición militar de los ingleses. Las necesidades defensivas del país determinaban que en Francia pudiera perdurar durante más tiempo que en Inglaterra el ejército feudal tradicional. Desde comienzos del siglo XIV el monarca francés contaba con una reliquia del ejército feudal en forma del *arrière-ban,* llamamiento a todos aquellos cuya edad oscilara entre los dieciocho y los sesenta años para que prestaran servicio militar en los momentos de grave necesidad. Esa institución fundamentalmente defensiva funcionó al menos en siete ocasiones entre 1338 (cuando estalló la guerra contra Inglaterra) y 1356 (año de la derrota de Poitiers). Este tipo de servicio, que se practicaba sobre todo en las regiones del interior del país mejor controladas por la corona, podía ser conmutado mediante un pago en metálico (como lo hacían muchas veces los distritos rurales) o, en el caso de las ciudades, por un servicio realizado por determinados ciudadanos a los que pagaba la ciudad. Pero no era esta la única forma de servicio exigido. La nobleza, a la que se convocaba a veces por separado, acudía también cuando el rey hacía el *arrière-ban*; las ciudades proveían milicias urbanas, formadas sobre todo por ballesteros, mientras que la Iglesia, que normalmente no podía tener un papel activo en la guerra, contribuía aportando carros o, en algunas ocasiones, dinero.

Esa era la base del potencial defensivo de Francia en los primeros años del siglo XIV. Era un sistema con deficiencias intrínsecas que no permitía afrontar las cada vez mayores necesidades de la corona francesa, que se veía atacada desde varias direcciones. El sistema carecía de fiabilidad y de uniformidad, y en el caso del servicio militar

2. Acerca de la controversia sobre esta cuestión, véase, en la bibliografía del cap. 4, N. B. Lewis y J. J. N. Palmer.

de los vasallos feudales era difícil de imponer y organizar. Pero lo más importante de todo era que no se podía organizar con la suficiente rapidez como para hacer frente a las situaciones de urgencia que se planteaban como consecuencia de la guerra contra los ingleses, tanto más cuanto que la responsabilidad de la defensa local quedaba en manos de los responsables locales, a quienes les incumbía la vigilancia de los castillos y ciudades, en gran medida a través del sistema de *guet et garde* (vigilancia y guardia), ejemplo perfecto de la defensa feudal.

En la primera mitad del siglo XIV tanto Inglaterra como Francia abandonaron su dependencia histórica del sistema obligatorio para ir a un sistema voluntario que les permitiera organizar un ejército. Pero ese sistema tenía que ser financiado, para lo cual había que encontrar el dinero necesario. Tradicionalmente, eso se realizaba a través de una cantidad que se pagaba en lugar del servicio y de otras contribuciones. Esa tradición se mantuvo. En Francia, en muchos casos el servicio feudal se compensaba mediante el pago de sumas en metálico, mientras que en Inglaterra, los eclesiásticos, como los abades y priores, y las mujeres pagaban dinero en lugar de prestar el servicio personal. Sin embargo, ese sistema era poco fiable y las sumas que se pagaban no siempre eran las adecuadas. Como consecuencia, se llegó a la conclusión de que la financiación de la guerra, tanto ofensiva como defensiva, sólo podía realizarse si se conseguían grandes sumas de dinero, que sólo podían obtenerse mediante los impuestos. Hay que mencionar otro factor que estimuló esa tendencia general en ambos países. La guerra empezaba a considerarse como necesaria para el bien común, para cuya defensa el país necesitaba el mejor ejército posible, dispuesto a luchar por el bien público. En ambos países la recaudación de impuestos a escala nacional era tanto una forma simbólica como práctica de conseguir que todos los súbditos del rey contribuyeran en la organización del ejército.

El instrumento que tipificó el nuevo sistema fue la *indenture*, posiblemente la institución administrativa más importante en el ejército inglés de la Baja Edad Media. La primera *indenture* data de los últimos años del reinado de Enrique III, pero fue en el siglo XIV cuando adquirió su forma normal. La *indenture* militar era un acuerdo vinculante que formalizaba las condiciones de servicio entre el rey (como empresario) y sus capitanes (por lo general miembros de

la nobleza) y esos capitanes y sus subcontratistas de rango inferior en tiempo de guerra. Los términos del acuerdo se especificaban por dos veces en un pergamino que se cortaba a lo largo de una línea ondulada o «indentada» (es decir en forma de diente), conservando una copia cada una de las partes. En caso de disputa, las dos «mitades» tenían que ser confrontadas para ver si encajaban; cuando ello no sucedía se podía realizar una acusación de fraude. Los términos de la *indenture* inglesa especificaban habitualmente el tamaño y la composición (hombres de armas, arqueros montados) del séquito, el tiempo y el lugar de servicio, los salarios y cualquier bonificación que se fuera a pagar, el reparto de las «ventajas» de la guerra, incluyendo provisiones especiales con respecto a los prisioneros, así como detalles referentes al transporte y, especialmente en las primeras *indentures*, la compensación que se pagaría por la pérdida del animal más costoso, el caballo de guerra.

En Francia e Inglaterra, la *lettre de retenue* o *indenture* (la primera no era tan detallada como la segunda) era un contrato entre el rey y un comandante para reclutar tropas. En Italia el contrato, o *condotta*, se realizaba por un período entre seis meses y un año (*ferma*), con posibilidad de ser prorrogado (*de beneplacito*) entre el Estado y el jefe del grupo contratado. En consecuencia, la primera tarea del comandante era garantizar el reclutamiento de un número suficiente de soldados de nivel adecuado, ya fuera de sus propias propiedades o de las de otros, a veces a través de la «red» feudal en proceso de desaparición. Su *indenture* que, ante todo, simbolizaba el nuevo ejército pagado y organizado centralmente, también le daba derechos, ya que su copia era el instrumento de autoridad que le permitía reclutar un ejército, mientras que la copia del rey se enviaba al responsable de la administración de los pagos de la guerra. Es importante resaltar que la extensión de la guerra en este período significó el desarrollo de instituciones que se ocupaban de su administración. En Venecia, la supervisión del sistema de reclutamiento, en rápida evolución, así como la supervisión y pago de los soldados estaban en manos de *collaterali* y *provveditori*, cuya labor consistía en ocuparse del control cotidiano de los soldados que recibían su soldada del Estado. El pago adecuado y regular de los soldados no era sino un aspecto importante del desarrollo de una maquinaria de guerra mucho más amplia que la que constituían por sí solas las fuerzas de lucha. La *indenture* iba a ser un documento

de importancia vital en la larga historia de las finanzas de la guerra, en rápido proceso de desarrollo durante esos años. No hay que subestimar su importancia.

Si el proceso de reclutamiento de los ejércitos apenas varió en Inglaterra después de los cambios introducidos en el decenio de 1330, no puede decirse lo mismo respecto a Francia, donde el método del *arrière-ban* demostró ser insuficiente y se hizo impopular y objeto de desconfianza, convirtiéndose en un arma política con la que derrotar a la corona, hasta que cayó en desuso a partir de 1356. Se produjo entonces, en el reinado de Carlos V, una importante reestructuración del reclutamiento. Aunque los vasallos de la corona fueron llamados a las armas en tres ocasiones cuando las expediciones inglesas provocaron situaciones de crisis, el objetivo fundamental de reconquistar el territorio perdido ante los ingleses se realizó mediante la creación de un ejército de tamaño medio, formado casi totalmente por voluntarios vinculados al rey por medio de *lettres de retenue*. La tendencia iba dirigida hacia un ejército cuyo reclutamiento se organizaba centralmente, cuyos comandantes eran nombrados por el rey y cuyas estructuras militares y organizativas habían sido creadas para hacer frente a la necesidad esencial del momento: la reconquista. Por encima de todo, el monarca insistía en mantener un firme control sobre sus capitanes y sobre todos aquellos que estaban a sus órdenes. La idea fundamental era la de organizar un ejército real, con una disciplina y un control adecuados.

Si el reinado de Carlos V contempló un intento consciente de convertir al ejército en un instrumento del Estado, la muerte del monarca y de Du Guesclin en 1380 y el desorden político que se produjo en los decenios siguientes provocó la disminución de la eficacia militar del ejército francés. Con el retorno al poder de los príncipes pasó de nuevo a primer plano el ejército local, realizando su papel tradicional; también la nobleza reclamó su lugar tradicional en el liderazgo y, a partir de 1410, reapareció el viejo sistema del *arrière-ban*, prácticamente en desuso desde el desastre de Poitiers. Las divisiones políticas se manifestaron claramente en la organización de la guerra. La proyectada invasión de Inglaterra de 1386 fracasó y no sólo como consecuencia de la climatología adversa. En 1415 se dejó sentir de nuevo la falta de unidad. El resultado fue la derrota de Azincourt. En ningún momento es más importante que exista un mando unificado que en una situación defensiva. El destino

que conocieron los ejércitos franceses durante esos años subraya la verdad de esa observación.

En cambio, el agresor, sobre todo si no está interesado en la conquista total, puede dar un mayor grado de libertad a sus comandantes. De esta forma, los ejércitos de Eduardo III y Ricardo II, aunque bien organizados, raras veces se hallaban bajo un mando centralizado como ocurría con el ejército de Carlos V. Desde mediados del siglo XIV, el sistema de reclutamiento de un ejército formado por voluntarios a través de las *indentures* estaba perfectamente asentado y apenas sufrió modificaciones. Los capitanes, algunos de ellos hijos de Eduardo III y otros hombres de elevada reputación militar, servían a las órdenes del rey cuando éste iba a la guerra personalmente. Otras veces dirigían expediciones propias, reclutando hombres en sus propiedades o contratando a soldados que ya habían estado antes a su servicio. En conjunto, estos ejércitos constituían una poderosa fuerza de destrucción en aquellas zonas de Francia en las que actuaban. Sin embargo, por lo que hace a la consecución de triunfos militares, cabe dudar si realmente constituyeron la amenaza que, al menos en teoría, podían plantear.

El cambio de los objetivos de guerra bajo Enrique V y su hijo (la conquista y la defensa de la conquista) significó, en primer lugar, poner punto final a las campañas breves y rápidas y bastante provechosas de la centuria anterior. Ahora, cuando eran necesarios ejércitos y guarniciones, en muchas ocasiones había soldados que servían varias veces en Francia. Al finalizar la guerra, el número de ingleses que habían servido en Francia podía calcularse en decenas de millares.

Era a esos hombres y a sus capitanes a los que el monarca Carlos VII tenía que arrebatar el control de los ducados de Normandía y Aquitania. Su reinado fue notable en varios aspectos, entre ellos por el intento, que se saldó con un éxito bastante notable, de restablecer el control real en la formación y disciplina del ejército francés. Al igual que había ocurrido durante el reinado de Carlos V, se veía con claridad la importancia que tenía para la corona que fuera ésta la que nombrara a los jefes del ejército: era necesario hacer a un lado a los príncipes. En 1445, tras haber tomado diversas medidas para conseguir ese objetivo, el rey publicó una ordenanza que restablecía el control real sobre el ejército. A partir de entonces, la corona designaría a los capitanes y aportaría el dinero para pagarles

a ellos y al resto del ejército. Tres años después, en 1448, Carlos anunció la creación de una nueva fuerza, los *francs-archers* que, representando a todas las comunidades y sometidos a un entrenamiento regular en el uso de las armas, formarían el núcleo del ejército permanente y nacional que el rey deseaba crear. La corona de Francia, más aún que la de Inglaterra, había estampado su influencia en el reclutamiento del nuevo ejército.

El aprovisionamiento

El soldado de la Baja Edad Media recibía un salario. En consecuencia, aquel que lo contrataba, es decir la corona, no estaba obligado a proporcionarle los alimentos y la bebida que necesitara durante la campaña. Sin embargo, si se dejaba en manos de los soldados la tarea de encontrar provisiones el resultado podía ser desastroso, pues se corría el riesgo de que se preocuparan más de eso que de su tarea fundamental, la de hacer la guerra. La disciplina podía verse afectada y, además, podía ocurrir que los soldados atacaran a la población de los lugares por donde avanzaban. Así, Enrique V ordenó que todos los alimentos que consumiera su ejército en Normandía fueran pagados *in situ*, de forma que la población local no sufriera perjuicio alguno. Por otra parte, había que contar con el serio peligro de que se produjera una escasez de provisiones; después de todo, la política de la tierra quemada tenía como objetivo hacer que la vida fuera lo más difícil posible para quienes esperaban vivir de los productos de la tierra. No sin razón se ha afirmado que «pocos de los problemas con los que tenían que enfrentarse los gobiernos en la época preindustrial podían ser más difíciles de resolver que el de proveer alimentos suficientes para un ejército en el campo de batalla».[3]

Existía una estrecha relación entre el aprovisionamiento del ejército y su éxito como maquinaria militar. Alimentar a un ejército era una forma de conseguir que fuera eficaz. El aprovisionamiento era, por sí mismo, una prueba de eficacia. Había que ocuparse de los castillos, de las guarniciones aisladas y de los barcos que surcaban el

3. C. S. L. Davies, «Provision for armies, 1509-1550: a study in the effectiveness of early Tudor government», *EconHR*, 2.ª serie, 17 (1964-1965), p. 234.

mar. Por ejemplo, Calais dependía casi por completo de Inglaterra para su aprovisionamiento de alimentos, municiones y de otros bienes necesarios para su defensa como bastión del poder inglés en el continente. En el siglo XIV su importante guarnición (hasta mil hombres o más en los momentos de guerra) obtenía los alimentos como pago de una parte del salario según el sistema organizado por el *keeper of the king's victuals*. La importancia de proveer a esas plazas con todo lo necesario se puso de manifiesto en marzo de 1416 cuando el conde de Dorset, capitán de Harfleur en Normandía, que sufría un bloqueo por tierra y por mar a manos de los franceses, tuvo que realizar lo que resultó ser una peligrosa salida para conseguir comida, que estaba a punto de terminarse.

Todo apuntaba hacia el hecho de que, en tiempo de guerra, el aprovisionamiento no podía ser dejado al azar. En este sentido, los problemas a los que se enfrentaban Francia e Inglaterra eran diferentes. Era lógico pensar que los franceses, que luchaban en su propio país, encontraran menos oposición a la hora de acumular vituallas y otras provisiones que los ingleses, que constituían el enemigo que luchaba en un país extranjero. Probablemente, estos últimos conseguían una mayor cooperación cuando compraban los alimentos al propio agricultor. Para prever las necesidades de sus ejércitos enviaban agentes por delante que se ocuparan de la obtención de provisiones en las zonas por las que iban a pasar los soldados. Asimismo, y esta era una solución más fácil, podían recurrir a los mercaderes (a los que otorgaban salvoconductos) para que se encargaran de satisfacer las necesidades del ejército en determinados lugares preestablecidos. Todo ello era fundamental si se quería conseguir una cierta eficacia, evitando que el ejército tuviera necesidad de apoderarse de los productos de la tierra y protegiendo los intereses de la población civil.

Ni en Francia, ni en cierta medida en Escocia, podían contar los ingleses con las ventajas de luchar «en casa». Eso les obligaba a poner en práctica un sistema que era una extensión (al menos en escala) de la forma en que proveían las necesidades de la guarnición de Calais, pues, aunque un ejército pudiera vivir de los productos de la tierra, era aconsejable que pudiera obtener fácilmente las provisiones cotidianas que necesitaba. En una guerra de asedio, el ejército que intentaba agotar por el hambre a una guarnición necesitaba poder desentenderse de una serie de problemas prácticos como el de

autoabastecerse, de manera que durante los largos asedios de Calais en 1346-1347 y de Ruán en 1418-1419, tanto Eduardo III como Enrique V ordenaron que se les enviaran los aprovisionamientos desde Inglaterra.

El sistema que utilizaban Inglaterra y Francia para satisfacer las necesidades del ejército era muy similar. En Francia, la *prise* era la forma normal de conseguir provisiones, tanto de los individuos como de las instituciones. Un funcionario de la casa real llamado *panetier du roi* se encargaba de ello, delegando sus poderes en las diversas regiones, a veces en los *baillis*, y en otras ocasiones en los capitanes reales o en otros. Con Felipe VI, esos responsables fueron divididos en tres grupos principales: los que recolectaban cereales, aquellos cuya responsabilidad era conseguir el vino y, finalmente, aquellos cuya misión consistía en conseguir las grandes cantidades de forraje que necesitaban los caballos y otros animales. La tarea de esos individuos era de la mayor importancia desde el punto de vista militar, pero el sistema se prestaba a abusos, produciéndose numerosas disputas que surgían como consecuencia de la actuación de unos funcionarios que actuaban con celo excesivo contra las exenciones de la *prise*, y que terminaban en los tribunales.

En Inglaterra, el sistema de abastecimiento sería una importante causa de enfrentamiento entre la corona y sus súbditos. «Los abastecedores —escribió Guillermo de Pagula— han sido enviados para actuar en este mundo tal como el diablo actúa en el infierno.» Las dificultades económicas en las que se vio envuelto Eduardo I le llevaron a intentar hacer valer al máximo los derechos de la corona, aunque sólo conoció un éxito relativo. El tema que enfrentaba al rey y a sus súbditos era tanto económico (¿era correcto que quienes ya habían pagado impuestos tuvieran que realizar una aportación sustancial para el mantenimiento del ejército suministrándole comida a bajo precio?) como constitucional pues la corona desarrollaba la idea de que el ejército del rey, en palabras de T. F. Tout, «era fundamentalmente el hogar en armas» y podía pedir al país que se preocupara del aprovisionamiento de ese «hogar» cada vez más amplio formado por varios millares de hombres. Sin embargo, la oposición a ese tipo de medidas alcanzó su mayor expresión en los años centrales del siglo XIV, momento a partir del cual, y gracias a la actuación más razonable de los agentes reales, el abastecimiento dejó de ser un motivo de enfrentamiento entre la corona y el pueblo,

El sistema, aunque era impopular, contribuyó a que las fuerzas inglesas que luchaban en el extranjero lo hicieran con mayor eficacia. En su forma menos objetable permitía al *sheriff* imponer la adquisición de las provisiones que le había sido ordenada para contribuir a la solicitud que de forma general se realizaba en todo o en la mayor parte del país al mismo tiempo. Todos tenían que contribuir. Los monasterios, con el producto de sus propiedades almacenado en los graneros, eran especialmente vulnerables, aunque algunos, los ricos o influyentes a nivel local, podían comprar el derecho a quedar exentos de la necesidad de contribuir. Por otra parte, en algunos condados las demandas eran más frecuentes que en otros. Durante los primeros años de la guerra con Francia la tarea de conseguir provisiones para el ejército quedó en manos de los mercaderes que, con una red de agentes subordinados, peinaban el campo presionando para que todos contribuyeran. Los productos de la tierra (fundamentalmente pan, carne, cerveza o vino), junto con el pescado, una cantidad muy escasa de frutas y verduras frescas (lo cual constituía una dieta pobre) y avena para los caballos, se transportaban para mantener al ejército y, en algunos casos, se depositaban en los almacenes. Hay que señalar que por estos productos se fijaba un precio inferior al del mercado y que se pagaban de una forma que muchas veces hacía difícil que el vendedor consiguiera el dinero que se le debía.

También el aprovisionamiento regular de armas adquirió mayor importancia en este período. Era un principio establecido que el soldado inglés cuando marchaba de su condado tras haber sido reclutado por *commission of array* sería armado adecuadamente, correspondiendo a su lugar de origen la responsabilidad de pagar sus armas. Las armas más baratas y sencillas que se exigían eran aportadas por las localidades: arcos, flechas, sin olvidar las plumas de seis alas que, en 1417, se ordenó a los *sheriffs* que consiguieran de cada uno de los gansos que existían en su jurisdicción y a bajo precio. Pero tanto en Francia como en Inglaterra, también la corona tenía que proporcionar armas. Los arcos podían perderse y las flechas se agotaban, aunque es cierto que a veces se recuperaban y se utilizaban de nuevo, como se aprecia en los manuscritos iluminados. En esta tarea fundamental el *wardrobe* (guardarropa) privado del rey, institución vital en la casa real, desempeñaba el papel central. Su centro se hallaba en la Torre de Londres donde tenía su sede, en

el reinado de Eduardo III, el *keeper of the king's arms*, base desde la cual organizaba la tarea de comprar, almacenar y distribuir armas a los ejércitos, guarniciones y barcos. En 1360, el almacén contenía más de 11.000 arcos y unos 23.600 haces de flechas, cada uno de ellos con 24 flechas. En 1381 quedaban menos de 1.000 haces en los almacenes, lo que indica la necesidad constante de abastecimiento, sobre todo en período de guerra. Pero no eran sólo arcos y flechas lo que se guardaba en ese almacén, lo más próximo a un depósito de armamento nacional que existió durante la Edad Media. Había que tener también otro material fundamental: tiendas para los soldados, guarniciones, ballestas y saetas, escudos, lanzas y máquinas pesadas de asedio.

La provisión de cañones exigía medidas radicales. En Francia, el coste de fabricación de la artillería era soportado casi exclusivamente por la corona y, de esa forma, el cañón se convirtió fundamentalmente en un arma de Estado que adquirió cada vez más importancia en el equipamiento de sus ejércitos.[4] Que esto era así se aprecia perfectamente si consideramos que tanto en Inglaterra como en Francia los responsables de la fundición de los cañones, de su distribución y su utilización actuaban bajo los auspicios del monarca, detentaban su posición por la autoridad de la corona y recibían su salario directamente de ella. El suyo era un trabajo de especialistas que a veces recaía en determinadas familias. En 1375 Milet de Lyon sucedió a su padre, Juan, como jefe de la artillería del rey francés, y en Inglaterra, aproximadamente en la misma época, cuatro miembros de la familia Byker trabajaron para Eduardo III y Ricardo II en la tarea de proveer hondas y, finalmente, cañones de hierro de tamaño pequeño.

La tendencia continuó en el siglo XV. Bien conocida es la labor desarrollada por los hermanos Bureau, cuya reconstrucción de la artillería de Carlos VII tuvo tanta importancia para provocar la derrota de los ingleses. Pero los monarcas franceses no fueron los únicos que perfeccionaron la utilización de la artillería. Jacobo II

4. Contamine, *Guerre, état et société*, p. 299. Véase también su estudio «Les industries de guerre dans la France de la renaissance: l'exemple de l'artillerie», *RH*, 550 (1984), pp. 249-280, y D. H. Caldwell, «Royal patronage of arms and armour-making in fifteenth and sixteenth-century Scotland», *Scottish weapons and fortifications, 1100-1800*, ed. D. H. Caldwell, Edimburgo, 1981, pp. 72-93.

de Escocia, que murió como consecuencia de las heridas recibidas cuando uno de sus cañones, al que irónicamente se le daba el nombre de «león», explotó en 1460, tenía un artillero real. Antes de él, Enrique IV de Inglaterra tenía fama de estar interesado por los cañones. No hay duda de que su hijo, Enrique V, lo estaba y de que los utilizó durante los asedios en sus campañas en Francia entre 1415 y 1422. Enrique puso gran interés en la organización de su artillería: no tenía elección, pues los cañones eran fundamentales para él si quería conocer el éxito en su guerra de asedios. Hizo trabajar no poco a los funcionarios reales ordenando que le enviaran cañones desde Inglaterra mientras se hallaba en Francia y consiguiende aprovisionamiento de proyectiles de piedra, «salitre, carbón y azufre», que depositaba en Caen, «en el almacén en que se guardan las armas», y en Harfleur, para ser utilizados en el asedio de Meaux en marzo de 1422 (el Musée de l'Armée de París conserva todavía piezas de artillería que dejaron los ingleses después de su exitoso asedio). A la muerte de Enrique, Juan, duque de Bedford, creó una organización a cuyo frente se hallaba el *maistre de l'artillerie du roy*, encargado de la poco llamativa pero fundamental tarea de ordenar la construcción y las reparaciones de los cañones, grandes y pequeños, así como la compra de los ingredientes de la pólvora, el transporte de las armas (debido a su peso y dificultad de desplazamiento éste se realizaba por agua siempre que era posible) desde una ciudad asediada a la siguiente, y que además prestaba su orientación profesional sobre los problemas de situar las piezas de artillería para conseguir la máxima eficacia. La profesionalidad cada vez mayor, necesaria para conseguir los mejores resultados de esta arma relativamente nueva, se pone de manifiesto por el hecho de que los encargados de la artillería inglesa en Francia en el siglo XV estaban al frente de grupos de especialistas que trabajaban en equipo, a veces durante varios años, introduciendo así un fuerte elemento de cohesión en su trabajo, que estaba bien remunerado.

¿Qué decir de los caballos? Como hemos visto, eran tremendamente costosos. «Los caballos —escribió William Paston en Londres en febrero de 1492— son tan caros que mi bolsa apenas puede costear la compra de uno solo.»[5] Al menos en las primeras fases de la guerra, el caballero que aportaba un caballo podía reclamar una

5. *Paston letters and papers*, I, n.º 414.

compensación según la vieja costumbre de *restor* (invocada frecuentemente en las *indentures* francesas) cuando aquél resultaba herido o muerto. A esos efectos, los caballos eran valorados por expertos antes de iniciarse en la campaña, en la misma forma en que en la actualidad el caballero de la carretera valora su vehículo de acuerdo con su compañía de seguros. Aparte del caballo, el caballero tenía que proveerse de una armadura, que pasó de ser una cota de malla a ser blindada a mediados del siglo XIV. La idea de que un hombre, incluso cuando firmaba un contrato, tenía que aportar su montura, su armadura y sus armas tardó en desaparecer. Los miembros de las clases sociales más elevadas pagaban sus propias armas, pero no hay que olvidar que recibían una soldada más elevada.

Sin duda, debía de haber una gran variedad en el tipo de vestimenta y de armas que llevaban los ejércitos de este período. Sin embargo, poco a poco se consiguió una cierta uniformización de vestido y armamento. Esto se realizó de dos formas. En primer lugar, a través de los *musters* (libros de revista) en los que se anotaban no sólo las ausencias de los soldados, sino también la incidencia de que no se presentaran con las armas y la armadura en un estado adecuado. El segundo procedimiento fue la introducción gradual del uniforme. La generalización del uniforme tal como lo conocemos actualmente tendría lugar más adelante, pero en 1340 la ciudad de Tournai proveyó a Felipe VI de dos mil soldados de infantería, «todos ellos vestidos de idéntica forma», mientras que a partir de mediados del siglo XIV los soldados procedentes del Cheshire y del norte de Gales vestían con frecuencia con «uniformes» verdes y blancos.

La organización del transporte de las armas dependió cada vez más del gobierno central. Arcos y flechas fabricados en todas partes del país se enviaban a Londres para ser almacenados en la Torre (en París las armas se guardaban en el Louvre y en la Bastilla) desde donde, guardados en arcones junto con cuerdas de arco, flechas y puntas de flecha de repuesto fabricadas especialmente en zonas como el bosque de Dean (donde se trabajaba el hierro), eran enviados cuando se los solicitaba a los puertos como Sandwich o Southampton, en los cuales se embarcaban para enviarlos a los ejércitos que luchaban en ultramar. Cuando todo estaba preparado se esperaba a que soplara viento favorable, período durante el cual había que alimentar y mantener la moral de los soldados, tarea que realizaba

muchas veces la población de los puertos de embarque, a veces a su costa. No puede negarse que la partida de una flota de transporte con un ejército y sus pertrechos era un acontecimiento que suponía un gran logro administrativo, reflejado en algunas crónicas como un hecho del que la población podía sentirse orgullosa.

Los impuestos y las instituciones fiscales

Todos los gobiernos de la Edad Media crecieron en tamaño y envergadura. Dado que ningún gobierno puede existir sin un soporte financiero, conforme fue aumentando el personal y la documentación el gobierno se hizo cada vez más caro. Sin duda, la guerra fue uno de los factores que con más fuerza contribuyó a elevar los gastos. Las exigencias de las guerras, cada vez más frecuentes y prolongadas, se incrementaron desde finales del siglo XIII, hasta el punto de que, dos siglos después, la guerra absorbía entre la mitad y las dos terceras partes del gasto público.

Es innegable que no sólo en Francia e Inglaterra, sino en otras zonas de Europa como España e Italia, la curva de los gastos militares se elevó notablemente en las centurias postreras de la Edad Media. En algunos aspectos no había novedad alguna en esta situación. En Inglaterra, por ejemplo, la necesidad de conseguir tropas a sueldo se había reconocido ya a mediados del siglo XII; los gastos de la guerra se habían incrementado progresivamente desde comienzos del siglo XIII, que contempló una serie de innovaciones fiscales en el reinado del rey Juan, cuyos recursos financieros para conservar Normandía eran ya inadecuados. Pero fue en el último cuarto del siglo XIII cuando, tanto en Francia (implicada en una serie de guerras, Flandes y Aquitania) como en Inglaterra (que luchaba en Francia, Gales y Escocia), la imposición fiscal para hacer frente a los gastos de guerra aumentó en una escala sin precedentes. En Inglaterra, el incremento de los gastos formó parte de una diferencia más amplia entre Eduardo I y la gran nobleza del país respecto a su obligación de prestar servicio militar en el extranjero. Entretanto, Felipe IV de Francia recaudó importantes impuestos en los años 1302-1304, condonando a sus súbditos la obligación de contribuir a la defensa del país. En general, el monarca inglés tenía una posición ventajosa con respecto a su homónimo francés en este período.

Francia se había visto envuelta en un número relativamente reducido de conflictos en el curso del siglo XIII, mientras que Inglaterra, a través de sus intervenciones en Gales y en Escocia, tenía experiencia práctica tanto en el reclutamiento de tropas como en la obtención de recursos para pagarlas, experiencia que resultaría de un valor inapreciable en los comienzos de la Guerra de los Cien Años.

Necesitamos conocer cómo y por qué se produjeron esos procesos tan importantes desde el punto de vista histórico. En Francia se había producido durante el siglo XIII un progreso gradual en lo que era considerado como obligación del vasallo, desde la defensa de su señor (el rey) a la defensa de la corona y, a finales de la centuria, la defensa del reino (el *regnum*).[6] En este último caso, el reino podía significar tanto una zona delimitada físicamente como un concepto, el bienestar común de quienes lo habitaban. Ambos aspectos eran importantes pero, tal vez porque era una realidad que podía ser expresada en términos conceptuales, podía ser más trascendental el concepto del bienestar común. Se ponía el acento en la obligación general de contribuir, ya fuera de forma directa a través del servicio personal, o indirectamente, mediante los impuestos, a la defensa de ese bienestar. En circunstancias excepcionales, como cuando se producía un ataque desde el exterior, el rey, responsable de la protección de quienes estaban a su cargo, podía exigir ayuda que nadie podía rechazar, ni aquellos que tenían privilegios ni quienes estaban exentos. La guerra, o la amenaza de invasión del territorio, llegó a ser considerada como una emergencia, que exigía una respuesta inmediata y para la que no se podían regatear esfuerzos. Cuando el rey consideraba que existía una situación de peligro comunitario, sus súbditos, a quienes interesaba el bienestar común, tenían que cumplir con su obligación, tanto respecto a aquél como respecto a su gobernante, proporcionando ayuda sin límites en la forma en que ésta fuera exigida.

El señor que hacía un llamamiento a la guerra o solicitaba el impuesto era el monarca que actuaba como *curator* del reino en su conjunto. Pero eso no significaba que no se pudiera servir perfectamente a los intereses del reino en el plano local. Era el monarca de Inglaterra quien llamaba a los «reservistas» para rechazar un

6. J. R. Strayer, «Defense of the realm and royal power in France», *Medieval statecraft and the perspectives of history*, Princeton, 1971, pp. 293-294.

ataque en los territorios costeros; de igual manera, el rey de Francia podía autorizar un impuesto local, como lo hizo Carlos VI en abril de 1383 cuando ordenó al pueblo de Périgueux que se impusiera un impuesto durante tres años, consistente en el 5 por 100 de los productos vendidos dentro de su jurisdicción, que sería utilizado para reparar y mejorar las defensas de la ciudad, que se hallaba en ese momento en una zona amenazada por los ingleses. Además, la recaudación de ese impuesto se había realizado localmente durante algún tiempo sin la aprobación del rey: al perdonar al pueblo esa ofensa técnica, puso perfectamente en claro que la dirección global de los asuntos de defensa, incluso en el plano local, debía realizarse bajo la supervisión real. Cuando en marzo de 1440, el pueblo de Dieppe pidió permiso a Carlos VII para gravar las actividades comerciales a fin de poder financiar la fortificación de la ciudad, se preocuparon de resaltar que no se atreverían a hacer eso sin el permiso real y que presentarían la contabilidad de las sumas recaudadas al capitán real. Así pues, la defensa local era contemplada en el contexto más amplio de la defensa del país en su conjunto, como un asunto que tenía que ser controlado por la corona. Las implicaciones de ese hecho eran claras. La guerra, incluso en sus ramificaciones locales, se estaba convirtiendo en un asunto de Estado.

En Francia, las iniciativas tomadas en el reinado de Felipe IV para hacer a la nación responsable de prestar toda la ayuda al monarca, a sus lugartenientes y a sus funcionarios en los momentos de peligro para la comunidad se convirtieron en norma habitual en la primera mitad del siglo XIV, a pesar de un corto período de protesta en 1314 y 1315, cuando las nuevas doctrinas chocaron con los intereses y privilegios locales, especialmente en Normandía. Pero un asunto importante no estaba claro todavía. ¿Qué ocurriría en los períodos en que no hubiera un claro peligro, por no hablar del momento en que se produjera una tregua o la paz? ¿Se podría seguir gravando a la población con impuestos, justificados en tiempo de guerra, si cambiaban las circunstancias? Y en caso de que los impuestos hubieran sido ya recaudados, pero todavía no gastados, ¿qué ocurriría si cesaban las hostilidades? El primero que planteó esta cuestión formalmente fue Pierre d'Auvergne en 1298, argumentando que una vez que había desaparecido la causa determinante del impuesto no debía seguir recaudándose, pues ya no existía la causa

que lo justificaba (*Cessanta causa, cessare debet effectus*).[7] Esta afirmación implicaba el concepto de que los impuestos eran una medida excepcional y que sólo debían recaudarse en momentos de urgencia. Qué constituía una urgencia era algo que perturbaba la conciencia del monarca y de sus consejeros. Pero una cosa, que ya estaba clara a finales del siglo XIII, se vio aún con más claridad a finales de la siguiente generación: los súbditos del monarca sólo pagarían impuestos en los momentos de auténtica crisis militar (de aquí la necesidad de declarar la guerra formalmente) y llegaron a solicitar la devolución del montante del impuesto (que consiguieron en 1302, 1304, 1313 y 1314) cuando los impuestos satisfechos no eran utilizados como consecuencia del cese de las hostilidades. No es sorprendente que los más cínicos argumentaran que era mejor no pagar hasta qe se produjera la paz, pues entonces no habría razón alguna para hacerlo.

En tiempo de los Capeto una guerra prolongada era excepcional. Sin embargo, la situación varió notablemente con el conflicto entre los Valois y los Plantagenet. Desde 1325, año en que se aplicaba todavía el principio de *cessante causa*, sólo habrían de pasar treinta años antes de que se impusiera otro principio, de importancia extraordinaria por sus implicaciones: el derecho del monarca a recaudar impuestos de la población con carácter permanente y general. Es indudable que la guerra y sus exigencias fueron los factores fundamentales que explican este cambio. En Francia, la guerra contra Inglaterra elevó hasta límites sin precedentes las exigencias financieras planteadas por la corona al país. Determinante fue también la necesidad de pagar el impuesto prometido al monarca de Inglaterra en el tratado de Brétigny. La terrible carga financiera que representaba el impuesto (unos sesenta años después Enrique V todavía pedía que se acabara de pagar la suma acordada) fue el factor esencial en el desarrollo lógico de la política fiscal de la corona francesa, la fijación de un impuesto permanente durante un período de años y en tiempo de paz, recaudado para satisfacer un gasto importante de guerra: el rescate del rey.

Hay que añadir a éste un segundo factor. Aunque el decenio

7. E. A. R. Brown, «Cessante causa and the taxes of the last Capetians: the political applications of a philosophical maxim», *Studia Gratiana*, 15 (1972), pp. 567-587.

de 1359-1369 puede parecer un período de paz relativa en Francia, fue también el momento en que las Compañías se mostraron más activas, lo que planteó la necesidad urgente de recaudar los fondos necesarios para construir defensas frente a esta nueva lacra social. En este caso, si la autorización para recaudar impuestos procedió de la autoridad central, la organización, tanto de la recaudación como del gasto, se realizó localmente. No obstante, la importancia de ese hecho reside fundamentalmente en que grandes zonas de Francia se veían sometidas constantemente a la exigencia de recaudar mayores sumas en concepto de impuestos. Tal vez servía de consuelo el hecho de que el dinero recaudado probablemente se utilizaba en gastos locales, pues sin duda eso estimulaba a la población en su disposición a pagar, en algunos lugares mucho más que en los momentos de conflicto declarado con los ingleses. Lo que parece seguro es que la satisfacción de esas peticiones regulares, junto con la recaudación de sumas para pagar el rescate real, acostumbraron gradualmente a la población a la idea y a la práctica del pago de impuestos para el bienestar común.

En Inglaterra, la situación no era totalmente diferente. Como ya hemos señalado, la guerra contra Escocia había acostumbrado a la población al pago de impuestos para la guerra. Era un hecho, también, que la población inglesa se había acostumbrado al pago de impuestos directos sobre las propiedades inmuebles y que desde el momento en que estalló la guerra con Francia en el reinado de Eduardo III esos subsidios, cuyo montante fue concretado en 1334 satisfaciendo cada comunidad local una suma que dividía entre sus habitantes, eran concedidos regularmente por el Parlamento. En Inglaterra, como en Francia, el decenio de 1360 (paradójicamente el período de actividad militar limitada) contempló las innovaciones más importantes. En 1362 y 1365 el Parlamento votó un subsidio sobre la lana para salvar la «hacienda y el honor» del monarca (de hecho para contribuir a la defensa de Calais, Aquitania y la frontera escocesa). En 1368 se aprobó un nuevo subsidio sobre la lana con una duración de dos años. En 1369, y ante el temor de un posible ataque contra Calais y contra las zonas costeras de Inglaterra, los lores y los comunes autorizaron conjuntamente un tercer subsidio, en esta ocasión con una duración de tres años, subsidio sobre la lana que era de hecho la fijación de un impuesto indirecto para hacer frente a un supuesto déficit de las finanzas reales. Es indudable que

esas decisiones constituían el reconocimiento de la obligación general de pagar para la defensa del país en tiempo de paz. Así pues, tanto Inglaterra como Francia se hallaban en una fase similar de desarrollo de sus sistemas impositivos respectivos en el mismo período.

Una diferencia muy importante entre la Edad Media y las épocas históricas posteriores fue que la sociedad medieval apenas recurrió al sistema de créditos para la guerra. Según escribió el dominico inglés John Bromyard hacia 1360, un gobernante no debía embarcarse en una guerra a menos que tuviera expectativas razonables de poder financiarla. Indudablemente, esta opinión habría tenido muchos adeptos en su época. Desde los primeros momentos se impuso la necesidad práctica de poseer dinero en efectivo. La costumbre de dar a los soldados contratados mediante *indentures* un *prest* (o *prêt*, o *imprestanza*), un adelanto de su salario para que pudieran pagar su equipo, suponía una carga importante para el monarca. He aquí un ejemplo que subraya la necesidad de conseguir dinero rápidamente y que explica en parte las grandes dificultades que experimentó Eduardo III cuando se agotaron sus reservas de efectivo en 1341. ¿Qué podía hacer, pues, el monarca inmerso en una guerra? Podía arrendar la recaudación de un impuesto que había sido autorizado, lo cual tenía la ventaja de que le reportaba dinero rápidamente, pero presentaba la desventaja de que el sistema de arrendamiento se prestaba a todo tipo de abusos y, por tanto, era impopular. Práctica común era también la concesión de un préstamo, que era una forma de impuesto, ya que a veces el gobernante utilizaba el dinero por un período indefinido. Para que pudiera funcionar ese sistema el rey tenía que ser buen pagador, de manera que un hombre como el cardenal Beaufort, que era un prestamista habitual, hizo que uno de sus préstamos a Enrique V fuera registrado formalmente en el *Roll of Parliament* para asegurarse el cobro. La práctica de «adelantar» la fecha en la que tenía que ser recaudado un subsidio era también utilizada: el Parlamento tuvo que pedir a Enrique V que no continuara haciéndolo cuando sus necesidades de dinero aumentaron súbitamente a mitad del reinado. Finalmente, existía la posibilidad de devaluar la moneda, a la que recurrían aquellos príncipes que tenían la prerrogativa de decidir el valor de la moneda. En 1295, Felipe IV, que se vio en la necesidad urgente de dinero, recurrió a este método, al que puso fin en 1306, pero sólo

a cambio de la promesa de un subsidio. Esas manipulaciones de la moneda, que no eran difíciles de realizar, eran enérgicamente rechazadas por la nobleza y el clero, cuyos ingresos procedían en gran medida de la venta de productos de la tierra cuyo importe se había fijado de antemano. En cambio, la burguesía, sobre todo aquellos cuya riqueza derivaba del dinero conseguido en las actividades comerciales, se preocupaba menos por ese tipo de prácticas. De cualquier forma, pese a las ventajas que presentara a corto plazo para la corona, la devaluación era un factor de división en la sociedad, un arma que sólo había que utilizar en momentos de extrema necesidad. Como cabía esperar, la práctica de la devaluación desapareció gradualmente cuando la corona consiguió dar carácter permanente a otras formas de ingresos.

Los impuestos eran básicamente de dos tipos. Los impuestos directos se obtenían gravando las fuentes de riqueza fijas y muebles. En Inglaterra, ese tipo de impuestos fue concedido por el Parlamento fundamentalmente desde el reinado de Eduardo I. En Francia, la práctica de los impuestos directos no adquirió carta de naturaleza hasta el reinado de Felipe IV, contemporáneo de Eduardo I. En varias ocasiones durante su reinado se recaudaron subsidios en tiempo de guerra o de amenaza de guerra, siendo la tasa del 1 por 100 (*centième*) en 1295, tasa que se dobló en 1296 (*cinquantième*), considerándose el pago del impuesto como alternativa al servicio militar, lo cual vinculaba, pues, estrechamente la imposición con la guerra. También se aprobó un impuesto sobre los hogares (*fouage*), más elevado para la población de la ciudad que para la población del campo y para los ricos más que para los pobres. En 1355 se decidió que cien hogares tenían que hacer frente a los gastos que representaba un hombre de armas y un arquero. Pero el impuesto suponía una carga muy pesada sobre la población y en los últimos años de su reinado Carlos V trató de conceder remisiones o reducciones a las comunidades que habían sufrido grandes quebrantos como consecuencia de la guerra. Una de sus últimas decisiones, cuando se hallaba ya en el lecho de muerte, fue la abolición del impuesto.

También en Francia y en Inglaterra el clero contribuía en el pago de impuestos. En los últimos años del siglo XIII la cuestión del pago de impuestos por parte del clero se había convertido en una *cause célèbre* entre el papa Bonifacio VIII, Felipe IV y Eduar-

do I: ¿debía contribuir el clero a la imposición real? En los primeros años del siglo XIV, el obstáculo de la inmunidad clerical había sido superado en parte y el clero aportaba sumas importantes cuando era requerido para ello.

De cualquier forma, lo cierto es que la guerra se financiaba fundamentalmente, tanto en Francia como en Inglaterra sobre todo, a través de los impuestos indirectos. En Francia, la necesidad de recaudar fondos determinó en 1341, en un momento de tregua en que no podía justificarse la imposición directa, la imposición del impuesto sobre la sal (gabela), que se mantendría hasta la Revolución francesa. Si todo el mundo consumía sal, otros impuestos sobre el consumo, principalmente sobre la bebida (el impuesto medieval sobre el valor añadido), eran muy impopulares entre las clases pobres, para las que era más difícil que para los ricos pagar unos impuestos que toda la población tenía que satisfacer y que se recaudaban más fácilmente en las ciudades, siendo los impuestos urbanos muy elevados, seis veces más altos en 1360 que en 1292. Los préstamos eran una forma de imposición que podía obtenerse tanto de individuos como de instituciones. Por ejemplo, en Inglaterra, se exigía ocasionalmente a los funcionarios reales que renunciaran a sus salarios, que eran retenidos como contribución para ayudar al gobierno a superar una crisis económica. En una escala diferente hay que situar los préstamos que se pedían ocasionalmente a las ciudades, y en especial a la ciudad de Londres, para ayudar a financiar la guerra. Si la guerra producía ventajas económicas, las ciudades —sobre todo las ciudades portuarias— mostrarían mayor entusiasmo.

Los puertos, sometidos a un control real mucho más estricto en Inglaterra que en Francia, donde, durante la mayor parte de la guerra, el rey no tuvo acceso regular a las zonas costeras, eran los centros de recaudación del impuesto indirecto más lucrativo, los derechos de aduana. En este aspecto, el contraste entre Inglaterra y Francia era muy marcado. Francia, más autosuficiente que Inglaterra, dependía menos que ésta de las importaciones a través de los puertos y fue en el siglo XVI cuando Francia impuso un gravamen sobre los productos importados, aunque las exportaciones ya estaban sometidas a un impuesto en el siglo XIV, especialmente a partir de 1360 cuando la necesidad de recaudar dinero para pagar el rescate del rey Juan planteó grandes necesidades económicas. En Inglaterra, la situación era diferente pues existía un impuesto tanto

en las importaciones como en las exportaciones. Desde finales del siglo XII, los monarcas ingleses habían recurrido de forma esporádica, pero cada vez más frecuente, a la lana como base para un impuesto sobre las exportaciones que era cada vez más sustancial y que desde 1275 estuvo firmemente controlado por la corona. En el siglo XIV, la tercera parte de los ingresos del monarca procedía de los impuestos sobre las exportaciones, fundamentalmente sobre la lana, al tiempo que el *tunnage* y el *poundage*, impuestos sobre el vino y sobre otras mercancías decretado para proteger el comercio, era cada vez más regular y lucrativo a finales de la centuria. Puede parecer que, hasta cierto punto, el monarca francés había perdido una oportunidad; ciertamente, los reyes de Inglaterra tenían que sentirse satisfechos ante el contraste en este terreno, que les situaba en una situación de gran ventaja sobre sus homónimos franceses.[8] Desde luego, de no haber sido por las grandes sumas recaudadas a partir de las actividades comerciales, Inglaterra, con su menor población y sus recursos más limitados, no habría podido soportar una guerra en el exterior durante tanto tiempo.

Los impuestos que se votaban para satisfacer las necesidades económicas de la corona tenían que ser recaudados y administrados. Los nuevos impuestos exigían nuevos métodos de organización para sacar el mayor fruto posible a lo que se consideraba, cada vez más, como el dinero público o *la pecune publique*. Con los Valois se intentó imponer un cierto grado de centralización en la política fiscal, particularmente en el decenio de 1370. Se crearon nuevos cargos y la recaudación del impuesto sobre la sal se dejó en manos de *grenetiers*, muchos de los cuales arrendaban su puesto; a partir de 1355 se nombraban *élus* para las *élections*, o distritos en los que actuaban como asesores fiscales. Al mismo tiempo, para resolver las disputas que surgían como consecuencia de las exigencias de la imposición indirecta, se estableció en 1390 una *cour des aides* especial, en tanto que existía un *trésorier des guerres* que se encargaba de los problemas generales de las finanzas de la guerra, muy en especial del pago de los ejércitos.

En Inglaterra, el sistema, que ya había sido experimentado en la guerra, exigió innovaciones menos radicales. El sistema contable

8. Respecto a los impuestos sobre el comercio internacional, véase B. Guenée, *L'Occident aux XIV^e^ et XV^e^ siècles: les Etats*, París, 1981, pp. 168-170.

que ha llegado hasta nosotros a través de los archivos públicos pone de relieve que, mientras que las expediciones dirigidas por los lugartenientes reales se financiaban normalmente a través del *exchequer*, las que dirigía el rey personalmente eran organizadas por un departamento de la casa real, el *wardrobe*, que, en palabras de Tout, era «el agente ejecutivo en este campo». El *wardrobe*, ayudado a veces por otro departamento de la casa real, la *chamber*, con un amplio personal, ordenaba el reclutamiento de tropas, la compra de caballos, almacenes y equipo y, además, estaba estrechamente implicado en la actividad diplomática del rey, como correspondía a un organismo tan próximo a la persona real y a los miembros de su consejo que eran los responsables, conjuntamente, de las decisiones referentes a la guerra.

Sin embargo, no hay que pensar que la maquinaria de guerra inglesa era totalmente tradicional por lo que respecta a los aspectos financieros. La publicación de las llamadas «Ordenanzas Walton» por Eduardo III en julio de 1338 fue un intento de hacer eficaz el gobierno de Inglaterra y eso incluía la administración de la guerra. Se hacía mucho hincapié en el ahorro, en sacar el máximo provecho al dinero y en el control del gasto tanto en la guerra como en la diplomacia, como lo indica el nombramiento de un tesorero especial para la guerra.[9] El tiempo demostraría que el sistema no siempre era fiable y que permitía los abusos. Con todo, el recurso a los departamentos de la casa real para financiar y organizar la guerra, aunque pueda parecer tradicional, permitía al rey y a sus consejeros mantenerse en estrecho contacto con los responsables de organizar el enorme esfuerzo que requería la guerra y que se tiende a olvidar. El hecho de que un monarca-soldado tan brillante como Enrique V utilizara el *wardrobe* como unidad fundamental, desde el aspecto financiero y administrativo, en la organización y conducción de la guerra es una prueba de la eficacia del sistema. Está fuera de toda duda que tanto en Inglaterra como en Francia la guerra impulsó enormemente el desarrollo de instituciones centralizadas y de la autoridad real. Igualmente, hay que resaltar que no todo el gasto público relacionado con la guerra era resultado de la intervención y la ini-

9. T. F. Tout, *Chapters in the administrative history of medieval England*, IV, Manchester, 1928, pp. 69-80, 143-150. C. Given-Wilson, *The royal household and the king's affinity. Service, politics and finance in England 1360-1413*, New Haven, Londres, 1986, pp. 121-130.

ciativa centralizadas. Recientemente, los historiadores franceses han subrayado el hecho importante de que en su país existían dos sistemas financieros, uno nacional y otro local, que funcionaban uno al lado del otro y que se desarrollaron conjuntamente. Esto no ha de sorprender, dada la importancia de la región o la provincia en la estructura política francesa. La oposición a la recaudación de impuestos que pudieran ser utilizados en otra parte del reino actuaba en contra de la implicación en una guerra que podía librarse a centenares de kilómetros de distancia. Igualmente, sólo cuando su región y, en consecuencia, su bienestar común se veía amenazado se mostraba la población dispuesta a actuar. Desde luego, cabe argumentar que la naturaleza local y por etapas de la guerra impuesta por Inglaterra (el enemigo exterior) y por las Compañías (el enemigo interno), por no mencionar el carácter local de la guerra civil que dominó una gran parte del reinado de Carlos VI, estimuló a la población a contemplar la guerra desde la óptica local más que nacional, lo cual implicó, de forma natural, que las reacciones surgieran de las iniciativas y riqueza locales.

El sistema que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIV encaja en este esquema. En algunos lugares, un sistema impositivo local bastante rudimentario existía ya hacia 1340. Lo que faltaba era la capacidad y autoridad para conseguir los recursos financieros suficientes para construir, reparar y mantener los sistemas defensivos locales (principalmente las murallas) que constituían la única forma razonable de defensa en la guerra que protagonizaba el enemigo. ¿Cómo hacer frente a esas necesidades y quién había de pagar? Las respuestas no tardaron en aparecer. En general, se dejó a las diferentes regiones autonomía para organizar su propia defensa dentro de un plan global, nacional. En cuanto a quién debía pagar, la respuesta sería la misma en todas partes: las regiones y, en particular, las ciudades. Este principio implicó importantes innovaciones. Las asambleas o estados regionales votaban sumas que la autoridad real permitía que se gastaran en esas mismas regiones. En ciertas ocasiones la corona obsequiaba a las ciudades con regalos en forma de dinero para contribuir en una crisis concreta; otras veces era un señor local el que así contribuía. Pero, por lo general, esos obsequios reales servían tan sólo para pagar una parte del impuesto ya recaudado para financiar la defensa de la población que satisfacía ese gravamen. En definitiva, aunque ello pareciera una ayuda exterior,

esas sumas, como la concedida a la población de Rodez en 1367, sólo procuraban a los ciudadanos ayudarse a sí mismos.

En gran medida, el dinero que se gastaba en proyectos locales de defensa de la ciudad se había recaudado localmente. Los empréstitos conseguidos de los habitantes de las ciudades y de quienes tenían propiedades en ellas, pero vivían fuera de las murallas, permitían recaudar sumas importantes: casi 2.000 *écus* en Tours y unos 4.500 *écus* en Reims en 1358. Pero la contribución más sustancial (el 61 por 100 en Tours en 1358) procedía de la imposición de impuestos locales (*aides*) sobre una variedad de bienes y servicios: sobre la sal, sobre el vino y sobre las rentas de las propiedades de las ciudades, siendo el porcentaje del 10 por 100 en Tours en 1364, y del 20 por 100 en Dijon en 1412, recaudándose la suma más importante de los terratenientes absentistas que, de otra forma, podían no contribuir a las necesidades de defensa.

También en Inglaterra encontramos ejemplos de la introducción de medidas locales para complementar las nacionales. El más importante de esos impuestos era el *murage*, recaudado por vez primera en 1220 en un momento en que se temía una invasión por parte del ejército francés. Ese impuesto, que gravaba la venta de productos que entraban en la ciudad, fue autorizado por la corona y recaudado y administrado localmente, siendo la contabilidad sometida al rey para que pudiera revisarla. Como en Francia, mediante este impuesto sobre la actividad comercial local se pretendía conseguir que contribuyera el mayor número posible de personas de la comunidad. Al igual que en Francia, también, el impuesto directo sobre las ventas, como el *murage*, no era la única figura impositiva utilizada para la construcción de las murallas. En el siglo XIV se decretaron una serie de impuestos sobre las propiedades locales. También el rey podía aportar lo que se le debía en concepto de derechos de aduanas o beneficios derivados de la administración de justicia. En 1382, la población de Colchester, que intentaba conseguir ahorrar dinero para gastos comunitarios, envió un representante al Parlamento y quedó exenta del pago de impuestos durante los cinco años siguientes (exención renovada posteriormente hasta 1410), utilizando el ahorro así conseguido en la construcción de murallas en torno a la ciudad.[10]

10. Turner, *Town defences*, p. 42.

Está claro que tanto en Francia como en Inglaterra se otorgaban ayudas para estimular las iniciativas locales. Sería erróneo creer que la guerra era dirigida y financiada únicamente por París o Westminster. Había que tener en cuenta también la autonomía, la energía y las iniciativas locales, que actuaban en pro de alcanzar los mejores resultados, es decir, la defensa del bien común.

Orden y control

Como ya hemos señalado, la población bajomedieval aceptaba, con un cierto fatalismo, las energías destructivas liberadas por la guerra. Hemos visto también que en este período se agudizó la conciencia de lo que significaba esa destrucción para quienes la sufrían: la destrucción moral y las pérdidas materiales. ¿Era eso deseable, ya fuera en cuanto a la violencia física que la guerra parecía engendrar («no existe una buena guerra sin fuego») o las pérdidas económicas, en ocasiones duraderas, que provocaba o en cuanto a la eficacia militar, aspecto cada vez más aceptado, que los jefes militares intentaban alcanzar? La evidencia parece sugerir que no.

Se consideraba que la actividad fundamental de la guerra no eran las batallas sino el avance de los ejércitos para destruir el territorio enemigo, a fin de privarle de recursos materiales y económicos. Según las enseñanzas de Vegecio, había que doblegar al enemigo con el menor riesgo, esfuerzo y gasto posibles. Eso requería una cierta disciplina y un cierto orden en la guerra. Debemos constatar cómo se produjeron esos cambios.

Durante la Baja Edad Media hubo un cierto progreso en la formalización de las actividades guerreras. Algunos autores consideran que ello satisfacía el conocido gusto medieval por la acción simbólica: la entrega del guante de la mano derecha a sir Denis de Morbecque simbolizaba la rendición de Juan II en la batalla de Poitiers, mientras que la entrega formal de las llaves por sus más destacados ciudadanos representaba la toma de Harfleur por Enrique V en septiembre de 1415. En este mismo contexto, el despliegue de los estandartes señalaba el comienzo de las hostilidades, de igual forma que el disparo de un cañón indicaba el inicio de un asedio. El sociólogo puede interpretar esas acciones en un sentido lúdico, ele-

miento que no puede desdeñarse completamente. Pero mucha mayor importancia tiene el hecho de que esas acciones no eran sólo simbólicas sino que se consideraba que producían determinadas situaciones reales que podían tener consecuencias sobre las decisiones tomadas en los tribunales de justicia. Las disputas en torno al *status* legal de un soldado al que otro afirmaba haber hecho prisionero podrían depender de las circunstancias en las que el hombre era capturado o de la forma en que había sido apresado. Para determinar de quién era prisionero había que tener en cuenta a quién se había rendido formalmente y cómo. Un caballero podía tomar prisionero a otro y asumir que él era ahora su «dueño» (con lo que todo ello podía significar en términos legales) pero, si el sometimiento del prisionero no se realizaba formalmente y en la manera adecuada, la captura del prisionero podía considerarse inválida y ser recurrida en un tribunal de justicia.[11]

La importancia histórica de esta forma de evidencia (que puede parecer una mera sutileza en torno a una cuestión de costumbre militar) reside precisamente en el hecho de que pone de relieve que se estimulaba el recurso a la ley como medio de conseguir que se cumplieran, en la guerra, unas convenciones aceptadas por todos y que se imponían judicialmente en tribunales como el Parlement de París o los tribunales militares de Inglaterra y Francia.[12] En esos tribunales se tenía en cuenta una serie de tradiciones diferentes, algunas más formalmente legales que otras. Una de ellas era la costumbre local, formada a lo largo de decenios e incluso centurias, en la que se basaban muchas decisiones en los procesos sobre los productos capturados en la guerra. Otra, más difícil de definir con precisión, era la tradición del código caballeresco, que guiaba y a veces establecía principios para la conducta de los caballeros en la guerra. Pero tal vez lo más importante de todo fue la notable influencia de la «ley escrita» y, en especial, del derecho militar de Roma que, modificado notablemente por el derecho canónico, promulgado más recientemente, constituía en ocasiones la base de las sentencias pronunciadas, por ejemplo, por el Parlement. Aquí era

11. «Si aucun prent un prisoner, qil preigne sa foy ...», *Black Book of the Admiralty*, ed. T. Twiss, RS, Londres, 1871, I, 457.

12. Véase Keen, *Laws of war*, cap. 2 y «Jurisdiction and origins of the constable's court», pp. 159-169; R. G. Marsden, ed., *Select pleas in the court of admiralty*, Seldon Soc., 6, Londres, 1894.

muy notable la influencia de la escuela italiana de juristas del siglo XIV, una de cuyas tareas era adaptar el derecho romano y el derecho justiniano para que pudiera ser aplicado en ese momento. En la tradición italiana, el derecho era un medio de conseguir el bien común. El derecho tenía que ser práctico, pues de otra forma su influencia y eficacia quedaban en entredicho. Es significativo que el rey Carlos V de Francia recurriera a las universidades italianas en 1368-1369 para que le aconsejaran sobre si tenía derecho a reanudar la guerra contra los ingleses en Aquitania. Significativo es también el hecho de que quienes trataban de encontrar soluciones para los problemas legales surgidos de una guerra entre pueblos diferentes recurrieran a los mismos preceptos del derecho romano, ampliamente aceptados. El derecho era «internacional» en todo excepto en el nombre.

Apelar al derecho ancestral, aunque hubiera sido adaptado, era una forma de introducir un cierto orden en la guerra. Otro procedimiento era el de aplicar una serie de normas nuevas sobre la conducta de los ejércitos y de los combatientes individuales durante la guerra. En el último cuarto del siglo XIV se lanzaron críticas cada vez más duras respecto al comportamiento en la guerra; las obras de Honoré Bouvet y Philippe de Mézières dan claro testimonio de ello. Comenzaban a oírse voces que afirmaban que había que defender a la población civil, a las personas y a las propiedades, en una reacción contra los métodos de comportamiento en la guerra aceptados con carácter general. No es una mera coincidencia que el intento mejor conocido de controlar los excesos de los ejércitos ingleses, las ordenanzas redactadas por Ricardo II en Durham en 1385, daten de esta época. En esas ordenanzas se contemplan una serie de aspectos importantes. Se establece con toda claridad la jurisdicción del condestable y del mariscal y se decretan castigos para ofensas específicas; se pone énfasis en el hecho de que los soldados deben obedecer la autoridad del superior (*chevytaignes*), se ha de mantener el orden en el ejército y respetar los derechos de los civiles, estableciéndose, además, normas específicas referentes a la captura y rescate de los prisioneros. Una generación después, en el reinado de Enrique V, se publicó otro conjunto de ordenanzas, «las cuales ... piensa el rey, deben pregonarse entre los soldados» a través de una copia que se daría a cada comandante, «de modo que puedan tener pleno conocimiento de ellas e informen a sus hombres de dichas

ordenanzas en todos sus detalles».[13] No era suficiente elaborar las ordenanzas; había que hacer público su contenido para que todos aquellos que servían en el ejército del rey supieran qué era lo que podían y lo que no podían hacer. No puede existir duda alguna acerca de la intención del monarca de imponer la disciplina en su ejército.

La capacidad práctica de convertir esa determinación en realidad se vio fortalecida por el desarrollo de la *indenture* militar, uno de cuyos aspectos más positivos fue el de establecer una jerarquía de autoridad y de mando al tiempo que determinaba que todos aquellos que formaban parte del sistema tuvieran que aceptar órdenes y cumplir una disciplina. En teoría, aunque no siempre en la práctica, en los ejércitos inglés y francés la autoridad se ejercía en nombre del rey o de alguien nombrado para actuar en su nombre. Posteriormente, aquellos capitanes a quienes no se les asignaba lugartenientes los nombraban ellos mismos, formalizando la relación por medio de *indentures*. De esta forma se creó la cadena de mando. Ese mando podía ser ejercido de formas diversas. Los capitanes ejercían una cierta autoridad disciplinaria que podían utilizar para oponerse a actividades no autorizadas y para ello contaban con la asistencia de los mariscales y del tribunal del condestable de las huestes. Para asegurarse de la competencia de los soldados y del buen mantenimiento del equipo existían los *musters* y luego las revistas regulares, en las que los soldados que servían a las órdenes de un comandante determinado se reunían (con frecuencia una vez al mes en tiempo de guerra), para ser contados, inspeccionados y considerados aptos para el servicio (*armez entiers*), siendo realizada la inspección, por encargo de la más alta autoridad, por dos personas independientes, una de las cuales era a veces un civil.[14] Sólo después de esa inspección se daban instrucciones a los agentes financieros de la corona para que pagaran al capitán, pero sólo por aquellos hombres que estaban presentes y habían «pasado el *muster*».

La aplicación de ese sistema estructurado presentaba grandes ventajas, como se apreció claramente cuando se introdujo en el ejército francés en 1351 como parte de un conjunto de reformas. De ese modo se podía mantener el nivel de calidad de las tropas y no

13. *Black Book*, I, 453 y ss., 471.
14. Una práctica similar se desarrollaba en Florencia en el siglo XV.

sólo su cantidad. Si los soldados cumplían con lo que se les exigía, no sufrían pérdidas económicas y sus jefes no eran objeto de reproches por llevar consigo soldados que no estaban a la altura de las circunstancias, como a veces sucedía. El sistema de inspección tenía la ventaja de que nada tenían que temer quienes cumplían con su obligación, mientras que desenmascaraba a quienes no lo hacían y que, por tanto, no sólo perjudicaban la eficacia de la fuerza en la que servían, sino que se convertían en candidatos a sufrir una corrección económica.

Posiblemente, la forma más eficaz de mantener un alto nivel en el ejército era la retención de los salarios, fuente fundamental de riqueza para la mayor parte de los soldados, por la ruptura o el incumplimiento de la *indenture*. Muy importantes eran también las actitudes de los oficiales militares de la corona y de los tribunales ante las transgresiones de los soldados. El hecho de que un soldado no estuviera preparado adecuadamente para la guerra (por ejemplo, que no tuviera las armas a punto) era considerado como una falta grave, y que se ausentara sin permiso («nadie puede abandonar el ejército sin autorización de su amo y señor», como rezaba la ordenanza de Enrique V)[15] era considerado no sólo como la transgresión de un contrato privado en el que constituía una de las partes, sino como algo más importante y significativo, casi un acto de traición. Esa innovación se produjo en el segundo cuarto del siglo xv. En 1433, cuando Robert Stafford se vio implicado en un proceso ante el Parlement de París acusado de negligencia por no haber evitado, debido a su ausencia, la captura por los franceses de La-Ferté-Bernard de la que era capitán, intentó (con éxito) defender su *honneur* y conseguir que se revocara la sentencia de confiscación de sus propiedades. Al mismo tiempo, y en el mismo tribunal. Thomas Overton y sir John Fastolf se vieron envueltos en una disputa legal por un complejo caso financiero en el que había de por medio, por un lado, una cuestión de honor personal y, por otro, y esto era más importante, la forma en que debía ser gastado el dinero recaudado en forma de impuestos.[16] El interrogante que se planteaba en ese momento era hasta qué punto la obligación del rey (y, por extensión, la de los soldados a los que él pagaba) de defender el bienestar público tenía que

15. *Black Book*, I, 466.
16. Allmand y Armstrong, eds., *English suits*, pp. 220-230, 231-268.

ser la consideración suprema que rigiera la conducta militar. Cada vez se afirmaba con más fuerza la convicción de que el soldado, que acordaba por *indenture* servir al rey o a su representante a cambio de una soldada, era pagado con fondos públicos, de manera que la obligación de servir al bienestar público (expresado en términos como *la chose publique* o *la deffense du pays*) se imponía con mayor peso moral sobre sus hombros. En 1439, el Parlamento inglés no hizo sino avanzar al ritmo de los tiempos cuando aprobó una legislación según la cual la deserción, incluso cuando el país no estaba implicado en conflicto armado alguno, no suponía simplemente la ruptura de un contrato privado entre el soldado y el capitán sino, más importante, la de un compromiso formal en el que tanto el soldado como el capitán eran servidores del bien público, que era más trascendental. En esas circunstancias, no puede sorprender que se hicieran todo tipo de esfuerzos para conseguir mantener la autoridad sobre los soldados en el seno del ejército. Ahora que el Parlamento planteaba preguntas sobre la forma en que se gastaban los fondos votados públicamente, parecía moralmente necesario y militarmente deseable que los jefes del ejército impusieran la disciplina desde arriba. Muy lentamente se abría paso la idea de que el dinero gastado (o malgastado) debía ser controlado públicamente.[17]

La diplomacia

La delicada situación entre Inglaterra y Francia, basada desde 1259 en el tratado de París, tenía que ser manejada con suma prudencia. Nadie tomó más precauciones que los ingleses que, en la segunda mitad del siglo XIII, comenzaron a sentar los cimientos de un servicio diplomático y de un sistema de archivos tan eficaz que, a mediados del siglo XV, Jean Juvénal des Ursins, impresionado por su funcionamiento, llamó la atención de su soberano sobre ese sistema como un ejemplo a seguir. Ese servicio se basaba en dos factores esenciales: un personal adecuado y un sistema de archivos. Con respecto al primero, se hizo un esfuerzo cada vez más consciente

17. A. Curry, «The first English standing army? Military organisation in Lancastrian Normandy, 1420-1450», *Patronage, pedigree, and power in later medieval England*, ed. C. Ross, Gloucester Totowa, 1979, pp. 205-206.

para que los embajadores fueran especialistas (por ejemplo, conociendo perfectamente los problemas de un país) de manera que una y otra vez se enviaba a las mismas personas para ayudar a negociar los tratados o la violación de una tregua con ese país. Ese sistema presentaba una serie de ventajas, muy en especial la de la continuidad: los embajadores de Enrique V no se sintieron impresionados en 1418 cuando comprobaron que sus homónimos franceses no estaban familiarizados con los términos del tratado de Brétigny (que los ingleses pretendían aplicar) y carecían de un conocimiento geográfico muy preciso. El creciente profesionalismo de los diplomáticos ingleses se reflejaba también en la formación jurídica que poseían muchos de ellos, sobre todo en derecho canónico y civil. En un mundo en el que los tratados se redactaban y las negociaciones se desarrollaban de acuerdo con los principios derivados de esas tradiciones legales, los expertos en esos temas podían desempeñar un papel importantísimo. Ninguna embajada autorizada para negociar podía carecer de un experto en temas jurídicos y cuando se trataba de negociaciones importantes se hallaba presente más de un experto. La popularidad cada vez mayor del derecho civil como tema de estudio en Oxford y Cambridge en la Baja Edad Media y la fundación, por parte de Eduardo II, del King's Hall en Cambridge como una institución, muchos de cuyos miembros adquirirían una formación jurídica antes de ingresar en el servicio real, es prueba de que las universidades eran conscientes de las necesidades cambiantes de la sociedad y de su deseo de proveer al Estado del personal cualificado que necesitaba.

Junto con esta ampliación del personal se produjo la creación de un archivo. En 1268, John of St Denis ya había sido nombrado *keeper of papal bulle* («conservador de las bulas del papa») por Enrique III en un intento de poner orden en una situación que permitía la pérdida de documentos fundamentales. Una generación más tarde se nombró un *keeper of the processes and other royal records concerning the duchy of Aquitaine* («conservador de los procesos y otros documentos reales referentes al ducado de Aquitania») siendo su primera tarea la de reunir, seleccionar y almacenar una gran variedad de documentos diplomáticos y la de ofrecer a los embajadores reales los documentos necesarios y el consejo que pudiera ayudarles en su trabajo. La importancia de esa labor se vio subrayada cuando en 1294 los ingleses perdieron la mayor parte de sus documentos de

archivo referentes a Aquitania, documentos que fueron desorganizados en la isla de Oléron por una tripulación amotinada y que más tarde cayeron en poder de los franceses cuando capturaron la isla. Ese desastre administrativo llevó a la compilación, entre 1320 y 1322, de un archivo de una gran variedad de documentos referentes al gran ducado de Aquitania «para poder tener un registro más completo en el futuro».[18] Los documentos se dividieron en varias secciones para poder ser manejados con mayor facilidad y se elaboró un índice que permitiera consultar rápidamente lo que se deseaba. Se había creado así una colección de documentos diplomáticos con un valor fundamentalmente práctico.

La organización de la práctica diplomática se estaba desarrollando de acuerdo con las necesidades de los tiempos. Los días de la embajada permanente no habían llegado todavía; aparecería en la segunda mitad del siglo XV bajo influencia italiana. Entretanto, había que sacar el máximo rendimiento del sistema existente, que consistía en enviar embajadas para cumplimentar una misión concreta y que regresaban una vez realizada su misión. No hay duda, sin embargo, de que la posición del embajador era cada vez más importante. Los embajadores no se elegían ya simplemente por su posición social (aunque era importante) sino por su experiencia y, en algunos casos, por sus habilidades retóricas y lingüísticas. El conocimiento del derecho podía suponer una importante contribución en el trabajo de una embajada. Asimismo, la posibilidad de hablar latín correctamente (como Thomas Bekynton, uno de los principales embajadores de Enrique VI) era también muy apreciada, sobre todo por parte de los ingleses que desconfiaban de quienes, como los franceses, preferían negociar en su propio idioma. Consideraban que el latín era una lengua que todo el mundo comprendía y que permitía evitar todo tipo de ambigüedades.

Hay otros datos que demuestran que cada vez se concedía mayor importancia a la diplomacia. La naturaleza sagrada de la labor del diplomático («benditos sean los que firman la paz») era subrayada por el escenario elegido para el sellado solemne de los tratados: la alianza angloportuguesa de mayo de 1386 fue sellada en la capilla real de Windsor, mientras que la de Troyes fue sellada y

18. Citado en *A Gascon calendar of 1322*, ed. G. P. Cuttino, Camden, 3.ª serie, 70, Londres, 1949, p. VIII.

proclamada desde el altar mayor de la catedral el 21 de mayo de 1420 en presencia de Enrique V, y los ingleses utilizaron el mismo sello, cambiando el nombre, que Eduardo III había utilizado para la firma del tratado de Brétigny sesenta años antes. No era fácil renunciar a la adhesión a los términos de tan solemne acuerdo: Felipe, duque de Borgoña, hubo de pedir la dispensa papal de la adhesión que había prestado a Enrique V en la ocasión que hemos citado. Las inmunidades y privilegios concedidos a los embajadores en sus viajes (privilegios de los que muchos abusaban, afirmaba Philippe de Commynes, para quien los embajadores eran espías legalizados) son también exponente del reconocimiento cada vez mayor del trabajo de los embajadores, que debía ser realizado, en la medida de lo posible, sin que sintieran temor a que les causaran daño alguno en el curso de sus viajes, sobre todo cuando se hallaban en territorio enemigo. Por lo general, los monarcas respetaban ese principio. Lejos de desear perjudicar a los embajadores, muchas veces les hacían costosos regalos, tal vez como signo de amistad, más probablemente con la esperanza de conseguir así un informe favorable de su país en la corte de otro.

Cuanto más importante e influyente era la diplomacia, más patente se hizo la necesidad de organizarla con mayor eficacia. Ya hemos señalado que un factor importante en este sentido fue el hecho de que los embajadores pudieran tener acceso fácil y bien organizado a los documentos, que podían incluir instrucciones recibidas por embajadores anteriores e informes elaborados por éstos. Eso permitía una cierta continuidad en la diplomacia: los embajadores podían examinar lo que sus antecesores habían dicho y hecho, qué ofertas habían realizado —y tal vez rechazado— ambas partes, todo lo cual contribuía a fortalecer la posición de los nuevos negociadores. Otro factor importante era que las instrucciones dadas a los embajadores estuvieran en consonancia con la situación de la guerra y con las opiniones de quienes marcaban la política a seguir. Hasta los años centrales del siglo XIV, la cancillería inglesa se encargaba de elaborar los documentos formales importantes, como las cartas credenciales, que necesitaba todo embajador para poder negociar. Ese departamento era, asimismo, el centro fundamental en el que se preparaba a aquellos que se enviaban en misiones diplomáticas. Pero la guerra introdujo una serie de cambios, hacia una participación más directa del rey en la diplomacia, que se llevaron a cabo utili-

zando más profusamente la *chamber*, para guardar los documentos, y el *wardrobe*, por su estrecha proximidad a la persona del rey. Esa tendencia que, como hemos visto, se daba también en algún sentido en la organización financiera y militar, desembocó en un control más estricto por parte del rey y de su consejo del proceso diplomático a través de los documentos elaborados con el sello privado y, en el reinado de Ricardo II, con el propio sello del rey. Ese sistema presentaba una doble ventaja. Permitía que los documentos fueran preparados por personas que estaban en estrecho contacto con la autoridad de la que emanaban y, por otra parte, permitía una cierta flexibilidad y rapidez, si era necesaria. Las negociaciones con los estados extranjeros se organizaban, pues, de forma que pudiera existir la mayor compatibilidad posible entre las complejidades de la administración y el deseo del rey y de quienes le aconsejaban que dejara sentir su influencia sobre la actividad diplomática. La práctica de que el embajador informara al monarca (y probablemente también a su consejo) ya fuera cuando su misión había sido completada o cuando necesitaba nuevas instrucciones, y la presencia frecuente de un miembro de la casa real entre las personas que formaban la embajada, refleja claramente que los nuevos procedimientos se estaban desarrollando en torno al monarca. En esa forma de actuar residía la esperanza de coordinar la guerra y la diplomacia en el centro.

5. LA GUERRA, LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL CAMBIO

En los últimos años se ha impuesto cada vez con más fuerza la conclusión de que las consecuencias económicas de la guerra sobre la sociedad europea sólo pueden apreciarse en su auténtica perspectica cuando se estudian en el contexto de los procesos a largo plazo de la Baja Edad Media. Esta aproximación histórica considera el siglo XIII como un período de expansión y prosperidad general, en el que se produjo un crecimiento demográfico junto con un mayor desarrollo de las tierras necesarias para mantener a la población. Aunque en muchos lugares la población y la prosperidad habían dejado de incrementarse en los últimos años de la centuria, el rápido declive que se produjo en gran parte de Europa en la primera mitad del siglo XIV impresionó a los contemporáneos. La naturaleza (¿acaso Dios manipulaba la naturaleza?) debía de haberse vuelto contra el hombre para castigarle.

Entre 1315 y 1317 las prolongadas lluvias y la climatología adversa en muchas partes del norte de Europa provocaron escasez, falta de cereales para sembrar, falta de sal (ya que no se podía secar adecuadamente cuando no brillaba el sol durante largos períodos), hechos a los que se añadió la epizootía que sufrieron las ovejas y el ganado bovino. Esos años de hambre que, en algunos lugares, se recrudeció en 1321 y 1322, son considerados por muchos historiadores como el punto de inflexión en la historia del período. En efecto, esos años difíciles hicieron que aumentara el número de los que vivían en la pobreza, provocaron un incremento de la delincuencia, un nuevo declive de la población (la población de Flandes había disminuido en un 10 por 100 en 1315-1316), la incertidumbre en Inglaterra acerca del comercio de la lana y, lo que era muy

importante, un marcado incremento en la cesión de parcelas de tierra, indicio indudable de una crisis y de la poca esperanza que despertaba el futuro. En Francia, una serie de cosechas escasas e irregulares en el decenio de 1340-1350 influyó decisivamente en la producción. No ha de extrañar que la climatología sea un tema recurrente en el breve relato de esos años que se ofrece en *La petite chronique de Guyenne.*

Luego, en 1348 (después de las graves inundaciones ocurridas en el sudoeste de Francia en el año anterior) apareció la peste, que asoló gran parte de Europa y que no llegó a desaparecer completamente, produciéndose nuevos brotes, por ejemplo en Inglaterra, en 1361, 1369 y 1375. Las consecuencias fueron súbitas y catastróficas. La tasa de mortalidad se elevó desde un octavo hasta dos tercios, con resultados negativos a largo plazo. Además, se produjo un incremento de precios, así como de salarios, al disminuir las tierras en cultivo. La población adquirió una mayor movilidad en todos los países. Para las clases terratenientes, esa devastación podía resultar desastrosa. Si bien algunas grandes propiedades sobrevivieron y en algunos casos incluso ampliaron su extensión mediante la compra de las tierras excedentes, los problemas afectarían a los propietarios más modestos, sobre todo a aquellos cuyas propiedades se hallaban en zonas escasamente pobladas y menos prósperas.

Otros cambios se produjeron en todas partes. En los años finales del siglo XIII la economía de Flandes se hallaba en declive, ante la competencia comercial de Italia, el desarrollo de la industria textil en Inglaterra, la necesidad de importar grandes cantidades de cereales, principalmente del Báltico, para alimentar a una densa población y, asimismo, como consecuencia de los males causados por las rivalidades políticas y la guerra con Francia. La estructura de la manufactura y el comercio flamencos estaba cambiando y con ella también la de otros países, especialmente Inglaterra. Es en este contexto de cambio en el que hay que situar la guerra y sus consecuencias.

¿Cómo afectaron esos factores a la población de las comunidades urbanas? La peste afectó con mayor dramatismo a las ciudades que a las zonas rurales. Además, en período de guerra, la población de las ciudades se hallaba en una situación nada envidiable. Si no poseía murallas se hallaba indefensa, a merced incluso

de ejércitos reducidos o tropas de mercenarios. No ha de sorprender que muchas ciudades se decidieran a erigir murallas, pero para ello tenían que realizar enormes gastos: Ruán invirtió una cuarta parte de su presupuesto municipal en la construcción y mantenimiento de sus defensas durante esos años. Puede pensarse que una vez erigidas, las murallas proporcionaban seguridad a los que vivían dentro de ellas. Sin embargo, se convirtieron en una fuerte atracción para los refugiados que huían de los ejércitos, mientras que el cambio en la naturaleza de la guerra llevó hasta sus puertas a unos ejércitos cuyos objetivos ya no eran simplemente la incursión rápida y el ataque sino la conquista.

La estrecha vinculación entre la ciudad y el campo era evidente tanto desde el punto de vista militar (la ciudad era un refugio y el lugar donde se hallaba estacionada una guarnición, cuyo objetivo era proteger el *plat pays* circundante) como en el aspecto económico. Los habitantes del campo podían recurrir a las industrias urbanas para satisfacer algunas de sus necesidades, pero lo cierto es que la población de la ciudad dependía más estrechamente del medio rural para satisfacer algunas de sus necesidades cotidianas, en especial la alimentación. Basta con leer el relato del *Bourgeois de Paris* de cómo llegaban a París alimentos frescos, muchas veces a través del río, para comprender la importancia que tenía para el habitante de la ciudad conseguir un abastecimiento regular, a veces de las zonas circundantes y otras de lugares más alejados. Los habitantes de París necesitaban la paz en Normandía para obtener el pescado procedente de los puertos del canal, particularmente de Dieppe; y cuando Chartres, situada a unos ochenta kilómetros de la capital en línea recta, cayó ante las fuerzas de Carlos VII en abril de 1432, la consecuencia inmediata fue el fuerte incremento del precio del pan en París, ya que gran parte del cereal necesario para elaborarlo se cultivaba en una zona que ahora era vulnerable a la acción de los ejércitos enemigos. La dureza con que el *Bourgeois* ataca a quienes (por lo general armagnacs) destruían deliberadamente las fuentes de abastecimiento de París demuestra hasta qué punto las ciudades dependían del campo para satisfacer muchas de sus necesidades cotidianas y cuán cierto era el dicho de que la forma más rápida de conquistar una ciudad era destruir el campo circundante.

La industria y el comercio fueron las primeras actividades que sufrieron las consecuencias de la guerra. En Caen, en Normandía,

la suma que se pagaba por el derecho de arrendar los impuestos en el puerto en 1326 era de 2.800 libras; en 1368 era de sólo 1.650 libras, mientras que en 1413 había descendido vertiginosamente hasta 1.100 libras. Indudablemente, el comercio de la ciudad se hallaba en un momento de contracción. En Inglaterra, el declive de Winchelsea, en Sussex, se vio acentuado por la incursión francesa de 1380, de la que la ciudad nunca se recuperó. Yarmouth sufrió los efectos de la guerra en el mar y de la cada vez mayor competencia de Flandes en la segunda mitad del siglo XIV y Melcombe Regis, en la costa de Dorset, que fuera en otro tiempo un centro importante de transporte marítimo y que había aprovisionado de barcos a la flota, pero que había sufrido dos incendios en los reinados de Eduardo III y Ricardo II, se hallaba en rápida decadencia a comienzos del siglo XV, siendo desmantelado el puesto de aduanas en 1433.

Pero si muchos puertos pequeños sufrieron las consecuencias de la guerra, no todos los más grandes se vieron afectados de la misma forma. La hegemonía de Londres entre los puertos y las ciudades ingleses se mantuvo. Lo mismo hay que decir de la prosperidad de Bristol, aunque sus importaciones de vino de Gascuña nunca superarían las del reinado de Eduardo I. Pero incluso Bristol experimentó variaciones en su actividad comercial. Su riqueza dependía en gran parte de la relación con Burdeos, adonde exportaba tejidos y otros productos a cambio de vino. La posibilidad de conseguir vino dependía de la buena suerte política y militar, especialmente en el *Haut Pays*, el *hinterland* de Burdeos. En los años de guerra activa en Aquitania el volumen del comercio disminuyó, para recuperarse únicamente cuando se interrumpió la actividad militar. Por tanto, el comercio de vino dependía estrechamente de las condiciones reinantes en el sudoeste de Francia: los años de escasa actividad relativa de 1348-1349, 1355-1356, 1369-1370 y 1374-1376 coincidieron con años de peste y de guerra. Tras la reconquista francesa de Aquitania en 1453 el comercio del vino con Bristol sufrió un importante declive. Aunque se recuperaría años más tarde, Bristol ya había aprendido la lección. Al igual que otros puertos, diversificaría su actividad comercial, ampliándola a España y Portugal y, como escribió el autor del *Libelle of Englyshe Polycye* hacia 1437, Bristol era uno de los puertos desde los que se desarrolló el comercio de productos de pesca con Islandia.

El transporte de los productos era una parte tan importante del comercio como su manufactura, pues producía riqueza para otros además de los productores o cultivadores. La guerra perturbó enormemente la actividad marítima. Ya hemos visto que los barcos mercantes eran requisados regularmente para el transporte de hombres, caballos y armamento por vía marítima. La larga lista de puertos normandos desde los que se incorporaron navíos en la armada francesa en Sluys en la primavera de 1340 indica que la actividad comercial en el canal de la Mancha fue fundamental para la prosperidad local durante aquellos meses, actividad que habría de verse complicada aún más por las pérdidas tanto de barcos como de hombres a manos de los ingleses. La piratería, que a veces se disfrazaba de actividad guerrera (también ocurría lo contrario), causó igualmente perjuicios al comercio. La guerra y la piratería fueron las causas de la elevación del coste del vino al obligar a los comerciantes a incrementar notablemente los gastos del flete, que se elevaron de 8 chelines la tonelada en 1300 a 12 o 13 chelines en 1350, para el vino transportado desde Burdeos hasta Inglaterra, sirviendo esas sumas para pagar esa protección en el mar. En 1372-1373, el *Gracedieu,* de Bristol, tenía una tripulación de 50 hombres en lugar de los 26 marineros habituales.[1] La admiración que el autor del *Libelle* sentía por Eduardo III se debía, en gran parte, a las medidas que ese monarca había tomado para garantizar la protección del comercio inglés frente a los bretones, «los mayores bandidos y ladrones que haya habido en el mar en muchos años».

¿Cómo afectó la guerra a la vida rural? Los contemporáneos eran conscientes de la importancia del campo para la vida de Francia. «Si el campo es destruido —escribió Jean de Courtecuisse en 1413— todas las propiedades del reino sufrirán la pobreza.» Esa era la conclusión de un observador sensible y atento, conclusión que se ha visto confirmada por los estudios recientes sobre este tema. Los ejércitos, con la inseguridad que su presencia suponía, no favorecían en nada a la economía rural. En el contexto de la táctica militar de la época, los blancos más vulnerables eran las fuentes de producción en las zonas rurales: el molino, el granero (preferiblemente cuando estaba lleno, como ocurría en el verano), los campos de cereales

1. Sobre el comercio de Bristol, véase A. Crawford, *Bristol and the wine trade*, Bristol, 1984.

aún sin cortar (¿hasta qué punto se sabía que la quema de cereales podía fertilizar la tierra?), los árboles frutales de un huerto y las viñas en las laderas de los valles. Todo ello podía ser destruido rápidamente y con escaso coste y riesgo para los soldados, pues en su mayor parte eran difíciles de defender, si bien las aldeas, iglesias y edificios de las granjas, e incluso los molinos, podían ser fortificados, aunque con un cierto gasto. Pero si el producto de la cosecha se podía recoger, pero no vender y, por tanto, no era posible pagar las rentas, tanto el señor como el tenente se verían en difícil situación. El tenente sería el primero en tener que actuar. Tras agotar el cereal reservado para la siembra y destinado a la alimentación de su familia, no pasaría mucho tiempo antes de que se viera obligado a reducir el cultivo a una parte de su parcela, mientras que el resto pasaba a ser tierra inservible. Finalmente, abandonaría totalmente la tierra, que pronto sería incultivable. En esas condiciones, quienes normalmente obtenían su sustento de la tierra se veían obligados a trasladarse a la ciudad más próxima para intentar mantenerse a duras penas o, en los momentos de guerra activa y de máxima inseguridad, pasaban a formar parte de los grupos de desesperados que se lanzaban a los bosques y que aportaban su cuota de temor e inseguridad a una sociedad que ya sufría los embates del enemigo nacional. «Observad si vuestros enemigos son los mismos que los míos, vosotros que vivís en ciudades y castillos», escribía Hugh, prior de Saint-Thibaut des Brûlés, una casa religiosa destruida por los ingleses en 1358. No hacía sino expresar lo que debían de sentir los hombres y mujeres indefensos por toda Francia.

Los ejércitos destruían las propiedades pero también atemorizaban a la población. En 1418, y ante el avance de los ingleses, la familia de Thomas Basin, futuro obispo y cronista, abandonó su casa de Caudebec, cerca de Ruán, y, después de vagar durante un tiempo, se asentó en Bretaña, de donde regresó una vez que la firma del tratado de Troyes había restablecido una cierta estabilidad en Normandía. Una parte da la población del ducado se trasladó hacia el sur: un grupo se asentó en Poitiers donde decidieron prestar obediencia al delfín Carlos. Las tierras y propiedades pertenecientes a esa gente, confiscadas por los monarcas de la dinastía Láncaster, fueron entregadas a aquellos, ya fueran franceses o ingleses, que apoyaban al invasor. En los años subsiguientes iba a ser una labor ardua

resolver los problemas legales derivados del intento de devolver a sus propietarios originales las tierras que habían abandonado ante la aproximación del enemigo.

La imagen que aparece ante nosotros es la de una sociedad rural francesa afectada por los desastres naturales en muchos lugares en especial en la zona de Île de France, Normandía, Champaña, Auvernia y el valle del Ródano, profundamente devastada por la guerra en algunos períodos. No obstante, hay que decir que los efectos de la guerra fueron irregulares, tanto en el tiempo como en amplitud. En la zona de Île de France, aunque los años transcurridos entre 1337 y 1342 fueron años difíciles en los que se incrementó notablemente la imposición real y en los que se dejaron sentir los efectos de la devaluación efectuada por la corona, lo cierto es que la aparición de los ingleses en 1346 provocó las primeras acciones armadas desde hacía casi doscientos años. Los años transcurridos hasta 1365 fueron difíciles. No sólo se produjo una epidemia de peste sino que, además, surgieron problemas políticos y la región sufrió la presencia de las Compañías. Las dos generaciones siguientes, entre 1365 y 1410, fueron un período de paz, pero luego hubo un período de calamidades hasta 1441 de forma que, en conjunto, en un período de casi un siglo la mitad de esos años se vieron libres de la guerra. También en el Bordelais los períodos de guerra fueron limitados: 1337-1340, 1345-1347, 1374-1379, 1405-1406, 1438, 1442 y 1449-1453; en definitiva, un lapso reducido en el conjunto de todo un siglo. Por su parte, Normandía sufrió unos períodos de guerra en el siglo XIV y más de treinta años de conflictos en el siglo XV bajo dominio inglés. Fue durante esos años, tras haber conocido una cierta recuperación en las postrimerías del siglo XIV, cuando unas condiciones naturales muy adversas y la peste produjeron la decadencia económica. Se ha dicho que entre 1415 y 1422 una crisis de abastecimiento de alimentos, la recurrencia de la peste y la huida de la población ante el ejército inglés se conjugaron para reducir a la mitad la población del ducado. A partir de 1422 se produjo un período de calma política y militar relativa que contribuyó a producir una cierta recuperación demográfica, pero entre 1436 y 1442 Normandía, así como gran parte del noroeste de Europa, sufrieron de nuevo las consecuencias de una climatología adversa y de las enfermedades, que eliminaron una tercera parte de la población, en una especie de efecto-Hiroshima, como ha señalado un autor. La consecuencia fue que

en Normandía, el valor de las rentas obtenidas en algunas partes del ducado descendió en un 50 por 100 e incluso más en algunos lugares. La presencia de hombres armados, tanto en grupos numerosos como en contingentes más reducidos, agravó unas condiciones económicas y sociales difíciles como resultado de las condiciones naturales desfavorables y de las enfermedades, provocando tensiones, temores y destrucción material en el paisaje. En los períodos de guerra la confianza en el futuro era escasa y existían pocos incentivos y dinero para reconstruir y reparar las propiedades dañadas o destruidas.

Las exigencias fiscales derivadas de la guerra se plantearon en un momento, tanto en Inglaterra como en Francia, en que no podían sino agravar unas condiciones económicas ya difíciles, años de escasa producción, desempleo y rentas decrecientes. En ambos países, los decenios de 1330 y 1340 contemplaron la formación de la economía de guerra, cuando el gasto público se incrementó súbitamente y fue necesario tomar medidas para posibilitar la recaudación de impuestos indirectos. En Francia se construyeron graneros para almacenar la sal, que se convertiría en una fuente de impuestos, mientras que en Inglaterra se introdujo el sistema de *staples,* para canalizar el comercio de la lana a través de determinados puertos, permitiendo recaudar impuestos a través de los derechos de aduana (que se habían implantado a finales del siglo XIII y que se elevaron para hacer frente a las crecientes necesidades).

A ambos lados del canal de la Mancha los monarcas comenzaron a solicitar dinero que necesitaban urgentemente, por cuanto permitía incrementar la fuerza. Pero en ambos reinos el dinero era escaso y las instituciones necesarias para conseguirlo, sobre todo en Francia, iban apareciendo con gran lentitud. Así, fue necesario recurrir a todo tipo de artimañas. Cuando se producía una crisis militar, el monarca se las arreglaba para poner en circulación el metal atesorado (y de buena calidad) exigiendo impuestos y después de acuñarlo —y, como ocurría en Francia con mayor frecuencia que en Inglaterra, posiblemente devaluarlo—, el metal se ponía de nuevo en circulación en forma de moneda, con un valor inferior al de antes, quedando la diferencia en las arcas reales. Fue una situación de necesidad la que llevó a Eduardo III a jugar con fuego en su intento sin éxito de obtener el control de todo el comercio de exportación de lana en 1338-1339, en una aventura que fracasó y que le dejó económicamente exhausto en 1340. El rey había intentado realizar un gran beneficio

en un corto período de tiempo, pues había gastado inútilmente 130.000 libras en el intento de conseguir aliados en el continente contra Francia. Pero Eduardo no taró en comprender que ni los métodos que utilizaba ni su asociación con especuladores, banqueros italianos y monopolistas ni tampoco la situación económica del país le permitirían realizar grandes progresos.

En Francia, aunque no hubo un escándalo semejante al que se produjo en Inglaterra, los primeros intentos de la corona de recaudar dinero para hacer frente a los gastos de guerra encontraron una fuerte resistencia. Se ha calculado que el subsidio solicitado en Normandía en el invierno de 1347-1348 costó al trabajador agrícola, que vivía de su modesta parcela en el campo, el equivalente de treinta días de trabajo pagado. Así, no es sorprendente que el gravamen que se impuso en Ruán en 1348 fuera suprimido después de que se manifestara una fuerte oposición al impuesto. En 1351 se produjeron nuevas revueltas antifiscales y en 1355 la población de la ciudad se negó a pagar los subsidios solicitados por el rey. En febrero de 1382 se produjo en Ruán la insurrección conocida como la *Harelle*. Entre las diversas causas que la produjeron hay que mencionar el intento de recaudar por todos los medios un impuesto más elevado que el que había sido votado por los estados normandos. No hay duda, si incluimos el destacado ejemplo de la capitación inglesa recaudada en los últimos años del reinado de Eduardo III y los primeros del de Ricarlo II, de que las necesidades de la guerra provocaron una importante inquietud social durante esos años, tanto en Inglaterra como en Francia.

Uno de los sectores que se vieron más afectados por los efectos económicos de la guerra fue la clase terrateniente. Desde los primeros decenios del siglo XIV, antes de que comenzara la guerra anglofrancesa, ese sector ya se hallaba en declive. La naturaleza, en forma de unas condiciones climatológicas adversas y de enfermedades, estaba provocando una disminución perceptible de las rentas de la tierra. En el norte de Inglaterra las consecuencias de los ataques escoceses (que determinaron el pago sistemático de sumas importantes para entregar a los atacantes) se añadieron al cúmulo de dificultades que sufrieron los propietarios de la región en los últimos años del decenio de 1310 y en el de 1320. Como consecuencia de las incursiones escocesas aumentó la extensión de tierras abandonadas en North Riding: los hombres no podían seguir pagando sus rentas y los señores

menos ricos fueron los que se vieron afectados, lo cual ocurrió también a muchos terratenientes franceses de las zonas asoladas por la guerra. En Francia, las tendencias inflacionistas se reflejaron en las manipulaciones monetarias que comenzaron hacia 1290 y continuaron de forma intermitente durante los años siguientes, perdiendo la moneda su tradicional estabilidad. La consecuencia de la climatología adversa sobre las cosechas comenzó también a hacer sentir su peso. En aquellas propiedades que dependían básicamente de la venta de cereales, los efectos sobre los beneficios fueron muy importantes, descendiendo el valor de algunos arrendamientos en un 50 por 100 durante la segunda y tercera décadas del siglo XIV. Es claro que el proceso de fluctuación económica, al que ya nos hemos referido anteriormente, estaba influyendo de forma negativa sobre las rentas señoriales en el momento en que estalló la guerra entre Francia e Inglaterra y que la presión de los impuestos se dejó sentir muy pronto.

Sabemos cómo afrontaron sus problemas económicos los grandes señores institucionales y fundamentalmente eclesiásticos, ya que han sobrevivido documentos al respecto. Menos datos poseemos sobre los señores laicos, aunque lo que conocemos nos permite afirmar que en el caso de muchos el procedimiento más habitual para evitar caer en una difícil situación económica era ingresar al servicio de la corona, que era el mayor de los empresarios. Ese servicio podía adoptar formas distintas pero, dadas las circunstancias, muy frecuentemente estaba relacionado con la guerra. La participación en la guerra tenía la ventaja de que ayudaba a los miembros de la casta militar tradicional a mantener su honor (sirviendo en la guerra) y su rango (compensando en muchos casos las rentas de la tierra en rápido descenso). Una vez al servicio real, muchos recibían salarios que superaban a las rentas de sus tierras, de forma que no debe sorprendernos —como al parecer les sucedió a algunos contemporáneos— la buena disposición de la nobleza francesa, por ejemplo, a unirse al ejército del rey a cambio de un salario. El servicio en la guerra a las órdenes de la corona permitió a muchos miembros de la clase señorial recuperar las sumas que sus tenentes habían entregado en concepto de impuestos.

Vemos, pues, que el argumento de que los factores económicos impulsaron a la nobleza a apoyar a sus reyes en la guerra se apoya sobre una base firme. En la época del ejército asalariado el servicio

militar ofrecía muchas oportunidades a los que optaban por esa profesión. Los salarios, incluso para aquellos que tenían importantes rentas procedentes de la tierra, eran bastante generosos. Otras fuentes de recompensa (o de beneficios, en el sentido más moderno del término) quedaban al alcance del soldado, pero se trataba de recompensas a las que no podían optar siempre y que exigían una iniciativa de su parte. La posibilidad de conseguir un gran éxito económico era un elemento esencial para garantizar el apoyo de cualquier empresa militar. En el extremo más alto de la escala, las sumas manejadas podían ser muy elevadas. El rescate de Juan II se fijó en tres millones de coronas de oro (500.000 libras esterlinas) en 1360, suma cinco o seis veces superior a los ingresos ordinarios de la corona inglesa, incluyendo el subsidio de la lana, junto con los subsidios laicos y eclesiásticos, y que desde luego resulta astronómica incluso si se tiene en cuenta que no llegó a pagarse ni siquiera la mitad. Un rescate de ese calibre era excepcional, como también lo eran los 100.000 marcos (66.666 libras, 13 *s.*, 4 *d.*) exigidos (de las que sólo se cobraron unas 13.333 libras) a los escoceses por el rescate de su rey, David II, hecho prisionero en Neville's Cross. Lo normal era exigir sumas mucho más modestas. Renaud le Vicomte, hecho prisionero en 1358, pagó como rescate el valor de dos toneles de vino y algunos caballeros, por ejemplo Jean de Meudon, obtuvieron de la corona licencias que les autorizaban a comerciar para conseguir las modestas sumas necesarias para pagar su rescate sin perder su condición nobiliaria.

Aparte del rescate de los prisioneros, el saqueo y el botín rendían también buenos dividendos. La prueba de la importancia de esos beneficios de guerra para el soldado la tenemos en la forma en que se formalizaba el reparto del botín. Los ejércitos y, según un cronista inglés, incluso los barcos contaban con hombres (*butiniers*) nombrados especialmente para reunir el botín obtenido en la guerra y calcular su valor. El objetivo era asegurar un reparto equitativo y correcto. Inevitablemente, se planteaba la cuestión de quién era el propietario de ese botín. En los últimos años del siglo XIV, Honoré Bouvet afirmó que ya que el ejército era pagado por su príncipe, todo el botín le correspondía a éste. Aunque ese era el punto de vista de un jurista, lo cierto es que no se alejaba de lo que ocurría en la práctica, pues la convención establecida era la de que el soldado cedía una tercera parte (en Castilla un quinto) del valor de sus ga-

nancias a su capitán, quien, a su vez, entregaba la tercera parte de sus ganancias y un tercio de lo que había recibido de sus soldados al monarca. Así pues, en la práctica el reparto de los beneficios de la guerra era bastante razonable. Se hacía una cierta justicia y, lo que era más importante, las expediciones que terminaban con éxito se autofinanciaban.

Durante la fase de la guerra que corresponde al siglo XV, se modificó un tanto la cuestión del botín conseguido por los ingleses. Ciertamente, la lucha no había cesado, pero con la firma de un acuerdo que incluía cláusulas territoriales y con la presencia permanente de los ingleses en gran parte del norte de Francia, la naturaleza de la guerra se alteró perceptiblemente. Para muchos ingleses que servían en Francia, la principal tarea no era ya la guerra activa sino la presencia en una guarnición, una forma de actividad guerrera que al tiempo que disminuía los riesgos de resultar muerto o de ser hecho prisionero, también ofrecía menos oportunidades para conseguir los habituales beneficios. A partir de entonces, las fuentes más importantes de beneficio serían las concesiones de tierra, la aplicación de los derechos feudales y la remuneración por el desempeño de un cargo en la casa real o ducal. Esas fuentes «no militares» de beneficios confirmaban otro factor importante, a saber, que la guerra que libraban los ingleses en Francia producía ventajas tanto a la clase militar como a los administradores y al clero, que seguían a los ejércitos dispuestos a servir en los territorios recién conquistados.

Ahora, varios siglos después, podemos determinar cuán importante era la cuestión de los beneficios para todos aquellos que se implicaron en la guerra de una u otra forma. La oposición a la idea de la paz expresada por Thomas, duque de Gloucester, hacia 1390, cuando abordó el problema de qué hacer con aquellos hombres cuya única forma de vida era la guerra, o por el señor de Albret, que hacía referencia a las limitadas posibilidades de pillaje en tiempo de paz, resulta reveladora. Más reveladores aún son los procesos, tanto civiles como criminales, entablados en los tribunales de Inglaterra y Francia, en los que vemos a los litigantes enfrentados por los beneficios económicos, robados o confiscados por una parte y reclamados por la otra. La disputa entre John Hoton y John Shakell, enfrentados por el rescate del español conde de Denia, no sólo centró la atención del tribunal de la caballería entre los años 1390 y 1395 (no se resolvería hasta bien entrado el siglo XV) sino que ya había

sido una *cause célèbre* en el Parlamento de Gloucester en 1378, produciendo el asesinato de Robert Hawley, hermano de armas de Shakell. Los testimonios de este proceso y de otros, muchos de los cuales de dirimían ante el Parlement de París, ponen de relieve los largos y frecuentes retrasos que sufrían los litigantes y nos recuerdan los importantes gastos que esos procesos implicaban. La tenacidad y la esperanza con que algunos litigantes trataban de alcanzar sus objetivos subraya la importancia de los títulos, ventas y, en ocasiones, una cierta influencia local que los beneficios de la guerra podían reportar a unos hombres que invertían gran parte de sus vidas en la guerra y por cuya defensa estaban decididos a incurrir en costes y esfuerzos considerables. He aquí como lo expresó el poeta John Lydgate en los primeros años del siglo XV:

> Hoy los hombres
> tanto ansían obtener dinero
> que a su buen nombre han renunciado ...
> por los tesoros y riquezas mundanos.*

¿Acaso merecía la pena? ¿Eran todo ganancias? Para algunos pocos afortunados la guerra se convirtió en una fuente de riqueza personal. Sir Robert Knolles, ayuda de cámara que llegó a convertirse en un influyente caballero, hizo su fortuna en Francia y España en parte como soldado de fortuna y en parte al servicio de la corona. En el momento de la revolución campesina de 1381, Froissart afirma de él que se hallaba en Londres «guardando su tesoro con más de 120 hombres perfectamente preparados», hecho que confirma otro cronista, Thomas Walsingham, que dice respecto a la fortuna de Knolles que era casi tan importante como la de un rey. En el siglo XV sir John Fastolf se hizo rico luchando en Francia, desde donde envió dinero a Inglaterra para comprar tierras.[2] Otros aprovecharon de diversas formas las oportunidades que presentaba la guerra. Pero no sólo los soldados se veían favorecidos por la guerra. Sir John Pulteney, que fue alcalde de Londres en cuatro ocasiones, no fue el único inglés que se benefició de su disposición y habilidad para prestar

* «Now of days men / Yerne and desiren after muck so sore / That they good faime hav leyd ... / To wynne worldly tresour and richesse.»

2. K. B. McFarlane, «The investment of Sir John Fastolf's profits of war», *TRHistS*, 5.ª serie, 7 (1957), pp. 91-116.

dinero a Eduardo III. Pulteney, a quien se le otorgaron tierras en una serie de condados y una suma anual de cien marcos por el apoyo prestado en la orden de caballería en la que fue investido en 1377, era rico cuando murió. Su actividad como prestamista permitió también progresar al comerciante de Hull, William de la Pole, cuya familia alcanzó la dignidad ducal en cuatro generaciones aunque, como parece indicar la correspondencia de la familia Paston, no todos se sintieron impresionados por esa rápida promoción a la nobleza.

En Francia, Jacques Coeur es el ejemplo más conocido de un hombre que alcanzó la riqueza como aprovisionador de armas de Carlos VII y que construyó lo que se ha calificado como «prácticamente un palacio» en Bourges, que el visitante puede contemplar todavía en la actualidad. La guerra ofreció también una oportunidad a Pierre Baille, que de ayudante de zapatero pasó a los puestos más altos de la administración fiscal, como tesorero de Maine y luego de Normandía, para los ingleses a partir de 1436. La familia de Perrote, que procedía de un lugar próximo a Caen, es un ejemplo de otro tipo, el de la familia que hizo su fortuna comprando tierras y rentas a bajo precio a otros que se hallaban en dificultades. En 1460, Colin Perrote, que había alcanzado hacía poco tiempo el *status* nobiliario, redactó un cartulario (o inventario) de las copias de los documentos que se referían a las tierras adquiridas por su familia.[3] Constituye un testimonio modesto, pero significativo, de una posición conseguida en gran parte gracias a la guerra, un ejemplo de individuos que tenían la habilidad de conseguir dinero para comprar la oportunidad de progresar cuando se presentaba. En el mismo contexto, podemos considerar a las personas cuyas tierras compraban aquéllos como ejemplos de individuos contra los cuales se había vuelto la rueda de la fortuna, en forma de guerra.

Pero si unos salían beneficiados, otros eran perdedores, pues la confiscación de propiedades era el precio político y económico que había que pagar por alinearse en el bando perdedor. Peor aún era (ya que podía significar pasar largos años en prisión) caer en manos de los enemigos, pues la compra de la libertad podía resultar ruinosa e implicar a otros individuos aparte de la familia más próxima, como descubrieron Guillaume de Châteauvillain y Jean de Rodemack. Por otra parte, no todos, ni mucho menos, los millares de ingleses que

3. Archives départamentales du Calvados, Caen, F. 1650.

lucharon en Francia durante la guerra regresaron al hogar en mucha mejor situación de la que se hallaban al partir. Incluso la corona inglesa, el mayor propietario de tierras en Francia, tierras adquiridas mediante la conquista y la confiscación, se vio en la necesidad de endeudarse y de tomar dinero prestado para financiar la guerra. Sobre el papel, el valor de sus tierras era impresionante, pero en la práctica, esas tierras constituían un activo en regresión: las rentas procedentes de las cecas estaban disminuyendo, como también las de los bosques, controlados ahora por los enemigos; los derechos de aduana y las ferias reportaban menores ingresos de los que cabía esperar como consecuencia de los efectos negativos de la guerra sobre el comercio. En esos tiempos tan difíciles esos activos no procuraban grandes ganancias.

Esa conclusión puede parecer pesimista e incluso parcial. Hace años se desarrolló un célebre debate académico entre dos importantes historiadores, K. B. McFarlane y M. M. Postan, sobre el tema de a quién había beneficiado la Guerra de los Cien Años.[4] Para McFarlane, la monarquía inglesa había salido muy beneficiada de la guerra. Para respaldar su conclusión mencionaba las importantes sumas —al menos ocho millones de libras— recaudadas en concepto de impuestos en Inglaterra entre 1336 y 1453, suma de la que un porcentaje importante, afirmaba, procedía de los bolsillos de los extranjeros en concepto del pago de impuestos indirectos sobre la lana y las pieles. Además, también los rescates permitieron al rey ingresar grandes cantidades de dinero, ya que consiguió esos rescates de los prisioneros más importantes, que se vieron obligados a pagar sumas elevadas para conseguir su libertad. También algunos miembros de la nobleza y otros que les servían salieron bien parados de las empresas militares en Francia.

Esta era la línea de argumentación de McFarlane. Sin embargo, no consiguió convencer a Postan y otros estudiosos recientes del

4. K. B. McFarlane, «War, the economy and social change. England and the Hundred Years War», *P&P*, 22 (1962), pp. 3-13; M. M. Postan, «The costs of the Hundred Years War», *P&P*, 27 (1964), pp. 34-53. Se puede consultar también P. Contamine, «Le coût de la guerre de cent ans en Angleterre», *Annales*, 20 (1965), pp. 788-791, y A. R. Bridbury, «The Hundred Years War: cost and profits», *Trade, government, and economy in preindustrial England. Essays presented to F. J. Fisher*, ed. D. C. Coleman y A. H. John, Londres, 1976, pp. 80-95.

tema no han corroborado, en conjunto, las conclusiones de McFarlane. No es en absoluto cierto que los elevados impuestos sobre las exportaciones de lana (tan beneficiosas para la corona inglesa) fueran soportados por los comerciantes extranjeros que compraban la lana inglesa. Más probable parece que fueran los productores quienes hubieran de soportar esa carga en forma de los bajos precios conseguidos por la venta de sus productos. ¿Qué decir respecto al otro argumento, el de que la guerra permitió ingresar dinero procedente del extranjero y que el esfuerzo militar fue financiado por el enemigo? En este punto, nuestra respuesta puede ser más contundente. Si bien puede aceptarse esa argumentación respecto a las dos o tres primeras décadas de la guerra, lo cierto es que McFarlane basó en gran parte su argumentación en la trayectoria, excepcionalmente bien documentada, de sir John Fastolf. Pero cuando mejor conocemos el siglo XV, mejor comprendemos que el caso de Fastolf fue excepcional, si no único. Si consideramos el caso de otros personajes a los que sin duda Falstolf debió de conocer en Francia (aunque muy pocos habrían estado allí durante más tiempo que él) comprobamos que su historia no se repite. Hemos de reconocer la excepcional capacidad de Falstolf para los negocios así como su habilidad militar. La Inglaterra de su época no abundaba en hombres como él, que hacía ostentación de su riqueza obtenida con tan grandes dificultades en la guerra contra Francia. Por el contrario, todos los indicios (debemos admitir que no poseemos más que indicios sobre este punto) parecen indicar que eran pocos los que regresaban más ricos de lo que eran al partir. Siendo así las cosas, lo cierto es que Francia no perdió grandes riquezas a manos de los ingleses que regresaban a su patria (en todo caso, el movimiento de efectivo, en forma de pagos a los ejércitos, pudo realizarse en sentido inverso) y, por otra parte, Inglaterra tampoco se vio enriquecida en gran medida por el dinero procedente del exterior. Los beneficios económicos de la guerra llegaban de forma irregular; las escasas fortunas que la guerra proporcionó a los ingleses (a costa del enemigo extranjero) fueron excepcionales. No quiere eso decir que deban ser ignoradas. Lo que es importante es guardar un cierto sentido de la proporción.

Tal vez, al utilizar la palabra «beneficio» al referirse a la motivación que impulsaba gran parte de la actividad militar inglesa en Francia, los historiadores han utilizado un término erróneo o le han atribuido un sentido excesivamente fuerte. El beneficio implica pér-

didas. Cuando sir Hugh Calveley regresó a Inglaterra con beneficios suficientes para construir en Bunbury, en Cheshire, o Fastolf para construir en Caistor, en Norfolk, lo hicieron porque habían «robado» a Francia una parte de su riqueza. Pero de los millares de ingleses que fueron a Francia en el siglo XV, muchos permanecerían allí durante varios años, y algunos se casaban y se asentaban en las comunidades locales. Al referirse a ellos no habría que hablar de «beneficio», sino de que se ganaban el sustento, como ellos mismos afirmaban. Lo que conseguían no eran riquezas que pudieran llevar consigo a Inglaterra en una situación de urgencia, sino el sustento de cada día que les permitía vivir en un nuevo escenario. Lo importante a tener en cuenta aquí es la actitud de esas gentes, ahora mejor comprendida. En efecto, representan una actitud ante la guerra diferente a la del soldado que partía con la esperanza de conseguir llenar la bolsa antes de regresar a casa. En un sentido plenamente real esas gentes representan la guerra desprovista de su brillo. En la práctica, su experiencia de la guerra, sin lo que hoy llamaríamos «ganancias», era la que compartía la mayor parte de quienes marchaban hacia Francia con la esperanza, cuando no la expectativa, de que la diosa fortuna pudiera sonreírles un día.

En definitiva, hay que concluir que la carrera militar normal de los ingleses en Francia no permitía obtener grandes riquezas. Una gran parte de la actividad guerrera desarrollada en el siglo XV consistía en la vigilancia de ciudades, castillos y otros puntos estratégicos. El contacto con el enemigo era reducido durante largos períodos y, en consecuencia, también lo eran las oportunidades de conseguir una súbita riqueza. No ha de sorprender que muchos soldados se dedicaran a robar y cobrar rescate a la población civil. Esa actividad podía liberar de la frustración, pero no permitía hacerse rico. Es claro, pues, que la guerra, a no ser en algunos casos de fortuna excepcional, era una actividad que apenas producía más beneficios —y muchas veces, peligros mucho más intensos— que la decisión de permanecer en Inglaterra.

Sin embargo, es cierto que el sol brillaba para algunos. En la estructura característica de la sociedad medieval, los hombres podían ascender y descender en la escala social. Podían mejorar su posición social y material a través de la educación, las relaciones y el servicio. La guerra era también una forma importante de conseguir distinción y promoción social. Si la cuna podía ennoblecer a un hombre,

eso también podía conseguirse por medio de la guerra. En ese proceso, la reputación era de importancia fundamental. El deseo de ensalzar su nombre a ojos de la sociedad y, sobre todo, a los de sus iguales y sus superiores proporcionaba un incentivo a la vida del soldado. El honor, la fama y el renombre, el deseo de destacar eran aspectos fundamentales en la esencia de la caballería. Ciertamente, luchar en la guerra era una forma, tal vez la mejor, de conseguir respeto y fama. Merecer una mención en la crónica de Froissart era como recibir una medalla en la actualidad. Medio siglo después de Froissart, Jean de Bueil escribió de una forma parecida, aunque con una diferencia. Para él la guerra se luchaba más explícitamente para conseguir el bien común. El soldado no debía asustarse ante el sudor y las lágrimas de la guerra. Si tenía habilidades guerreras que desarrollaba y ponía al servicio de un buen fin, se situaría entre aquellos que eran «estimados por Dios y por el mundo». El ejercicio de la caballería por el bien común era un camino hacia la salvación eterna.

Pero también en este lado de la eternidad la fama podía conseguir recompensas. Pero la fama había que ganarla y eso implicaba participar activamente en la guerra. Cuanto más intensa fuera la acción, mayores serían las oportunidades de conseguir reputación. Los actos de heroísmo abundan en las crónicas «caballerescas» de ese período. La negativa de sir Hugh Calveley a tomar el mando de la retaguardia en la batalla de Auray en septiembre de 1364, y la petición que hizo el duque de York a Enrique V de que le concediera el honor de dirigir la vanguardia inglesa contra el enemigo en Azincourt, reflejan el hecho de que era mejor ser visto en la vanguardia que en la retaguardia. York, uno de los ingleses que perdió su vida en esa batalla, se ganó las alabanzas de los cronistas por sus acciones. La fama era una forma de reconocimiento por la participación en la guerra. Pero había otras recompensas más tangibles que podían conseguirse, aunque, como escribió el poeta Guillaume de Machaut a mediados del siglo XIV, la riqueza en ningún caso podía igualar al honor. Con todo, sir Eustache de Ribemont se sintió satisfecho tras su entrevista con Eduardo III ante las murallas de Calais en 1348, que le reportó una diadema de plata y perlas que le hizo entrega el rey en reconocimiento por su loable conducta. La bravura de sir James Audley en la batalla de Poitiers llegó a oídos del Príncipe Negro, que visitó a Audley, que se recuperaba de sus heridas, para hacerle

saber que su conducta le había reportado gran honor y para informarle de que le retendría «siempre como caballero mío con 500 marcos de renta anual», suma de Audley, «con gran nobleza», legó inmediatamente a cuatro escuderos que estaban a su servicio, y esa anécdota (que sería recogida por Froissart) subraya tanto la generosidad de Audley (un acto de auténtica nobleza) como el hecho de que las hazañas de guerra podían entrañar el reconocimiento expresado en términos materiales.

En el bando francés, donde los caballeros y escuderos ocupaban a veces puestos militares importantes, se ha subrayado que en la segunda mitad del siglo XIV la carrera militar impulsaba y aceleraba la promoción social, de manera que los escuderos alcanzaban el grado de *knights-bachelor* y éstos eran investidos como *knights-banneret*. El ejemplo más notorio de una promoción de estas características es el de Bertrand du Guesclin, que progresó recibiendo el condado de Longueville de manos de Carlos V en 1364, el de Trastámara de Enrique de Trastámara al año siguiente y el ducado de Molina en 1368. Su nombramiento como condestable de Francia en 1370, ocasión en que, según Froissart, expresó sus dudas respecto a si era digno de dar órdenes a unos hombres que habían heredado su condición de nobles, no era sino la culminación de una carrera que había llevado a este hombre *de grant entreprise* hasta el escalón más elevado de la estructura de mando y al nivel de nobleza que todos le reconocían. Cuando murió en 1380, Du Guesclin fue honrado, como nadie lo había sido antes, siendo enterrado en la abadía de Saint-Denis, mausoleo real, signo indudable de reconocimiento de que había servido a su rey y a su país con gran brillantez. Sin embargo, hay que decir que el de Du Guesclin es un caso absolutamente excepcional de promoción social. Tal vez el caso que más se aproxima al de Du Guesclin es el de John Hawkwood, cuya carrera como capitán de mercenarios terminó en la república florentina, siendo enterrado en un lugar de honor en la catedral de Florencia.

Hubo también algunos ingleses que alcanzaron éxitos notorios en la carrera de armas. Ya nos hemos referido a sir Robert Knolles y a sir John Fastolf. Sir John Chandos, nombrado caballero en 1339 y uno de los caballeros originales del Garter, fue investido como señor de Saint-Sauveur-le-Vicomte en Normandía en 1360. Sir Hugh Calveley consiguió una esposa y un castillo en España, aunque lo cierto es que ninguna de ambos cosas le reportó un gran confort. Por

otra parte, en el siglo XV, Walter, lord Hungerford, se autotitulaba «señor de Heytesbury y Homet», siendo inglés el primero de los títulos y francés el segundo. Los cinco hombres citados se contaban entre los ingleses que tenían heraldos privados,[5] fenómeno social al que hizo referencia Nicholas Upton hacia 1440 cuando escribió sobre aquellos que se habían ennoblecido gracias a su habilidad, su duro trabajo y su valor, así como por medio de otras virtudes que pueden ennoblecer a un hombre.

Podríamos citar muchos otros ejemplos de promoción individual. La nobleza, el nivel social más elevado al que podía aspirar un hombre, podía alcanzarse de diversas formas, pero en todas ellas era fundamental la aprobación de los demás. Como se ha señalado, los años finales de la Guerra de los Cien Años constituyeron un período especialmente crítico en que el talento podía compensar perfectamente el hecho de no pertenecer a una familia noble.[6] Así, eran muchos los que se promocionaban gracias a sus méritos y a la aceptación personal de ese hecho por sus iguales y superiores. Ello era algo inherente al mismo concepto de promoción. Froissart cuenta la asombrosa trayectoria de Crockart, que se trasladó a Francia desde Alemania para convertirse en jefe de un grupo de soldados mercenarios. Después de conseguir una gran fortuna gracias a su actividad de conquista y rescate de ciudades en Bretaña, el rey Juan II le ofreció nombrarle caballero y darle una esposa y una pensión, todo lo cual fue rechazado por Crockart. Al regresar al lugar donde habían transcurrido sus primeros años de vida, se jactaba de la riqueza que la guerra le había permitido acumular. Pero según cuenta Froissart con tono aprobatorio, los nobles con los que había entrado en contacto no se sentían impresionados. Crockart no era aceptado por aquellos en cuyas filas pretendía integrarse. En su caso, la guerra no le proporcionó lo que más ardientemente deseaba: promoción en forma de reconocimiento de que sus actividades y sus logros le hacían merecedor de ser admitido entre la nobleza. Hay que tener muy en cuenta este extremo.[7]

5. Véase la lista en *The complete peerage*, Londres, 1949, XI, ap. C.
6. Contamine, *Guerre, état et société*, p. 417.
7. Froissart, *Chroniques*, V, 227-229; Allmand, *Society at war*, pp. 88-89.

6. LA GUERRA, EL PUEBLO Y LA NACIÓN

Un rasgo destacado de la historia de Francia e Inglaterra durante los siglos XIV y XV es la forma en que se intensificó la participación de la población en la guerra. En ambos países, como demuestran claramente los acontecimientos ocurridos en los últimos años del decenio de 1350, el conflicto y sus numerosas implicaciones, tanto sociales como políticas y económicas, provocaron reacciones muy intensas, especialmente en Francia, donde el factor añadido de la guerra civil suscitó sentimientos más profundos que en Inglaterra. Se planteaban abiertamente diversos interrogantes acerca de la guerra, en especial respecto a sus exigencias humanas y económicas. ¿Merecía la pena el coste de la participación en la guerra? ¿Qué beneficios reportaba? ¿Quién se beneficiaba de todo ello, la nación o simplemente una serie de individuos? La dedicación a la guerra por parte de los cuatro hijos de Enrique IV se aprecia claramente en el hecho de que tres de ellos murieron en Francia al servicio de la corona inglesa. Eso era perfectamente natural, ya que la guerra era considerada como una lucha entre monarcas rivales por la corona de Francia. Según la visión tradicional de su lugar en la sociedad, la nobleza tenía que haber apoyado al rey en el intento de ver cumplido ese objetivo. Sin embargo, en Inglaterra el apoyo nobiliario no siempre fue incondicional. De ello da prueba en algún sentido el hecho de que William de la Pole, duque de Suffolk, le recordara a Enrique VI en 1450 que su padre había muerto en el sitio de Harfleur, su hermano hacía pocas semanas en Azincourt y otros dos parientes suyos en Jargeau en 1429. Esto parece indicar que el duque de Suffolk se sentía muy orgulloso de la actuación de su familia en la guerra, pero asimismo también parece indicar que se trataba de un caso verdaderamen-

te excepcional.[1] Lo que hacía falta era que surgiera entre los diferentes elementos de la población un interés consciente y continuo hacia la guerra.

La capacidad de conseguir la participación de la población era una parte cada vez más importante en el arte de conducción de la guerra. Aunque el término «propaganda» no comenzó a utilizarse hasta el siglo XIX, desde luego nos sirve perfectamente para describir una serie de actividades cuyo objetivo común era estimular y asegurar la implicación más amplia posible de una nación en la guerra. Como hemos visto, las guerras necesitaban justificación legal y moral. De la misma manera que los diplomáticos buscaban argumentos, con frecuencia de naturaleza histórica, en los que basar sus exigencias y sobre los que negociar sus posiciones, esa argumentación podía expresarse en una serie de tratados para apoyar o rechazar una pretensión como la de los sucesivos monarcas ingleses a la corona de Francia. Esas obras, con frecuencia escritas para el mismo sector culto y bien informado al que pertenecían sus autores y a instancias de sus monarcas, sólo tenían un efecto limitado. Sus aspectos formales (con frecuencia se utilizaba una jerga legal y un estilo pedante) y la lengua en que se escribían (casi siempre en latín) hacían que su lectura no estuviera al alcance de todos. Es probable que pocos salieran de dudas o aceptaran los puntos de vista del autor como resultado de sus argumentos razonados. Sin embargo, esos tratados (que debieron de escribirse en mucho mayor número en Francia que en Inglaterra), aunque de carácter formal y pese a que nunca alcanzaron una gran circulación, servían para subrayar cuán importante era que hubiera defensores de una causa que pudieran justificar la necesidad de intentar defender determinadas aspiraciones por medio de la guerra. Esas pretensiones, aunque expresadas en un lenguaje formal, se basaban muchas veces en la historia o en una interpretación determinada del pasado. Así como los florentinos escribieron su historia en el siglo XV bajo la influencia humanística para demostrar que eran los herederos de Roma, o de la misma forma que los Habsburgo recurrieron a las genealogías para justificar su pretensión de ser herederos de un im-

1. Sobre este aspecto, véase N. Saul, *Knights and esquires: the Gloucestershire gentry in the fourteenth century*, Oxford, 1981, cap. 2, y S. M. Wright, *The Derbyshire gentry in the fifteenth century*, Derbyshire Rec. Soc., VIII, 1983, pp. 8-11.

perio histórico y del ducado de Austria, también los monarcas de la Francia de la Baja Edad Media pretendieron reforzar su posición afirmando ser los auténticos herederos de Clodoveo e incluso, como consideraban algunos, tener derecho al trono de Inglaterra en tanto que herederos de Guillermo el Conquistador, duque de Normandía y rey de Inglaterra. Ciertamente, esos argumentos históricos eran tan sólo para los cultos.

No obstante, había otras formas de comunicar un mensaje relativamente sencillo de forma más directa y que podía llegar más fácilmente a los sectores incultos de la población. Sabemos por una serie de fuentes que la puerta de la iglesia de la parroquia se utilizaba muchas veces como tablón de anuncios comunitario. Con el objetivo de exhibirlas en las puertas de las iglesias del norte de Francia los ingleses prepararon genealogías ilustradas, acompañadas de versos, para hacer hincapié en el derecho de Enrique VI al trono de Francia, a través de la descendencia directa de san Luis tanto por línea masculina como femenina. En una sociedad acostumbrada a la utilización y al significado de signos y símbolos, la yuxtaposición de las armas de Inglaterra y Francia que contempló la multitud presente en la coronación inglesa de Enrique VI en 1429 y a su regreso a Londres después de haber sido coronado en Francia en 1432, era una forma simple y natural de utilizar el lenguaje de la heráldica para sentar un principio político. En enero de 1450 y tras la reconquista de Normandía, el consejo de Francia ordenó que los escudos de armas de Inglaterra encontrados en el castillo y en el palacio de Ruán fueran retirados porque constituían recuerdos visibles de la usurpación inglesa del ducado. En el mes de mayo siguiente los vidrieros y albañiles habían hecho desaparecer los signos ofensivos de la presencia inglesa.

La propaganda se podía utilizar también para despertar la conciencia del pueblo de los acontecimientos de la guerra, para darles publicidad (especialmente cuando podían ser interpretados de forma favorable) con la esperanza de estimular y elevar la moral. El regreso del Príncipe Negro a Londres después de su victoria en Poitiers, llevando consigo como prisionero al rey de Francia, se celebró con grandes manifestaciones de júbilo. En octubre de 1416, Enrique V ordenó al clero de su capilla que conmemorara el primer aniversario de su victoria en Azincourt y en 1450 Carlos VII, influido tal vez por la costumbre italiana, ordenó que se acuñara una medalla para

recordar el éxito conseguido recientemente frente a los ingleses. Los beneficios que podían derivarse del hecho de rememorar ante la población las victorias destacadas no eran tan sólo el de recordar el éxito. La victoria era la justificación suprema de un derecho, una expresión de la voluntad divina, la forma en que —como afirmó el canciller inglés ante el Parlamento en 1377— Dios honraba a un país, como había honrado a Israel, título que Inglaterra podía ahora asumir.[2] En esta línea de argumentación no es sorprendente que el obispo Brinton de Rochester recordara ante las congregaciones de fieles en 1375 y 1378 que por lo general Dios había sido inglés. Por tanto, era correcto que los ingleses lucharan por su país.[3]

Pero, como también dijo el obispo, si Dios podía honrar a un pueblo también podía retirarle su apoyo para castigarle por su rebeldía. Para remediarlo, los hombres y mujeres tenían que rezar, tal como los monarcas ordenaban al clero que exhortara al pueblo a hacerlo en los momentos de especial necesidad. En una gran diócesis de Inglaterra, la de Lincoln, se pidieron oraciones especiales más de cincuenta veces a lo largo de la Guerra de los Cien Años y en las dos terceras partes de esas ocasiones la intención estaba vinculada, de forma directa o indirecta, con la guerra o la paz.[4] Todo el mundo comprendía que el poder del púlpito era muy grande, sobre todo cuando un predicador eficaz pronunciaba un sermón patriótico en inglés. En 1420, el obispo Fleming de Lincoln ordenó que se publicara una versión inglesa de sus reflexiones sobre el tema de la guerra y que se adosara una copia en la puerta de cada iglesia de su diócesis. Los archivos episcopales, que se conservan en el caso de Inglaterra pero no para Francia, nos permiten saber cómo se actuaba. Se estimulaba a los fieles a que hicieran buenas obras, a que ayunaran e hicieran penitencia, a que asistieran a la misa y a que participaran en las procesiones, acto comunitario de devoción religiosa tan característico de este período. Podemos estar seguros de que la po-

2. *Rotuli parliamentorum*, II, 362.
3. *Sermons of Thomas Brinton*, I, 47; II, 339.
4. A. K. McHardy, «Liturgy and propaganda in the diocese of Lincoln during the Hundred Years' War», *Religion and national identity*, ed. S. Mews, Oxford, 1982, pp. 216-217; R. Barber, *The life and campaigns of the Black Prince*, Woodbridge, 1986; Hewitt, *Organization of war*, pp. 158-166; J. R. Maddicott, «The county community and the making of public opinion in fourteenth-century England», *TRHistS*, 5.ª serie, 28 (1978), pp. 34-35 y 38.

blación de la época, con su creencia en la intervención divina en la guerra y la eficacia de la oración, no tardó en concluir que la fortuna de Inglaterra podía verse afectada positivamente por la sinceridad de la oración.

Hay otra vertiente a tener en cuenta en la petición de que se participara en esos actos de devoción. En una época en la que no existían los medios modernos de comunicación, la tarea del sacerdote en el púlpito consistía en informar comunicando las noticias existentes sobre los acontecimientos que ocurrían tanto dentro como fuera del país. Las noticias siempre eran bien acogidas, especialmente en tiempo de guerra. Y dado que las buenas noticias eran especialmente bien recibidas, los jefes militares ingleses enviaban desde Francia y desde otros lugares informes de sus éxitos (cuando podían hacerlo) para que se difundieran no sólo en los tribunales y en los mercados del condado, sino también a través de la red eclesiástica de púlpitos y lugares religiosos, como St Paul's Cross en Londres, que actuaban a modo de centros importantes de predicación al aire libre y, por tanto, de publicidad. Es indudable que a la Iglesia le correspondía desempeñar un importante papel en lo que se ha descrito como «un sistema rudimentario de publicidad utilizado especialmente para difundir noticias militares»,[5] así como para crear un sentimiento comunitario mediante el recurso a su personal y a sus servicios para dar publicidad y apoyo a una guerra nacional.

La opinión pública se expresaba también —y, en ocasiones, era instada a expresarse—, mediante otras formas de palabra, hablada y cantada. La vieja tradición de recordar los hechos de armas en canciones y en versos perduraba. Según Adam de Usk, los galeses recordaban las hazañas de sir Edmund Mortimer en canciones que cantaban durante las fiestas; [6] en Francia, todavía en el reinado de Luis XI, existían cantantes itinerantes cuya actividad se impulsaba por razones claramente políticas. Una serie de autores que han alcanzado una

5. A. E. Prince, «A letter of Edward, the Black Prince, describing the battle of Nájera in 1367», *EHR*, 41 (1926), 417. A veces, esas cartas se incorporaban a las crónicas. Véase *The Anonimalle Chronicle, 1333-1381*, ed. V. H. Galbraith, Manchester, 1927; reimpr., 1970, p. XXXV, y A. Gransden, *Historical writing in England II: c. 1307 to the early sixteenth century*, Londres, 1982, índice, «newsletters».

6. *Chronicon Adae de Usk, A.D. 1377-1421*, trad. E. M. Thompson, 2.ª ed., Londres, 1904, pp. 77, 247.

importante reputación literaria también contribuyó a crear esa especie de literatura política. Por ejemplo, el tema de muchas de las baladas de Eustache Deschamps era la guerra (o sus consecuencias), baladas que otras veces expresaban un sentimiento de conciencia nacional que se estaba desarrollando en Francia en el siglo XIV. En España, tanto las guerras civiles como las de reconquista contra los moros constituyeron una fértil inspiración para todo tipo de composiciones poéticas y baladas de carácter político, compuestas por juglares que servían en el ejército. El «villancico de Azincourt» tenía una ascendencia dilatada y honorable.

Muy en especial las batallas se prestaban a ser relatadas en un lenguaje dinámico, rememorándose los hechos gloriosos y el valor de uno de los bandos y la derrota inevitable del otro. Hay que hacer hincapié en el lenguaje de la literatura política. Contribuía a justificar la acción, a levantar la moral y a adoptar una actitud hostil frente al enemigo al que, dado que generalmente perdía las batallas, le correspondía el papel de cabeza de turco insultándole, calumniándole y ridiculizándole utilizando un vocabulario especial de emoción y hostilidad. Extrañamente, los franceses (y también algunos escoceses) pensaban que los ingleses tenían colas (*Engloiz couez,* como se afirmaba en la *Ballade contre les anglais,* de 1429);[7] actuaban de «forma arrogante» (*orgouilleuse manière*) y habían ido a Francia falsamente (*faucement*) para usurpar la corona de Francia. En el otro bando, los franceses eran considerados como usurpadores de esa corona, un pueblo que actuaba con falsedad, que rompía treguas a las que estaba obligado, un «pueblo testarudo» que se negaba a aceptar, cuando eso ocurría, que el juicio de Dios le había sido desfavorable. El lenguaje utilizado era muy diferente del de una etapa anterior (incluso del de Froissart) en el sentido de que, contrariamente a la tradición caballeresca, se atribuía escasa honra al perdedor o al enemigo. Se trataba de un lenguaje que se aplicaba en términos generales. Así, los ingleses tenían una curiosa propensión a matar a sus reyes: los franceses eran afeminados y falsos. De esta forma, todo un pueblo, visto por un extraño, era condenado en unas pocas palabras. Su misma identidad y sus características eran reconocidas por otros a los que, a su vez, se les imponía otra identidad. La forma en que

7. Ed. P. Meyer, *Romania,* 21 (1892), pp. 50-52.

una nación era vista por otra influía en la creación de un sentido de conciencia nacional.

En gran parte, esta literatura propagandística, sobre todo la que se escribía en verso, era de autor desconocido. Sin embargo, durante la Guerra de los Cien Años se apoyó activamente la labor de un grupo de autores que escribían poemas por encargo, poemas animados de un fuerte sentimiento nacionalista. Laurence Minot, un hombre de Yorkshire que escribió que Eduardo III había atacado al monarca francés en 1340, «sacudiéndolo por la barba», era un hombre con la habilidad de utilizar un lenguaje sencillo para provocar una fuerte emoción, cuyos vívidos versos conmemorativos constituyen un intento deliberado de estimular un sentimiento emocionalmente satisfactorio contra el enemigo desdeñado, fuera francés o escocés. Thomas Hoccleve, quien durante gran parte de su vida trabajó en el departamento del Sello Privado, expresó con toda claridad su posición respecto a los enemigos de Inglaterra: «Soy inglés y soy su enemigo». El monje benedictino John Lydgate, que desarrolló una larga carrera como autor de una literatura política y patriótica, compuso poemas de diversa naturaleza, entre los que se incluía un poema dinástico, *The Kings of England,* en el cual subrayaba la existencia de un prolongado lazo histórico entre Francia y los sucesivos reyes de Inglaterra, un preludio a la afirmación de su derecho a la corona de ese país. Si el estilo de Lydgate era muy diferente del de Minot, sus intenciones no estaban tan alejadas. Al igual que sus señores, ambos sabían que los poemas podían desempeñar un papel importante para crear una atmósfera favorable a las aspiraciones inglesas durante la guerra. Como indican las palabras que el autor del *Vow of the Heron* puso en boca de Eduardo III, la guerra no se luchaba únicamente en el campo de batalla: «lucharé contra él [Felipe VI] tanto en hechos como en palabras» («Je le guerreray et en fais et en dis»).[8] La propaganda formaba parte de esa guerra de palabras.

¿Cuáles son los elementos constituyentes de una nación? ¿Cuáles eran, en concreto, los que constituían la nación francesa en los dos últimos siglos de la Edad Media? Una ojeada al escenario euro-

8. *Political poems and songs relating to English history composed during the period from the accesion of Edward III to that of Richard II*, ed. T. Wright, RS, Londres, 1859, I, 7.

peo nos permite concluir que en esta época se produjo la muerte de los ancestrales valores «universales», tanto papales como imperiales, y el ascenso de los valores «nacionales», que ocuparon su lugar. Aunque aún quedaba un largo camino por recorrer en Italia y Alemania, los acontecimientos ocurrirían con mayor rapidez en Francia, Inglaterra y la península Ibérica.

Especialmente en Francia la idea de nación y de nacionalidad dio un importante paso adelante durante este período. La utilización de una expresión como «Madre Francia» (*Mère France*), tal como la utilizó Alain Chartier en 1422, no significa que la idea de que todos los franceses tenían una madre común gozara de aceptación general. Los historiadores han apuntado que la idea de nacionalidad se desarrolló con lentitud durante este período, que en el aspecto jurídico predominaba la costumbre local y que incluso el Parlement de París (tribunal supremo de Francia que dispensaba justicia directamente en nombre del rey y cuyos miembros afirmaban tener el derecho de llevar su cuerpo hasta la tumba) funcionaba de tal forma que subrayaba el localismo de la sociedad francesa. Una cosa era el particularismo legal; otra muy distinta la estrecha conexión entre los títulos de los grandes feudatarios, en las zonas de las que los tomaban, y el ejercicio del poder real que gozaban en ellas, hechos que contribuían a desarrollar un patriotismo local a expensas del patriotismo nacional.

El particularismo se veía fortalecido por la práctica de impulsar la reunión de asambleas locales cuya persistencia puede considerarse como el reconocimiento de los deseos de la mayor parte de la población francesa de que esas asambleas se ocuparan de los asuntos locales, especialmente los impuestos, que podían ser utilizados en el fortalecimiento de la defensa local. Importante era también la extensión del país y la localización geográfica de la capital, apartada del centro: París se hallaba a un largo trecho de Bayona y de Brest. Inevitablemente, las distancias eran obstáculos a la hegemonía de París y de la corte; inevitablemente, también por esa misma razón, uno de los temas fundamentales de la historia francesa ha sido la lucha del centro por afirmarse frente a la periferia en el intento de conseguir el control político. Ese proceso, aunque se saldara con el éxito, se desarrolló con enorme lentitud.

Muchos autores han subrayado el estímulo consciente de las lealtades provinciales y el desarrollo de la economía en algunas zonas de Francia. Un ejemplo notable en este sentido es la importancia

que adquirió el territorio borgoñón. Podríamos citar otros ejemplos en este sentido. Un factor que permitió a los monarcas ingleses mejorar su posición en Normandía y ejercer un cierto control eficaz en esa zona durante el siglo XV fue su impulso del patriotismo local, basado en gran medida en la revitalización y en la defensa de las instituciones normandas prácticamente desaparecidas en los años siguientes a la conquista del ducado por el monarca francés en el siglo XIII. Bretaña constituye un caso todavía más claro de la renuencia de un *pays* a someterse. En las postrimerías de la Edad Media el sentido de identidad bretona era extraordinariamente fuerte. Se manifestaba en las obras de los autores locales, en la idea de que el ducado poseía sus propias raíces y su propia historia y, por supuesto, su casa ducal, a la que era posible traicionar. Contaba también Bretaña con su propia marca o frontera que, por el este, era el río Couesnon que desemboca en el mar, cerca del Mont-Saint-Michel, constituyendo la frontera del ducado con el ducado vecino de Normandía. Eso era provincialismo en el sentido más literal del término. Al mismo tiempo, era uno de los factores que dificultaban en mayor medida la creación de la nación francesa.

¿Qué factores podían debilitar esas tendencias? Básicamente hay que señalar tres: la monarquía, la historia y la guerra. La monarquía, que era una institución absolutamente viva, aportaba liderazgo al país. Simbolizaba, con mayor fuerza que ninguna otra institución, la unidad de Francia. En el siglo XIII se habían producido acontecimientos importantes en este sentido. El reinado y la persona de san Luis (1226-1270) habían contribuido enormemente al desarrollo del prestigio y el poder de la monarquía. La piedad y la vida personal de Luis, que desembocarían en su canonización en 1297, eran considerados como un claro signo de la aprobación divina de la monarquía francesa, extremo que se subrayó con la colocación del relicario que contenía los restos del monarca recién canonizado en la Saint Chapelle en París, que el propio Luis había fundado para recibir las reliquias de la corona de espinas de Cristo. Más tarde, hacia 1300, como parte del gran impulso publicitario asociado con el reinado de Felipe el Hermoso (1285-1314), Guillaume Nogaret escribió de este monarca que su piedad personal le convertía en el «principal pilar de la Iglesia de Roma y de la fe católica», mientras que el dominico Guillaume de Sanqueville casi transformaba a Felipe en un auténtico Cristo o en el líder del pueblo francés.

Lo que en nuestra época calificaría Marc Bloch como la religión de la monarquía adquirió aún mayor fuerza en el reinado de Carlos V (1364-1380). Uno de los motivos destacados de la creación artística en este período es la monarquía. Este hecho se aprecia en los manuscritos iluminados en los que aparece el monarca coronado recibiendo obsequios o en el cetro del rey, una pieza extraordinaria rematada con la figura de Carlomagno, coronado, que sostiene su cetro y el globo, terráqueo, todo ello situado en una flor de lis abierta y con una inscripción que comienza «san Carlos el Grande ...» (*Sanctus Karolus Magnus* ...). El cetro fue uno de los objetos que Carlos V legó al abad del monasterio de Saint-Denis, situado en el norte de París, para formar parte de los *regalia* utilizados en la coronación de los futuros reyes de Francia. La creación de un nuevo *ordo,* u orden de servicio, para la coronación de Carlos V, que resaltaba el poder y las responsabilidades de la corona, subraya el hecho de que la monarquía era un tema político de enorme importancia en este período.[9]

Anteriormente, en este mismo capítulo, hemos resaltado la importancia de los escudos de armas como símbolos de un derecho político. En este período se concedía también gran importancia a los símbolos y ornamentos externos de la autoridad monárquica. La entrada real (*entrée royale*) en otras ciudades al margen de París es un fenómeno que corresponde a la segunda mitad del siglo XIV. En octubre de 1389 Carlos VI hizo su entrada formal en Lyon, caminando bajo un palio similar al que protegía al Santísimo Sacramento en las procesiones del Corpus Christi, lo que constituía una señal de respeto hacia el rey. Cuando Carlos VII tomó posesión, en noviembre de 1449, de la ciudad de Ruán, que acababa de ser reconquistada, lo hizo con gran boato pensado para causar una profunda impresión, montado sobre un caballo revestido de oro trabajado con flor de lis, con la espada desenvainada y precedido el séquito por un caballo blanco, símbolo de soberanía. Esas ceremonias eran importantes y reflejaban la necesidad de los súbditos del rey de ver a su señor, principal agente de unidad en el país, así como la necesidad del monarca de afirmar su dominio en las zonas más alejadas de su reino.[10]

9. R. A. Jackson, «The Traite du sacre of Jean Golein», *Proceedings of the American Philosophical Society,* 113 (1969), pp. 305-324.

10. B. Guenée y F. Lehous, eds., *Les entrées royales françaises de 1328*

La flor de lis de la entrada de Ruán era el símbolo de la monarquía y de Francia que todos comprendían, especialmente porque Carlos V afirmaba que había sido enviada desde el cielo como signo de aprobación divina.

Otro signo era el estandarte sagrado (*oriflamme*) que podía acompañar al rey en la guerra y que se guardaba en la abadía real de Saint-Denis, que se convirtió en el mausoleo real y en una especie de centro místico de la realeza (san Luis había decretado que sólo los reyes podían ser enterrados allí, lo cual atribuye una significación especial al hecho de que Bertrand du Guesclin esté entre los monarcas). No hay que olvidar tampoco la pretensión del rey de Francia de ser considerado no únicamente como rey sino como emperador: «el rey es emperador en su reino» (*rex in regno suo est imperator*), como rezaba un lema muy extendido. Para subrayar ese hecho la figura de Carlomagno del cetro de Carlos V (no hay que pasar por alto el hecho de que ambos tenían el mismo nombre) no tenía una corona real abierta, sino la corona imperial, cerrada, y estaba flanqueado por dos águilas imperiales. El culto de Carlomagno en la corte de Francia en los últimos años del siglo XIV, en que el emperador aparecía rodeado de una aureola, pone de relieve que lo que se perseguía era subrayar que el rey estaba investido de la antigua autoridad imperial.

«No existe nación —ha afirmado recientemente uno de los más destacados historiadores franceses— sin historia nacional»,[11] subrayando así la importancia política que puede revestir el hecho de hacer que un pueblo sea consciente de su historia o de una experiencia común. En la Baja Edad Media el estudio del pasado se convirtió en un medio para expresar, canalizar y desarrollar el sentimiento de conciencia nacional, en este caso la conciencia de la forma en que Francia había surgido y se había desarrollado, del lugar en que se hallaba y de lo que podía conseguir. Si se podía demostrar que Francia (y no las diferentes partes de Francia) tenía un pasado natural, indudable e histórico que podía ser registrado, el estudio de este pasado podía

---

à 1515, París, 1968; D. Styles y C. T. Allmand, «The coronations of Henry VI», *HT*, 32 (mayo, 1982), pp. 28-33.

11. Guenée, *L'Occident aux XIV^e^ et XV^e^ siècles: les Etats*, París, 1981, p. 123: «Il n'y a pas de nation sans histoire nationale».

suponer una importante contribución a la creación del presente y del futuro. Paris era el hijo de Príamo, rey de Troya; a través de la tribu de los parisi había dado su nombre a la capital de Francia (al menos así rezaba la leyenda). La leyenda troyana se había desarrollado lentamente desde el siglo VII y durante la Edad Media pocos países rechazaban verse asociados con ella o con la figura de Bruto, cuyos viajes, después de salir de Troya y haber visitado Grecia, le habían llevado a la Galia y finalmente a Albion, donde fundó Troja Nova, la Nueva Troya, que luego se convirtió en la ciudad de Londres. Los orígenes troyanos fueron invocados en diferentes ocasiones, pero la Baja Edad Media recurrió a ellos para crear un linaje antiguo y respetable del que procedían las naciones de Alemania, Gales, Escocia, Bretaña, Inglaterra y Francia. En Inglaterra, los orígenes troyanos habían sido estudiados por Geoffrey de Monmouth en 1135; en Francia ese tema reapareció en la *Historia regum francorum,* obra que fue escrita más de medio siglo después. Durante mucho tiempo, sería objeto de la atención de los historiadores franceses.

Si había una tradición basada en Troya, otra tenía como fundamento Roma y, concretamente, el pasado imperial. Como hemos visto, esta tradición no existía sólo en Francia, aunque en Francia no era el pueblo el que debía su existencia a los romanos (el pueblo de Francia descendía de Troya) sino sus gobernantes, que descendían de los emperadores de Roma. El énfasis en la descendencia se aprecia también en la importancia que se concedía a la genealogías y a la pureza de sangre. El hombre medieval estaba familiarizado con la genealogía de Cristo tal como aparecía en el árbol de Isaí de Isaías y en los Evangelios de san Mateo y san Lucas. El establecimiento de una dinastía otorgaba una ascendencia al más reciente de sus monarcas y daba continuidad a su pueblo. En la declaración de Arbroath de 1320, se concedía la importancia que merecían a los 113 reyes que habían gobernado la nación escocesa en una línea que no había sido interrumpida por un solo intruso extranjero. En Francia, cuando la dinastía fue desafiada por los ingleses, fue fundamental demostrar la legitimidad a través de la ascendencia. Tal como escribió Jean Golein en los últimos años del siglo XIV, los papas y los emperadores eran elegidos, pero el reino de Francia pertenecía a sus reyes por herencia a través de sus herederos masculinos, descendientes de un linaje santo y sagrado. La determinación de la genealogía y la bús-

queda de antepasados no era una cuestión simplemente familiar. En este caso afectaba al oficio real y a la familia más amplia, la nación. Se había convertido, pues, en un asunto de Estado.

Una cosa era la legitimidad y la herencia de una sucesión ininterrumpida, pero esta cuestión tenía otra dimensión que se ha puesto de relieve recientemente: la larga tradición del país llamado Francia a la que se podrían aplicar las palabras de san Pedro: «linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo elegido» (I, Pedro, 2). En la declaración de Arbroath, los escoceses hablaban de sí mismos como de un «pueblo santo», lo cual había confirmado un apostol, Andrés. Por su parte, los ingleses hacían gala de que el cristianismo había llegado hasta ellos a través de José de Arimatea, de que el gran Constantino era nieto del rey Coel, a través de su madre, Elena, y de que había nacido en York y, asimismo, de que Inglaterra tenía más parroquias que Francia.[12]

Pero todo esto no era nada en comparación con el orgullo con que los monarcas de la Baja Edad Media de Francia afirmaban descender de Clodoveo, de quien decían que era santo además de ser el primer rey merovingio. También descendían de Carlomagno, franco, emperador y santo (había sido canonizado en 1165, cuatro años después que Eduardo el Confesor) y de san Luis, modelo de virtudes reales, todo lo cual producía un sentimiento de continuidad del gobierno cristiano y de linaje santo cuyo origen se remontaba a más de un milenio. La influencia de esta forma de ver las cosas queda perfectamente ilustrada en la decisión de Luis XI, tomada en 1469, de conmemorar con un día festivo el recuerdo de «monseigneur Saint Charles, notre predecesseur comme roi de France». Había también otros patronos, de los que Francia poseía un número importante: san Denis, obispo de París del siglo III, pero que de alguna forma constituía también un hito histórico, e incluso mítico; san Luis, de feliz memoria, y san Miguel, el arcángel, que era soldado, que adquirió gran importancia en el siglo XIV y en cuyo nombre creó Luis XI una orden de caballería. ¿Cómo era posible que la nación o su dinastía fracasaran contando con esos protectores?

Así pues, la monarquía tenía razones poderosas para que se escribieran relatos históricos que pudieran ser adecuadamente utiliza-

12. J. P. Genet, «English nationalism: Thomas Polton at the Council of Constance», *Nottingham Medieval Studies*, 28 (1984), pp. 67-68.

dos. La *Historia regum francorum* fue escrita en Saint-Denis a finales del siglo XIII y esa tradición continuó hasta el final de la Edad Media. A mediados del siglo XIV, Richard Lescot, monje de la abadía, que se autodenominaba «historiógrafo real», escribió un tratado histórico contra Inglaterra y otro sobre la exclusión de la línea femenina en la que se fundamentaba la pretensión inglesa a la corona de Francia. En el siglo XV las *Grandes chroniques de France*, que habían sido escritas con la aprobación real, se citaban casi como si se tratara de la Biblia y fue también en ese siglo cuando otro monje de la abadía, Jean Chartier, se arrogaba el título de «historiógrafo de los franceses», lo que indica que escribía un tipo de obra muy determinado, con toda probabilidad siguiendo instrucciones. De esta forma continuó la antigua tradición dionisíaca de escribir una historia favorable a la monarquía y a su papel de líder y unificadora de la sociedad francesa. Pero esa labor no la desarrollaban tan sólo los monjes. También los miembros del círculo real participaban activamente en ese ejercicio. Carlos V persuadió a su canciller, Pierre d'Orgemont, para que escribiera la historia de su reinado y del de su padre, Juan II. En el reinado de Carlos VII, de la cancillería real continuaron saliendo historiadores, cuando Noël de Fribois y Nicole Gilles, ambos notarios y secretarios reales, escribieron una historia de Francia en la que, dada la posición de los autores y el acceso a la documentación, facilitada por su trabajo en el centro del poder, utilizaron documentos tomados de los archivos reales. La virtual invención de la Ley Sálica se produjo a mediados del siglo XV cuando, por orden de Carlos VII, se desarrolló una labor de búsqueda de textos, tanto en Saint Denis como en Reims y en otros lugares, que pudieran utilizarse como base para escribir un gran tratado, el *Grand traité*, a fin de excluir del trono de Francia a cualquier otra que no fuera la dinastía real reinante, que descendía por línea masculina.

Parece razonable pensar que fue la larga guerra con Inglaterra el factor que más contribuyó a fortalecer la conciencia de identidad de la nación francesa en esta época. Al sufrir el país los ataques de los ingleses las necesidades de defensa pasaron al primer plano. Para hacer frente a la amenaza, que procedía de direcciones diferentes, la corona francesa se vio obligada a intentar superar los fuertes sentimientos localistas para impulsar un esfuerzo nacional que había de basarse en un sentimiento más fuerte de identidad nacional y ser re-

flejo de ese sentimiento. Eso se consiguió a lo largo de un período de casi una centuria. Primero fue necesario poner énfasis en la amplitud del término «Francia», que abarcaba todo el reino y no sólo aquellas zonas gobernadas por la corona. Esa tarea comenzó ya en el siglo XIII y fue también en esa centuria cuando comenzó a circular la idea de la *communis patria*, madre patria con el monarca a su frente. De la misma inspiración, la del derecho romano, procedió la idea del bien común (*res publica*) que abarcaba, en este caso, a todo el pueblo de Francia con el rey como su cabeza (*caput*). Ese concepto de *res publica* (traducido de formas diversas como *la chose publique, le bien publique, l'utilité publique* o *le bien commun*) tan caro a los juristas, influyó sin duda en el gran Guillaume Durand (muerto en 1296), cuando escribió que todos tenían que estar dispuestos a contribuir «a la defensa del país y de la corona» (*pro defensione patrie et corone*). En el mismo sentido, la popularidad de Vegecio, autor de la época romana tardía, se debió en parte a que hacía hincapié en la responsabilidad común en los asuntos de defensa y en la necesidad de servir al bien común.

La amenaza de un ataque procedente del exterior fue un factor fundamental para que Francia tomara conciencia de sus necesidades defensivas, para que las afrontara de forma comunitaria y para crear una conciencia de que todo el pueblo francés pertenecía a la misma nación o patria, que debía adhesión y obediencia al mismo rey. Pero eso no era suficiente. En este punto tenemos que insistir en otro factor (ya analizado en un capítulo anterior) que formalizó esa nueva unidad, el desarrollo de una serie de instituciones y fundamentalmente de aquellas que surgieron de la guerra, el ejército y el sistema fiscal nacional. Como hemos visto, en este período se produjo la formación de un ejército real, cuya existencia, financiación y estructura de mando dependían del rey, pero que era considerado cada vez más como defensor del bien común de Francia en su conjunto. El desarrollo del ejército como un instrumento de Estado, su desarrollo como símbolo efectivo de la fortaleza del país, controlado y a veces dirigido personalmente por el monarca, señala el ascenso de una institución que refleja plenamente el fortalecimiento del sentido de unidad en Francia. Cuando Carlos VII creó el cuerpo de *francs-archers* en 1448 decidió que cada comunidad tenía que contribuir con un hombre que prestaría el servicio militar a cambio de la exención de determinados impuestos. A veces se olvida cuál es el factor fundamental: a través

de los *francs-archers* el ejército francés representaría a toda la nación, vista ahora como una expresión geográfica, ya que (al menos en teoría) todas las comunidades estarían representadas en ella.

Complementaria de la formación de un nuevo ejército fue la creación de un sistema de imposición nacional, que suponía reconocer el hecho de que había que hacer frente a las necesidades del ejército: sin impuestos no podía haber ejército y sin ejército no podía existir la defensa. Dado que el bien común estaba siendo atacado, la corona apeló a la necesidad para justificar los impuestos, estableciendo, tras la publicación de una ordenanza por parte de Carlos VI en octubre de 1383, el principio de que todos, no importa dónde vivieran, tenían que pagar *aides* y que el desconocimiento de la ordenanza no excusaba a nadie de su cumplimiento. Incluso los decretos reales podían ser utilizados para educar a la población en las necesidades del conjunto de Francia.

No debemos olvidar otros dos factores. En el siglo XIV dos importantes sectores privilegiados, la nobleza y el clero, quedaron incluidos (aunque lentamente) en el círculo cada vez más amplio de quienes estaban sometidos al pago de impuestos y que, como otros miembros de la comunidad, se vieron sometidos a un control cada vez más estricto. En segundo lugar, no se puede ignorar la influencia de la necesidad de reunir el dinero necesario para pagar el rescate de Juan II en el fortalecimiento del sentimiento de unidad política. La exigencia del rescate hizo necesario recaudar impuestos con regularidad a lo largo de muchos años y en todos los rincones del país, aglutinando así a toda la población en torno al rey en su necesidad, indicio simbólico de la implicación de la nación en la consecución de la libertad de su cabeza y líder, hecho prisionero honrosamente en el curso de la batalla mientras intentaba liberar a su país de los ataques enemigos.

¿Cuál era la vinculación entre la guerra, el nacionalismo de los franceses cada vez más fuerte y la traición? Pese a los intentos de los juristas al servicio de la corona por establecer una definición clara de la traición que asegurara la condena ante la ley, «no se produjo nunca una delimitación precisa de ese crimen».[13] Pero una cosa es

13. S. H. Cuttler, *The law of treason and treason trials in later medieval France*, Cambridge, 1981, p. 1.

indudable. La traición se producía en unas situaciones políticas concretas y era considerada como una ofensa política contra el monarca y contra el pueblo. Por esa razón, es necesario hacer algunas breves observaciones al respecto.

La traición, o *lèse majesté*, era un concepto que, durante la Baja Edad Media, se utilizaba para defender a la corona tanto en tiempo de guerra como de inquietud social y en un período en que podía plantearse una cierta oposición a la extensión de sus derechos teóricos y prácticos. Pero la traición era algo más. También era considerada como un crimen contra el bien común de la sociedad en su conjunto, que podía verse perjudicada por actos de traición, como el de dar información al enemigo o actuar en connivencia con él. Así pues, la traición suponía una amenaza tanto para el monarca como para el cuerpo político.

Fue al iniciarse la guerra con Inglaterra cuando se comenzaron a perseguir los crímenes de traición. En 1343, Olivier III de Clisson fue juzgado y ejecutado «pour pluseurs traïsons et autres crimes perpetrez par lui contre le roy et la coronne de France, et aliances qu'il avoit faites au roy d'Anglaterre, anemi du roy et du royaume de France» («por varios actos de traición y otros crímenes cometidos contra el monarca y el reino de Francia y por las alianzas que había establecido con el rey de Inglaterra, enemigo del rey y del reino de Francia»).[14] Tres años más tarde, Simon Pouillet conoció idéntico destino por manifestar públicamente su apoyo a la pretensión del monarca inglés de ocupar el trono de Francia. Así comenzó una larga serie de juicios de quienes conspiraban contra el monarca. Es importante recordar que la disputa entre los reyes de Francia e Inglaterra fue, en esencia, una disputa de sucesión y que fue precisamente ese asunto el que llevó a Pouillet a pronunciar las palabras que le iban a costar la vida. Debemos señalar también que el bien común de Francia se asociaba cada vez con mayor fuerza al bienestar de la persona del monarca y del cargo que ejercía. Un ataque contra él, como señor de Francia, era un ataque contra el pueblo y si el rey prosperaba, también prosperaría aquél. No ha de sorprender, así, que el hecho de asociarse o conspirar con los *anciens enemis* fuera considerado como un acto de traición.

14. M. Langlois e Y. Lanhers, eds., *Confessions et jugements de criminels au Parlement de Paris (1319-1350)*, París, 1971, p. 151.

La traición podía ser juzgada con gran dureza pero es indudable que la situación derivada de la guerra con Inglaterra obligó a actuar con gran prudencia en este tema. Era factible procesar y castigar a las personas de forma individual, pero en un contexto en que las fronteras territoriales y las esferas de influencia política experimentaban frecuentes cambios como consecuencia de las campañas y tratados militares, resultaba difícil acusar de deslealtad o de traición a la población de una gran área. En los archivos jurídicos franceses del período encontramos numerosos testimonios de los problemas que esa situación provocaba. La transferencia de zonas muy amplias, sobre todo en el sudoeste de Francia, de un bando a otro en virtud del tratado de Brétigny y la conquista de áreas de gran extensión en el norte de Francia por parte de los ingleses durante el siglo XV provocó conflictos de lealtad en las mentes de la población, dando lugar a que se produjeran situaciones en las que determinadas acciones podían ser consideradas como traición. Donde era más fácil que se produjera esa situación era en las zonas próximas a las fronteras donde el que un día era amigo podía haberse convertido en enemigo al día siguiente y en consecuencia cualquier tipo de relación con él (o con ella, pues muchos amantes se vieron separados al quedar en bandos diferentes) constituía una traición. En la expresión de la época, Francia era un país de «guerras y divisiones» (*guerre et divisions*), situación simbolizada por aquellos que llevaban la cruz blanca, la cruz roja y la cruz de san Andrés (los partidarios de los Valois, de los ingleses y de los borgoñones respectivamente). El factor de conflicto civil en la guerra despertó sentimientos de profundo rencor y llevó a adoptar medidas extremas y a veces muy violentas contra quienes más que enemigos nacionales eran enemigos políticos, de forma que, con frecuencia, uno de los bandos lanzaba acusaciones de traición al otro.

Pero había otros problemas. ¿Acaso todo el pueblo francés podía estar seguro de que el monarca inglés no tenía ningún derecho legítimo a la corona de Francia? Después de todo, Dios parecía haberle dado la razón ayudándole a obtener la victoria en el campo de batalla. Este razonamiento debió de llevar a no pocos a aceptar el gobierno de los ingleses, aunque con resignación. Por otra parte, estaban aquellos que como Jean Juvénal des Ursins, Thomas Basin y el anónimo *Bourgeois de Paris*, creían que era mejor ser gobernados por los ingleses que por los Valois. En este orden de cosas, no puede sor-

prender que al finalizar la guerra Des Ursins instara a Carlos VII a mostrarse benévolo ante una serie de acciones que respondían no a un deseo consciente de traicionarle sino que eran fruto de unas circunstancias que habían obligado a muchos hombres, en una Francia dividida, a vivir fuera de la jurisdicción del monarca, cuya legitimidad, rechazada en el tratado de Troyes, había sido reivindicada recientemente de forma espectacular por la expulsión de los ingleses. Consecuentemente, aunque una gran parte de la población de Normandía parecía haber «colaborado» con los ingleses aceptando su dominio, ese sector no fue perseguido cuando regresaron al ducado, a partir de 1450, quienes se habían mantenido bajo la jurisdicción de los Valois. Como para contrarrestar la idea de que eran traidores aquellos que no habían resistido al enemigo (dado que la rendición de un castillo sin resistencia era considerada como una conducta constitutiva de traición), todo el mundo aceptaba el argumento de que el pueblo francés se había visto obligado a someterse al dominio de los ingleses en contra de su voluntad. Ahora, la consecución del bien común exigía el restablecimiento de la paz social lo más pronto posible. Además, uno de los atributos de la monarquía, como más de una vez recordara Des Ursins al monarca, era el ejercicio de la benevolencia, que según los textos de las cartas de perdón era preferible a los rigores de la justicia. La aplicación estricta de las penas por traición en lo que había constituido una forma de guerra civil habría sido como utilizar un mazo para cascar una nuez. Con el fin del conflicto, la causa del bien común y de la unidad de Francia se servía mejor mediante una política de reconciliación. La alternativa era ahondar en las divisiones y, después de tantos años de *guerre et divisions*, nadie podía desear eso.

7. LA GUERRA Y LA LITERATURA

¿Qué enseñanzas podemos extraer de los escritos contemporáneos que, de una u otra forma, abordaron el tema de la guerra? Si consideramos la literatura como un espejo, lo que vemos reflejado en él es una conciencia cada vez más clara de qué era la guerra, cómo influía en la sociedad y de qué forma se estaban produciendo una serie de cambios.[1] Por medio de la literatura, la sociedad pensaba en voz alta, comentaba los cambios de los valores morales y políticos y reaccionaba ante todo aquello que no aprobaba. Ningún autor podía constituirse en la voz colectiva de todos los asuntos que afectaban a la población. Su importancia podía residir en el hecho de que era una voz que hablaba en el desierto. Pero el conocimiento de lo que se escribía, de cómo y cuándo se hacía puede permitir al historiador comprender las reacciones ante los acontecimientos y sucesos de diversa índole.

Hay cuando menos dos formas de relatar el mismo acontecimiento: en la guerra se reflejan los puntos de vista del atacante y del defensor. Los cronistas (al igual que los corresponsales de los partidos de fútbol en la actualidad) tendían a describir los acontecimientos de la guerra desde el punto de vista del atacante, excepto en los casos en los que no se producía acción alguna que se pudiera relatar. De la acción dependía el más importante de los corresponsales de guerra de la Baja Edad Media, Jean de Froissart. El principal interés de Froissart, a quien no le preocupaba excesivamente buscar explicaciones de las causas de la guerra, era relatar la acción de forma que evocara el espíritu caballeresco entre sus lectores, llevándoles a desear haber

1. Véase L. R. Muir, *Literature and society in medieval France. The mirror and the image, 1100-1500*, Londres, 1985.

tomado parte en las acciones relatadas. La guerra, vista a través de sus ojos y de los de aquellos que le sucedieron, que tal vez no escribían tan bien pero que lo hacían como parte de la misma tradición caballeresca, era una causa noble porque aquéllos, en su mayor parte caballeros, cuyas hazañas llenaban sus páginas daban lo mejor de sí mismos. El valor, el honor, la perseverancia y la lealtad eran las virtudes militares que Froissart deseaba destacar en sus escritos. Le importaba menos el resultado de una batalla que la forma en que luchaban los individuos o los grupos de hombres. Esto era así porque le guiaba un objetivo didáctico: pretendía que los episodios que describía sirvieran de ejemplo a otros.

El mensaje de Froissart caló hondo. «Un hombre bueno —escribió el anónimo narrador de las hazañas de Jean le Maingre, *dit* Bouciquaut, hacia 1410— vale tanto como mil hombres que no lo son.» Su objetivo era ensalzar a la caballería describiendo la vida y la carrera militar de un caballero.[2] Tanto Froissart como el autor que relata las hazañas de Bouciquaut veían la guerra a través de los ojos del individuo cuyas proezas (*Faits* o *Gesta*) se situaban en el ámbito de la literatura caballeresca. Del mismo talante es el texto que relata las hazañas de Enrique V, escrito por un clérigo de la casa real. En esta obra, el monarca, que lucha por la justicia a través de la guerra, se tiene que enfrentar con las fuerzas del mal (la herejía y los peligros sociales de Lollardy, así como la traición de algunos de sus más próximos allegados) sobre las cuales triunfa (el mismo lenguaje utilizado tiene un cierto sabor militar) antes de conseguir una victoria aún mayor en Azincourt. Adjetivos como «épico» y «heroico» parecen adecuados para describir este enfoque de la descripción de la guerra vista a través de las acciones de uno o más individuos.

Froissart destaca cuando describe la confrontación militar a gran escala que es la batalla. Pero también es consciente de que la guerra tiene otra parte menos noble y menos admirable que afectaba a aquellos que no habían decidido luchar pero que se veían implicados en la guerra. De Francia (era lógico que ocurriera en Francia, donde fundamentalmente se dirimía la guerra) salieron una serie de autores que se ocupaban de esa parte nada admirable de la guerra. Uno de

2. *Le livre des faits du bon messire Jean le Maingre, dit Bouciquaut, mareschal de France et gouverneur de Jennes*, ed. D. Lalande, París, Ginebra, 1985, p. 238.

esos hombres era Jean de Venette, que en el relato de las campañas de los primeros decenios de la guerra hacía hincapié en los sufrimientos físicos que imponía a la sociedad una soldadesca descontrolada. El sacerdote que era Venette veía muchas de las acciones de la guerra como actos de pecado. Lo que impresiona al lector es la amargura que se refleja en muchas de las páginas del cronista.

Esa amargura aparece también en el relato personal de los acontecimientos que hizo durante la casi totalidad de la primera mitad del siglo XV un clérigo anónimo parisiense, pero esa amargura es diferente de la de Vanette en cuanto que refleja una profunda decepción ante la incapacidad política de los dirigentes de la sociedad francesa por no ser capaces de ahorrar al país las consecuencias negativas de la guerra. Por lo demás, el análisis de la guerra que aparece en las páginas escritas por este desilusionado parisiense presenta un enorme interés. No le interesa el análisis de los acontecimientos políticos, que se limita a registrar, aunque en ocasiones añade un comentario sobre sus consecuencias e influencia. La importancia real de esta obra se manifiesta en otros aspectos. El autor hace gala de una gran comprensión hacia aquellos que sufren los efectos físicos y morales de la guerra (subraya la futilidad de la destrucción de las cosechas y propiedades y las consecuencias que ello tiene sobre los pobres en un momento en que los precios no hacen sino elevarse), pero es consciente también de la degradación que la guerra produce en el soldado. Una cosa es que los hombres de un país vayan a luchar contra los de otro. Pero la guerra en Francia es una guerra civil, un acto de traición cometido por un sector de la comunidad contra otro, punto de vista que lleva al autor a reflexionar que mientras la nobleza tal vez desea la guerra, el pueblo común sólo desea la paz. Es en este punto en el que la crítica que dirige a los dirigentes de la nación se expresa de forma más enérgica: lejos de unir al país no han hecho sino dividirlo.

Así pues, el historiador puede encontrar en las crónicas una serie de reflexiones sobre la guerra y sobre sus consecuencias para la sociedad. Pero más útiles, y ciertamente más significativas, son esas obras, difíciles de situar en una categoría concreta, que fueron escritas más específicamente como una contribución al debate público sobre las consecuencias de la guerra, en especial sobre la sociedad francesa. Hacia 1390, después de cincuenta años de conflicto, dos generaciones habían alcanzado ya el estado adulto. No es sorprendente que las obras más significativas de esta naturaleza vieran la

luz en el contexto de la larga generación que comenzó en el decenio de 1380 y terminó en 1410. Esas obras expresan algunas de las preocupaciones del sector culto de la sociedad que miraba su entorno y no le agradaba lo que veía.

En este contexto resulta obligado mencionar las opiniones de algunos personajes ingleses de primera fila. Para John Wyclif la guerra era negativa. Para su contemporáneo, el poeta John Gower, su causa principal era la codicia y ni siquiera la guerra contra los sarracenos estaba justificada: ¿cómo podía un hombre matar a otro cuyo rostro se reflejaba en el suyo?[3] Geoffrey Chaucer, aunque no era un pacifista, albergaba dudas respecto a la guerra que, llegados ya los últimos años del siglo XIV, tanto había durado con tan escasos resultados. Dos generaciones después, en 1436, cuando aún no parecía estar próxima la resolución del conflicto, John Lydgate, poeta de la corte y monje de Bury Saint Edmunds, que no estaba en contra de la guerra por razones de principio («sin guerra, como antes te he dicho, / No podemos preservar nuestra paz y derecho»), afirmaba, sin embargo, que «se abandone toda guerra y contienda». En su obra *Debate of the Horse, Goose and Sheep*, que relata el enfrentamiento entre un caballo, un ganso y una oveja sobre quién de los tres es el más útil e importante, el caballo destaca su papel en la guerra. También lo hace el ganso, como proveedor de plumas para las flechas. Por contra, la oveja representa, para algunos críticos, la paz.[4] Tal vez sea así, pero también es posible ver en la oveja la visión que tenía Lydgate de la figura sumisa y doliente del no combatiente, sobre quien recaen los mayores sufrimientos en tiempo de guerra y cuyos enemigos son el caballo y el ganso, mucho más agresivos.

¿Cómo se manifestaban los poetas en el tema de la guerra? En realidad, nada nuevo había en el hecho de que, como los trovadores, los poetas hicieran comentarios sobre la guerra como podían hacerlos sobre cualquier otro asunto de interés público. Su tarea consistía en preguntarse qué era lo que funcionaba mal en el mundo, en expresar sus sentimientos con sinceridad para mejorar así la suerte de la humanidad en general. De la misma forma que poetas como Guillaume de Machaut, Eustache Deschamps y Geoffrey Chaucer (en su *Tale*

3. Gower, *Confessio amantis*, trad. Tiller, p. 148.

4. *Minor poems of John Lydgate*, ed. H. N. MacCracken, EETS, Londres, 1934, II, 539-566.

of Melibee) escribieron sobre el ejercicio correcto del poder por el gobernante, también expresaron críticas (que muchas veces eran las críticas de una clase media cada vez más culta y que comenzaba a hacer oír su voz) contra la guerra que se pueden considerar como parte de un acervo literario crítico más amplio.

Dos temas destacan, en especial, en la poesía francesa. Uno de ellos es la necesidad de proseguir la guerra con energía y con una organización adecuada, para proteger al pueblo de la muerte, tema frecuente y preferido de la poesía de la época. De esta forma podría existir la paz y sería posible alcanzar el bien público. El segundo es una crítica de quienes ignoraban y abandonaban sus responsabilidades respecto al bien común y la afirmación de que el monarca tenía que seguir un camino firme para asegurar el logro y el mantenimiento de la paz. Como escribiera Lydgate, «el bien público siempre has de preferir / y recuerda que la paz es preferible a la guerra».[5]

¿Qué tratamiento recibían esos temas en las creaciones literarias ajenas a la poesía? Es indudable que en las postrimerías del siglo XIV existía un deseo general de paz tanto en Francia como en Inglaterra. John Gower, Christine de Pisan, John Lydgate y Alain Chartier escribieron obras en las que la palabra *peace* o *paix* aparece en el título, mientras que en 1395 Philippe de Mézières pedía a Ricardo II que pusiera fin a la guerra con Francia. Medio siglo después, Jean Juvénal des Ursins instaba a su soberano, Carlos VII, a que siguiera «el camino de la paz» (*la voye de paix*); la guerra contra Inglaterra, afirmaba, había durado demasiado. ¿Qué visión tenían estos hombres de la paz? Todos deseaban que se interrumpiera la lucha y, al mismo tiempo, todos ellos reconocían que el cese de las hostilidades no produciría por sí solo una paz auténtica y duradera. Lo que tenían en común Mézières, Pisan y Des Ursins (además de su condición de franceses) era la convicción de que la responsabilidad de conseguir la paz incumbía a la corona. Es evidente que para ellos la paz no significaba únicamente ausencia de guerra; implicaba un equilibrio adecuado en la estructura social, la desaparición de los abusos jurídicos y fiscales (los críticos tenían un largo camino que recorrer en este aspecto concreto) y la desaparición de la tiranía del soldado cuyas actividades no podían ser controladas ya ni por la corona ni por ninguna otra institución. En su alegato en pro de la paz, Mézières describe

5. *Ibid.*, II, 556.

su visión de un huerto rodeado por un muro, llamado Tuition, una especie de Edén gobernado por el rey de la paz (*rex pacificus*) que «estaba a favor de la autoridad y del bien común ... de manera que amaba y se preocupaba de poder ser padre de todos ellos».[6] También para Christine de Pisan lo más importante era la necesidad de un buen gobierno que podía reunir en armonía y paz a todos los sectores de la sociedad («en bonne conjonction et union ensemble»).[7] Des Ursins, que escribía en los últimos años de la guerra, consideraba que había que hacer algo (el hecho de que todavía se refiriera a ese tema demuestra que los esfuerzos anteriores no habían conocido el éxito). Aunque fuera necesario hacer concesiones territoriales había que poner fin a las calamidades de la guerra para que el pueblo (Des Ursins escribía como un obispo con experiencia de una diócesis situada en una zona «fronteriza») no sufriera más. La justicia y la paz —exclamaba siguiendo al salmista— tenían que abrazarse; en tanto que atributos de Dios, eran el mejor regalo que un rey podía hacer a su pueblo.[8]

El otro tema del que se ocupaba Lydgate era el de la *res publica*, o bien común. La preocupación por esa idea se remontaba a varios siglos en la Edad Media, habiéndose manifestado sobre todo en aquellas obras que se ocupaban del gobierno, en las que la idea del bien común se situaba con frecuencia frente a la del interés particular o tiranía, ¿Quiénes eran los tiranos para los hombres de los siglos XIV y XV? En Inglaterra y en Francia no era el monarca (con independencia de lo que pudiera pensarse de Ricardo II), sino el soldado, el que era considerado como perjuicio público, porque intentaba satisfacer su propio interés a costa de los demás. ¿Cómo se había producido eso?

El intento más destacado de abordar esta cuestión, con sus implicaciones para los grupos de la sociedad, fue protagonizado sin duda por Honoré Bouvet, prior de Selonnet, monasterio benedictino del sur de Francia, que escribió su *L'Arbre des batailles* en el decenio de 1380. Bouvet conocía a fondo el derecho civil y, sobre todo, el de-

6. *Letter to King Richard II. A plea made in 1395 for peace between England and France*, ed. y trad. G. W. Coopland, Liverpool, 1975, pp. 54-56.

7. Christine de Pisan, *Le livre du corps de policie*, ed R. H. Lucas, Ginebra y París, 1967, p. 167.

8. *Écrits politiques de Jean Juvénal des Ursins*, ed. P. S. Lewis, SHF, 2 vols., París, 1978-1985, II, p. 166.

recho canónico y fue al derecho al que dirigió su mirada para buscar una solución al problema. La guerra, argumentaba, no era mala cuando se utilizaba para alcanzar un objetivo legítimo ni cuando era iniciada y controlada por un príncipe. Pero la guerra era injusta cuando degeneraba en un asunto privado que no era dirigido por la autoridad adecuada, como ocurría muy frecuentemente en un período en que las Compañías asolaban Francia y, sobre todo, el sur del país, persiguiendo su beneficio privado. Era ese aspecto de la guerra el que Bouvet condenaba con toda energía. También era centro de crítica el caballero, con su gusto por las hazañas individuales y que, en esa misma época, era ensalzado por Froissart. Otro tanto cabe decir del comerciante que, tras haber sido atacado y privado de sus mercancías en el mar, conseguía una patente de corso de su soberano que le permitía intentar obtener una compensación apoderándose de la propiedad legítima de un compatriota de quien le había atacado, ya fuera en el mar o en puerto. Según el derecho militar y la práctica común, esos actos de desquite eran legítimos, pero Bouvet se preguntaba si era justo que un comerciante inocente, que lo único que tenía en común con el comerciante desalmado era que compartían la misma nacionalidad, sufriera las consecuencias de la acción ilegal del primero. ¿Se servía a la causa de la justicia y de la paz permitiendo que continuara esa práctica, considerando que conceder patentes de corso equivalía a legalizar la piratería?

Bouvet, consciente de las implicaciones que contenían sus críticas, se preguntaba cuáles eran los derechos del no combatiente, ya fuera mujer, niño, campesino, sacerdote o estudiante en tránsito hacia su lugar de estudio, en tiempo de guerra. El objetivo que perseguía al considerar esos aspectos era evidente. Bouvet trataba de limitar las consecuencias físicas de la guerra a aquellos que participaban activamente en ella; en la medida de lo posible, aquellos que eran meros espectadores de la guerra no debían sufrir sus consecuencias. Desde su punto de vista, el soldado tenía una libertad excesiva y apenas estaba sometido a la disciplina de la ley. En efecto, la ley bajo la que actuaba el soldado, la ley militar, aunque trataba de proteger a todas las partes, otorgaba al soldado una posición privilegiada subrayando sus derechos sobre los de los demás. El soldado debía formar parte de la sociedad y no ser ajeno a ella.

Bouvet, «uno de los primeros que defendió los derechos de los

no combatientes»,[9] salía en defensa de la gran mayoría de la población, que para muchos era víctima de la soldadesca. Para Bouvet, el bienestar de la población era el bien público, el bien que el caballero debía defender y no transgredir actuando abusivamente bajo la protección de la ley militar. Sólo la persona que ejercía la soberanía tanto sobre el soldado como sobre la comunidad en general tenía que aplicar las leyes de la guerra y debía hacerlo con energía, para que se cumpliera la justicia en nombre del interés público. En *L'Arbre* de Bouvet se pone el énfasis en la administración enérgica de la ley por parte del gobernante para bien de todos, no sólo para unos pocos, y el soldado es considerado como un servidor de la comunidad. Así, tal como había defendido Lydgate, y antes que él Mézières, había que situar el bien común (*le bien du peuple*) por encima del bien particular.

En esencia, aquello por lo que abogaba Bouvet no era nuevo. «El nombre de caballero constituye un honor, pero implica un duro trabajo», había escrito Juan de Salisbury en el siglo XII y Jean Juvénal des Ursins citaba esas mismas palabras con tono aprobatorio trescientos años más tarde.[10] Los caballeros de un país, escribió, deben defender al resto de la población, e incluso a su rey, en nombre del bien público. El caballero y, por extensión, incluso el soldado común, era servidor de ese bien público y, por otra parte, ambos tenían que estar dispuestos a someterse a la disciplina de la ley. La alternativa era que prevaleciera el interés particular, una forma de tiranía. La firme actitud de los antiguos romanos era constantemente comentada y ensalzada en la Baja Edad Media. El autor de Bouciquaut subrayaba el hecho de que Jean le Maingre había aplicado las normas y la disciplina de la caballería tal como lo hicieran los antiguos y Jean de Waurin alababa en los mismos términos la disciplina de Enrique V. La sociedad medieval consideraba que en los asuntos militares había mucho que aprender del mundo antiguo.

Este extremo se aprecia perfectamente en la popularidad de que gozó en este período el *De re militari*, manual de guerra de Vegecio escrito en el siglo IV. Durante los siglos XII y XIII se había adoptado

9. R. L. Kilgour, *The decline of chivalry as shown in the French literature of the late Middle Ages*, Cambridge, Mass., 1937, p. 168.

10. *Écrits politiques*, ed. Lewis, II, pp. 240-241. Véase también «iste nomen militis est nomen honoris et laboris» (*Sermons of Thomas Brinton*, ed. Devlin, I, 167).

un enfoque intelectual de la guerra: el caballero no sólo tenía que luchar, sino pensar y poseer dotes de previsión y prudencia. Tenía que estar siempre dispuesto para cualquier cosa que pudiera ocurrir, muy en especial ante lo inesperado, y podía prepararse para ello de formas diversas. Podía leer sobre la ciencia de la guerra en una obra como la de Vegecio, que le informaba sobre la forma de organizar las fuerzas, sobre cómo salir triunfante en determinadas situaciones como los asedios y de cómo prepararse para la lucha a través del entrenamiento. La popularidad del manual de Vegecio era indudable y han sobrevivido hasta nuestros días numerosas copias manuscritas.[11] De esta obra se hicieron muchas traducciones a las lenguas vernáculas, cada vez más importantes: al italiano, al alemán, francés (cuatro), catalán y, finalmente, el inglés, siendo la primera de esas traducciones la que se realizó al anglonormando a mediados del siglo XIII para el futuro Eduardo I. Algunos creen que el *De re militari* era ante todo un manual para la guerra que siempre había que tener a mano para poder consultarlo rápidamente en el curso de una batalla o de un asedio. Sea como fuere, lo cierto es que esa obra es mucho más que eso. Es la expresión de una filosofía básica sobre la guerra, que pretende dar al mismo tiempo motivos para la reflexión y directrices para la acción. No sólo las obras con las que se relaciona (militares, filosóficas y religiosas) nos permiten hacernos una idea de la forma en que era considerada en la Edad Media sino que, además, los nombres de quienes la manejaban, entre los que se incluyen obispos y monjes, así como reyes, príncipes y soldados, revelan quiénes la leían y pudieron verse influidos por su contenido.

¿Qué enseñanzas sobre la guerra podía ofrecer Vegecio a la sociedad de la Baja Edad Media? Más que los detalles de las técnicas o la organización, lo que debemos buscar en esa obra son generalidades y principios. Eso era lo realmente importante. De importancia crucial era comprender que la guerra se libraba para conseguir un objetivo político. En consecuencia, era absoluta la necesidad de alcanzar la victoria total, de manera que la valía de un soldado se juzgaba por su eficacia más que por sus proezas, por muy notables que éstas fueran. Por otra parte, la victoria debía ser conseguida en el lapso

11. C. R. Shrader, «A handlist of extant manuscripts containing the *De re militari* of Flavius Vegetius Renatus», *Scriptorium*, 33 (1979), pp. 280-305; J. N. H. Lawrance, «The spread of lay literacy in late medieval Castile», *Bulletin of Hispanic Studies*, 62 (1985), p. 89.

de tiempo más breve posible, con el mínimo esfuerzo y con la pérdida del menor número posible de vidas. Poseer información sobre los planes y movimientos del enemigo permitía a los jefes militares actuar con previsión y si los espías podían dar la información necesaria, había que recurrir a ellos, aspecto subrayado por Philippe de Mézières.[12] Es indudable que, en el sistema defendido por Vegecio, aquel jefe militar que elaboraba sus planes de forma anticipada y que utilizaba con eficacia su experiencia en la guerra tenía ventajas sobre el enemigo. Enrique V despertó la admiración por sus minuciosos preparativos antes de iniciar la invasión de Francia. En contraste con esa actitud, hay que citar las críticas que Philippe de Commynes dirigió al duque Carlos de Borgoña por no haber sido capaz de capturar Beauvais en el verano de 1472, no porque Dios estuviera de parte de los defensores (de lo cual estaba convencido Commynes, por otra parte), sino porque la longitud de las escaleras que poseía le impedían alcanzar la parte superior de las murallas y porque carecía del número suficiente de proyectiles de cañón que le habrían permitido derribar fácilmente las defensas. Como afirmara irónicamente Commynes, el duque «no había acudido preparado ni equipado para esa eventualidad», lo cual hizo que se le negara el éxito.[13]

Por otra parte, el número tampoco aseguraba la victoria. Todos tenían siempre presente el éxito conseguido en el campo de batalla por Judas Macabeo, que no había necesitado un ejército muy numeroso para derrotar al enemigo. Eran otros factores los que realmente importaban. Uno de ellos era el alto nivel de los mandos militares. La frecuencia con que aparece el tema de los nueve dignatarios (grandes jefes militares del pasado, uno de los cuales había sido Judas Macabeo) indica la importancia que se concedía a ese factor. Como vimos anteriormente, muchos llegaron a la conclusión de que la capacidad para dirigir no siempre era un atributo de la cuna. Como señalaba el autor de Bouciquaut, en el ejército la autoridad no había que otorgarla más que al más sensato, al más experto en las armas y al más experimentado («les plus sages et les plus expars aux armes

12. J. R. Alban y C. T. Allmand, «Spies and spying in the fourteenth century», *War, literature and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 73-101.

13. Philippe de Commynes, *Memoirs. The reign of Louis XI, 1461-1483*, trad. M. Jones, Harmondsworth, 1972, p. 208.

et les plus acoustumez»).[14] No se trataba de negar a la nobleza su posición tradicional de mando, sino antes bien de asegurar una oportunidad razonable de victoria situando al frente del ejército a individuos que poseyeran una capacidad militar por encima de la media para imponer una disciplina eficaz y el liderazgo necesario.

Para que el jefe militar tuviera al menos una posibilidad de éxito, el ejército bajo su mando tenía que estar formado, en la medida de lo posible, por tropas preparadas para luchar. El entrenamiento, tema importante en los cánones de guerra romanos, servía para que el soldado enfrentara la batalla mejor preparado en el uso de las armas y con una cierta ventaja psicológica sobre el enemigo menos preparado. La insistencia de Eduardo III en que los ingleses debían prepararse en el uso de las armas parece indicar que las enseñanzas de Vegecio comenzaban a ser tenidas en cuenta. William Worcester, autor de mediados del siglo XV, había asimilado perfectamente esta idea (que probablemente había tomado de Christine de Pisan que, a su vez, la había recibido de Honoré Bouvet), como lo indica que escribiera «que no hay otra cosa mundana que merezca nuestra consideración que un país o región aprovisionado de buenos soldados expertos en ejercitar las armas».[15] En otro pasaje de la misma obra, Worcester explicaba la pérdida de Normandía por parte del ejército inglés aludiendo al hecho de que el ejército no estaba adecuadamente preparado para enfrentarse a los franceses que, en tales condiciones, habían sido los vencedores naturales en la batalla.

Una última lección —sumamente importante— debía ser aprendida de Vegecio y de otros autores clásicos. Ya que la guerra tenía como objetivo el bien general, la defensa era una obligación común. En Italia, especialmente en Florencia, durante los primeros años del siglo XV, comenzaba a ganar terreno la visión clásica de la obligación civil en asuntos relativos al bienestar común, que subrayaba la obligación del ciudadano de ayudar al Estado en los momentos de peligro. Este punto de vista, con su rechazo implícito del mercenario, el soldado contratado temporalmente en el exterior para cumplimentar un objetivo militar concreto, y con su insistencia en la necesidad de la autosuficiencia, encontraría también gran aceptación al norte de los

14. *Bouciquaut*, ed. Lalande, p. 402.

15. William Worcester, *The Boke of Noblesse addressed to King Edward IV on his invasion of France in 1475*, ed. J. G. Nichols, Roxburghe Club, 1860, p. 27.

Alpes, especialmente en Francia. La anécdota, que recordaba Alain Chartier en su *Quadrilogue invectif* de 1422, de la contribución de las mujeres de Roma en la defensa del Capitolio permitiendo que cortaran sus cabellos para fabricar cuerdas «a fin de ayudar a la necesidad pública», encontraba un cierto paralelismo en la intervención de las mujeres de Beauvais contra los sitiadores borgoñones en 1472, intervención que llevaría al monarca a otorgarles privilegios sociales y cívicos.[16]

En el contexto de fortalecimiento de la conciencia nacional, la obligación de participar en la protección de la ciudad no tardó en ampliarse a la defensa del interés común más amplio, el país. Después de todo, ese mismo argumento se había utilizado para justificar la imposición de gravámenes fiscales para la guerra y constituía una forma de respuesta nacional a una crisis militar cuya gravedad sólo el rey podía juzgar. «Si pedís a vuestro pueblo dinero para una reforma —le dijo Jean Juvénal des Ursins a Carlos VII en 1440—, os lo dará sin el menor problema» («tres voulentiers le vous octroyent»). Ciertamente, Des Ursins no era enemigo de los impuestos, ni mucho menos. El monarca, escribiría algunos años después, puede tomar una parte de las propiedades de su pueblo, necesaria para mantener el bien público, ya que es legítimo recaudar dinero para satisfacer la necesidad pública. Pero como habían subrayado antes que él Philippe de Mézières y Jean de Montreuil, sólo había que exigir lo que era realmente necesario y los impuestos recaudados para la guerra habían de ser utilizados únicamente para ese fin.[17] Las afirmaciones de Mézières sobre la imposición real muestran cuánto le preocupaban los acontecimientos del momento. Los impuestos, escribió en más de una ocasión, eran elevados, si no insoportables, y tenían unas consecuencias sociales y económicas muy graves, socavando el bienestar del país. En un período de tregua, cuando Dios había interrumpido temporalmente el castigo de su pueblo, también el monarca debía mostrar su benevolencia. La invitación a no cobrar impuestos durante ese período era evidente.

16. *Quadrilogue invectif*, ed. Droz, p. 31; R. Vaughan, *Valois Burgundy*, Londres, 1975, p. 156.

17. *Écrits politiques*, ed. Lewis, I, pp. 320-321: Philippe de Mézières, *Le songe du vieil pèlerin*, ed. G. W. Coopland, Cambridge, 1969, II, p. 66; Jean de Montreuil, *Opera. II. L'oeuvre historique et polémique*, ed. N. Grévy-Pons, E. Ornato y G. Ouy, Turín, 1975, pp. 220-424.

Aunque el autor anónimo del poema *Against the King's Taxes* (*c.* 1340) había recalcado las consecuencias negativas de los impuestos en defensa de la comunidad rural inglesa, lo que realmente reflejaban las obras de esos autores no era una oposición a los impuestos sino una profunda hostilidad hacia la malversación y el abuso. En la Inglaterra de 1340 se afirmaba que «ni siquiera la mitad de los tributos recaudados en la tierra llegan a manos del rey».[18] Medio siglo después, Mézières hacía el mismo tipo de crítica en Francia: el dinero no se recaudaba adecuadamente y se beneficiaba de él quien no debía hacerlo. No hay duda sobre el significado de sus palabras. Mézières, como un Jeremías del siglo XIV, subrayaba que la vida de lujo de la corte absorbía el dinero que debía ser invertido en la defensa y la reconquista, en otras palabras, en el bien público. El dinero necesario para la guerra se gastaba en regalos, pensiones, edificios y otros tipos de lujos. Este tema era ya, pues, familiar cuando fue abordado por Jean Juvénal des Ursins en 1452. En tono moralista señaló que Juan II tal vez había sido castigado (siendo derrotado y hecho prisionero) en 1356 por haber hecho mal uso de los impuestos, lo cual era algo que el monarca no podía permitir que ocurriera. Más recientemente, reconvino a Carlos VII, el dinero recaudado para la guerra había sido utilizado para financiar torneos y una vida de lujo en un período de tregua, lo cual en nada favorecía al bienestar público. Ambos críticos se sentían indignados ante un fenómeno que ocurría delante de sus ojos pero que nada podían hacer por evitar, a saber, la recaudación de impuestos cuando no existía una guerra que los justificara.

Una segunda cuestión les preocupaba. Mézières, Montreuil y Des Ursins coincidían en sus críticas hacia el conjunto, cada vez más numeroso, de funcionarios reales para administrar la recaudación y el gasto del dinero público. Les calificaban de arribistas extravagantes cuyos métodos y prácticas corruptos les permitían enriquecerse hasta el punto de que podían comprar las tierras de los caballeros empobrecidos por los costes crecientes de la guerra. Mézières denunciaba sus abusos y exigía que rindieran cuentas de su tarea de administración. Ese tema sería abordado de nuevo por Des Ursins: el dinero, escribió, que había sido recaudado para la guerra era gastado por los

18. J. Coleman, *English literature in history, 1350-1400. Medieval readers and writers*, Londres, 1981.

administradores reales en lujos y en edificios suntuosos. Además, los administradores eran demasiado numerosos y recibían una remuneración excesiva del dinero público, que Des Ursins llamaba «la sangre del pueblo» («le sanc du peuple»).

Se hacía necesaria una reforma. Tanto Mézières como Des Ursins concluían que los funcionarios reales tenían que rendir cuentas regularmente al monarca. Mézières era partidario de una amplia descentralización en la recaudación y redistribución de los impuestos de guerra: la población mostraría menos renuencia a pagar si sabía que los recaudadores habían sido elegidos en la propia localidad y si podía controlar cómo se gastaba el dinero. Además, ello permitiría reducir considerablemente el número de funcionarios. Para restablecer la confianza pública, cada localidad nombraría una persona para dirimir las disputas que surgieran en torno a la recaudación de esos impuestos y sus decisiones serían apelables. Mézières creía que esas propuestas contarían con la aprobación general. Las únicas personas que se opondrían a ellas serían los funcionarios reales y aquellos otros que habían controlado el gasto de los impuestos y a quienes necesariamente tenía que perjudicarles cualquier cambio introducido en un sistema que había servido a sus intereses personales desde hacía más de medio siglo.

Existía una producción literaria que era vehículo de críticas y quejas, y cuyo objetivo era sacar a la luz pública los aspectos negativos de una sociedad fuertemente implicada en la guerra durante muchos años. Pero había otra literatura que era didáctica en el sentido más amplio del término: era una invitación a la acción, una guía para asegurar que todo se hiciera —bien hecho— por el bien de la sociedad. La victoria en la batalla podía conseguirse con el favor divino; igualmente, Dios ayudaba a quienes se ayudaban a sí mismos. Había una serie de lecciones «razonables» que aprender sobre la conducción de la guerra que, en el peor de los casos, podían contribuir a evitar la derrota y que, en la mejor de las situaciones, podían llevar a la victoria. El hombre estaba aprendiendo a superar una visión fatalista y a contribuir de forma más positiva y más intensa en el desarrollo de los acontecimientos.

Para ello contaba con la ayuda de la literatura militar e histórica del período. Así como el autor del Bouciquaut escribía (en la línea de Froissart y de otros autores) «para recordar las acciones de los hombres buenos de forma que sirvan como estímulo e inspiración a

los nobles que las escuchen para que intenten imitarles y actuar del mismo modo», también contaba que a Jean le Maingre le gustaba escuchar la lectura de libros que trataban de Dios y de los santos «y de los *Fais des rommains* e historias auténticas».[19] Esta obra, que data de comienzos del siglo XIII, y que había sido pensada originalmente como una historia de Roma, conoció un éxito extraordinario. Se basaba en algunos de los principales historiadores más importantes de Roma, presentaba la historia como una serie de hazañas y, como cabía esperar de una obra dirigida a una audiencia formada fundamentalmente por caballeros, centraba la atención en las acciones de guerra. Gran popularidad alcanzaron también otras tres obras sobre el tema de la guerra. Los *Facta et dicta memorabilia* de Valerio Máximo, autor del siglo I, al igual que los *Fais des rommains*, fue utilizada con frecuencia como fuente de anécdotas y de aspectos didácticos. Los *Stratagemata* de Frontino, del mismo período, era una compilación de máximas militares ilustrada con referencia a acontecimientos históricos tomados de un amplio grupo de autores clásicos. La última y, como se ha dicho, más influyente era la obra de Vegecio *De re militari*, de finales del siglo IV, libro cuyo mensaje filosófico era cuando menos tan importante como el militar.

Esas cuatro obras fueron traducidas a las lenguas vernáculas y fueron, por tanto, ampliamente leídas. Jean Gerson recomendaba que el delfín tuviera una copia de las obras de Valerio Máximo, Frontino y Vegecio en su biblioteca, mientras que algunos monarcas, como Eduardo I, Eduardo III y Carlos V, tenían manuscritos del libro de Vegecio. La primera traducción al francés fue encargada a finales del siglo XIII por el caballero Jean de Brienne, conde de Eu, y la primera traducción al inglés fue preparada para Thomas, lord Berkeley, en 1408. En el siglo XV se efectuaron también traducciones al catalán, al castellano y al portugués. Otros personajes destacados en la vida militar que conocían la obra de Vegecio fueron sir John Fastolf y Antonio da Marsciano, *condottiere* italiano del siglo XV, quien poseía una importante colección de obras militares.[20]

Pero no era necesario poseer esas obras para conocer los puntos

19. *Bouciquaut*, ed. Lalande, pp. 410, 416.

20. M. Mallett, «Some notes on a fifteenth-century *condottiere* and his library: Count Antonio da Marsciano», *Cultural aspects of the Italian Renaissance. Essays in honour of Paul Oskar Kristeller*, ed. C. H. Clough, Manchester, Nueva York, 1976, pp. 202-215.

fundamentales que en ellas se trataban. En el siglo XII, Juan de Salisbury, que poseía un ejemplar de la obra de Vegecio, había incorporado numerosos extractos de ella en su *Policraticus*; Vincent de Beauvais haría lo mismo y su ejemplo fue seguido por Giles de Roma, cuyo *De regimine principum*, de finales del siglo XIII, fue tal vez la contribución más popular a la amplia literatura «de espejo» (o «cómo llegar a ser un buen príncipe») de la Edad Media, todavía en proceso de desarrollo. Como señalara santo Tomás de Aquino, un gobernante tenía que defender a su pueblo, y para ello tenía que estar capacitado y dispuesto a luchar. La obra de Giles de Roma era extraordinariamente útil porque daba consejos sobre la mejor manera de cumplir con esa obligación. Cuando Christine de Pisan escribió su *Livre du corps de policie*, en la misma vena en los inicios del siglo XV, también citaba frecuentemente a Valerio Máximo y a Vegecio, mientras que en su *Livre des fais d'armes et de chevalerie*, que alcanzó gran popularidad y que sería traducido al inglés por William Caxton, se basaba también en esos dos autores, a los que añadió Frontino y Honoré Bouvet, cuyas ideas alcanzaron así mayor difusión.

Así pues, la literatura de guerra, ya fuera de la Antigüedad o de épocas más recientes, ya se tratara de textos completos o de textos «moralizados», en los que el saber de los historiadores o de los autores de textos sobre la guerra de la Antigüedad, que se conocía como «las enseñanzas de los maestros en filosofía» se incorporaba a unas obras ya superadas, alcanzó una enorme influencia. En todos los casos, su objetivo era claramente didáctico: se leían esas obras o se escuchaba su lectura (como Carlos el Calvo, que mientras se hallaba acampado cerca de Neuss en 1474, hacía que le leyeran a «Valerio Máximo, Tito Livio o algún libro sobre Alejandro Magno o de batallas») en parte por distracción y en parte por las enseñanzas que esos textos podían ofrecer.[21]

¿Qué tipo de enseñanzas? ¿Sobre el arte de la guerra? Hay que concluir que, puesto que las anécdotas que leían procedían de un pasado muy lejano, lo que se podía conseguir en los libros era más los principios generales de la experiencia militar que los detalles del arte de la guerra, lo general más que lo particular. Pero dado que la forma popular de literatura didáctica para los príncipes contenía numerosos consejos sobre el lugar que ocupaba la guerra en la sociedad, había

21. Citado por R. Vaughan, *Charles the Bold*, Londres, 1973, p. 163.

enseñanzas que podían ser útiles tanto para el gobernante como para el soldado. En gran parte, esa literatura se ocupaba, en último extremo, del bienestar del Estado, de su gobierno y de su defensa frente a los enemigos exteriores. Eran «las cosas de provecho para el reino y el bien público» las que interesaban a autores como Méziè-res y, sobre todo, a Bouvet. El título de la obra de Bouvet, *L'Arbre des batailles*, indica que su autor tenía un interés más que superficial en la guerra. Pero, en último extremo, su gran preocupación era la paz, una paz en la que al soldado no se le permitía practicar la violencia para sus propios fines, sino que utilizaba su fuerza y su preparación por el bien de toda la comunidad.

CONCLUSIÓN

¿Qué conclusión podemos establecer? Después de un largo período de guerra, Inglaterra y Francia tenían que recuperarse de la prueba. En Inglaterra la gran perdedora era, como todo parecía indicar, la monarquía, ya que su pretensión al trono de Francia había sido claramente rechazada. No podía ser mayor el contraste con los años triunfantes de los reinados de Eduardo III y Enrique V, como fácilmente comprenderá aquel que lea los diferentes relatos de los acontecimientos ocurridos en Londres en 1415 y 1450. En la segunda de esas fechas la traición y el amargo sabor de la derrota se cernían pesadamente en el aire. Los ingleses que habían vivido, trabajado o luchado en Normandía se sentían abandonados. Incluso el orgullo de aquellos que nunca habían estado en Francia se había visto afectado como consecuencia de los recientes infortunios, por los cuales sir John Fastolf, que había partido de Francia diez años antes, tuvo que soportar el odio de los rebeldes de Kent que atacaron Londres en julio de 1450.

Poco después, los perdedores de Francia dirigirían su atención hacia otro objetivo, el apoyo de las ambiciones dinásticas de Ricardo, duque de York, que en dos ocasiones había desempeñado un alto puesto en Normandía con Enrique VI, período durante el cual nació en Ruán su hijo primogénito, Eduardo, que sería proclamado rey de Inglaterra en 1461. No está claro que exista en todos los casos una relación directa entre quienes habían estado con Ricardo de York en Francia y quienes le apoyaron en su enfrentamiento con Enrique VI. Sin embargo, lo cierto es que cuando estalló el conflicto en Inglaterra en 1455, muchos de quienes se decidieron a apoyar al duque de York habían luchado en Francia en la generación anterior y estaban dispuestos a poner toda su experiencia a su servicio.

Al igual que un campo de fútbol al final de una larga temporada, Francia necesitaba muchos cuidados, sobre todo en algunas zonas.

> Una vez los ingleses hubieron partido
> Todos intentaron con gran entusiasmo
> Construir y comerciar
> Y producir de nuevo todo tipo de bienes.[1]

Por una feliz coincidencia, que probablemente poco tenía que ver con el fin de la guerra, la economía de Francia, que tantas crisis había conocido en los últimos 150 años (y muy en especial desde 1430), comenzó a recuperarse. La climatología mejoró, comenzaron a sentirse con menos fuerza las consecuencias de las epidemias recurrentes y, como consecuencia de la paz, el país recuperó una cierta estabilidad.

Pero sería erróneo pensar que la situación se normalizó de la noche a la mañana. De cualquier manera, lo cierto es que los historiadores de la economía han concluido que en el período 1450-1480 se produjo una recuperación económica a escala europea. La actividad comercial desempeñó un papel importante en ese proceso. Es cierto que el comercio entre Francia e Inglaterra, instrumento de la política, se había interrumpido casi por completo en el decenio de 1450, pero en la década de 1460 comenzó a recuperarse gracias a los estímulos oficiales. El tratado de Picquigny de 1475 sería conocido como «la paz de los comerciantes» porque influyó de forma positiva en el comercio internacional. Hay que citar dos factores importantes en la recuperación de Francia: la confianza en el futuro, como lo manifiesta la inversión de capital en el comercio y en la agricultura, y la mayor seguridad que existía en los caminos y en los ríos de Francia, lo que hacía que fuera menos arriesgado el transporte de mercancías. En estas condiciones económicas y sociales mucho más favorables la población francesa, que había perdido dos tercios de sus efectivos durante los 150 años anteriores, comenzó a experimentar una importante recuperación.

El decenio de 1450 contempló también la resolución de otro problema importante, el de la devolución de las propiedades confiscadas por los reyes de la dinastía Láncaster, que habían entregado a unos

1. Citado por M. Mollat, *Le commerce maritime normand à la fin du moyen âge*, París, 1952, 1952, p. 75. («Quant Angloys furent dehors / Chascun se mist en ses efforts / De bastir et de marchander / Et en biens superabonder».)

partidarios que habían regresado a Inglaterra hacía ya mucho tiempo. Gracias a una buena administración y a que se adoptó una actitud jurídica flexible (esta cuestión podía haber suscitado numerosas disputas que podían haberse visto avivadas tanto por las reclamaciones legales como por los recuerdos emocionales), ese problema potencial no tardó en ser resuelto, dándose así un gran paso adelante en el «restablecimiento de la paz social» en un país que hasta hacía poco tiempo había sufrido graves divisiones.[2]

Paralelamente a esas medidas para restablecer la economía y el orden social se produjeron una serie de procesos a lo largo de un siglo más o menos, que influirían grandemente en el futuro. Uno de esos procesos fue la evolución del ejército y su lugar en la sociedad. La Guerra de los Cien Años había desencadenado importantes transformaciones en este sentido, las más importantes de las cuales se produjeron en Francia. Si en 1350 el ejército francés estaba menos avanzado, desde el punto de vista institucional, que el de Inglaterra, en 1450 la situación se había invertido por completo. Ello fue debido a una serie de factores. Como quedó demostrado en los acontecimientos de 1449-1450, la posibilidad de que Francia liberara a su territorio de la presencia enemiga dependía del ejército. Inglaterra nunca había experimentado esa necesidad y, en consecuencia, no había tenido que desarrollar esa institución que, en Francia, era un arma al servicio del Estado francés, bajo el control de la corona y con lo que era una forma primitiva de carrera militar. Cuando las fuerzas inglesas fueron expulsadas del país, Francia ya había dado el primer paso hacia la creación de un ejército permanente, que existiría tanto en los períodos de guerra como en las épocas de paz.

Además, Francia no estaba sola en ese proceso. Desde mediados del siglo XV, los duques de Bretaña contrataban soldados con carácter permanente y en el decenio de 1470 una serie de ordenanzas elaborada por Carlos, duque de Borgoña, determinó con todo detalle la organización del nuevo ejército ducal permanente cuyos miembros, cuando no fueran necesarios en la guerra, podían servir en guarniciones y en la artillería, que era un arma en proceso de desarrollo. Por contra, Inglaterra no había avanzado hacia la creación de un ejército permanente, mientras que Escocia nunca había poseído un ejército

2. A. Bossuat, «The re-establishment of peace in society during the reign of Charles VII», *The recovery of France in the fifteenth century*, ed. P. S. Lewis, Londres, 1971, pp. 60-81.

formado por soldados asalariados, y en los momentos de crisis recurría a todos los hombres fuertes del país que servían sin obtener nada a cambio.[3]

El coste de mantener un ejército era muy elevado. Los impuestos se elevaban enormemente: la *taille* se multiplicó por tres entre 1470 y 1484. Parecía haber razones de peso para ello. Había que pagar los salarios y también el entrenamiento era costoso. Era necesario conseguir armas: forjar los cañones que sólo el Estado podía pagar y fabricar la pólvora. Era necesario dar alimentos y alojamiento al ejército, lo que suponía construir nuevos edificios y modificar los existentes. El proceso no estaba sino iniciándose. Pero era un comienzo muy costoso. Como en todas las organizaciones, fue necesario crear una burocracia que, inevitablemente, contribuyó también (algunos pensaban que en demasía) a elevar los costes de mantenimiento de un ejército permanente.

Fue el jurista sir John Fortescue quien subrayó las formas distintas de hacer las leyes y recaudar impuestos que caracterizaban a Francia y a Inglaterra en el siglo XV. Desde su punto de vista, Francia era gobernada con una autoridad regal (*dominium regale*), mientras que en Inglaterra se tenía en cuenta el consentimiento de los gobernados (*dominium politicum et regale*). ¿Hasta qué punto influyeron esas tradiciones en otro factor estrechamente vinculado con la guerra, el desarrollo del sistema impositivo?

Una serie de trabajos recientes nos permiten conocer lo que ocurría en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIV. Los impuestos con los que hacer frente a las necesidades de la guerra tenían que ser votados si se demostraba que eran necesarios. Ello había quedado establecido en los inicios del período. Los impuestos se recaudaban a escala nacional y era el rey quien decidía el gasto, aunque a veces recibía consejos al respecto. En los años centrales de la centuria, en 1356, el subsidio de la lana fue votado para los seis años siguientes, y la suma recaudada sería utilizada para la defensa y protección del comercio. La votación de ese impuesto tuvo gran importancia, pues iba más allá de las necesidades inmediatas y sirvió para demostrar que los representantes que se reunían en el Parlamento eran cons-

3. M. Jones, «L'armée bretonne, 1449-1491: structures et carrières», *La France de la fin du XV^e siècle: renouveau et apogée*, ed. B. Chevalier y P. Contamine, París, 1985, pp. 147-165; Vaughan, *Charles the Bold*, cap. 6; A. Grant, *Independence and nationhood. Scotland, 1306-1349*, Londres, 1984, p. 34.

cientes de que, poco después, la imposición tendría un carácter permanente, aunque los impuestos fueran votados en el Parlamento.

Es importante subrayar que las exigencias de la guerra no siempre planteaban una situación de «política de confrontación» entre el monarca y el pueblo, aunque los parlamentos se veían muchas veces acosados por los problemas derivados de la necesidad de conseguir dinero para la guerra. En la práctica, normalmente se reconocía que la nación se hallaba en peligro y se cumplía con la obligación fiscal, en lo cual ayudaba la presencia en el Parlamento de hombres que habían luchado en la guerra y que adoptaban una actitud activa en la cuestión de la votación de los impuestos. Sólo en otros asuntos, que se referían al bienestar más general del país y que se discutían después de haber considerado los problemas de la defensa, podían surgir diferencias de criterio entre el rey y el pueblo. Pero no se producía una negociación seria ni se realizaban concesiones «políticas» por una u otra parte en los asuntos referentes a la guerra. Tanto el rey como el Parlamento reflejaban, en forma diferente, la unidad de la nación. Si la unidad se veía amenazada, actuaban conjuntamente. La visión tradicional del Parlamento inglés como un lugar de reunión donde el rey concluía una serie de pactos con su pueblo, que le obligaba, así, a gobernar con su consentimiento (el argumento «constitucional») ha de ser matizada.[4]

Por contra, en Francia se habían desarrollado dos tradiciones diferentes. Una era la manipulación general de la moneda por parte de la corona que permitió a algunos monarcas, entre los que destacan Felipe IV, Carlos IV, Carlos VI y Carlos VII, devaluar la moneda. Esos procedimientos eran muy impopulares pero cuando se aplicaban en períodos breves daban resultados positivos. La otra tradición era la de recaudar impuestos a través de las votaciones de asambleas, habitualmente no asambleas a escala nacional como ocurría en Inglaterra, sino de carácter provincial, en las que frecuentemente los intereses locales predominaban sobre los nacionales. En contraste con la situación en Inglaterra, es bien conocida la debilidad de los estados de Francia, de manera que la monarquía no encontraba muchas

4. Véase el estudio de G. L. Harriss, *King, Parliament and public finance in medieval England to 1369*, Oxford, 1975, y su «Ward and the emergence of the English Parliament, 1297-1360», *JMedH*, 2 (1976), pp. 35-56. Véase también el análisis de J.-P. Genet, «Les débuts de l'impôt national en Angleterre», *Annales*, 34 (1979), pp. 348-354.

dificultades para conseguir las sumas que necesitaba.[5] Si a eso añadimos la indudable autoridad de la corona en las cuestiones de provisión de fondos (lo que el cardenal Richelieu llamaría un día *puissance du prince*) debemos concluir que el poder de la corona para conseguir dinero para la guerra, sobre todo en los momentos de necesidad justificable, era muy considerable.

No es sorprendente, pues —aunque Felipe IV se encontró en una ocasión con una cierta oposición cuando los impuestos votados para hacer frente a las necesidades de defensa no fueron devueltos cuando la situación que había generado la petición real había sido superada—, que cincuenta años después el clima hubiera cambiado de tal manera que en Francia la imposición se convirtió en un factor permanente. No es difícil encontrar las causas que explican ese proceso: la situación de guerra casi continua tenía, como corolario, la imposición permanente, y la necesidad de recaudar el rescate del rey Juan II y de combatir a los *routiers* que amenazaban la estabilidad interna de Francia (casos ambos de grave necesidad) desembocaron en el pago de impuestos regulares que muy pocos objetaron. Cuando, casi un siglo después, Carlos VII dio un paso adelante y creó un ejército permanente, en un momento en que el país se veía sometido una vez más a la amenaza de los soldados de fortuna, lo hizo sabedor de que, en una situación histórica que desde hacía tiempo era favorable a la monarquía, no le sería difícil recaudar el dinero necesario para financiarlo. Aunque Jean Juvénal des Ursins le criticara por recaudar impuestos «sans le consentement de vos trois estas», sabía perfectamente que su protesta no tendría consecuencias.

Existían opiniones diferentes respecto a las consecuencias que esos acontecimientos podían tener en Francia. Para Jean Juvénal des Ursins provocaban una indudable situación de inquietud, aunque admitía que la existencia de un ejército podía servir para poner orden en una sociedad dividida con resultados beneficiosos para la economía. El coste en términos financieros sería muy elevado. Para Fortescue un ejército de esas características podía ser un instrumento de

5. P. S. Lewis, «The failure of the French medieval estates», *P&P*, 23 (1962), pp. 3-24; recogido en el estudio del autor *Essays in later medieval French history*, Londres, 1985, pp. 105-126. Véase también A. R. Myers, «The English Parliament and the French estates general in the middle ages», *Album Helen Maud Cam. Studies presented to the international commission for the history of representative and parliamentary institutions*, Lovaina, París, 1961, pp. 139-153.

tiranía, tanto como consecuencia del comportamiento sin freno de la soldadesca como por el coste de los impuestos necesarios para mantenerlo. Thomas Basin estaba de acuerdo con esa interpretación. Desde su punto de vista, la nobleza se bastaba para proveer al rey de un ejército adecuado. Por su parte, Philippe de Commynes observaba que lo que el pueblo tenía contra el concepto de un ejército permanente no era su carácter de permanente sino su coste, que en el tercer cuarto del siglo xv provocó un extraordinario incremento de los impuestos. Ciertamente, podía producirse una tiranía, pero sería fiscal más que militar.

La guerra y sus necesidades —la opinión de los historiadores es casi unánime en este sentido— planteó exigencias ingentes y cada vez mayores a las finanzas de las naciones. De hecho, podemos afirmar que el desarrollo de las finanzas públicas fue una de las grandes innovaciones que provocó la Guerra de los Cien Años. Pero ese acontecimiento tuvo una serie de consecuencias imprevistas y negativas. Mézières y Des Ursins no fueron los únicos que se lamentaban de que la ampliación de la capacidad impositiva de la corona para hacer frente a las necesidades de la guerra hiciera que se desarrollara una gran vida de lujo en la corte, a la que acudían muchos hombres con la esperanza de conseguir trabajo, favores y recompensas materiales. Como Des Ursins comentó con Carlos VII, el dinero recaudado para financiar el bien público pero que se gastaba en otras cosas, como productos suntuarios, había de pesar enormemente en la conciencia real.

Es posible que la Guerra de los Cien Años no fuera un punto de inflexión, pero es indudable que tuvo consecuencias importantes sobre la sociedad de la época, en especial en los campos social y económico. No han conocido gran predicamento quienes afirman que la guerra fue beneficiosa para uno de los bandos y perjudicial para el otro. Es cierto que muchos individuos se beneficiaron de la guerra, pero no es tan evidente que eso también ocurriera en el caso de los grandes grupos de población. De cualquier forma, algunos historiadores han afirmado recientemente que la guerra provocó una «redistribución» de la riqueza en Francia e Inglaterra, donde, por ejemplo, el clero se vio obligado a rendirse a las presiones para que contribuyera a los costes de la guerra y, sobre todo, a los de la defensa local, teniendo que pagar grandes sumas en concepto de impuestos

indirectos, lo cual supuso que esa riqueza estuviera al servicio de la comunidad.

Así pues, los impuestos eran una forma básica de «redistribución». Pero en la guerra la monarquía no sólo incrementaba los impuestos sino también los gastos. Dado que los gastos de guerra eran muy variados (incluían, por ejemplo, la compra de materiales y de alimentos en grandes cantidades y el pago de salarios que implicaba sumas aún más importantes) muchos se beneficiaban, de una u otra forma, de ese incremento del gasto público. La guerra, al permitir que las coronas de Francia e Inglaterra controlaran sumas de dinero mucho más importantes, también les dio más poder e influencia. Los monarcas, cuando obtenían dinero para hacer frente a una situación de urgencia militar, no tenían obligación legal de dar cuentas de ese dinero. Sin embargo, esta era una cuestión muy delicada y en 1377 los Comunes insistieron en nombrar dos tesoreros de guerra para contribuir a disipar las sospechas de malversación. Mientras tanto, en Francia las críticas sobre la forma en que se gastaba el dinero pusieron en evidencia que en la corte había numerosos enfrentamientos internos para que aquellos que tenían influencia pudieran asegurarse de que llegaría a sus manos una parte de ese dinero, ya fuera gastado en financiar los gastos militares o en los salarios del cada vez mayor número de administradores y funcionarios.

El dinero era poder y los hombres luchaban por conseguirlo, siendo las cortes de los monarcas el centro neurálgico de esa lucha. La nobleza, las más de las veces en situación económica difícil a causa de la disminución de sus rentas y del elevado coste de la guerra, intentó resolver sus problemas participando en la guerra al servicio de la corona, con la que, particularmente en Francia, inició una nueva relación. Incluso en Inglaterra no era frecuente que los miembros de la nobleza protestaran con demasiada fuerza por los impuestos que ellos y sus tenentes tenían que pagar para hacer frente a las necesidades de la guerra. En efecto, la guerra permitiría que ese dinero volviera a parar a sus manos, en el caso de algunos en cantidades superiores a las que pagaban en concepto de impuestos.

La guerra ofreció oportunidades a la nobleza de los dos países. Siempre existía la oportunidad de conseguir botín, rescate y otros beneficios materiales. También les ofrecía la oportunidad de alcanzar la fama, tanto entre sus iguales como entre el resto de la población. Asimismo, les permitía desempeñar una de las funciones que justi-

ficaban su existencia y su posición privilegiada: la tarea de defender a la población en un momento de peligro inminente. Y todo ello se hacía a expensas del país, a través de los impuestos, gran parte de los cuales iban a parar a la nobleza en forma de salarios o pensiones por el cumplimiento de tareas militares y administrativas. No es difícil comprender por qué la guerra gozaba de tanta popularidad entre aquellos que la hacían en esas condiciones.

Asimismo, es fácil comprender el disgusto de quienes se sentían abandonados (como ocurrió en muchos casos en Francia en 1356) cuando la nobleza, que vivía de los fondos públicos, se dejó derrotar por los ingleses. El abismo, cada vez mayor, que se aprecia claramente en los comentarios sociales de finales del siglo XIV, entre la nobleza guerrera y el ejército cada vez más numeroso de funcionarios por un lado, y el pueblo común, por otro, pone de manifiesto que la guerra podía convertirse en un factor de división en la sociedad de la Baja Edad Media. La «redistribución» y el cambio no afectaron tan sólo al nivel más alto de la nobleza. La participación cada vez más amplia de muchos grupos y profesiones en la guerra significó que sus miembros fueran también susceptibles de experimentar beneficios y pérdidas como consecuencia de la guerra. Sabemos que hubo comunidades enteras que perecieron, o que declinaron al menos, como resultado directo de las consecuencias de la guerra en sus actividades económicas principales, que podían ser el comercio o la pesca. Otras, entre ellas algunas muy importantes, tuvieron que variar su orientación comercial en respuesta a los cambios políticos causados por la guerra. Durante algunos años a partir de 1453, el comercio del vino de Gascuña con Inglaterra se interrumpió casi completamente, de forma que un puerto como Bristol tuvo que buscar otros mercados. De igual forma, los gascones, que tenían que vender su producción vinícola, comenzaron a aprovisionar a un mercado más amplio, lo cual les produjo beneficios evidentes. Hay argumentos de peso para pensar que la guerra influyó positivamente en la ampliación de los canales comerciales de la Europa de la Baja Edad Media.

La guerra favoreció también a quienes supieron utilizar en beneficio propio las condiciones que creaba la situación de conflicto. Eran estos los primeros hombres de negocios, los abastecedores que proveían armas o los constructores que, como los que ayudaron a Eduardo I a construir sus castillos en el norte de Gales, obtuvieron importantes beneficios de la guerra. Otros supieron aprovechar la caída de

los precios para comprar tierras. Cuando Francia se recuperó en los años posteriores a la derrota de los ingleses, hubo funcionarios reales que vivían en París (con frecuencia tenían el dinero necesario) que compraron tierras y propiedades a precios muy bajos en algunas regiones muy próximas a la capital. Estos hombres pretendían certificar su progreso invirtiendo en la tierra, fenómeno que también ocurría en Inglaterra, como lo muestra claramente la trayectoria de varios jefes militares como sir John Fastolf y sir William Oldhall.

Finalmente, hemos de hacer referencia al hecho de que los historiadores franceses actuales resaltan la influencia de la guerra en el desarrollo del Estado moderno. Esto parece evidente en el caso de Francia. No hay duda de que el período de conflicto con Inglaterra fue testigo del fortalecimiento de la identidad nacional de Francia, de su integridad territorial y de la autoridad que sus gobernantes podían ejercer sobre el país. Francia era ahora una nación cuyo monarca había dejado de ser un señor feudal para convertirse en el gobernante de un *regnum*, que ya no tenía vasallos sino súbditos. Las exigencias de la defensa nacional podían imponerse ahora a los franceses de todas las partes del reino: así quedó claro con la creación de los *francs-archers* en 1448. La guerra contra Inglaterra se había convertido en una guerra nacional dirigida por el Estado, que se personificaba en los hombres que, nombrados por el rey, institucionalizaban la guerra organizando, coordinando y canalizando el esfuerzo de la nación.

¿Ocurrió el mismo fenómeno en Inglaterra? Como ya se ha dicho,[6] hay razones de peso para afirmar que el sistema administrativo que utilizaron los reyes para organizar la guerra contra Inglaterra era fundamentalmente el mismo que había sido creado mucho antes de que Eduardo I comenzara sus enfrentamientos con los galeses, escoceses y franceses en los últimos años del siglo XIII. Lo que es de gran importancia es la forma en que este sistema, basado en el *exchequer* y el *wardrobe*, se amplió sin que su naturaleza original experimentara un cambio fundamental. Asimismo, hay que decir que la sociedad inglesa tenía una homogeneidad que, puesto que se remonta a la introducción de nuevos modelos jurídicos y administrativos en el siglo XII, existía mucho antes de que comenzara la Guerra de los Cien Años. Es cierto que el desarrollo del Parlamento como institución en el siglo XIV se aceleró a consecuencia de la guerra (en especial

6. Véase *supra*, cap. 4, pp. 152-153.

por su mala administración). Pero muy poco se habría conseguido en este sentido si la base fundamental del poder y la autoridad parlamentarios —el hecho de que, en algún sentido, representaba a la nación— no hubiera existido ya en los reinados de Eduardo I y Eduardo II.

«Se quiera o no, la guerra ha desempeñado, para mejor o para peor, un papel fundamental en el proceso del cambio histórico.»[7] Nadie rechazará la validez general de esta conclusión. Pero al comparar dos sociedades, incluso dos sociedades próximas geográficamente, a lo largo de un período de tiempo, no sólo debemos recalcar las similitudes, sino también los contrastes. Tanto la historia como la geografía influyeron de forma decisiva en el desarrollo de los reinos de Francia e Inglaterra. En más de un sentido, en el derecho y en las instituciones, Inglaterra se situó muy por delante de Francia. Ni siquiera las importantes innovaciones introducidas en Francia en el siglo XIII fueron lo bastante eficaces —o de la naturaleza necesaria— como para contrarrestar el importante impulso hacia adelante que vivió Inglaterra en la primera fase de la Guerra de los Cien Años. Francia carecía del sentido de unidad que Inglaterra, un país más reducido, ya poseía. Carecía de la voluntad para actuar como una unidad y, en consecuencia, tampoco poseía la maquinaria necesaria para hacerlo en una situación de urgencia. Hay que poner en el haber de la monarquía francesa el hecho de que en los cincuenta años cruciales transcurridos entre 1330 y 1380 aproximadamente, se plasmara en realidad la voluntad de crear una maquinaria de guerra con la posibilidad de funcionar tanto a bajo rendimiento (sin la necesidad de partir de cero con cada nueva guerra) como a altas revoluciones. La nación francesa, que en un principio se hallaba en una situación de desventaja, se unió a la monarquía para situarse en pie de guerra. Puesto que el conflicto se solventó fundamentalmente en su territorio, podemos decir que el pueblo francés no tenía otra alternativa que reaccionar de esa forma. Por contra, los ingleses utilizaron métodos más tradicionales para galvanizar a la población y organizarla para la guerra. ¿Acaso eso se explica por el hecho de que los franceses actuaban más de acuerdo con los tiempos y utilizaban métodos que miraban más hacia el futuro? Tal vez esa fuera la razón.

7. M. Howard, *The causes of war and other essays*, Londres, 1985, p. 151.

CRONOLOGÍA

1259 Tratado de París
1294 Felipe IV confisca el ducado de Aquitania
1306 Proceso de Montreuil
1311 Proceso de Périgueux
1323 Incidente en Saint-Sardos
1324 Carlos IV confisca el ducado de Aquitania
1327 Muere Eduardo II, rey de Inglaterra; le sucede Eduardo III
1328 Muere Carlos IV, último rey Capeto de Francia; Felipe VI, primer rey Valois de Francia
1331 Eduardo III rinde homenaje ligio por sus tierras en Francia
1332-1333 Proceso de Agen
1337 Felipe VI confisca el ducado de Aquitania. Guerra
1340 Eduardo III gana la batalla naval de Sluys
1344 Negociaciones de paz en Aviñón
1346 Eduardo III en Normandía; los ingleses ganan la batalla de Crécy
1347 Los ingleses toman Calais
1348-1349 Peste Negra
1350 Muere Felipe VI; Juan II se convierte en rey de Francia
1353-1354 Negociaciones en Guines
1356 El Príncipe Negro gana la batalla de Poitiers; el rey Juan II es hecho prisionero
1360 Tratado de Brétigny; comienza un período de paz relativa
1364 Muere Juan II en Londres; Carlos V se convierte en rey de Francia
1367 Victoria del ejército del Príncipe Negro en Nájera
1369 Se reanuda la guerra entre Francia e Inglaterra
1372 Victoria naval francesa en las proximidades de La Rochelle
1375 Nuevas negociaciones en Brujas
1376 Muere el Príncipe Negro
1377 Muere Eduardo III; Ricardo II se convierte en rey de Inglaterra
1378 Se inicia el Gran Cisma
1380 Muere Carlos V; Carlos VI se convierte en rey de Francia. Última gran expedición

inglesa a Francia en este siglo

1381-1382 Graves conflictos sociales en Inglaterra y en Francia

1396 Se acuerda una tregua de veintiocho años

1399 Ricardo II es depuesto; le sucede Enrique IV como rey de Inglaterra

1411-1412 Pequeña expedición inglesa a Francia

1413 Muere Enrique IV; Enrique V se convierte en rey de Inglaterra

1415 Enrique V invade Normandía, ocupa Harfleur y obtiene la victoria en Azincourt

1417 Finaliza el Gran Cisma

1417-1420 Gran parte del norte de Francia queda bajo control inglés

1419 Asesinato de Juan, duque de Borgoña, en Montereau

1420 Tratado de Troyes; matrimonio de Enrique V y Catalina de Francia

1421 Victoria franco-escocesa en Baugé

1422 Muere Enrique V de Inglaterra; le sucede Enrique VI Muere Carlos VI; le sucede Carlos VII como rey de Francia

1424 El ejército franco-escocés es derrotado por los anglo-borgoñones en Verneuil

1429 Juana de Arco levanta el sitio de Orleans; Carlos VII es coronado en Reims

1431 Juicio y ejecución de Juana de Arco en Ruán; Enrique VI es coronado rey de Francia en París

1435 El tratado de Arras da pie al acercamiento franco-borgoñón

1436 Los franceses recuperan París

1439 Negociaciones en Oye, cerca de Calais

1444 Tregua de Tours

1449 El ejército francés, bajo Carlos VII, invade Normandía; Ruán es recuperada

1450 Victoria francesa de Formigny; los ingleses abandonan Normandía

1451 Los franceses toman Burdeos, pero la pierden al año siguiente

1453 Victoria francesa en Castillon; los ingleses abandonan Aquitania

1475 Eduardo IV dirige la invasión inglesa del norte de Francia, pero se retira tras un encuentro con Luis XI en Picquigny

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

La siguiente relación de trabajos es necesariamente selectiva. En dicha selección han predominado los intereses del lector inglés. Aquellos que deseen ampliar sus lecturas pueden consultar las excelentes bibliografías de P. Contamine, *La Guerre au Moyen Âge*, París, 1980, y B. Guenée, *L'Occident aux XIVe et XVe siècles: les États*, París, 1981.

1. Las causas y el desarrollo de la Guerra de los Cien Años

Allmand, C. T., *Henry V*, Londres, 1968.

—, *Lancastrian Normandy 1415-1450. The history of a medieval occupation*, Oxford, 1983.

Autrand, F., *Charles VI. La folie du roi*, París, 1986.

Burne, A. H., *The Crécy war*, Londres, 1955.

—, *The Agincourt war*, Londres, 1956.

Contamine, P., *La guerre de cent ans*, París, 1968.

Cuttino, G. P., «The process of Agen», *Speculum*, 19 (1944), pp. 161-178.

—, «Historical revision: the causes of the Hundred Years' War», *Speculum*, 31 (1956), pp. 463-477.

Chaplais, P., «The making of the treaty of Paris (1259) and the royal style», *EHR*, 67 (1952), pp. 235-253.

—, «Le traité de Paris de 1259 a l'inféodation de la Gascogne allodiale», *MA* (1955), pp. 121-137.

—, «Le duché-pairie de Guyenne: l'hommage et les services féodaux de 1259 à 1303, *AM*, 69 (1957), pp. 5-38.

—, «Le duché-pairie de Guyenne: l'hommage et les services féodaux de 1303 à 1377», *AM*, 70 (1958), pp. 135-160.

—, «La souveraineté du roi de France et le pouvoir législatif en Guyenne au début du XIVe siècle», *MA* (Livre jubilaire, 1963), pp. 449-469.

—, «Les appels gascons au roi d'Angleterre sous le règne d'Edouard Ier»,

Économies et sociétés au moyen âge. Mélanges offerts à Edouard Perroy, París, 1973, pp. 382-399.
[Los artículos citados arriba están reimpresos en Chaplais, *Essays in medieval diplomacy and administration*, Londres, 1981.]
—, «English arguments concerning the feudal status of Aquitaine», *BIHR*, 21 (1948), pp. 203-213.
Daumet, G., *Étude sur l'alliance de la France et de la Castille au XIVe et au XVe siècles*, París, 1898.
Déprez, E., *Les preliminaires de la guerre de cent ans*, París, 1902.
Favier, J., *La guerre de cent ans*, París, 1980.
Fowler, K. A., *The age of Plantagenet and Valois*, Londres, 1967; trad. fr., *Le siècle des Plantagenets et des Valois. La lutte pour la suprématie, 1328-1498*, París, 1968.
Glenisson, J., y J. Day, *Textes et documents d'histoire du moyen âge, XIVe-XVe siècles*, París, 1970.
Grant, A., *Independence and nationhood. Scotland, 1306-1469*, Londres, 1984.
Griffiths, R. A., *The reign of king Henry VI*, Londres, 1981.
Jacob, E. F., *Henry V and the invasion of France*, Londres, 1947.
—, *The fifteenth century, 1399-1485*, Oxford, 1961.
Jones, M., *Ducal Brittany, 1364-1399*, Oxford, 1970.
Jusselin, M., «Comment la France se préparait à la guerre de cent ans», *BEC*, 73 (1912), pp. 209-236.
Keen, M. H., *England in the later Middle Ages*, Londres, 1972.
Kicklighter, J. A., «French jurisdictional supremacy in Gascony: one aspect of the ducal government's response», *JMedH*, 5 (1979), pp. 127-134.
—, «English Bordeaux in conflict: the execution of Pierre Vigier de la Rousselle and its aftermath, 1312-24», *JMedH*, 9 (1983), pp. 1-14.
Labarge, M. W., *Gascony, England's first colony, 1204-1453*, Londres, 1980.
Lander, J. R., «The Hundred Years War and Edward IV's 1475 campaign in France», *Tudor men and institutions: studies in English law and government*, ed. A. J. Slavin, Baton Rouge, 1972, pp. 70-100; reimpreso en *Crown and nobility, 1450-1509*, Londres, 1976, cap. 9.
Leguai, A., *La guerre de cent ans*, París, 1974.
Le Patourel, J., «Edward III and the kingdom of France», *History*, 43 (1958), pp. 173-189.
—, «The Plantagenet dominions», *History*, 50 (1965), pp. 289-308.
—, «The king and the princes in fourteenth-century France», *Europe in the late Middle Ages*, ed. J. R. Hale, J. R. L. Highfield, y B. Smalley, Londres, 1965, pp. 155-183.

—, «The origins of the war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 28-50.

[Los artículos citados arriba están reimpresos en Le Patourel, J., *Feudal empires: Norman and Plantagenet*, Londres, 1984.]

—, «France and England in the Middle Ages», *Feudal empires*, cap. 18.

Lucas, H. S., *The low Countries and the Hundred Years War, 1326-1347*, Ann Arbor, 1929; reed. Filadelfia, 1976.

Maddicott, J., «The origins of the Hundred Years War», *HT*, 36 (mayo, 1986), pp. 31-37.

McKisack, M., *The fourteenth century, 1307-1399*, Oxford, 1959.

Miller, E., *War in the North*, Hull, 1960.

Mollat, M., *Genèse médiévale de la France moderne, XIVe et XVe siècle*, París, 1977.

Palmer, J. J. N., *England, France, and Christendom, 1377-99*, Londres, 1972.

—, «The war aims of the protagonists and the negotiations for peace», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 51-74.

Perroy, E., *La Guerre de Cent Ans*, París, 1945, trad. ing., *The Hundred Years War*, Londres, 1951.

Prestwich, M., *The three Edwards. War and the state in England, 1272-1377*, Londres, 1980.

Renouard, Y., *Bordeaux sous les rois d'Angleterre*, Burdeos, 1965.

Rucquoi, A., «Français et Castillans: une "Internationale Chevaleresque"», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 401-419.

Russell, P., *The English intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955.

Saul, N., «Henry V and the dual monarchy», *HT*, 36 (mayo, 1986), pp. 39-42.

Templeman, G., «Edward III and the beginnings of the Hundred Years War», *TRHistS*, 5.ª serie, 2 (1952), pp. 69-88.

Vale, M. G. A., *English Gascony, 1399-1453*, Oxford, 1970.

2. Posturas ante la guerra

L'Arbre des batailles d'Honoré Bonet, ed. E. Nys, Bruselas y Leipzig, 1883.

Alban, J. R., y C. T. Allmand, «Spies and spying in the fourteenth century», *War, literature and politics in the late middle ages*, ed., C. T. Allmand, Liverpool, 1976.

Allmand, C. T., *Society at war. The experience of England and France during the Hundred Years War*, Edimburgo, 1973.

—, «Les espions au moyen âge», *L'Histoire*, 55 (abril de 1983), pp. 35-41.

Autrand, F., «L'image de la noblesse en France à la fin du moyen âge: tradition et nouveauté», *Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1979), pp. 340-354.

Barber, R., *The knight and chivalry*, Londres, 1970.

—, y J. Barker, *Tournaments*, Woodbridge, 1989.

Barnes, J., «The just war», *The Cambridge history of later medieval philosophy*, ed. N. Kretzmann, A. Kenny y J. Pinborg, Cambridge, 1982, pp. 771-784.

Barnie, J., *War in medieval society. Social values and the Hundred Years War, 1337-99*, Londres, 1974.

Benson, L. D., *Malory's Morte Darthur*, Cambridge, Mass., Londres, 1976, caps. 7-9.

Bond, B., «The "just war" in historical perspective», *HT*, 16 (1966), 111-119.

Bornstein, D., *Mirrors of courtesy*, Hamden, 1975.

Contamine, P., *Guerre, état, et société à la fin du moyen âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972, cap. 7.

—, «L'idée de guerre à la fin du moyen âge: aspects juridiques et éthiques», *Comptes-rendus de l'académie des inscriptions et belles-lettres* (1979), pp. 70-86; reimpreso en *La France aux XIVe et XVe siècles. Hommes, mentalités, guerre, et paix*, Londres, 1981, cap. 13.

—, «Notes sur la paix en France pendant la guerre de cent ans», *La France aux XIVe et XVe siècles*, cap. 14.

—, «Froissart: art militaire, pratique, et conception de la guerre», *Froissart: historian*, ed. J. J. N. Palmer, Woodbridge, Totowa, 1981, pp. 132-144.

—, «La théologie de la guerre à la fin du moyen âge: la guerre de cent ans fut-elle une guerre juste?», *Jeanne d'Arc. Une époque, un rayonnement*, París, 1982, pp. 9-21.

Ditcham, B. G. H., «"Mutton guzzlers and wine bags": foreign soldiers and native reactions in fifteenth-century France», *Power, culture, and religion in France, c. 1350-c. 1550*, ed. C. T. Allmand, Woodbridge, 1989, pp. 1-13.

Dufournet, J., *La destruction des mythes dans les mémoires de Ph. de Commynes*, París, 1966, cap. 7.

Ferguson, A. B., *The indian summer of English chivalry*, Durham, N. Carolina, 1960.

Gist, M. A., *Love and war in the middle English romances*, Filadelfia, Londres, 1947, caps. 6-8.

Haines, K., «Attitudes and impediments to pacifism in medieval Europe», *JMedH*, 7 (1981), pp. 369-388.

Hale, J. R., *War and society in renaissance Europe*, Londres, 1985, cap I.

—, «War and public opinion in Renaissance Italy», *Italian Renaissance studies*, ed. E. F. Jacob, Londres, 1960, pp. 94-122.

—, «The military education of the officer class in early modern Europe», *Cultural aspects of the Italian Renaissance. Essays in honour of Paul Oskar Kristeller*, ed. C. H. Clough, Manchester, Nueva York, 1976, pp. 440-461.

—, «War and public opinion in the fifteenth and sixteenth centuries», *P&P*, 22 (1962), pp. 18-32.

[Los artículos citados arriba están reimpresos en Hale, J. R., *Renaissance war studies*, Londres, 1983.]

Huizinga, J., *The waning of the Middle Ages*, Londres, 1924; reed. 1955; trad. cast.: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1985.²

Jarrett, B., *Social theories of the Middle Ages, 1200-1500*, Londres, 1926, cap. 7.

Johnson, J. T., *Ideology, reason, and the limitation of war. Religious and secular concepts, 1200-1740*, Princeton, 1975.

Kantorowicz, E., «*Pro patria mori* in medieval political thought», *AHR*, 56 (1951), pp. 472-492; reimpreso en *Selected studies*, Nueva York, 1965, pp. 308-324; trad. fr., *Mourir pour la patrie: et autres textes*, París, 1984.

Keen, M., *The laws of war in the late Middle Ages*, Londres, Toronto, 1965.

—, *Chivalry*, New Haven, Londres, 1984.

—, «Brotherhood in arms», *History*, 47 (1962), pp. 1-17.

—, «Chivalrous culture in fourteenth-century England», *Historical Studies*, 10, ed. G. A. Hayes-McCoy, Dublín, 1976, pp. 1-24.

—, «Chivalry, nobility, and the man-at-arms», *War, literature, and society in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 32-45.

—, «Huizinga, Kilgour, and the decline of chivalry», *Medievalia et Humanistica*, nueva serie, 8 (1977), pp. 1-20.

—, «Chivalry, heralds, and history», *The writing of history in the Middle Ages. Essays presented to R. W. Southern*, ed. R. H. C. Davis, J. M. Wallace-Hadrill, R. J. A. I. Catto y M. Keen, Oxford, 1981, pp. 393-414.

Kilgour, R. L., *The decline of chivalry as shown in the French literature of the late Middle Ages*, Cambridge, Mass., 1937.

Lecestre, L., ed., *Jean de Bueil, Le Jouvencel*, 2 vols., *SHF*, París, 1887-1889.

Liebman, C. J., ed., «Un sermon de Philippe de Villette, abbé de Saint-Denis, pour la levée de l'oriflamme (1414)», *Romania*, 68 (1944-1945), pp. 444-470.

Markus, R. A., «Saint Augustine's views of the "just war"», *The church and war*, ed. W. J. Sheils, Oxford, 1983, pp. 1-13.

Mathew, G., *The court of Richard II*, Londres, 1968, cap. 13.

—, «Ideals of knighthood in late fourteenth-century England», *Studies in medieval history presented to F. M. Powicke*, ed. R. W. Hunt, W. A. Pantin y R. W. Southern, Oxford, 1948, pp. 354-362.

McFarlane, K. B., «A business-partnership in war and administration, 1421-1445», *EHR*, 78 (1963), pp. 151-174; reimpreso en *England in the fifteenth century*, Londres, 1981, cap. 8.

McNeill, W. H., *The pursuit of power*, Oxford, 1983, cap. 3.

Porter, E., «Chaucer's knight, the alliterative *Morte Arthure*, and medieval laws of war: a reconsideration», *Nottingham Medieval Studies*, 27 (1983), pp. 56-78.

Powicke, M. R., «War as a mean to peace: some late medieval themes», *Documenting the past. Essays in medieval history presented to G. P. Cuttino*, eds., J. S. Hamilton y P. J. Bradley, Woodbridge, 1989, pp. 217-224.

Riley-Smith, J., «Crusading as an act of love», *History*, 65 (1980), pp. 177-192.

Russell, F. H., *The just war in the Middle Ages*, Cambridge, 1975.

Tuck, J. A., «Why men fought in the Hundred Years War», *HT*, 33 (abril, 1983), pp. 35-40.

Vale, J., *Edward III and chivalry. Chivalric society and its context, 1270-1350*, Woodbridge, 1982.

Vale, M. G. A., *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France, and Burgundy at the end of the Middle Ages*, Londres, 1981.

Wright, N. A. R., «The *Tree of Battles* of Honoré Bouvet and the laws of war», *War, literature, and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 12-31.

3. La conducción de la guerra

Los objetivos militares

Brill, R., «The English preparations before the treaty of Arras: a new interpretation of Sir John Fastolf's "report", setember 1435», *Studies in Medieval and Renaissance History*, 7 (1970), pp. 213-247.

Burne, A. H., «John of Gaunt's grande chevauchée», *HT*, 9 (1959), pp. 113-121.

Contamine, P., *La Guerre au Moyen Âge*, París, 1980; trad. cast.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984.

Delbrück, H., *History of the art of war, within the framework of political history, III: The Middle Ages*, Westport, Londres, 1982.

Gillingham, J., «Richard I and the science of war in the Middle Ages», *War and government in the Middle Ages. Essays in honour of J. O. Prestwich*, ed. J. Gillingham y J. C. Holt, Woodbridge, Totowa, 1984, pp. 78-91.

—, *The Wars of the Roses. Peace and conflict in fifteenth-century England*, Londres, 1981.

Goodman, A., *The Wars of the Roses. Military activity and English society, 1452-97*, Londres, 1981.

Hewitt, H. J., *The Black Prince's expedition of 1355-1357*, Manchester, 1958.

McNeill, W. H., *The pursuit of power*, Oxford, 1983, cap. 3.

Newhall, R. A.: «Henry V's policy of conciliation in Normandy, 1417-1422», *Anniversary essays in medieval history of students of C. H. Haskins*, ed. C. H. Taylor, Boston, 1929, pp. 205-229.

Oman, C., *A history of the art of war in the Middle Ages*, 2.ª ed., Londres, 1924.

Palmer, J. J. N., «The war aims of the protagonists and the negotiations for peace», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 51-74.

Phillpotts, C., «The French plan of battle during the Agincourt campaign», *EHR*, 99 (1984), pp. 59-66.

Taylor, F. L., *The art of war in Italy, 1494-1529*, Cambridge, 1921.

Vale, M. G. A., «Sir John Fastolf's "report" of 1435: a new interpretation reconsidered», *Nottingham Medieval Studies*, 17 (1973), pp. 78-84.

Vaughan, R., *Valois Burgundy*, Londres, 1975, cap. 7.

Verbruggen, J. F., *The art of warfare in western Europe during the Middle Ages*, Amsterdam, 1977.

Las fuerzas de tierra

Alban, J. R., «English coastal defence: some fourteenth-century modifications within the system», *Patronage, the crown, and the provinces in later medieval England*, ed. R. A. Griffiths, Gloucester, Atlantic Highlands, 1981, pp. 57-78.

Contamine, P., «Batailles, bannières, compagnies. Aspectes de l'organisation militaire française pendant la première partie de la guerre de cent ans», *Les cahiers vernonnais*, 4 (1964), pp. 19-32.

—, «Les armées française et anglaise à l'époque de Jeanne d'Arc», *Revue des sociétés savantes de Haute-Normandie. Lettres et sciences humaines*, 57 (1970), pp. 5-33.

—, *Guerre, état, et société à la fin du moyen âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972.

—, «Structures militaires de la France et de l'Angleterre au milieu du xve siècle», *Das spätmittelalterliche Königtum im Europäischen Vergleich*, ed., R. Schneider, Sigmaringen, 1987, pp. 319-334.

Curry, A. E., «Le service féodal en Normandie pendant l'occupation anglaise, 1417-1450», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 233-257.

Freeman, A. Z., «Wall-breakers and river bridgers: military engineers in the Scottish wars of Edward I», *Journal of British Studies*, 10 (1971), pp. 1-16.

Gaier, C., *L'industrie et le commerce des armes dans les anciennes principautés belges du XIIIe à la fin du XVe siècles*, París, 1973.

—, «L'invincibilité anglaise et le grand arc après la guerre de cent ans: un mythe tenace», *Tijdschrift voor geschiedenis*, 91 (1978), pp. 379-385.

Hebert, M., «L'armée provençale en 1374», *AM*, 91 (1979), pp. 5-27.

Hewitt, H. J., *The Black Prince's expedition of 1355-1357*, Manchester, 1958.

—, *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966.

—, «The organization of war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 75-95.

Howard, M., *War in European history*, Oxford, 1976, caps. 1 y 2.

Hudson, W., «Norwich militia in the fourteenth century», *Norfolk Archaeology*, 14 (1901), pp. 263-320.

Jones, M., «L'armée bretonne, 1449-1491. Structures et carrières», *La France de la fin du XVe siècle. Renouveau et apogée*, eds. B. Chevalier y P. Contamine, París, 1985, pp. 147-165; reimp. en M. Jones,

The creation of Brittany. A late medieval state, Londres, 1988, pp. 351-369.

Lewis, N. B., «The English forces in Flanders, August-November 1297», *Essays in medieval history presented to F. M. Powicke*, ed. R. W. Hunt, W. A. Pantin y R. W. Southern, Oxford, 1948, pp. 310-318.

Lot, F., y R, Fawtier, *Histoire des institutions françaises au moyen âge*, París, 1958, II, pp. 511-535.

Lourie, E., «A society organized for war: medieval Spain», *P & P*, 35 (1966), pp. 54-76.

Lloyd, S., «The lord Edward's crusade, 1270-2: its setting and significance», *War and government in the Middle Ages. Essays in honour of J. O. Prestwich*, ed. J. Gillingham y J. C. Holt, Woodbridge: Totowa, 1984, pp. 120-133.

McGuffie, T. H., «The long-bow as a decisive weapon», *HT*, 5 (1955), pp. 737-741.

Morgan, P. J., *War and society in medieval Cheshire, 1277-1403*, Chetham Soc., 3.ª serie, 33, Manchester, 1987.

Morris, J. E., *The Welsh wars of Edward I*, Oxford, 1901.

—, «The archers at Crécy», *EHR*, 12 (1897), pp. 427-436.

Powicke, M., *Military obligation in medieval England*, Oxford, 1962.

Prestwich, M., *War, politics, and finance under Edward I*, Londres, 1972, caps. 3 y 4.

—, «English armies in the early stages of the Hundred Years War: a scheme in 1341», *BIHR*, 56 (1983), pp. 102-113.

—, «Cavalry service in early fourteenth-century England», *War and government in the Middle Ages. Essays in honour of J. O. Prestwich*, ed. J. Gillingham y J. C. Holt, Woodbridge, Totowa, 1984, pp. 120-133.

—, *Edward I*, Londres, 1988.

Prince, A. E., «The army and navy», *English government at work*, ed. J. F. Willard y W. A. Morris, Cambridge, Mass., 1940, I, pp. 332-393.

—, «The strength of English armies in the reign of Edward III», *EHR*, 46 (1931), pp. 353-371.

—, «The payment of army wages in Edward III's reign», *Speculum*, 19 (1944), pp. 137-160.

Reynaud, M., «Le service féodal en Anjou et Maine à la fin du moyen âge», *Cahiers d'Histoire*, 16 (1971), pp. 115-179.

Sherborne, J. W., «Indentured retinues and English expeditions to France, 1369-80», *EHR*, 79 (1964), pp. 718-746.

—, «John of Gaunt, Edward III's retinue and the French campaign of

1369», *Kings and nobles in the later Middle Ages*, eds. R. A. Griffiths y J. Sherborne, Gloucester, 1986, pp. 41-61.
Vaughan, R., *Charles the Bold*, Londres, 1973, cap. 6.
—, *Valois Burgundy*, Londres, 1975, cap. 7.
Waley, D. P., «The army of the Florentine republic from the twelfth to the fourteenth century», *Florentine studies. Politics and society in renaissance Florence*, ed. N. Rubinstein, Londres, 1968, pp. 70-108.

Liderazgo

Allmand, C. T., «The Black Prince», *HT*, 26 (1976), pp. 100-108.
—, «Henry V the soldier, and the war in France», *Henry V. The practice of kingship*, ed. G. L. Harris, Oxford, 1985, pp. 117-135.
Barber, R., *Edward, prince of Wales and Aquitaine*, Londres, 1978.
—, *The life and campaigns of the Black Prince*, Woodbridge, 1986.
Barnard, F. P., *Edward IV's French expedition of 1475. The leaders and their badges*, Oxford, 1925.
Carr, A. D., «Yvain de Galles: le témoignage du Pays de Galles», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 337-381.
Contamine, P., *Guerre, état, et société à la fin du moyen âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972, caps. 3, 6, 14 y apéndices 1-4.
—, «The French nobility and the war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 135-162; reimpreso en *La France aux XIVe et XVe siècles. Hommes, mentalités, guerre, et paix*, Londres, 1981, cap. 10.
Dupuy, M., *Le prince noir*, París, 1970; hay trad. cast.: *El Príncipe negro. Eduardo señor de Aquitania*, Madrid, 1973.
Fowler, K. A., *The king's lieutenant. Henry of Grosmont, first duke of Lancaster, 1310-1361*, Londres, 1969.
Haines, R. M., «"Our master mariner, our sovereign lord": a contemporary preacher's view of king Henry V», *Medieval Studies*, 38 (1976), pp. 85-96.
Harvey, J. H., *The Black Prince and his age*, Londres, 1976.
Henneman, J. B., «The military class and the French monarchy in the late Middle Ages», *AHR*, 83 (1978), pp. 946-965.
—, «Nobility, privilege and fiscal politics in late medieval France», *French historical studies*, 13 (1983), pp. 1-17.
Hewitt, H. J., *The Black Prince's expedition of 1355-1357*, Manchester, 1958.

Jones, M., «Edward III's captains in Brittany», *England in the fourteenth century. Proceeding of the 1985 Harlaxton symposium*, ed. W. M. Ormrod, Woodbridge, 1986, pp. 99-118.

—, «Les capitaines anglo-bretons et les marches entre la Bretagne et le Poitou de 1342 à 1373», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 357-375.

McFarlane, K. L., *The nobility of the later Middle Ages*, Oxford, 1973.

Pollard, A. J., *John Talbot and the war in France, 1427-1453*, Londres, 1983.

Powicke, M., «Lancastrian captains», *Essays in medieval history presented to B. Wilkinson*, ed. T. A. Sandquist y M. R. Powicke, Toronto, 1969, pp. 371-382.

—, «The English aristocracy and the war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 122-134.

Prestwich, M., *The three Edwards. War and state in England, 1272-1377*, Londres, 1980, cap. 5.

Los mercenarios

Bautier, R. H., «Soudoyers d'Outremont à Plaisance. Leur origine géographique et le mécanisme de leurs emprunts (1293-1330)», *Actes du 101e congrès national des sociétés savantes (Lille, 1976). Philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1978, pp. 95-129.

Bayley, C. C., *War and society in Renaissance Florence. The De Militia of Leonardo Bruni*, Toronto, 1961, caps. 1 y 3.

Bossuat, A., *Perrinet Gressart et François de Surienne, agents de l'Angleterre*, París, 1936.

Bridge, J. C., «Two Cheshire soldiers of fortune in the fourteenth century», *Journal of the Chester and North Wales Archaeological Society*, nueva serie, 14 (1908), pp. 112-165.

Bueno de Mesquita, D. M., «Some condottieri of the trecento and their relations with political authority», *PBA*, 32 (1946), pp. 219-241.

Carr, A. D., «A Welsh knight in the Hundred Years War: Sir Gregory Sais», *Transactions of the honourable society of Cymmrodorion* (1977), pp. 40-53.

Contamine, P., «Les compagnies d'aventure en France pendant la guerre de cent ans», *Mélanges de l'école française de Rome*, 87 (1975), pp. 365-396; reimpreso en *La France aux XIVe et XVe siècles. Hommes, mentalités, guerre et paix*, Londres, 1981, cap. 7.

Chamberlain, E. R., «The "English" mercenary companies in Italy», *HT*, 6 (1956), pp. 334-343.

Champion, P., *Guillaume de Flavy*, París, 1906.

Chevalier, B., «Les écossais dans les armées de Charles VII jusqu'à la bataille de Verneuil», *Jeanne d'Arc. Une époque, un rayonnement*, París, 1982, pp. 85-94.

Ditcham, B. G. H., «"Mutton guzzlers and wine bags": foreign soldiers and native reactions in fifteenth-century France», *Power, culture, and religion in France, c. 1350 - c. 1550*, ed. C. T. Allmand, Woodbridge, 1989, pp. 1-13.

Fowler, K. A., «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361-vers 1379)»; hay trad. cast. en *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, ed. A. Rucquoi, Valladolid, 1988.

Fréville, E. de, «Des grandes compagnies au quatorzième siècle», *BEC*, 3 (1841-1842), pp. 258-281; 5 (1843-1844), pp. 232-253.

Gaupp, F., «The condottiere John Hawkwood», *History*, 23 (1938-1939), pp. 305-321.

Housley, N., «The mercenary companies, the papacy, and the crusades, 1356-1378», *Traditio*, 38 (1982), pp. 253-280.

Jones, T.: *Chaucer's knight: the portrait of a medieval mercenary*, Londres, 1980.

Larner, J., *Italy in the age of Dante and Petrarch, 1216-1380*, Londres y Nueva York, 1980.

Luce, S., *Histoire de Bertrand du Guesclin et de son époque*, París, 1876.

Mallett, M., *Mercenaries and their masters. Warfare in Renaissance Italy*, Londres, 1974.

—, «Venice and its condottieri, 1404-1454», *Renaissance Venice*, ed. J. R. Hale, Londres, 1973, pp. 121-145.

Mirot, L., «Sylvestre Budes (13??-1380) et les bretons en Italie», *BEC*, 58 (1897), pp. 579-614; 59 (1898), pp. 262-303.

Plaisse, A., *Un chef de guerre du XV^e siècle. Robert de Flocques, bailli royal d'Evreux*, Evreux, 1984.

Quicherat, J., *Rodrigue de Villandrando*, París, 1879.

Rigault, J., «Ravages de la guerre de cent ans: les écorcheurs en Luxembourg et en Rethelois en 1445», *Actes du 104^e congrès national des sociétés savantes, Bordeaux, 1980. Philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1981, I, pp. 153-160.

Temple-Leader, J., y Marcotti, G., *Sir John Hawkwood (L'Acuto). The story of a condottiere*, Londres, 1889.

Timbal, P.-C., *La guerre de cent ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, cap. 5.

Trease, G., *The condottieri: soldiers of fortune*, Londres, 1970; hay trad. cast.: *Los condotieros*, Barcelona, 1986.
Tuetey, A., *Les écorcheurs sous Charles VII*, 2 vols., Montbéliard, 1874.
Waley, D., «*Condotte* and *condottieri* in the thirteenth century», *PBA*, 61 (1976), pp. 337-371.
Wright, N. A. R., «"Pillagers" and "brigands" in the Hundred Years War», *JMedH*, 9 (1983), pp. 15-24.

Las fortificaciones y la artillería

Allmand, C. T., «L'artillerie de l'armée anglaise et son organisation à l'époque de Jeanne d'Arc», *Jeanne d'Arc. Une époque, un rayonnement*, París, 1982, pp. 73-83.
Brown, R. A., H. M. Colvin y A. J. Taylor, *The history of the king's works*, vols. 1 y 2, Londres, 1963.
Bruand, Y., «L'amélioration de la défense et les transformations des châteaux du Bourbonnais pendant la guerre de cent ans», *Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1972), pp. 518-540.
Bury, J. B., «The early history of the explosive mine», *Fort*, 10 (1982), pp. 23-28.
Cipolla, C. M., *Guns and sails in the early phase of European expansion, 1400-1700*, Londres, 1965.
Clephan, R. C., «The ordenance of the fourteenth and fifteenth centuries», *Archaeological Journal*, 68 (1911), pp. 49-138.
Contamine, P., «L'artillerie royale française à la veille des guerres d'Italie», *ABret*, 71 (1964), pp. 221-261.
—, «Les fortifications urbaines en France à la fin du moyen âge: aspects financiers et économiques», *RH*, 260 (1978), pp. 23-47; reimpreso en *La France aux XIVe et XVe siècles. Hommes, mentalités, guerre et paix*, Londres, 1981, cap. 5.
—, «Les industries de guerre dans la France de la Renaissance: l'exemple de l'artillerie», *RH*, 271 (1984), pp. 249-280.
Châtelain, A., *Châteaux forts: images de pierre des guerres médiévales*, París, 1983.
Fawtier, R., «Documents inédits sur l'organisation de l'artillerie royale au temps de Louis XI», *Essays in medieval history presented to T. F. Tout*, ed. A. G. Little y F. M. Powicke, Manchester, 1925; reed. Nueva York, 1967, pp. 367-377.
Finó, J. F., *Forteresses de la France médiévale*, 3.ª ed., París, 1977.
Gille, B., *Les ingénieurs de la Renaissance*, París, 1964.
Hale, J. R., «The early development of the bastion: an Italian chronology, *c* 1450-*c.* 1534», *Europe in the late Middle Ages*, ed. J. R. Hale,

J. R. L. Highfield y B. Smalley, Londres, 1965, pp. 466-494; reimpreso en *Renaissance war studies*, Londres, 1983, cap. I.

—, «Gunpowder and the Renaissance: an essay in the history of ideas», *From the Renaissance to the Counter-Reformation. Essays in honor of Garrett Mattingley*, ed. C. H. Carter, Nueva York, 1965, pp. 113-144; reimp., *Renaissance war studies*, cap. 14.

Hayez, A. M., «Travaux a l'ènceinte d'Avignon sous les pontificats d'Urbain V et de Grégoire XI», *Actes du 101e congrès national des sociétés savantes (Lille, 1976). Philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1978, pp. 193-223.

Jones, M., «The defence of medieval Brittany», *Archaeological Journal*, 138 (1981), pp. 149-204; reimp. en Jones, *The creation of Brittany. A late medieval state*, Londres, 1988, pp. 13-68.

Kenyon, J. R., «Early artillery fortification in England and Wales», *Fort*, 1 (1976), pp. 22-25.

—, «Artillery and the defences of Southampton, circa 1360-1660», *Fort*, 3 (1977), pp. 8-13.

—, «Early gunports: a gazeteer», *Fort*, 4 (1977), pp. 4-6.

Lesquier, J., «Les fortifications de Lisieux au XVe siècle», *Études lexoviennes*, 3 (1928), pp. 193-224.

O'Neill, B. J. St J., *Castles and cannon*, Oxford, 1960.

Pepper, S., «The underground siege», *Fort*, 10 (1982), pp. 30-38.

Richard, J., «Quelques idées de François de Surienne sur la défense des villes: à propos de la fortification de Dijon (1461)», *AB*, 16 (1944), pp. 36-43.

Rigaudière, A., «Le financement des fortifications urbaines en France du milieu du XIVe à la fin du XVe siècle», *RH*, 273 (1985), pp. 19-95.

Scaglia, G., «Francesco di Giorgio's chapters on fortresses and on war machines», *Fort*, 10 (1982), pp. 39-69.

Stell, G., «Late medieval defences in Scotland», *Scottish weapons and fortifications, 1100-1800*, ed. D. H. Caldwell, Edimburgo, 1981, pp. 21-54.

Tabraham, C. J., y G. L. Good, «The artillery fortification at Threave castle, Galloway», *Scottish weapons and fortifications, 1100-1800*, ed. D. H. Caldwell, Edimburgo, 1981, pp. 55-72.

Timbal, P.-C., *La guerre de cent ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, cap. 3.

Tout, T. F., «Firearms in England in the fourteenth century», *EHR*, 26 (1911), pp. 666-702; reimpreso en *The collected papers of T. F. Tout*, Manchester, 1934, II, pp. 233-275.

—, *Chapters in the administrative history of medieval England*, IV, Manchester, 1928.

Turner, H. L., *Town defences in England and Wales. An architectural and documentary study A.D. 900-1500*, Londres, 1970.
Vale, M. G. A., «New techniques and old ideals: the impact of artillery on war and chivalry at the end of the Hundred Years War», *War, literature and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 57-72.
Vaux de Foletier, F. de, *Galiot de Genouillac, maître de l'artillerie de France (1465-1546)*, París, 1925.
Wright, N. A. R., «French peasants and the Hundred Years War», *HT*, 33 (junio de 1983), pp. 38-42.

Objetivos navales

Allmand, C. T., «Les batailles navales de la guerre de cent ans», *L'Histoire*, 73 (diciembre de 1984), pp. 44-50.
Ford, C. J., «Piracy or policy: the crisis in the Channel, 1400-1403», *TRHistS*, 5.ª serie, 29 (1979), pp. 63-78.
Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-1362*, Manchester, 1966, cap. 1.
Holmes, G. A., «The "Libel of English Policy"», *EHR*, 76 (1961), pp. 193-216.
Mollat, M., «Philippe-Auguste et la mer», *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations*, París, 1982.
Pistono, S. P., «Henry IV and the English privateers», *EHR*, 90 (1975), pp. 322-330.
—, «The petition of Jacob de Smet: a plea for reprisals against the English, 1403», *Bulletin de la commission royale d'histoire* [Bruselas], 142 (1976), pp. 341-351.
Prestwich, M., *War, politics and finances under Edward I*, Londres, 1972, cap. 6.
Richmond, C. F., «The keeping of the seas during the Hundred Years War: 1422-1440», *History*, 49 (1964), pp. 283-298.
—, «The war at sea», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 96-121.
Russell, P., *The English intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955.
Saul, A., «Great Yarmouth and the Hundred Years War in the fourteenth century», *BIHR*, 52 (1979), pp. 105-115.
Sherborne, J. W., «The battle of La Rochelle and the war at sea, 1372-5», *BIHR*, 42 (1969), pp. 17-29.
Stanford-Reid, W., «Sea power in the Anglo-Scottish war, 1296-1328», *MM*, 46 (1960), pp. 7-23.

Warner, G., *The Libelle of Englyshe Polycye. A poem on the use of sea-power, 1436*, Oxford, 1926.

Las fuerzas navales

Brooks, F. W., *The English naval forces, 1199-1272*, Londres, 1932.
Carpenter-Turner, W. J., «The building of the *Gracedieu, Valentine*, and *Falconer* at Southampton, 1416-1420», *MM*, 40 (1954), pp. 55-72.
—, «The building of the *Holy Ghost of the Tower*, 1414-1416, and her subsequent history», *MM*, 40 (1954), pp. 270-281.
Evans, J. (trad.), *The unconquered knight. A chronicle of the deeds of Don Pero Niño, count of Buelna*, Londres, 1928.
Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966, cap. 4.
Kepler, J. S., «The effects the battle of Sluys upon the administration of English naval impressment, 1340-1343», *Speculum*, 48 (1973), pp. 70-77.
Lot, F., y R. Fawtier, *Histoire des institutions françaises au moyen âge*, París, 1959, II, 536-544.
Mallett, M., *The Florentine galleys in the fifteenth century*, Oxford, 1967.
Merlin-Chazdas, A., *Documents relatifs au clos des galées de Rouen et aux armées de mer du roi de France de 1293 à 1418*, 2 vols., París, 1977-1978.
Nicolas, N. H., *History of the royal navy*, 2 vols., Londres, 1847.
Oppenheim, M., *A history of the administration of the royal navy and of merchant shipping in relation to the navy*, Londres, Nueva York, 1896, reed. 1961, cap. I.
Prince, A. E., «The army and navy», *English government at work, 1327-1336*, ed. J. F. Willard y W. A. Morris, Cambridge, Mass., 1940, I, pp. 376-393.
Prynne, M. W., «Henry V's *Grace Dieu*», *MM*, 54 (1968), pp. 115-128.
Richmond, C. F., «English naval power in the fifteenth century», *History*, 52 (1967), pp. 1-15.
Roncière, C. de la, *Histoire de la marine française, II: La guerre de cent ans*, 3.ª ed., París, 1914.
Rose, S., ed., *The navy of the Lancastrian kings: accounts and inventories of William Soper, keeper of the king's ships, 1422-1427*, Londres, 1982.
Runyan, T. J., «Ships and mariners in later medieval England», *Journal of British Studies*, 16 (2) (1977), pp. 1-17.
—, «Merchantmen to men-of-war in medieval England», *New aspects of naval history*, ed. C. L. Symonds, Annapolis, 1981, pp. 33-40.

Sherbone, J. W., «The Hundred Years War. The English navy: shipping and manpower, 1369-1389», *P & P*, 37 (1967), pp. 163-175.
—, «English barges and balingers of the late fourteenth century», *MM*, 63 (1977), pp. 109-114.
Tinniswood, J. T., «English galleys, 1272-1377, *MM*, 35 (1949), pp. 276-315.
Villain-Gandossi, C., *Le navire medieval à travers les miniatures*, París, 1985.
Waites, B., «The fighting galley», *HT*, 16 (1968), pp. 337-343.

4. Las instituciones de la guerra

La organización central

Contamine, P., *Guerre, état et société à la fin du moyen âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972.
Curry, A., «The first English standing army? Military organization in Lancastrian Normandy, 1420-1450», *Patronage, pedigree, and power in later medieval England*, ed. C. D. Ross, Gloucester, Totowa, 1979, pp. 193-214.
—, «L'effet de la libération de la ville d'Orléans sur l'armée anglaise: les problèmes de l'organisation militaire en Normandie de 1429 à 1435», *Jeanne d'Arc. Une époque, un rayonnement*, París, 1982, pp. 96-106.
Goodman, A., *The Wars of the Roses. Military activity and English society, 1452-97*, Londres, 1981, 2.ª parte.
Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966.
—, «The organization of war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 75-95.
Ladero Quesada, M. A., *Milicia y economía en la guerra de Granada: el cerco de Baza*, Valladolid, 1964.
Mallett, M., y J. R. Hale, *The military organization of a Renaissance state. Venice, c. 1400-1617*, Cambridge, 1984.
Newhall, R. A., *The English conquest of Normandy, 1416-1424. A study in fifteenth-century warfare*, Yale, 1924, reed. Nueva York, 1971.
—, *Muster and review. A problem of English military administration, 1420-1440*, Cambridge, Mass., 1940.
Prestwich, M., *War, politics and finance under Edward I*, Londres, 1972, cap. 7.

El reclutamiento

Contamine, P., *Guerre, état et société à la fin du Moyen Âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972, caps. 2, 5, 10 y 12.

Goodman, A., *The Wars of the Roses. Military activity and English society, 1452-97*, Londres, 1981, cap. 6.

—, «The military subcontracts of Sir Hugh Hastings, 1380», *EHR*, 95 (1980), pp. 114-120.

—, «Responses to requests in Yorkshire for military service under Henry V», *Northern History*, 17 (1981), pp. 240-252.

Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966, cap. 2.

Jones, M., «An indenture between Robert, Lord Mohaut, and Sir John de Bracebridge for life service in peace and war, 1310», *Journal of the society of Archivists*, 4 (1972), pp. 384-394.

Lewis, N. B., «An early indenture of military service, 27 July 1287», *BIHR*, 13 (1935-1936), pp. 85-89.

—, «The organization of indentured retinues in fourteenth-century England», *TRHistS*, 4.ª serie, 27 (1945), pp. 29-39; reimpreso en *Essays in medieval history*, ed. R. W. Southern, Londres, 1968, pp. 200-212.

—, «The last medieval summons of the English feudal levy, 13 June 1385», *EHR*, 73 (1958), pp. 1-26.

—, «The recruitment and organization of a contract army, May to November 1337», *BIHR*, 37 (1964), pp. 1-19.

—, «The summons of the English feudal levy, 5 April 1327», *Essays in medieval history presented to B. Wilkinson*, ed. T. A. Sandquist y M. R. Powicke, Toronto, 1969, pp. 236-249.

—, «The feudal summons of 1385», *EHR*, 100 (1985), pp. 729-743; comentada por J. J. N. Palmer, *ibid.*, pp. 743-746.

—, ed., «Indentures of retinue with John of Gaunt, duke of Lancaster, enrolled in chancery, 1367-1399», *Camden Miscellany XXII*, Camden 4.ª serie, I, Londres (1964), pp. 77-112.

Lomax, D., «A medieval recruiting-poster», *Estudis històrics i documents dels arxius de protocols*, 8 (1980), pp. 353-363.

McFarlane, K. B., «An indenture of agreement between two English knights for mutual aid and counsel in peace and war, 5 december, 1298», *BIHR*, 38 (1965), pp. 201-208; reed., en McFarlane, *England in the fifteenth century. Collected essays*, pp. 45-55.

McNab, B., «Obligations of the church in English society: military arrays of the clergy, 1369-1418», *Order and innovation in the middle ages*,

Essays in honor of J. R. Strayer, ed. W. C. Jordan, B. McNab y T. F. Ruiz, Princeton, 1976, pp. 293-314.

Palmer, J. J. N., «The last summons of the feudal army in England», *EHR*, 83 (1968), pp. 771-775 (véase también Lewis, N. B., *op. cit.*).

Powicke, M., *Military obligation in medieval England. A study in liberty and duty*, Oxford, 1962.

Prestwich, M., *War, politics and finance under Edward I*, Londres, 1972, cap. 2.

Prince, A. E., «The indenture system under Edward III», *Historical essays in honour of James Tait*, ed. J. G. Edwards, V. H. Galbraith, y E. F. Jacob, Manchester, 1933, pp. 283-297.

Timbal, P.-C., ed., *La guerre de cent ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, cap. I.

Walker, S., «Profit and loss in the Hundred Years War: the subcontracts of Sir John Strother, 1374», *BIHR*, 58 (1985), pp. 100-106.

El aprovisionamiento

Burley, S. J., «The victualling of Calais, 1347-65», *BIHR*, 31 (1958), pp. 49-57.

Contamine, P., *Guerre, état et société à la fin du moyen âge. Les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972, caps. 4, 11 y ap. II.

—, «Consommation et demande militaire en France et en Angleterre XIIIe - XVe siècles», *Domanda e consumi*, Istituto internazionale di storia economica F. Datini, Prato, Florencia, 1978, pp. 409-428.

Davies, C. S. L., «Les rations alimentaires de l'armée et de la marine anglaise au XVIe siècle», *Annales*, 18 (1963), pp. 139-141.

—, «Provisions for armies, 1509-60: a study in the effectiveness of early Tudor government», *EconHR*, 2.ª serie, 17 (1964-1965), pp. 234-248.

Gaier, C., «L'approvisionnement et le régime alimentaire des troupes dans le duché de Limbourg et les terres d'Outre-Meuse vers 1400», *MA*, 74 (1968), pp. 551-575.

Given-Wilson, C. J., «Purveyance for the royal household, 1362-1413», *BIHR*, 56 (1983), pp. 145-163.

Goodman, A., *The Wars of the Roses. Military activity and English society, 1452-97*, Londres, 1981, cap. 7.

Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966, caps. 3 y 4.

Jones, W. R. «Purveyance for war and the community of the realm in late medieval England», *Albion*, 7 (1975), pp. 300-316.

Lane, F. C., «Salaires et régime alimentaire des marins au début du XIVe siècle», *Annales*, 18 (1963), pp. 133-138.
Maddicott, J. R., *The English peasantry and the demands of the crown, 1294-1341, P & P*, suplemento, I, Oxford, 1975.
Newhall, R. A., *The English conquest of Normandy, 1416-1424. A study of fifteenth-century warfare*, New Haven, 1924, cap. 6.
Prestwich, M., *War, politics and finance under Edward I*, Londres, 1972, cap. 5.
—, «Victualling estimates for English garrisons in Scotland during the early fourteenth century», *EHR*, 82 (1967), pp. 536-543.
Timbal, P.-C. (ed.), *La guerre de cent ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, cap. 2.
Wolff, P., «Achats d'armes pour Philippe le Bel dans la région Toulousaine», *AM*, 61 (1948), pp. 84-91; reed., en Wolff, *Regards sur le midi médiéval*, Toulouse, 1978, pp. 395-402.

Los impuestos y las instituciones fiscales

Brown, E. A. R., «Cessante causa and the taxes of the last Capetians: the political applications of a philosophical maxim», *Studia Gratiana*, 15 (1972), pp. 565-587.
—, «Customary aids and royal fiscal policy under Philip VI of Valois», *Traditio*, 30 (1974), pp. 191-258.
Bryant, W. N., «The financial dealings of Edward III with the county communities, 1330-1360», *EHR*, 83 (1968), pp. 760-771.
Contamine, P., «Guerre, fiscalité royale et économie en France (deuxième moitié du xve siècle)», *Proceedings of the seventeenth international economic congress*, ed. M. Flinn, Edimburgo, 1978, II, pp. 266-273.
Chevalier, B., «Fiscalité municipale et fiscalité d'état en France du XIVe à la fin du XVIe siècle», *Genèse de l'état moderne. Prélèvement et redistribution*, ed. J.-Ph. Genet y M. Le Mené, París, 1987, pp. 137-151.
Davies, R. G., y J. H. Denton, *The English Parliament in the Middle Ages*, Manchester, 1981.
Doucet, R., «Les finances anglaises en France à la fin de la guerre de cent ans, 1413-1435», *MA*, 2.ª serie, 36 (1926), pp. 265-332.
Fryde, E. B., «Edward III's wool monopoly of 1337: a fourteenth-century royal trading venture», *History*, 37 (1952), pp. 8-24.
—, «Parliament and the French war», *Essays in medieval history presented to B. Wilkinson*, ed. T. A. Sandquist y M. R. Powicke, Toronto, 1969, pp. 250-269.

—, «The financial policies of the royal governments and popular resistance to them in France and England, *c.* 1270-*c.* 1420», *Revue belge de philologie et d'historie*, 57 (1979), pp. 824-860.
[Los artículos citados arriba están reimpresos en E. B. Fryde, *Studies in medieval trade and finance*, Londres, 1983.]

Genet, J.-P., «Les débuts de l'impôt national en Angleterre», *Annales*, 34 (1979), pp. 348-354.

Gilles, H., *Les états de Languedoc au XVe siècle*, Toulouse, 1965.

Given-Wilson, C., *The royal household and the king's affinity. Service, politics and finance in England 1360-1413*, New Haven, Londres, 1986.

Harriss, G. L., «Cardinal Beaufort —patriot or usurer», *TRHistS*, 5.ª serie, 20 (1970), pp. 129-148.

—, *King, parliament, and public finance in medieval England to 1369*, Oxford, 1975.

—, «War and the emergence of the English Parliament, 1297-1360», *JMedH*, 2 (1976), pp. 35-56.

Henneman, J. B., *Royal taxation in fourteenth-century France. The development of war financing, 1322-1356*, Princeton, 1971.

—, *Royal taxation in fourteenth-century France. The captivity and ransom of John II, 1356-1370*, Filadelfia, 1976.

—, «Financing the Hundred Years War: royal taxation in France in 1340», *Speculum*, 42 (1967), pp. 275-298.

—, «The Black Death and royal taxation in France, 1347-1351», *Speculum*, 43 (1968), pp. 405-428.

—, «The French ransom and two legal traditions», *Studia Gratiana*, 15 (1972), pp. 613-630.

—, «Nobility, privilege and fiscal politics in late medieval France», *French Historical Studies*, 13 (1983), pp. 1-17.

Hilton, R. H., «Resistance to taxation and to other state impositions in medieval England», *Genèse de l'état moderne. Prélèvement et distribution*, ed. J.-Ph. Genet y M. Le Mené, París, 1987, pp. 169-177.

Kaeuper, R. W., *War, justice and public order. England and France in the later middle ages*, Oxford, 1988.

Ladero Quesada, M. A., «De la "Reconquista" à la fiscalité d'état dans la couronne de Castille, 1268-1368», *Genèse de l'état moderne, Prélèvement et redistribution*, ed. J.-Ph. Genet y M. Le Mené, París, 1987, pp. 35-51.

Lewis, P. S., «The failure of the French medieval estate», *P & P*, 23 (1962), pp. 3-24; reed. en *Essays in later medieval French history*, Londres, 1985, pp. 105-126.

Lot, F., y R. Fawtier, *Histoire des institutions françaises au moyen âge*, París, 1958, II, pp. 183-285.

Maddicott, J. R., *The English peasantry and the demands of the crown, 1294-1341*, *P & P* supplement, I, Oxford, 1975.

Menjot, D., «L'établissement du système fiscal étatique en Castille, 1268-1342»; hay trad. cast. en *Génesis del Estado moderno: Castilla y Navarra*, ed. A. Rucquoi, Valladolid, 1987, pp. 149-172.

Miller, E., «War, taxation, and the English economy in the late thirteenth and early fourteenth centuries», *War and economic development. Essays in memory of David Joslin*, ed. J. M. Winter, Cambridge, 1975, pp. 11-31.

Miskimin, H. A., *Money and power in fifteenth-century France*, New Haven, Londres, 1984.

—, «Activité militaire, frappe monétaire dans la France médiévale», *Annales*, 40 (1985), pp. 171-184.

Morris, W. A., y J. R. Strayer, *English government at work 1327-1336*, II, Cambridge, Mass., 1947.

Nederman, C. J., «Royal taxation and the English church: the origins of William of Ockham's *An Princeps*», *JEH*, 37 (1986), pp. 377-388.

Ormrod, W. M., «The English crown and the customs, 1349-1363», *EconHR*, 2.ª serie, 40 (1987), pp. 27-40.

Prestwich, M., *War, politics and finance under Edward I*, Londres, 1972, cap. 8.

—, «War and taxation in England in the XIIIth and XIVth centuries», *Genèse de l'état moderne, Prélèvement et redistribution*, ed. J.-Ph. Genet y M. Le Mené, París, 1987, pp. 181-192.

Radding, C. M., «Royal tax revenues in later fourteenth-century France», *Traditio*, 32 (1976), pp. 361-368.

Rey, M., *Le domaine du roi et les finances extraordinaires sous Charles VI, 1388-1413*, París, 1965.

Ryder, A., «Cloth and credit: Aragonese war finance in the mid-fourteenth century», *War and Society* 2, (1984), pp. 1-21.

Sherborne, J. W., «The cost of English warfare with France in the later fourteenth century», *BIHR*, 50 (1977), pp. 135-150.

Spiegel, G. M., «"Defence of the realm": evolution of a Capetian propaganda slogan», *JMedH*, 3 (1977), pp. 115-133.

Strayer, J. R., «Notes on the origin of English and French export taxes», *Studia Gratiana*, 15 (1972), pp. 399-421.

—, «Defence of the realm and royal power in France», *Studi in onore di Gino Luzzato* (Milán, 1949), I, pp. 289-296; reed., en *Medieval statecraft and the perspectives of history*, Princeton, 1971, pp. 291-299.

Strayer, J. R., y C. H. Taylor, *Studies in early French taxation*, Cambridge, Mass., 1939.
Taylor, C. H., «French assemblies and the subsidy of 1321», *Speculum*, 43 (1968), pp. 217-244.
Tout, T. F., *Chapters in the administrative history of medieval England*, III, IV, Manchester, 1928.
Wolfe, M., *The fiscal system of Renaissance France*, New Haven, Londres, 1972.

Orden y control

L'Arbre des batailles d'Honoré Bonet, ed. E. Nys, Bruselas y Leipzig, 1883.
Allmand, C. T., «War and the non-combatant», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 163-183.
—, y C. A. J. Armstrong, *English suits before the Parliament of Paris, 1420-1436*, Camden 4.ª serie, 26, Londres, 1982.
Armstrong, C. A. J., «Sir John Fastolf and the law of arms», *War, literature and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 46-56; reed., en *England, France and Burgundy in the fifteenth century*, Londres, 1983, pp. 123-133.
Audinet, E., «Les lois et coutumes de la guerre à l'époque de la guerre de cent ans», *Mémoires de la société des antiquaires de l'Ouest*, 9 (1917).
Barnard, F. P., ed., *The essential portions of Nicholas Upton's De studio militari, before 1446, translated by John Blount, Fellow of All Souls (c. 1500)*, Oxford, 1931.
Contamine, P., *Guerre, état et société à la fin du moyen âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972, caps. 4, 7 y 16.
—, «Rançons et butins dans la Normandie anglaise (1424-1444)», *Actes du 101e congrès national des sociétés savantes (Lille, 1976). Philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1978, pp. 241-270.
Fowler, K. A., «Les finances et la discipline dans les armées anglaises en France au XIVe siècle», *Les Cahiers Vernonnais*, 4, 1964, pp. 55-84.
Glénisson, J., y V. Deodata da Silva, «La pratique et le rituel de la reddition aux XIVe et XVe siècles», *Jeanne d'Arc. Une époque, un rayonnement*, París, 1982, pp. 113-122.
Holland, T. E., ed., John of Legnano, *Tractatus de bello, de represaliis et de duello*, Oxford, 1917.
Keen, M. H., *The laws of war in the late Middle Ages*, Londres, Toronto, 1965.

—, «Treason trials under the law of arms», *TRHistS*, 5.ª serie, 12 (1962), pp. 85-103.
—, «The jurisdiction and origins of the constable's court», *War and government in the Middle Ages*, ed. J. Gillingham y J. C. Holt, Woodbridge, 1984, pp. 159-169.
Marsden, R. G., ed., *Select pleas in the court of admiralty*, Selden Soc., 6, Londres, 1984.
Mas-Latrie, R. de, «Du droit de marque ou droit de représailles au moyen âge», *BEC*, 6.ª serie, 2 (1866), pp. 529-577.
Newhall, R. A., *Muster and review. A problem of English military administration 1420-1440*, Cambridge, Mass., 1940.
—, «Discipline in an English army of the fifteenth century», *The Military Historian and Economis*, 2 (1917), pp. 141-151.
—, «Bedford's ordinance on the watch of September 1428», *EHR*, 50 (1935), pp. 36-60.
Porter, E., «Chaucer's knight, the alliterative *Morte Arthure*, and medieval laws of war: a reconsideration», *Nottingham Medieval Studies*, 27 (1983), pp. 56-78.
Rowe, B. J. H., «Discipline in the Norman garrisons under Bedford, 1422-35», *EHR*, 46 (1931), pp. 194-208.
Squibb, G. D., *The high court of chivalry*, Oxford, 1959, cap. I.
Timbal, P.-C., ed., *La guerre de cent ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369)*, París, 1961, cap. 4.
Twiss, T., ed., *The Black Book of the Admiralty*, R. S. London, 1871, vol I.
Wright, N. A. R., «The *Tree of Battles* of Honoré Bouvet and the laws of war», *War, literature, and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 12-31.

La diplomacia

Allmand, C. T., «Documents relating to the Anglo-French negotiations of 1439», *Camden Miscellany XXIV, Camden*, 4.ª serie, 9, Londres, (1972), pp. 79-149.
—, «The Anglo-French negotiations, 1439», *BIHR*, 40 (1967), pp. 1-33.
—, «Diplomacy in late medieval England», *HT*, 17 (1967), pp. 546-553.
Broome, D., «The ransom of John II, king of France, 1360-70», *Camden Miscellany XIV*, Camden, 3.ª serie, 37, Londres (1926).
Cosneau, E., *Les grands traités de la guerre de cent ans*, París, 1889.
Cuttino, G. P., «The process of Agen», *Speculum*, 19 (1944), pp. 161-178.

—, *English diplomatic administration, 1259-1339*, Oxford, 2.ª ed., 1971.
—, *English medieval diplomacy*, Bloomington, 1985.
Chaplais, P., *English medieval diplomatic practice, Part I*, 2 vols., Londres, 1982.
—, «Règlements des conflits internationaux franco-anglais au XIVe siècle (1293-1377)», *MA*, 57 (1951), pp. 269-302; reed., en *Essays in medieval diplomacy and administration*, Londres, 1981, cap. 9.
Déprez, E., «La conférence d'Avignon (1344). L'arbitrage pontificale entre la France et l'Angleterre», *Essays in medieval history presented to T. F. Tout*, ed. A. G. Little y F. M. Powicke, Manchester, 1925; reed. Nueva York, 1967, pp. 301-320.
Dickinson, J. G., *The congress of Arras. 1435. A study in medieval diplomacy*, Oxford, 1955.
Dufournet, J., *La destruction des mythes dans les mémoires de Ph. de Commynes*, París, 1966, cap. 7.
Ferguson, J., *English diplomacy, 1422-1461*, Oxford, 1972.
Fowler, K. A., «Truces», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 184-215.
Gaudemet, J., «Le rôle de la papauté dans le règlement des conflits entre états aux XIIIe et XIVe siècles», *La Paix*, Recueils de la Société Jean Bodin pour l'histoire comparative des institutions, Bruselas, 1961, II, pp. 79-106.
Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966, cap. 6.
Keen, M., «Diplomacy», *Henry V. The practice of kingship*, ed. G. L. Harriss, Oxford, 1985, pp. 181-199.
Le Bis, I., «Pratique de la diplomatie. Un dossier d'ambassadeurs français sous Charles VI (1400-1403)», *Annuaire-bulletin de la Société de l'Histoire de France, années 1985-1986*, París, 1988, pp. 97-209.
Le Patourel, J., «The treaty of Brétigny, 1360», *TRHistS*, 5.ª serie, 10 (1960), pp. 19-39.
Lucas, H. S., «The machinery of diplomatic intercourse», *English government at work, 1327-1336*, ed. J. F. Willard y W. A. Morris, Cambridge, Mass., 1940, 1, pp. 300-331.
Mahaut, M.-C., «Le rôle pacificateur du pape Benoit XII dans le conflit de la Castille avec le Portugal (1337-1340)», *Actes du 101e congrès national des sociétés savantes (Lille, 1976). Philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1978, pp. 225-239.
Mollat, G., «La diplomatie pontificale au XIVe siècle», *Mélanges d'histoire du moyen âge dediés à la memoire de Louis Halphen*, París, 1951, pp. 507-512.

Palmer, J. J. N., *England, France and Christendom, 1377-99*, Londres, 1972.
—, «The Anglo-French peace negotiations, 1390-1396», *TRHistS*, 5.ª serie, 16 (1966), pp. 81-94.
—, «English foreign policy, 1388-99», *The reign of Richard II. Essays in honour of May McKisack*, ed. F. R. H. du Boulay y C. M. Barron, Londres, 1971, pp. 75-107.
Perroy, E., «Historical revision. Franco-English relations, 1350-1400», *History*, 21 (1937), pp. 148-154; reimpreso en *Études d'histoire médiévale*, París, 1979.
Queller, D. E., *The office of ambassador in the Middle Ages*, Princeton, 1967.
Wood, D., «"Omnino partialitate cessante". Clement VI and the Hundred Years War», *The church and war*, ed. W. J. Sheils, Oxford, 1983, pp. 179-189.

5. La guerra, los movimientos sociales y el cambio

Allmand, C. T., «War and profit in the late Middle Ages», *HT*, 15 (1965), pp. 762-769.
Beresford, M. W., *New towns of the Middle Ages. Town plantation in England, Wales and Gascony*, Londres, 1967.
Bois, G., *Crise du féodalisme. Économie rurale et démographie en Normandie orientale du début du 14e siècle au milieu du 16e siècle*, París, 1976.
Bolton, J. L., *The medieval English economy, 1150-1500*, Londres, 1980.
Bossuat, A., «Un ordre de chevalerie auvergnat: l'ordre de la pomme d'or», *Bulletin historique et scientifique de l'Auvergne*, 64 (1944), pp. 83-98.
—, «Les prisonniers de guerre au XVI siècle: la rançon de Jean, seigneur de Rodemack», *AEst*, 5.ª serie, 3 (1951), pp. 145-162.
—, «Les prisonniers de guerre au XVe siècle: la rançon de Guillaume, seigneur de Châteauvillain», *AB*, 23 (1951), pp. 7-35.
—, «Les prisonniers de Beauvais et la rançon du poète Jean Regnier, bailli d'Auxerre», *Mélanges d'histoire du moyen âge dédiés à la mémoire de Louis Halphen*, París, 1951, pp. 27-32.
Boudin, M., «Du laboureur aisé au gentilhomme compagnard: les Perrote de Cairon, de Bretteville l'Orgueilleuse (1380-1480)», *AN*, 13 (1963), pp. 237-268.
Boulton, D'A. J. D., *Knigts of the crown. Monarchical orders of knighthood in later medieval Europe, 1325-1520*, Woodbridge, 1987.

Boutruche, R., «La dévastation des campagnes pendant la guerre de cent ans et la réconstruction de la France», *Mélanges 1945, III: Études historiques*, Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, CVI, París, 1947, pp. 127-163; ed. ing., «The devastation of rural areas during the Hundred Years War and the agricultural recovery of France», *The recovery of France in the fifteenth century*, ed. P. S. Lewis, Nueva York, Londres, 1972, pp. 23-59.

—, *La crise d'une société. Seigneurs et paysans du Bordelais pendant la guerre de cent ans*, París, 1947.

Bridbury, R., *Economic growth. England in the later Middle Ages* (nueva edición, Hassocks, 1975).

—, «The Hundred Years War: costs and profits», *Trade, government and economy in pre-industrial England. Essays presented to F. J. Fisher*, ed. D. C. Coleman y A. H. John, Londres, 1976, pp. 80-95.

Carabie, R., «La constitution d'une fortune immobilière en Normandie pendant la guerre de cent ans», *RHDFE*, 4.ª serie, 27 (1949).

Carpentier, E., «Autour de la peste noire. Famines et épidemies dans l'histoire du XIVe siècle», *Annales*, 17 (1962), pp. 1.062-1.092.

Carus-Wilson, E. M., «The effects of the acquisition and of the loss of Gascony on the English wine trade», *BIHR*, 21 (1947), pp. 145-154; reed., en *Medieval merchant venturers*, Londres, 1954.

—, «Evidences of industrial growth on some fifteenth-century manors», *EconHR*, 12 (1959), pp. 190-205; reed., en *Essays in economic history*, ed Carus-Wilson, Londres, 1962, II, pp. 151-167.

Contamine, P., *Guerre, état et société à la fin du moyen âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París, La Haya, 1972.

—, «La guerre de cent ans en France: une approche économique», *BIHR*, 47 (1974), pp. 125-149.

—, «The French nobility and the war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 135-162.

—, «Sur l'ordre de Saint-Michel au temps de Louis XI et de Charles VIII», *Bulletin de la société nationale des antiquaires de France* (1976), pp. 212-236.

[Los artículos citados arriba están reimpresos en Contamine, P., *La France aux XIVe et XVe siècles. Hommes, mentalités, guerre et paix*, Londres, 1981.]

—, «Le coût de la guerre de cent ans en Angleterre», *Annales*, 20 (1965), pp. 788-791.

—, «Points de vue sur la chevalerie en France à la fin du moyen âge», *Francia*, 4 (1976), pp. 255-285.

Crawford, A., *Bristol and the wine trade*, Bristol, 1984.

Fawtier, R., «La crise d'une société durant la guerre de cent ans. A propos d'une livre recent», *RH*, 203 (1950), pp. 53-58.

Fourquin, G., *Les campagnes de la région parisienne à la fin du moyen âge*, París, 1964.

Fowler, K. A., «War and change in late medieval France and England», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 1-27.

Hatcher, J., *Plague, population and the English economy, 1348-1530*, Londres, 1977.

Hay, D., «The divisions of the spoils of war in fourteenth-century England», *TRHistS*, 5.ª serie, 4 (1954), pp. 91-109.

—, «Booty in border warfare», *Transactions of the Dumfriesshire and Galloway Natural History and Antiquarian Society*, tercera serie, 31 (1954), pp. 145-166.

Heers, J., *L'occident aux XIVe et XVe siècles. Aspects économiques et sociaux*, París, 1973; trad. cast.: *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Barcelona, 1984².

—, «Difficultés économiques et troubles sociaux en France et en Angleterre pendant la guerre de cent ans: le problème des origines», *Les Cahiers Pernonnais*, 4 (1964), pp. 47-53.

Henneman, J. B., «The military class and the French monarchy in the late Middle Ages», *AHR*, 83 (1978), 946-965.

Hicks, M. A., «Counting the cost of war: the Moleyns ransom and the Hungerford land-sales 1453-87», *Southern History*, 8 (1986), pp. 11-35.

Higounet, C., *Paysages et villages neufs du moyen âge*, Burdeos, 1975.

James, M. K., «The fluctuations of the Anglo-Gascon wine trade during the fourteenth century», *EconHR*, 2.ª serie, 4 (1951), pp. 170-196; reed., en *Essays in economic history*, ed. E. M. Carus-Wilson, Londres, 1962, II, pp. 125-150, y en M. K. James. *Studies in the medieval wine trade*, ed. E. M. Veale, Oxford, 1971, pp. 1-37.

Jones, M., «Henry VII, Lady Margaret Beaufort and the Orléans ransom», *Kings and nobles in the later Middle Ages*, ed. R. A. Griffiths y J. Sherborne, Gloucester, 1986, pp. 254-273.

Jouet, R., «Le Cotentin entre 1394 et 1417. Restauration économique ou marasme persistant?, *AN*, 20 (1970), pp. 249-265.

Keen, M., *Chivalry*, Yale, 1984.

Kershaw, I., «The great famine and agrarian crisis in England, 1315-1322», *P & P*, 59 (1973), pp. 3-50.

Leguai, A., *De la seigneurie à l'état. Le Bourbonnais pendant la guerre de cent ans*, Moulins, 1969, 2.ª parte.

—, «Le problème des rançons au XVe siècle: la captivité de Jean 1er, duc de Bourbon», *Cahiers d'Histoire*, 6 (1961), pp. 41-58.

—, «Les révoltes rurales dans le royaume de France, du milieu du XIVe siècle à la fin du XVe», *MA*, 88 (1982), pp. 49-76.

Lewis, P. S., «Decayed and non-feudalism in later medieval France», *BIHR*, 37 (1964), pp. 157-184.

—, «Une devise de chevalerie inconnue, créée par un comte de Foix? Le *Dragon*», *AM*, 76 (1964), pp. 77-84.

—, «Of Breton *alliances* and other matters», *War, literature and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 122-143.

[Los artículos citados arriba están reimpresos en Lewis, P., *Essays in later medieval French history*, Londres, 1985.]

Lucas, H. S., «The great European famine of 1315, 1316, and 1317», *Speculum*, 5 (1930), pp. 341-377; reed., en *Essays in economic history*, ed., E. M. Carus-Wilson, Londres, 1962, II, pp. 49-72.

Marchegay, P., «La rançon d'Olivier de Coëtivy, seigneur de Taillebourg, et sénéchal de Guyenne, 1451-1477», *BEC*, 38 (1877), pp. 1-48.

McFarlane, K. B., *The nobility of later medieval England*, Oxford, 1973.

—, «"Bastard feudalism"», *BIHR*, 20 (1945), pp. 161-180.

—, «The investment of Sir John Fastolf's profits of war», *TRHistS*, 5.ª serie, 7 (1957), pp. 91-116.

—, «War, the economy and social change. England and the Hundred Years War», *P & P*, 22 (1962), pp. 3-13.

—, «A business-partnership in war and administration, 1421-1445», *EHR*, 78 (1963), pp. 290-308.

[Los artículos citados arriba están reimpresos en McFarlane, K. B., *England in the fifteenth century*, Londres, 1981.]

McRobbie, K., «The concept of advancement in the fourteenth century in the chroniques of Jean Froissart», *Canadian Journal of History*, 6 (1971), pp. 1-19.

Miller, E., *War in the North*, Hull, 1960.

Mollat, M., «The French maritime community: a slow progress up the social scale from the middle ages to the sixteenth century», *MM*, 69 (1983), pp. 115-128.

Morel, H., «Une association de seigneurs gascons au XIVe siècle», *Mélanges d'histoire du moyen âge dédiés à la mémoire de Louis Halphen*, París, 1951, pp. 523-534.

Nicholas, D., «Economic reorientation and social change in fourteenth-century Flanders», *P & P*, 70 (1976), pp. 3-29.

Perroy, E., «À l'origine d'une économie contractée: les crises du XIVe siècle, *Annales*, 4 (1949), pp. 167-182.

—, «Grand profits et rançons pendant la guerre de cent ans. L'affaire du

comte de Denia», *Mélanges d'histoire du moyen âge dédiés à la mémoire de Louis Halphen*, París, 1951, pp. 573-580.

—, «Social mobility among the French *noblesse* in the later Middle Ages», *P & P*, 21 (1962), pp. 25-38.

[Los artículos citados arriba están reimpresos en Perroy, E., *Études d'histoire médiévale*, París, 1979.]

Postan, M. M., «Some social consequences of the Hundred Years War», *EconHR*, 12 (1942), pp. 1-12.

—, «The costs of the Hundred Years War», *P & P*, 27 (1964), pp. 34-53.

Powicke, M., «The English aristocracy and the war», *The Hundred Years War*, ed. K. A. Fowler, Londres, 1971, pp. 122-134.

Prestwich, M., *War, politics and finance under Edward I*, Londres, 1972, cap. 13.

Renouard, Y., «Consequences et intérêt démographiques de la peste noire de 1348», *Population*, 3 (1948), pp. 459-466.

—, «L'ordre de la Jarretière et l'ordre de l'Étoile. Étude sur la genèse des ordres laïcs de chevalerie et sur le développement progressif de leur caractère national», *MA*, 55 (1949), pp. 281-300.

Rogers, A., «Hoton versus Shakell: a ransom case in the court of chivalry, 1390-5», *Nottingham Medieval Studies*, 6 (1962), pp. 74-108; 7 (1963), pp. 53-78.

Saul, A., «Great Yarmouth and the Hundred Years War in the fourteenth century», *BIHR*, 52 (1979), pp. 105-115.

—, «The herring industry at Great Yarmouth, *c.* 1200-*c.* 1400», *Norfolk Archaeology*, 38 (1981), pp. 33-43.

Saul, N., *Knights and esquires: the Gloucestershire gentry in the fourteenth century*, Oxford, 1981.

Scammell, J., «Robert I and the north of England», *EHR*, 73 (1958), pp. 385-403.

Sherborne, J. W., *The port of Bristol in the Middle Ages*, Bristol, 1965.

Strayer, J. R., «The costs and profits of war: the Anglo-French conflict of 1294-1303», *The medieval city*, ed. H. A. Miskimin, D. Herlihy y A. L. Udovitch, New Haven, Londres, 1977, pp. 269-291.

Tuck, J. A., «Northumbrian society in the fourteenth century», *Northern History*, 6 (1971), pp. 22-39.

—, «War and society in the medieval north», *Northern History*, 21 (1985), pp. 33-52.

Vale, M. G. A., *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France and Burgundy at the end of the Middle Ages*, Londres, 1981.

—, «A fourteenth-century order of chivalry: the "Tiercelet"», *EHR*, 82 (1967), pp. 332-341.

—, «Warfare and the life of the French and Burgundian nobility in the late middle ages», *Adelige Sachkultur des Spätmittelalters*, Österreichische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Klasse, Viena, 1982, pp. 169-193.

6. La guerra, el pueblo y la nación

Allan, A., «Yorkist propaganda: pedigree, prophecy and the "British history" in the reign of Edward IV», *Patronage, pedigree and power in later medieval England*, ed. C. D. Ross, Gloucester, 1979, pp. 171-192.

Ascoli, G., *La Grande Bretagne devant l'opinion française depuis la guerre de cent ans jusqu'à la fin du XVIe siècle*, París, 1927.

Barber, R., *The life and campaigns of the Black Prince*, Woodbridge, 1986.

Barnie, J., *War in medieval society. Social values and the Hundred Years War, 1337-99*, Londres, 1974.

Bean, R., «War and the birth of the nation state», *Journal of Economic History*, 33 (1973), pp. 203-221.

Beaucourt, G. du Fresne de, «La conspiration du duc d'Alençon, 1455-56», *Revue des questions historiques*, 49 (1891), pp. 410-433.

Beaune, C., *Naissance de la nation France*, París, 1985.

—, «St Clovis: histoire, religion royale et sentiment national en France à la fin du moyen âge», *Le métier d'historien au moyen âge. Études sur l'historiographie médiévale*, ed. B. Guenée, París, 1977, pp. 139-156.

—, «Histoire et politique: la recherche du texte de la loi salique de 1350 à 1450», *Actes du 104e congrès national des sociétés savantes, Bordeaux, 1980. Philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1981, I, pp. 25-35.

Bedos Rezak, B., «Idéologie royale, ambitions princières et rivalités politiques d'après le témoignage des sceaux (France, 1380-1461)», *La France anglaise au moyen âge. Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, I, pp. 483-511.

Bellamy, J. G., *The law of treason in England in the later Middle Ages*, Cambridge, 1970.

Beverley-Smith, L., «Llywelyn ap Gruffudd and the Welsh historical consciousness», *Welsh History Review*, 12 (1984), pp. 1-28.

Bossuat, A., «L'idée de nation et la jurisprudence du Parlement de Paris au XVe siècle», *RH*, 204 (1950), pp. 54-61.

—, «La littérature de propagande au XVe siècle. Le mémoire de Jean de Rinel, secrétaire du roi d'Angleterre, contre le duc de Bourgogne (1435)», *Cahiers d'Histoire*, 1 (1956), pp. 131-146.

—, «Les origines troyennes. Leur rôle dans la littérature historique au XVe siècle», *AN*, 8 (1958), pp. 187-197.

—, «La formule "Le roi est empereur en son royaume". Son emploi au XVe siècle devant le Parlement de Paris», *RHDFE*, 39 (1961), pp. 371-381.

—, «Le Parlement de Paris pendant l'occupation anglaise», *RH*, 465 (1963), pp. 19-40.

Bryant, L. M., «La cérémonie de l'entrée à Paris au moyen âge», *Annales*, 41 (1986), pp. 513-542.

Contamine, P., «L'amour de la patrie», *L'Histoire*, 96 (enero de 1987), pp. 12-18.

Cuttler, S. H., *The law of treason and treason trials in later medieval France*, Cambridge, 1981.

—, «A patriot for whom? The treason of Saint-Pol, 1474-75», *HT*, 37 (enero, 1987), pp. 43-48.

Daly, K., «A rare iconographic theme in a Bodleian Library manuscript: an illustration of the *Reditus regni ad stirpem Karoli magni* in MS Bodley 968», *Bodleian Library Record*, 11 (1982-1985), pp. 371-381.

Danbury, E., «English and French artistic propaganda during the period of the Hundred Years War: some evidence from royal charters», *Power, culture, and religion in France, c. 1350-c. 1550*, ed. C. T. Allmand, Woodbridge, 1989, pp. 75-97.

Déprez, E., «La bataille de Nájera (3 avril, 1367). Le communiqué du Prince Noir», *RH*, 136 (1921), pp. 37-59.

Duncan, A. A. M., *The Scots nation and the Declaration of Arbroath*, Londres, 1970.

Dupont, A., «Pour ou contre le roi d'Angleterre (1426)», *Bulletin de la société des antiquaires de Normandie*, 54 (1957-1958), pp. 147-169.

Edwards, J. G., «The treason of Thomas Turberville, 1298», *Essays in medieval history presented to F. M. Powicke*, ed. R. W. Hunt, W. A. Pantin y R. W. Southern, Oxford, 1948, pp. 296-309.

Fergusson, J., *The Declaration of Arbroath*, Edimburgo, s.f.

Galbraith, V. H., «Nationality and language in medieval England», *TR HistS*, 4.ª serie, 23 (1941), pp. 113-128; reimpreso en *Kings and chroniclers. Essays in English medieval history*, Londres, 1982, cap. 14.

Gauvard, C., «L'opinion publique aux confins des états et des principautés au debut du XVe siècle», *Actes du congrès de la société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, Bordeaux, 1978*, Burdeos, 1979, pp. 127-152.

—, «Résistants et collaborateurs pendant la guerre de cent ans: le témoignage des lettres de rémission», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 123-138.

Genet, J.-P., «English nationalism: Thomas Polton at the council of Constance», *Nottingham Medieval Studies*, 28 (1984), pp. 60-78.

Giesey, R. E., «The juristic basis of the dynastic right to the French throne», *Transactions of the American Philosophical Society*, nueva serie, 51 (5), 1961.

Gransden, A., *Historical writing in England, II: c.1307 to the early sixteenth century*, Londres, 1982.

—, «Propaganda in English medieval historiography», *JMedH*, I (1975), pp. 363-382.

—, «The uses made of history by the kings of medieval England», *Culture et idéologie dans la genèse de l'état moderne* (Collection de l'école française de Rome, 82, 1985), pp. 463-478.

Grévy-Pons, N., «Propagande et sentiment national pendant le règne de Charles VI: l'exemple de Jean de Montreuil», *Francia*, 8 (1979), pp. 127-145.

Griffiths, R. A., «Edward I, Scotland and the chronicles of English religious houses», *Journal of the Society of Archivists*, 6 (1979), pp. 191-199.

Grosjean, G., *Le sentiment national dans la guerre de cent ans*, París, 1928.

Guenée, B., *L'Occident aux XIVe et XVe siècles. Les États*, París, 1981; trad. cast.: *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Barcelona, 1985².

—, «État et nation en France au moyen âge», *RH*, 237 (1967), pp. 17-30.

—, «L'enquête historique ordonnée par Edouard I, roi d'Anglaterre, en 1291», *Comptes-rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1975), pp. 572-584.

—, y F. Lehoux, *Les entrées royales françaises de 1328 à 1515*, París, 1968.

Haines, R. M., «Church, society and politic in the early fifteenth century as viewed from an English pulpit», *Church, society, and politics*, ed. D. G. Baker, Oxford, 1975, pp. 143-157.

—, «"Our master mariner, our sovereign lord": a contemporary preacher's view of King Henry V», *Medieval Studies*, 38 (1976), pp. 85-96.

Hallam, E. M., *Capetian France, 987-1328*, Londres, 1980.

—, «Philip the Fair and the cult of Saint Louis», *Religion and national identity*, ed. S. Mews, Oxford, 1982, pp. 201-214.

Hay, D., «History and historians in France and England during the fifteenth century», *BIHR*, 35 (1962), pp. 111-127.

Hewitt, H. J., *The organization of war under Edward III, 1338-62*, Manchester, 1966, cap. 7.

Hoareau-Dodinau, J., «Les fondements des préférences dynastiques au XIVe siècle, d'après quelques lettres de rémission», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, I, pp. 113-121.

—, y P. Texier, «Loyauté et trahison dans les actes poitevins du Trésor des Chartes (1356-1380)», *Ibid.*, I, pp. 139-158.

Huizinga, J., «Patriotism and nationalism in European history», *Men and ideas. History, the Middle Ages, the Renaissance*, Londres, 1960, pp. 97-155.

Jones, M., «"Mon pays et ma nation": Breton identity in the fourteenth century», *War, literature and politics in the late Middle Ages*, ed. C. T. Allmand, Liverpool, 1976, pp. 144-168; reed., en Jones, *The creation of Brittany. A late medieval state*, Londres, 1988, pp. 283-307, 329-350.

—, «"Bons bretons et bons francoys": the language and meaning of treason in later medieval France», *TRHistS*, 5.ª serie, 32 (1982), pp. 91-112.

—, «Trahison et l'idée de lèse-majesté dans la Bretagne du XVe siècle», *Actes du 107e congrès national des sociétés savantes, Brest, 1982. Section de philologie et histoire jusqu'à 1610*, París, 1985, I, pp. 91-106.

Jouet, R., *La résistance à l'occupation anglaise en Basse-Normandie (1418-1450)*, Caen, 1969.

Keeny, B. C., «Military service and the development of nationalism in England, 1272-1327», *Speculum*, 22 (1947), pp. 534-549.

Kirkland, D., «The growth of national sentiment in France before the fourteenth century», *History*, 23 (1938-1939), pp. 12-24.

Krynen, J., *Idéal du prince et pouvoir royal en France à la fin du moyen âge (1380-1440). Étude sur la littérature politique du temps*, París, 1981.

—, «Naturel. Essai sur l'argument de la nature dans la pensée politique française à la fin du moyen âge», *Journal des Savants* (1982), pp. 169-190.

Lacaze, Y., «Le rôle des traditions dans la genèse d'un sentiment national au XVe siècle. La Bourgogne de Philippe le Bon», *BEC*, 129 (1971), pp. 303-385.

Lambrech, R., «Charlemagne and his influence on the late medieval French kings», *JMedH*, 14 (1988), pp. 283-291.

Langlois, C.-V., «Les anglais du moyen âge d'après les sources françaises», *RH*, 52 (1893), pp. 298-315.

Langlois, M., e Y. Lanhers, eds., *Confessions et jugements de criminels au Parlement de Paris (1319-1350)*, París, 1971.

Lewis, P. S., «Two pieces of fifteenth-century political iconography», *JWCI*, 27 (1964), pp. 317-320.

—, «War propaganda and historiography in fifteenth-century France and England», *TRHistS*, 5.ª serie, 15 (1965), pp. 1-21.
[Los artículos citados arriba están reimpresos en Lewis, P. S., *Essays in later medieval French history*, Londres, 1985.]

McHardy, A. K., «Liturgy and propaganda in the diocese of Lincoln during the Hundred Years War», *Religion and national identity*, ed. S. Mews, Oxford, 1982, pp. 215-227.

—, «The English clergy and the Hundred Years War», *The church and war*, ed. W. J. Sheils, Oxford, 1983, pp. 171-178.

McKenna, J. W., «Henry VI of England and the dual monarchy: aspects of royal political propaganda, 1422-1432», *JWCI*, 28 (1965), pp. 145-162.

—, «The coronation oils of the Yorkist kings», *EHR*, 82 (1967), pp. 102-104.

—, «How God became an Englishman», *Tudor rule and revolution. Essays for G. R. Elton from his American friends*, ed. D. J. Guth y J. W. McKenna, Cambridge, 1982, pp. 25-43.

Menache, S., «"Un peuple qui a sa demeure a part". Boniface VIII et le sentiment national français», *Francia*, 12 (1984), pp. 193-208.

Merindol, C. de, «Saint Michel et la monarchie française à la fin du moyen âge dans le conflit franco-anglais», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 513-542.

Meyer, P., «Ballade contre les Anglais (1429)», *Romania*, 21 (1892), pp. 50-52.

Owst, G. R., *Preaching in medieval England. An introduction to sermon manuscripts of the period. c. 1350-1450*, Cambridge, 1926; reed. Nueva York, 1965.

—, *Literature and the pulpit in medieval England*, Cambridge, 1933; reed. Oxford, 1961.

Pannier, L., ed., *Le débat des hérauts d'armes de France et d'Angleterre: The debate between the heralds of England and France*, SATF, París, 1877.

Pons, N., «Propagande et sentiment national pendant le règne de Charles VI: l'exemple de Jean de Montreuil», *Francia*, 8 (1980), pp. 127-145.

—, «La propagande de guerre française avant l'apparition de Jeanne d'Arc», *Journal des Savants* (1982), pp. 191-214.

Post, G., «Two notes on nationalism in the Middle Ages», *Traditio*, 9 (1953), pp. 281-320.
Prince, A. E., «A letter of Edward, the Black Prince, describing the battle of Najera in 1367», *EHR*, 41 (1926), pp. 415-418.
Richardson, M., «Henry V, the English chancery, and chancery English», *Speculum*, 55 (1980), pp. 726-750.
Rickard, P., *Britain in medieval French literature*, Cambridge, 1956.
Robbins, R. H., ed., *Historical poems of the XIVth and XVth centuries*, Nueva York, 1959.
Rowe, B. J. H., «King Henry VI's claim to France: in picture and poem», *The Library*, 4.ª serie, 13 (1932), pp. 77-88.
Ruiz, T. F., «L'image du pouvoir à travers les sceaux de la monarchie castillane», *Genèse médiévale de l'état moderne: La Castille et La Navarre (1250-1370)*, ed. A. Rucquoi, Valladolid, 1987.
Scattergood, V. J., *Politics and poetry in the fifteenth century*, Londres, 1971, cap. 3.
Sherman, C. R., *The portraits of Charles V of France (1338-1380)*, Nueva York, 1969.
Spiegel, G. M., «"Defense of the realm": evolution a Capetian propaganda slogan», *JMedH*, 3 (1977), pp. 115-133.
Stones, E. L. G., y G. G. Simpson, *Edward I and the throne of Scotland, 1290-1296*, 2 vols., Oxford, 1978.
Stones, E. L. G., «English chroniclers and the affairs of Scotland, 1286-1296», *The writing of history in the Middle Ages. Essays presented to R. W. Southern*, ed. R. H. C. Davies, J. M. Wallace-Hadrill, R. J. A. I. Catto y M. H. Keen, Oxford, 1981, pp. 323-348.
Strayer, J. R., «Defense of the realm and royal power in France», *Studi in onore di Gino Luzzato*, Milán, 1949, I, pp. 289-296.
—, «France: the holy land, the chosen people, and the most Christian king», *Action and conviction in early modern Europe. Essays in memory of E. H. Harbison*, ed. T. K. Rabb y J. E. Seigel, Princeton, 1968, pp. 3-16.
[Los artículos citados arriba están reimpresos en Strayer, J. R., *Medieval statecraft and the perspectives of history*, Princeton, 1971.]
Styles, D., y C. T. Allmand, «The coronations of Henry VI», *HT*, 32 (mayo, 1982), pp. 28-33.
Taylor, F., y J. S. Roskell, *Gesta Henrici Quinti: the deeds of Henry V*, Oxford, 1975.
Tout, T. F., «The English Parliament and public opinion, 1376-1388», *The collected papers of T. F. Tout*, Manchester, 1934, II, pp. 173-190.
Warner, G., ed., *The Libelle of Englyshe Polycye. A poem on the use of sea power 1436*, Oxford, 1926.

Wright, T., *Political poems and songs relating to English history composed during the period from the accession of Edward III to that of Richard III*, 2 vols., RS (Londres, 1859-1861).

7. La guerra y la literatura

L'Arbre des batailles d'Honoré Bonet, ed. E. Nys, Bruselas y Leipzig, 1883.

Barnie, J., *War in medieval society. Social values and the Hundred Years War*, Londres, 1974, cap. 5.

Bayley, C. C., ed., *War and society in Renaissance Florence. The De Militia of Leonardo Bruni*, Toronto, 1961.

Bell, D. M., *Étude sur le Songe du Vieil Pèlerin de Philippe de Mézières (1327-1405)*, Ginebra, 1955.

Birdsall, J., y R. A. Newhall (trad.), *The chronicle of Jean de Venette*, Nueva York, 1953.

Blanchard, J., «L'entrée du poète dans le champ politique au XVe siècle», *Annales*, 41 (1986), pp. 43-61.

Blayney, M., ed., *Fifteenth-century English translations of Alain Chartier's «Le traité de l'esperance» and «Le quadrilogue invectif»*, EETS, Londres, 1974.

Bornstein, D., ed., *The middle English translation of Christine de Pisan's «Livre du corps de policie»*, Heidelberg, 1977.

Byles, A. T. P., ed., *The book of the ordre of chyualry of William Caxton*, EETS, Londres, 1926.

—, Christine de Pisan, *The book of fayttes of armes and of chyualrye*, EETS, Londres, 1932.

Coleman, J., *English literature in history, 1350-1400. Medieval readers and writers*, Londres, 1981.

—, «A political analysis of literary works *c.* 1280-1400: ideology and perception of "The State" in England», *Culture et idéologie dans la genèse de l'état moderne* (Collection de l'école française de Rome, 82, 1985), pp. 433-462.

Coopland, G. W. (trad.), Philippe de Mézières, *Le songe du vieil pèlerin*, 2 vols., Cambridge, 1969.

—, Philippe de Mézières, *Letter to king Richard II. A plea made in 1395 for peace between England and France*, Liverpool, 1975.

Coulton, G. G., *The chronicler of European chivalry*, Londres, 1930.

Daly, K., «Histoire et politique à la fin de la guerre de cent ans: *L'Abrégé des Chroniques* de Noël de Fribois», *Actes du 111e congrès na-*

tional des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie, París, 1988, I, pp. 91-101.

—, «Mixing business with leisure: some French royal notaries and secretaries and their histories of France, c. 1459-1509», *Power, culture, and religion in France, c. 1350-c. 1550*, ed. C. T. Allmand, Woodbridge, 1989, pp. 99-115.

Droz, E., ed., Alain Chartier, *Le quadrilogue invectif*, 2.ª ed., París, 1950.

Dyboski, R., y Z. M. Arend, eds., *Knyghthood and bataile*, EETS, Londres, 1935.

Edwards, J., «War and peace in fifteenth-century Castile: Diego de Valera and the Granada war», *Studies in medieval history presented to R. H. C. Davis*, ed. H. Mayer-Harting y R. I. Moore, Londres, 1985, pp. 283-295.

Fowler, K. A., «Froissart, chronicler of chivalry», *HT*, 36, mayo, 1986, pp. 50-54.

Gauvard, C., «Christine de Pisan, a-t-elle eu une idée politique?», *RH*, 250 (1973), pp. 417-430.

—, «Portrait du prince d'après l'oeuvre de Guillaume de Machaut: étude sur les idées politiques du poète», *Guillaume de Machaut. Colloque - table ronde organisé par l'université de Reims, avril 1978*, París, 1982, pp. 23-39.

Genet, J.-P., «L'influence française sur la littérature politique anglaise au temps de la France anglaise», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 75-90.

Grévy-Pons, N., Ornato, E., y G. Ouy, eds., Jean de Montreuil, *Opera. II: l'oeuvre historique et polémique*, Turín, 1975; *III: textes divers*, París, 1981.

Guenée, B., «La culture historique des nobles: le succès des *Faits des romains* (XIIIe-XVe siècles)», *La noblesse au moyen âge. Essais à la mémoire de Robert Boutruche*, ed. P. Contamine, París, 1976, pp. 261-268.

Kilgour, R. L., *The decline of chivalry as shown in the French literature of the late Middle Ages*, Cambridge, Mass., 1937.

Kingsford, C. L., *English historical literature in the fifteenth century*, Oxford, 1913.

Lalande, D., ed., *Le livre des fais du bon messier Jean le Maingre, dit Bouciquaut, mareschal de France et gouverneur de Jennes*, París, Ginebra, 1985.

Lewis, P. S., «Jean Juvénal des Ursins and the common literary attitude towards tyranny in fifteenth-century France», *Medium Aevum*, 34

(1965), pp. 103-121; reimpreso en *Essays in later medieval French history*, Londres, 1985, pp. 169-187.
Lewis, P. S., ed., *Écrits politiques de Jean Juvénal des Ursins*, SHF, 2 vols., París (1978-1985).
Muir, L. R., *Literature and society in medieval France. The mirror and the image, 1100-1500*, Londres, 1985.
Palmer, J. J. N., ed., *Froissart: historian*, Woodbridge, Totowa, 1981.
Pope, A. K., y E. C. Lodge, eds., *Life of the Black Prince by the herald of Sir John Chandos*, Oxford, 1910.
Robbins, R. H., ed., *Historical poems of the XIVth and XVth centuries*, Nueva York, 1959.
Robert, U., *L'Art de chevalerie. Traduction du De re militari de Végèce par Jean de Meun*, SATF, París, 1897.
Scattergood, V. J., *Politics and poetry in the fifteenth century*, Londres, 1971.
Tyson, D. B., ed., *La vie du Prince Noir, by Chandos Herald*, Tubinga, 1975.
Vale, M. G. A., *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France and Burgundy at the end of the Middle Ages*, Londres, 1981.

Conclusión

Allmand, C. T., *Lancastrian Normandy, 1415-1450. The history of a medieval occupation*, Oxford, 1983, cap. II.
—, «The aftermath of war in fifteenth-century France», *History*, 61 (1976), pp. 344-357.
—, «Local reaction to the French reconquest of Normandy: the case of Rouen», *The crown and local communities in England and France in the fifteenth century*, ed. J. R. L. Highfield y R. Jeffs, Gloucester, 1981, pp. 146-161.
—, «France-Angleterre à la fin de la guerre de cent ans: Le "Boke of Noblesse" de William Worcester», *Actes du 111e congrès national des sociétés savantes, Poitiers, 1986. Section d'histoire médiévale et de philologie*, París, 1988, I, pp. 103-111.
Bossuat, A., «Le règlement des confiscations sous le règne de Charles VII», *Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1947), pp. 6-16.
—, «Le rétablissement de la paix sociale sous le regne de Charles VII», *MA*, 60 (1954), pp. 137-162; ed. ing., «The re-establishment of peace in society during the reign of Charles VII», *The recovery of France*

in the fifteenth century, ed. P. S. Lewis, Nueva York, Londres, 1971, pp. 60-81.

Chevalier, B., y P. Contamine, eds., *La France de la fin du XVe siècle: renouveau et apogée*, París, 1985.

En France après Jeanne d'Arc, catálogo de una exposición en los Archives Nationales, París, diciembre de 1980-marzo de 1981.

La reconstruction après la guerre de cent ans, Actes du 104e congrès national des sociétés savantes, Bordeaux, 1980. Philologie et histoire jusqu'à 1610, t. 1, París, 1981.

Lartigaut, J., *Les campagnes du Quercy après la guerre de cent ans (vers 1440-vers 1500)*, Toulouse, 1978.

Lewis, P. S., *The recovery of France in the fifteenth century*, Nueva York, Londres, 1971.

Mollat, M., *Le commerce maritime normand à la fin du moyen âge*, París, 1952.

Nichols, J. G., ed., *The Boke of Noblesse addressed to king Edward the Fourth on his invasion of France in 1475*, Londres, 1860.

Renouard, Y., «Les conséquences de la conquête de Guienne par le roi de France pour le commerce des vins», *AM*, 61 (1948), pp. 15-31.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Against the King's Taxes, 217
Agen, proceso en (1332-1333), 29
Agenais, 27
Agustín, san, 63, 67-68
aides, 155, 201
Aigües-Mortes, 120
Albion, 197
Albret, señor de, 43, 177
Alejandro Magno, 220
Alemania, 24, 32, 108, 185, 193, 197
Amiens, 28
Andrés, san, 198
angevino, imperio, 25, 29, 51
Angulema, 43
Anjou, ducado de, 25, 36, 38, 51, 56, 58, 88; *véase también* Luis; Margarita; René
Annales, escuela, 17
Antonino de Florencia, san, 67
aprovisionamiento, 137-144, 153; *véase también* Torre de Londres
Aquitania: confiscación de, 44; ducado de, 25-29, 30, 34, 36, 38-39, 43, 44, 48-51, 60-62, 65, 89, 120, 121, 136, 144, 148, 158, 162-163, 169; duque de, 26, 29-30, 49, 65; *véase también* Leonor de Aquitania; Gante, Juan de
Aragón, 144
Arbroath, declaración de, 198
arco, práctica del tiro con, 82
armaduras, 93, 99, 143
Armagnac, Juan de, 93
armagnacs, 80, 168
armas: arcos, 52, 91, 93-94, 140, 143; ballestas, 78, 91, 93, 141; cuerdas de arco, 143; escudos, 141; flechas, 140, 143; lanzas, 141; máquinas de asedio, 113, 141; plumas, 78, 140; hondas, 141; saetas, 78, 141; *véase también* artillería
Arrás, congreso en (1435), 60
artillería, 52, 62, 99-100, 112-113, 116-119, 124, 127, 141-142, 224
Artois, Roberto de, 31
Arundel, conde de, 74
asedio, 35, 52-53, 59, 79, 81, 88, 99, 109, 112, 124, 138, 142, 156; *véase también* armas; tácticas
Assize of Arms (1181), 82
Atlántico, puertos del, 120
Audley, sir James, 183-184
Auray, batalla de (1364), 41, 44, 183
Austria, ducado de, 188; *véase también* Leopoldo de Austria
Auvergne, Pierre d', 146
Auvernia, 172
Auxerre, tratado de (1412), 51
Aviñón, 33, 46, 115
Azincourt: batalla de (1415), 52, 65, 84, 94, 95, 106, 155, 183, 186, 188, 206; «villancico de», 191

Baille, Pierre, 179
baillis, 139
baladas, 141; *véase también* Azincourt, «villancico de»
Báltico, puertos del, 120, 167
Ballade contre les anglais (1429), 191
Balliol, Edward, «rey» de los escoceses, 31, 97

Barbour, John, 102
barcos: *cogs*, 126; del rey, 128; tripulación, 128, 170; requisados, 120, 126-128; *véase también* Clos des Galées; galeras
Basin, Thomas, 171, 203, 228
bastide, 27
batalladas, 85, 91; *véase también* los nombres de cada una
Baugé, batalla de (1421), 56, 88
Baux, Amiel de, 110
Bayona, 26, 48, 128, 193
Béarn, vizconde de, *véase* Fébus, Gaston
Beaufort, Henry, cardenal, 144
Beauvais, 214
Beauvais, Vincent de, 220
Bedford, Juan, duque de, 52, 58, 80, 106, 128, 142
Bekynton, Thomas, 163
benedictinos, monjes, 77, 192
beneficios de guerra, 75, 85, 139, 176-185; *véase también* botín
Berkeley, Thomas, lord, 219
Berry, Juan, duque de, 50, 104
bienestar común, 68, 72, 82, 107, 113, 133, 145, 148, 154, 156, 158, 160-161, 183, 200, 202, 204, 208-212, 216, 221
Bloch, Marc, 195
bloqueo, 35, 52, 116, 122, 124, 138; *véase también* tácticas
Bodiam, castillo de, 119
Bolonia, 44
Bonet, *véase* Bouvet, Honoré
Bonifacio VIII, papa, 150
Borbón, bastardo de, 99
Borbón, duque de, 50
Bordelais, 172
Borgoña: ducado de, 56; duques de, 30, 121
borgoñones, 55, 58, 60
botín, 37, 75, 79, 85, 176, 229; véase también *butiniers*
Bouciquaut, *véase* Maingre, Jean le
Boulogne, 119
Bourgeois de Paris, 168, 203; véase también *Parisian Journal*
Bourges, 179; tratado de (1412), 50-51
Bouteillier, Guy le, 75
Bouvet, Honoré, 77, 81, 82, 158, 176, 210-212, 215, 221; *L'Arbre des batailles*, 81, 210-212, 221
Bradwardine, Thomas, 66
Brest, 33
Bretaña, 30, 33, 35, 40, 41, 44, 47, 94, 110, 119-120, 121, 122, 171, 185, 194, 197; duques de, 30, 44, 122, 224; *véase también* Juan III; Juan IV
Bretigny, tratado de (1360), 38-39, 45, 52, 54, 56, 87, 109, 121, 147, 162, 164, 203; *véase también* «Gran Paz»
Brienne, Jean de, conde de Eu, 219
Brignais, batalla de (1362), 41, 85
Brinton, Thomas, obispo de Rochester, 68, 83, 189
Bristol, 169-170, 230; véase también *Gracedieu*
Britania, 101
Bromyard, John, 77, 149
Bruce, Robert, 91-92, 102
Brujas, 31
Brut, The, crónica, 99, 116
Bruto, 197
Buckingham, Thomas, conde de, 47
Bucil, Jean de, 70, 183
Bunbury, 182
Burdeos, 26, 27, 37, 42, 46, 48, 51, 62, 117, 128, 169
Bureau, hermanos, 141
Bury Saint Edmunds, 268
butiniers, 176; *véase también* botín
Byker, familia, 141

caballería, 68-69, 73, 76, 183-184, 212-213; tribunal de la, 177
caballos, 73, 89-93, 139, 142-143, 153
Caen, 34, 53, 111, 114, 116, 142, 168, 179
Caistor, 182
Calais, 35, 36, 38, 49, 52, 60, 62, 76, 123, 138-139, 148; sitio de (1346-1347), 35, 93, 116, 124, 138-139; tratado de (1360), 38

Calveley, sir Hugh, 105, 110, 182-184
Cambrai, 117
Cambridge, 162
campesinos, revuelta de (1381), 46, 178
campo, efectos de la guerra en el, 167, 170-172
canciones, 190; *véase también* Azincourt, villancico de; baladas; versos cantantes itinerantes, 190
Canterbury, 117-118
cañones, *véase* artillería
Capeto, dinastía de los, 25, 29, 36, 147
capitación, 174
Cardaillac, Jean de, 69n.; *Liber regalis*, 69n.
Carlomagno, emperador, 195-196, 198
Carlos IV, rey de Francia, 27, 28, 226
Carlos V, rey de Francia, 37, 38, 41, 43, 44, 97, 104, 124, 128, 135, 150, 158, 184, 195-196, 199, 219
Carlos VI, rey de Francia, 46-47, 49, 51, 54-55, 58, 146, 154, 195, 201, 226
Carlos VII, rey de Francia, 54, 55, 58-62, 75, 88-89, 95, 104, 106-107, 111, 121, 136-137, 141, 146, 168, 179, 188, 195, 199, 200, 204, 209, 216-217, 226-228
Carlos VIII, rey de Francia, 100
Carlos, rey de Navarra, 36, 40-42, 44
Carlos, conde de Valois, 28
Carlos de Blois, 33, 35, 41
Carlos el Calvo, duque de Borgoña, 99, 214, 220, 224
Carlos, duque de Orleans, 50, 52
carmelita, fraile, *véase* Venette, Jean de
Castilla, 41-43, 111, 122, 176
Castillon, batalla de (1453), 62, 89, 99
Catalina, reina de Inglaterra, 51, 55
Caudebec, 171
Caxton, William, 220
centième, 150
Cervole, Arnaud de, 110
César, Julio, 73
cessante causa, principio de, 147
cinquantième, 150
Cinque Ports, 123
cisma, 46
ciudad, efectos de la guerra en la, 167-169; *véase también* población
Clarence, Thomas, duque de, 51, 56
Clemente VI, papa, 33
clima, efectos del, 166-167, 172, 175, 223
Clisson, Olivier III de, 202
Clodoveo, san, rey de los francos, 188, 198
Clos des Galées, 124, 126, 127; *véase también* barcos
Cocherel, batalla de (1364), 41
Coel, rey, 198
Coeur, Jacques, 179
Colchester, 155
collaterali, 139
comercio, 123, 125, 129, 168-170, 230
commision of array, 140
communis patria, 200
Commynes, Philippe de, 85, 164, 214, 228
conmemoraciones, 67, 188
compañías, 74, 77, 108-110, 115, 148, 154, 172, 211; véase también *condottieri*; *ecorcheurs*; mercenarios; *routiers*
Compiègne, 59
condestable, 80, 158-159; de Francia, 184; *véase también* mariscal
condotta, 139
condottieri, 108, 130, 219; *véase también* compañías; mercenarios; *routiers*
confiscación, 26, 29, 31, 44, 53, 56, 74, 88, 160, 171, 180
Constantino, emperador, 198
Contamine, Philippe, 18
Cooling, castillo de, 119
coronación, 188, 195
Corpus Christi, procesiones del, 195
cosechas, 167
costa, 30, 33, 39, 45-47, 120-121, 127-128, 148, 151; defensa de, 123; *véase también* territorios costeros
Couesnon, río, 194
cour des aides, 152
Courtecuisse, Jean de, 170

Courtrai, batalla de (1302), 89-90
Cravant, batalla de (1423), 58, 88, 111
Crécy-en-Ponthieu, batalla de (1346), 35, 37, 40, 44, 66, 69, 84, 85, 93-95, 99, 104, 114
Crockart, 185
Crotoy, Le, 96, 121
cruz: blanca, 203; de San Andrés, 203; roja, 203
cruzadas, 23, 47, 68, 109

Chabannes, Antoine de, 111
chamber, 153, 165
Champaña, 172
Chandos, sir John, 184
Charente, río, 49
Charny, Godofredo de, 70; *Livre de chevalerie*, 70
Chartier, Alain, 20, 72, 193, 209, 216; *Quadrilogue invectif* (1422), 72, 216
Chartier, Jean, 199
Chartres, 168
Château-Gaillard, 111
Châteauvillain, Guillaume de, 74, 179
Chaucer, Geoffrey, 48, 208; *Tale of Melibee*, 208-209
Cherburgo, 53, 116, 121
Cheshire, 143, 182
chevauchée, 34, 37, 44, 53, 84-86, 100, 115; *véase también* tácticas

Dagworth, sir Thomas, 35-36, 105
David II, rey de los escoceses, 31, 36, 176
Dean, bosque de, 143
débat des hérauts d'armes, Le, 71, 124, 125
defensa, 47, 132-133, 145-149, 199-201, 230
Denia, conde de, 177
Denis, obispo de París, san, 198
derecho: canónico, 157, 162, 211; de la guerra, 78-79, 212; «internacional», 158; justiniano, 158; militar, 79, 157, 211-212; romano o civil, 158, 162, 200, 210; *véase también* militar, tribunal
Deschamps, Eustache, 191, 208
deserción, 161; desertores, 79
Despenser, Henry, obispo de Norwich, 47
devaluación de la moneda, 149-150, 172, 173, 226
Dieppe, 61, 121, 146, 168
Dijon, 56, 117, 155
diplomacia, 27-28, 33-34, 38-40, 44-45, 47-51, 55-56, 59-61, 86, 161-165
disciplina, 78-80, 137, 156, 212; *véase también* orden
dominicos, frailes, 64, 77, 149, 194
Dorset, 169
Dorset, conde de, 138
Dover, 35; *véase también* estrechos
Durand, Guillaume, 200
Durham, 35, 158

Écluse, L', *véase* Sluys
ecorcheurs, 109
Eduardo, Príncipe Negro, 35, 37, 39, 42-45, 68-69, 85, 102, 104, 111, 115, 183, 188
Eduardo el Confesor, 198
Eduardo I, rey de Inglaterra, 26, 30, 63, 74, 90-91, 97, 126, 139, 144, 150-151, 169, 213, 219, 231-232
Eduardo II, rey de Inglaterra, 27-28, 90, 126, 162, 232
Eduardo III, rey de Inglaterra, 28-29, 31-40, 42-45, 48, 54, 66, 69, 76, 82, 87, 97, 104, 113-114, 123-124, 128, 131, 136, 139-141, 148-149, 153, 164, 169-170, 173-174, 179, 183, 192, 215, 219, 222
Eduardo IV, rey de Inglaterra, 129; *véase también* York, Eduardo, duque de
ejércitos, 89-108, 200, 224-225; *arrière-ban*, 132, 135; bretón, 224; borgoñón, 224; escocés, 56, 95, 224; flamenco, 89; francés, 86-87, 93, 95-97, 100, 103-105, 106-107, 111-112, 131-133, 135-137, 224; inglés, 90-91, 95-96, 131-144, 224; leva feudal, 131-132; permanente, 224, 227-228
élections, 152
élus, 152

embajadas, 163
embajadores, 163-164
Enrique, duque de Lancaster, 37, 128
Enrique II, rey de Inglaterra, 25
Enrique III, rey de Inglaterra, 25-26, 133, 162
Enrique IV, rey de Inglaterra, 50-51, 53, 104, 128, 142, 186
Enrique V, rey de Inglaterra, 51-58, 62, 66, 75, 80, 87-88, 96, 98, 102, 104, 106, 111, 115-116, 123-125, 128-129, 136-139, 142, 147, 149, 153, 158, 160, 162, 164, 183, 188, 206, 212, 214, 222
Enrique VI, rey de Inglaterra, 57, 58-62, 65, 75, 90, 98, 106, 111, 136, 163, 186, 188, 222; *véase también* Trastamara, Enrique de
entrée royale, 195
entrenamiento, 72, 82, 137, 215
epidemias, 23, 172, 223; *véase también* Peste Negra
escoceses, 27, 31, 35, 48, 94, 112, 192, 231; *véase también* Balliol; Baugé; Bruce; Cravant; David II; Jaime II; Verneuil
Escocia, 31, 36, 82, 90, 92, 95, 131, 138, 144, 145, 148, 197, 224
Espailly, Jacques d', 112
España, 24, 42, 43, 45, 68, 108-109, 130-131, 144, 169, 178, 184, 191
espías, 164, 214
Espléchin, tregua de, 32
estados regionales, 159, 174, 194, 226
estrechos, 35, 123
Estrella, orden de la, 69; *véase también* Garter, caballero de; Miguel, orden de san
Eu, *véase* Brienne
Evreux, conde de, 36
exchequer, 153, 231

Fais des rommains, 219
Falaise, 53, 116
Falkirk, batalla de (1298), 91
Fastolf, sir John, 75-76, 160, 178, 181-182, 184, 219, 222, 231
Fébus, Gaston, 117
Felipe, duque de Borgoña, 54, 104, 110
Felipe Augusto, rey de Francia, 25, 119
Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, 26, 28, 114, 120, 126, 144, 146, 150, 194, 226
Felipe VI, rey de Francia, 24, 29, 31-36, 40, 104, 114, 120, 139, 143, 192
Felipe el Bueno, duque de Borgoña, 54, 60, 62, 164
Ferté-Bernard, La-, 160
fiscales, instituciones, 152-155, 201; véase también *cour des aides*; *élections*; *élus*; *exchequer*; *grenetiers*; tesoreros de guerra; *trésoriers des guerres*
flamencos, 32, 89, 108, 120, 167
Flandes, 26, 30, 32, 47, 120, 144, 166, 167, 169; *véase también* Luis, conde de Flandes
Flavy, Guillaume de, 112
Fleming, Richard, obispo de Lincoln, 189
flor de lis, 195-196
Florencia, 109, 130, 184, 187, 215; *véase también* Antonino de Florencia
flota, 32, 42-43, 44, 125-126; *véase también* galeras; navales, fuerzas
Formigny, batalla de (1450), 62, 67, 89
Forte-Épice, *véase* Espailly, Jacques d'
Fortescue, sir John, 64, 129, 225, 227
Forth, río, 92
fortificaciones, 87, 112-119; castillos, 117-119; urbanas, 87, 112-119, 146, 155, 168; véase también *villes closes*
fortuna, 181; la diosa de la, 182; rueda de la, 179
fouage, 150
francs-archers, 137, 200-201, 231
Fribois, Noël de, 199
Froissart, Jean de, 34, 69-71, 78, 79, 98, 113, 178, 183-184, 191, 205-206, 211, 218
fronteras, 44, 87, 88, 93, 95, 107, 194, 203, 210
Frontino, Julio, 101, 219, 220; *Strategemata*, 101, 219
fútbol, 82

gabela, 151
galeras, 44, 122, 127-128
Gales, 36, 50, 90, 91, 93, 143, 144-145, 197, 230; *véase también* Gerald de Gales
Galia, 197
Gante, 31, 99
Gante, Juan de, 44-45, 47, 49-50, 111
Garter, caballero de, 111, 184; *véase también* Estrella, orden de la; Miguel, orden de san
gascones, 93, 230
Gascuña, 110, 169, 230
genealogías, 12, 187-188, 197-198
Génova, 120
genoveses: ballesteros, 35, 58, 93, 111; galeras, 122
Geoffrey de Monmouth, 197
Gerald de Gales, 93
Gerson, Jean, 219
Giles de Roma, 220; *De regimine principum*, 220
Gilles, Nicole, 199
Gloucester, Thomas, duque de, 177
Glyn Dwr, Owain, 50
Golein, Jean, 197
golf, 82
Gower, John, 48, 72, 208, 209; *Confessio amantis*, 72
Gracedieu, 170; *véase también* Bristol
Graciano, 64; *Decretum* (1140), 64
Grand traité, 199
Grandes Chroniques de France, 199
graneros, 173
Granville, 121, 125
Grecia, 197
grenetiers, 152
guarniciones, 88, 95, 122, 123, 136, 137-138, 141, 168, 177
guerra: actividad de los caballeros en la, 68-71, 125, 212; como castigo, 67, 72, 189, 217; consecuencias de la, 222-232; oposición a la, 48, 207-208; posturas ante la, 63-83, 86, 203-206, 209, 213; *véase también* victoria
«guerras justas», 64
Guesclin, Bertrand du, 41, 42, 43, 46, 101, 102, 105, 111, 135, 184, 196
guet et garde, 75, 133
Guillermo el Conquistador, 25, 188
Guillermo, conde de Hainault, 31
Guines, negociaciones en, 36
Guy, conde de Flandes, 26

Habsburgo, 187
Hainault, 31
Halidon Hill, batalla de (1333), 31, 91
hambre, 23, 36, 166
Handford, sir John, 75
Harcourt, Godofredo de, 34, 36
Harelle (1382), 174
Harfleur, 52-53, 61, 120, 121, 122, 128, 138, 142, 156; asedio de, 52, 88, 116, 121, 124, 186
Haut Pays, 169; *véase también* Burdeos
Hawkwood, John, 109, 111, 184
Hawley, Robert, 178
heráldica, 188
heraldos, 71, 79-80, 185
Herefordshire, 50
hermanos de armas, 178
Hewitt, H. J., 18
Heytesbury, 185
Hire, La, *véase* Vignolles, Étienne de
historia, 196-204
Historia regum francorum, 197, 199
historiógrafo: de los franceses, 199; real, 199
Hoccleve, Thomas, 77, 192
homenaje, 25-26, 27
Homet, 134
honor, 68-69, 72, 76, 83, 160, 183, 206
Hoton, John, 177
Hugh, prior, 171
Hull, 179
Hungerford, lord Walter, 185

Ibérica, península, 130, 193
Île de France, 120, 172
imprestanza, 149; véase también *prêt*; *prest*
impuestos, 30, 39, 43, 47, 86, 114, 133, 144-156, 173-175, 180-181, 200-201, 216-218, 225-230.
indentures, 133-134, 143, 149, 159-161;

véase también *condotta*; *lettre de retenue*
Inocencio VI, papa, 115
Isabel, reina de Inglaterra, 27, 28
Isabel, hija de Carlos VI, 49, 51
Isaías, profeta, 197; árbol de Isaí, 197
Islandia, 169
Israel, 189
Italia, 100, 108-111, 118-119, 130, 139, 144, 167, 188, 193, 215-216; banqueros de, 174; ciudades-estado, 23; juristas, 158; universidades, 158

Jacobo II, rey de Escocia, 141-142
Jargeau, batalla de (1429), 59, 186
Jorge, orden de san, 77; *véase también* Garter, caballero de
José de Arimatea, 198
Juan, rey de Inglaterra, 25, 144
Juan II, rey de Francia, 36-40, 51, 70-71, 87, 104, 156, 176, 185, 188, 199, 217
Juan III, duque de Bretaña, 33
Juan IV, duque de Bretaña, 44
Juan de Montfort, 33
Juan, duque de Bedford, *véase* Bedford
Juan, duque de Borgoña, 50, 54, 55
Juan de Gante, *véase* Gante, Juan de
Juana de Arco, 59, 88
Juana de Bretaña, 33
justicia, como causa de la guerra, 52, 64-66, 68-69
Justiniano, emperador, 64; derecho, 158; *Digesto*, 64

Keegan, John, 21
keeper: of papal bulla, 162; *of thekking's arms*, 141; *of the king's victuals*, 138; *of the processes*, 162; *véase también* armas
Kent, 119; rebeldes de, 222
Knolles, sir Robert, 44, 105, 111, 178, 184

Lalaing, Jacques de, 99
lana, 30, 152, 166, 173
Lancaster, *véase* Enrique, duque de Lancaster; Gante
Lannoy, Ghillebert de, 72
Le Mans, 61
«león», cañón, 142
Leonor de Aquitania, 25
Leopoldo de Austria, 90
Lescot, Richard, 199
lèse majesté, 202; *véase también* traición
lettre de retenue, 134, 135; véase también *condotta*; *indenture*
Libelle of Englishe Polycye, The, 122, 124, 169
liderazgo, 80, 82, 87, 100-108, 109, 136, 214-215
Lille, 117
Lincoln, diócesis de, 189
Lincoln, Fleming de, 189
literatura: «de espejo», 220; sobre la guerra, 81, 187-188, 205-221
Livio, Tito, 73, 220
localismo, 193, 199
Loira, río, 58, 88
lolardos, 48
Lollardy, 206
Londres, 38, 62, 87, 143, 151, 169, 178, 188, 190, 197, 222; *véase también* St. Paul's Cross; Torre de Londres
Longueville, condado de, 184
Loré, Ambroise de, 111
Lorena, 59
Lucas, san, 197
Luis IV, emperador, 31
Luis VII, rey de Francia, 25
Luis VIII, rey de Francia, 119
Luis IX, san, rey de Francia, 25-26, 120, 188, 194-196, 198
Luis XI, rey de Francia, 62, 190, 198
Luis, conde de Flandes, 31
Luis, duque de Anjou, 104
Lydgate, John, 178, 192, 208-210, 212; *Debate of the Horse, Goose and Sheep*, 208; *The Kings of England*, 192
Lyon, 195
Lyon, Juan de, 141
Lyon, Milet de, 141

Llewelyn ap Gruffydd, 91
Llull, Ramon, 72

Macabeo, Judas, 66, 214
Machaut, Guillaume de, 183, 208
Maes Moydog, batalla de (1295), 91
Maine, condado de, 25, 36, 38, 51, 58, 61, 88, 179
Maingre, Jean le (llamado Bouciquaut), 206, 212, 214, 218-219
Mancha, canal de la, 25, 34, 48, 50, 96, 120-121, 128, 170, 173
Margarita de Anjou, 61
Marignano, batalla de (1515), 73
marineros, 128, 131, 170
mariscal, 80, 158-159; *véase también* condestable; militares
Marsciano, Antonio da, 219
Marsella, 120
Mateo, san, 197
McFarlane, K. B., 180
Meaux, asedio de (1421-1422), 57, 142
Mediterráneo, 24, 37, 220
Melcombe Regis, 169
mercenarios, 77, 82, 108-112, 184, 185, 215
merovingio, el primer rey, 198
Meudon, Jean de, 176
Mézières, Philippe de, 48, 71-72, 110, 158, 209, 212, 214, 216-218, 221, 228; *Songe du vieil pèlerin*, 72
Miguel, orden de san, 77, 198
militar: academia, 83, 108; literatura, 63; ordenanzas, 159; tribunal, 79, 157, 160; *véase también* condestables; derecho militar; mariscal; Vegecio
Minot, Laurence, 192
Molina, ducado de, 184
monarquía, 194-200
Mont-Saint-Michel, 96, 119, 144
Mont-Belluna, François de, 71n; *Tragicum argumentum de miserabili statu regni Francie*, 71 y n.
Montereau, 53, 55
Montfort, Juan de, 33
montfortistas, 41
Montgomery, 91
Montiel, batalla de (1369), 43
Montpellier, 44
Montreuil, Jean de, 216, 217
Montreuil, procesos de (1306), 27
Morbecque, Denis de, 156
Morgarten, batalla de (1315), 90
moros, 24, 80, 131, 191, 208
Mortimer, sir Edmund, 190
murage, 155

nación-estado, 29, 83, 231
nacionalismo, 21, 24, 50, 188-193, 199-201, 231; véase también *communis patria*; *Pro patria mori*; *Pugna pro patria*
Nájera, batalla de (1367), 42, 43, 101
navales: batallas, 32, 42, 52-53, 119-129; fuerzas, 125-129; objetivos, 119-125; *véase también* flota; galeras
Navarra, 42, 109; *véase también* Carlos, rey de Navarra
navarrés: ejército, 41; partido, 37
necesidad, 201, 227
Neuss, 220
Neville's Cross, batalla de (1346), 35, 66, 176
Nicópolis, batalla de (1396), 109
Norfolk, 182
Normandía, 15, 30, 34, 37-42, 47, 50-53, 57, 58, 60-62, 65, 80, 88, 106, 109, 115, 116, 120-121, 136, 137, 138, 144, 146, 168, 171-172, 179, 188, 194, 204, 215, 222; duques de, 30, 37; estados, 174
North Riding, 174
Norwich, *véase* Despenser
noticias, difusión de las, 190
nueve dignatarios, 214

Oise, río, 121
Oldhall, sir William, 231
Oléron, isla de, 163
orden, 78, 156-161
ordenanzas de guerra, 80, 159
«Ordenanzas Walton», 32
órdenes de caballería, 70-71, 77-78; *véase también* Estrella; Garter, caballero de; Miguel, orden de san

Orgemont, Pierre d', 199
oriflamme, 196
Orleans, 44, 58-59, 99
Orleans, Carlos, duque de, 50
Orne, río, 34
Overton, Thomas, 160
Oxford, universidad de, 162

Page, John, 81
Pagula, Guillermo, de, 139
Países Bajos, 31, 123
panetier du roi, 139
papado, 28, 46
papal, intervención, 36, 45
París, 26, 27, 30, 34, 38, 47, 54, 56-57, 59, 61, 119, 120, 121, 143, 156, 168, 193, 194, 231; apelaciones en, 26-27; Bastilla, 143; Louvre, 143; Musée de l'Armée, 142; Nôtre-Dame, 59; Parlement, 19, 26, 54, 75, 83, 107, 157, 160, 178, 193; Saint Chapelle, 194; tratado de (1259), 161
Paris, hijo de Príamo, 197
parisi, tribus, 197
Parisian Journal, 80; véase también *Burgeois de París*
Parlamento, 46, 97, 122, 124, 148-150, 155, 161, 189, 225-226, 231; «buen», 45; de Gloucester (1378), 178; *Roll of Parliament*, 149
Parlement, *véase* París
Paston, William, 142; correspondencia de, 179
Patay, batalla de (1429), 59
patente de corso, 211
paz, 19, 41, 42, 46, 48-49, 60, 63, 86, 109, 168, 177, 208-210, 221; «a medias», 60, 87; «definitiva», 56; «gran», 56; *véase también* Brétignes; Troyes
Pedro, san, 192
Pedro el Cruel, rey de Castilla, 42
Peñafort, Raimundo de, 64
Périgueux, 146; «proceso» de (1311), 27
Perrote, Colin, 179
Perrote, familia de, 179
Perroy, Édouard, 17
pesca, 30, 121, 123, 126, 169, 230; barcos de, 120, 123
pescadores, 45, 129
Peste Negra, 36, 114, 167
Petite chronique de Guyenne, 167
Picquigny, tratado de (1475), 223
Pieri, Piero, 17-18
piratería, 50, 122, 128, 129, 170, 211
Pirineos, 25, 117
Pisan, Christine de, 20, 59, 76, 117, 209-210, 215, 220; *Carta de Othea a Hector*, 76; *Livre des fais d'armes et de chevalerie*; 220; *Livre du corps de policie*, 220
Plantagenet, 147
plat pays, 92, 168
población: civil, 21, 81-82, 86, 115, 138, 258, 209, 212; efectos de la guerra en la, 171-172; *véase también* ciudades
Poeke, 99
Poitiers, 171; batalla de (1356), 37, 40, 44, 66, 70, 71, 84, 85, 94, 102, 104, 132, 135, 156, 171, 183, 188
Poitou, condado de, 25, 51, 75
Pole, William de la, 179
Pole, William de la, duque de Suffolk, 186
Ponthieu, condado de, 119
Pontoise, 104
Portugal: alianza con Inglaterra, 163; comercio con Inglaterra, 169
Postan, M. M., 180
Pouillet, Simon, 202
prest, 149; véase también *imprestanza*; *prêt*
prêt, 149
Príamo, rey de Troya, 197
Príncipe Negro, *véase* Eduardo, Príncipe Negro
prise, 139; véase también *panetier du roi*; provisiones
prisioneros, 35-36, 41, 42, 45, 79, 85
propaganda, 64, 85, 187-192
Pro patria mori, 83
provisiones, 126, 137-144, 230
provveditori, 139
público: dinero, 82, 151-152, 160-161;

opinión, 88, 189-192; *véase también* bienestar común
Pugna pro patria, 83
púlpito, poder del, 189
Pulteney, sir John, 178

rebeldes, 56, 65
rebelión, 65; *véase también* traición
reclutamiento, 97, 104-105, 131-137
Reims, 39, 59, 114, 155, 199
René de Anjou, 75
res publica, 82, 200, 210; *véase también* bienestar común
rescates, 74-75, 158, 179-182, 229; del rey David II, 176; del rey Juan II, 38, 51, 147, 151, 176, 201, 227
restor, 143
Revolución francesa, 151
rey: como *caput*, 200; como *curator*, 145
rezar para la guerra, 189
Ribemont, sir Eustache, 183
Ricardo II, rey de Inglaterra, 45-49, 51, 80, 104, 111, 124, 136, 141, 158, 165, 169, 174, 209, 210
Richelieu, cardenal, 227
Richmond, condado de, 33
Roche-Guyon, La, 75
Roche-sur-Yon, asedio de La-, 116
Rochelle, La, 26, 119, 121; batalla de (1372), 44
Rochester, *véase* Brinton
Ródano, valle del, 41, 172
Rodemack, Jean de, 75, 179
Rodez, 155
Roma, 46, 187, 197; Capitolio, 216; emperadores de, 197; mujeres de, 216; véase también *Fais des rommains*
Rousselle, Vigier de la, 27
route, 106
routiers, 38, 40, 41, 43, 74, 108, 111, 227; *véase también* compañías; *condottieri*; *ecorcheurs*; mercenarios
Ruán, 37, 47, 53, 59, 61, 81, 114-116, 120, 126, 127, 139, 168, 171, 174, 188, 195, 222; *véase también* Clos des Galées

Saint-Denis, abadía de, 184, 195-196, 199
Saint-Sardos, 27
Saint-Sauveur-le-Vicomte, 184; asedio de (1375), 116
salarios, 97, 139, 160, 167, 175-176
Sálica, Ley, 199
Salisbury, Juan de, 212, 220; *Policraticus*, 220
Salisbury, Thomas, conde de, 59, 99
Sandwich, 143
Sanqueville, Guillaume de, 194
Schwyz, montañeses de, 89
Segismundo, emperador electo, 35
Selonnet, prior de, *véase* Bouvet
Sello Privado, departamento del, 192
Sena, río, 52, 111, 119-121; batalla del (1416), 52-53, 122, 128
Shakell, John, 177
Shakespeare, William, 68; *Enrique V*, 68
Shrewsbury, *véase* Talbot
Sluys, batalla de (1340), 32, 66, 124, 170
soberanía, 34, 36, 38-39, 44, 60; símbolos de, 195
socavar, 116, 118
social, movimiento, 178-185, 231
Soisson, 99
soldados, 35, 37, 52, 91-100, 130-139; imágenes del, 66, 68, 76-78, 81-83, 107, 109-111, 161, 212, 220-221, 227; véase también *routiers*; salarios
Somme, río, 121
Southampton, 117, 143; astilleros de, 124, 128
St Denis, John of, 162
St Paul's Cross, 190
Stafford, John, arzobispo de Canterbury, 32
Stafford, Robert, 160
staples, 173
Stirling, castillo de, 92
Suffolk, *véase* Pole
Suiza, 109
Surienne, François de, 111
Sussex, 119, 169
Swynderby, William, 48

tácticas, 34, 84-95, 102, 170; fabianas, 44; guerrilla, 91-92; *véase también* asedio; bloqueo; *chevauchée*
taille, 225
Talbot, John, conde de Shrewsbury, 62, 89, 99-100
territorios costeros, 146
tesoreros de guerra, 153, 229; véase también *trésorier des guerres*
teutones, caballeros, 24
textil, industria, 30, 167; *véase también* lana
Tomás de Aquino, santo, 64, 220
torneos, 70, 71
Torre de Londres, 36-37, 124, 140, 143; *véase también* aprovisionamiento
Tournai, 32, 143
Tours, 115, 155; tregua de (1444), 61-62, 109
traición, 54, 60, 65, 160, 194, 201-204, 207; véase también *lèse majesté*; rebeldes
Trastámara, condado de, 184
Trastámara, Enrique de, 42, 69n., 184
tratados, *véase* nombres de cada uno
Tredington, Thomas, 117
tregua, 49-50, 60, 87
Tremoïlle, Charles de la, 73, 83
Tremoïlle, Georges de la, 75
trésorier des guerres, 152; *véase también* tesoreros de guerra
Troya, 197; la Nueva (Troja Nova), 197
Troyes, 55, 59; tratado de, 55, 56, 58, 60, 88, 163, 171, 204; *véase también* paz definitiva
Tucídides, 23
Tuition, 210
Turena, 25, 36, 38, 51

uniformes, 143
Upton, Nicholas, 185
urbanas, milicias, 132
Ursins, Jean Juvénal des, 161, 203-204, 209-210, 212, 216-218, 227
Usk, Adam de, 190

Valerio Máximo, 45, 219, 220; *Facta et dicta memorabilia*, 101, 219
Valois, Carlos de, 28
Valois, conde de, *véase* Felipe VI
Valois, dinastía de los, 34, 147, 152, 203-204
Vegecio, Flavio Renato, 63, 82, 85, 101, 108, 156, 200, 212-214, 219-220; *De re militari*, 63, 82, 101, 212, 213, 219
Venecia, 130, 134
Venette, Jean de, 77, 81, 207
Verneuil, batalla de (1424), 58, 88, 99, 111
versos, 188; *véase también* Azincourt, «villancico» de; baladas; canciones
Vicomte, Renaud le, 176
victoria, justificación divina de la, 52, 188-189; *véase también* guerra
Vignolles, Étienne de, 111
villes closes, 115; *véase también* fortificaciones
Vincennes, 57
Vincent, *véase* Beauvais
vino, 30, 169-170, 230
Vizcaya, golfo de, 119
Vow of the Heron, 192

Walsingham, Thomas, 178
wardrobe, 140, 153, 165, 231
Waurin, Jean de, 212
Westminster, 156
Winchelsea, 127, 169
Winchester, estatuto de, 82
Windsor, capilla real de, 163
Worcester, William, 215
Wyclif, John, 48, 208

Xaintrailles, Ponton de, 111

Yarmouth, 169
Yevele, Henry, 117, 118
York, 198
York, Eduardo, duque de, 183
York, Eduardo, duque de, 222; *véase también* Eduardo IV
York, Ricardo, duque de, 222
Ypres, 31

Zwyn, río, 32

ÍNDICE

Prólogo 9
Abreviaturas y siglas 11
Genealogía 12
Mapas 13

Introducción 17

1. *Las causas y el desarrollo de la Guerra de los Cien Años* 23
   Las causas de la guerra 24
   1337-1360 31
   1360-1396 40
   1396-1422 49
   1422-1453 58

2. *Posturas ante la guerra* 63

3. *La conducción de la guerra* 84
   Los objetivos militares 84
   Las fuerzas de tierra 89
   El liderazgo 100
   Los mercenarios 108
   Las fortificaciones y la artillería 112
   Los objetivos navales 119
   Las fuerzas navales 125

4. *Las instituciones de la guerra* 130
   La organización central 130
   El reclutamiento 131

El aprovisionamiento 137
Los impuestos y las instituciones fiscales 144
Orden y control 156
La diplomacia 161

5. *La guerra, los movimientos sociales y el cambio* . . 166

6. *La guerra, el pueblo y la nación* 186

7. *La guerra y la literatura* 205

Conclusión 222

Cronología 233
Bibliografía selecta 235
Índice alfabético 275